

Silvia
ALIAGA

Tatiana
MARCO

De Señal al Cielo

Ilustraciones de
INMA MOYA



NOCTURNA
EDICIONES

Silvia
ALIAGA

Tatiana
MARCO

De
Señal
al Cielo

Ilustraciones de Irma Moya

 NOCTURNA
EDICIONES

© Silvia Aliaga y Tatiana Marco, 2018
International Rights © Tormenta, 2018
rights@tormentalibros.com· tormentalibros.com
© de las ilustraciones: Inma Moya, 2018
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición en Nocturna: febrero de 2019
Edición digital: Elena Sanz Matilla
ISBN: 978-84-17834-04-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Pablo. Tenías razón, al final ha sido una tormenta maravillosa.
Y para las multinacionales del café, por hacerlo posible.*



너무 많은 stars, 너무 많은 dreams, 그 뒤에 난 던지일 뿐이라는 현실.

*Demasiadas estrellas, demasiados sueños.
La realidad es que, frente a estas cosas, sólo soy una mota de polvo.*

RM de BTS:

«Too Much»

DE SEÚL AL CIELO

Protagonistas



Paula



Cris



Minwoo



Dani



Jay



Alex



Hyunsoo



Young



1. *Encuentro con el firmamento*



PAULA

«Lo bueno de los días malos es que sólo duran veinticuatro horas», le dijo su madre una vez. Sin embargo, cuando Paula salió del hotel por la mañana, con el corazón latiendo de emoción por lo que estaba a punto de ocurrir, jamás hubiera podido imaginar que transcurriría una eternidad antes de que aquel día llegase a su fin.

Parada frente a la puerta de su hotel, respiró hondo y trató de conjurar toda la resolución y seguridad en sí misma que fue capaz. Mirase adonde mirase, sólo distinguía las siluetas de modernos e imponentes rascacielos recortadas contra el cielo de Seúl.

Uno de ellos destacaba sobre todos los demás. Que WIMTS tuviese su sede en el edificio más alto de la ciudad, dentro del enclave privilegiado que era la Isla, reforzaba la idea de que se trataba de la empresa de entretenimiento más importante del país.

Cuando Paula había planeado el viaje, sentada en la cama con el portátil sobre las piernas y un conocimiento de Corea del Sur alimentado por una cantidad nada desdeñable de las series de televisión coreanas y programas musicales que había consumido en los últimos años, todo le había parecido más pequeño y acogedor. Pero estar allí, contemplando la realidad con sus propios ojos, resultaba muy diferente. El edificio de WIMTS era inmenso, y la fachada enteramente acristalada se elevaba de un modo amenazador sobre el

hotel en que se alojaba, ya de por sí muy alto. Aun así, lo que más le impresionó fueron las decenas de carteles que adornaban los pisos inferiores. Carteles desde los que esos cuatro rostros, tan familiares para ella, la observaban con frialdad. Quizá fuera debido al *jet lag*, pero por un instante le pareció que aquellos ojos la juzgaban en silencio, igual que había hecho su propia familia cuando les detalló sus intenciones de viajar hasta allí. Contuvo la respiración sintiéndose insignificante y vulnerable, una pequeña abeja en medio de un enjambre. De pronto, la sombra de la duda atravesó su mente y por primera vez se preguntó si todo aquello era una buena idea.

Se obligó a disipar esos pensamientos de su cabeza y cruzó el paso de peatones que la separaba de la acera a la que se dirigía.

A primera vista, la entrada al edificio de WIMTS aparentaba estar desierta, pero poco a poco empezó a darse cuenta de que había varios grupos de fans que, aunque intentaban disimular, no dejaban de mirar en dirección a la puerta. Algunas de las adolescentes incluso vestían con el uniforme del colegio del que probablemente se habrían escapado. Su segunda sorpresa llegó al comprobar que, pese a que la cantidad de público allí presente era considerable, no había ningún tipo de seguridad vigilando el acceso.

Paula apretó los puños y los dientes con fuerza y se encaminó hacia la puerta. Fue entonces cuando se percató de que las miradas de todas las chicas se clavaban en su nuca. Desde la primera vez que vio una actuación de R*E*X, por pura casualidad, en el ordenador de su hermano pequeño, Paula se había considerado una verdadera *crown*. Ese era el nombre oficial del club de fans de aquel grupo de música coreano, formado por cuatro miembros, a cuya compañía pertenecía el altísimo rascacielos en el que estaba a punto de entrar. No obstante, después de todo lo que había pasado en las últimas semanas, ya no se sentía parte de aquellas de chicas que se agolpaban en la puerta. Desde luego, no estaban allí por el mismo motivo, se recordó mientras empujaba la

superficie de cristal y entraba en WIMTS sin mirar atrás.

A juego con el resto del edificio, el recibidor era enorme, blanco y aséptico. Tras una cantidad ridícula de espacio sin aprovechar, al fondo, junto a los ascensores, se hallaba un largo mostrador blanco donde una mujer de mediana edad, que lucía un traje de chaqueta impecable y unos rizos perfectos, tecleaba concentrada en su ordenador. Cuando levantó la vista de la pantalla y vio a Paula parada en mitad del recibidor, se encaminó hacia ella con el pelo moviéndose de lado a lado, como si acabara de salir de un anuncio de champú.

—Buenos días —comenzó Paula despacio, haciendo uso de su mejor inglés—. Mi nombre es Paula García.

Antes de que pudiera continuar, la mujer le dijo algo en un coreano atropellado mientras gesticulaba con ambos brazos, poniéndolos frente a su pecho para formar una equis.

—No puedes —le indicó con torpeza en inglés al advertir su cara de confusión—. Fans no, aquí no.

—Pero yo no soy una fan —mintió Paula, alzando un poco la voz como si eso fuera a hacer que la mujer la comprendiera mejor—. Soy una bailarina, trabajé en el concierto de Barcelona...

Estaba claro que la mujer no la entendía y, para su frustración, tampoco estaba demasiado interesada en hacerlo. No dejaba de hablar a toda velocidad por el auricular que llevaba en la oreja, lanzando ojeadas llenas de nerviosismo en dirección a los ascensores.

Cuando Paula siguió su mirada, comprobó que dos de aquellos ascensores estaban a punto de llegar a la planta calle y, en apenas un par de segundos, del primero de ellos emergió un guardia de seguridad. Se acercó hasta ellas corriendo y, antes de que pudiera reaccionar, la agarró del brazo y la arrastró hacia la puerta.

—¡No, esperen! —gritó a la desesperada, intentando oponer resistencia sin mucho éxito—. ¡Jay! ¡Pregúntenle a Jay! ¡Por favor, él sabe quién soy!

Fue en vano. Las puertas del otro ascensor estaban empezando a abrirse y, como si aquello fuera una señal, el guardia de seguridad la empujó afuera, lanzándola contra la masa de fans apiñada en la entrada. Estaba claro que alguien se disponía a salir del edificio y, a juzgar por la histeria que reinaba allí, debía de ser una persona importante. Una llama de esperanza se instaló en el pecho de Paula, aunque se desvaneció una milésima de segundo después, justo cuando las puertas volvieron a abrirse y se desató la locura.

Gritos. El ruido de las cámaras y la luz cegadora de decenas de *flashes* disparándose a la vez. Tirones de pelo y pisotones. Manos que agarraban su ropa y tiraban de ella hacia atrás para abrirse paso. La horrible sensación de querer respirar y no poder encontrar el aire entre tanta gente. Una chica la empujó contra otra y, al tropezar con ella, Paula cayó al suelo.

Por un instante temió morir aplastada por aquella estampida. Cuando por fin consiguió levantarse del suelo, con algún rasguño y la muñeca dolorida por el golpe, el grupo de fans se había dispersado y algunas chicas habían empezado a perseguir una furgoneta negra que se alejaba del caos a toda velocidad.

—Genial —murmuró Paula para sí misma. De todos modos, tampoco parecía haber nadie cerca que pudiera entenderla en su idioma natal.

Suspiró, observándose las rodillas doloridas. Se había esforzado para estar guapa en su reencuentro con Jay. No quería que su primera visión de ella fuera la de una turista recién aterrizada, afectada por el *jet lag*. Pero en aquel momento tenía las medias rotas, manchadas de sangre y suciedad. Se alisó la falda con tristeza y se recolocó la coleta alta, ahora deshecha.

Tal vez en otras circunstancias aquello le hubiera parecido una tontería. Siempre había tenido sentido del humor y sabía burlarse de sí misma. Pero en

su situación actual, tan lejos de casa por primera vez en su vida, este contratiempo destruyó como un mazazo la poca seguridad que le quedaba. Fue muy consciente de lo cerca que había estado de hacerse verdadero daño, incluso de lesionarse, y de que todas las personas a las que podía recurrir si tenía un problema estaban a miles de kilómetros de distancia. La sensación de vértigo la invadió. Hasta entonces, había estado tan ocupada con aterrizar, localizar el hotel y prepararse para ir a WIMTS que no se había parado a estudiar su entorno y constatar la gran distancia que separaba Corea del Sur de Chestre, su pueblo natal próximo a Valencia.

La única persona que conocía en Seúl era la misma que le había impulsado a llegar hasta allí: Jay. Por desgracia, empezaba a darse cuenta de que acceder a él no iba a resultar tan fácil como había imaginado. Las cosas en Corea eran muy distintas. Sin importar lo que hubiera pasado en Barcelona, en Seúl ella no era más que otro rostro desconocido entre las decenas de fans que esperaban en la puerta de WIMTS. Ahora se daba cuenta de lo ilusa que había sido al creer otra cosa. Entre Jay y el resto del mundo parecía haber una barrera infranqueable. Abatida, giró sobre sus propios talones y comenzó a andar sin rumbo, con la única idea de alejarse de semejante locura.

Necesitaba despejar la mente y, aunque el cielo parecía amenazar con una tormenta veraniega, encerrarse en el hotel no era una opción. Las construcciones de Seúl que se levantaban sobre ella parecían no tener fin. Aquella ciudad que, desde que conocía el K-pop, le había parecido tan maravillosa, llena de vida y esperanzas, un universo de fantasía en el que poder evadirse de su rutina en España, ahora sólo le resultaba gris y monótona. Todo aquello que había dejado atrás, aliviada, al viajar allí, de pronto le inspiró una terrible nostalgia. Chestre le evocaba el olor de las naranjas, el aceite de los motores y las galletas de su abuela. Barcelona era el sudor, la música y la ilusión de un nuevo futuro. Pero, en aquel instante, Seúl

sólo era decepción.



CRIS

Primera anotación en el cuaderno verde:

De acuerdo, si voy a hacerlo, mejor que empiece cuanto antes. Hagamos la presentación formal.

A quien sea que esté leyendo este diario:

Hola, me llamo Cris. Nací cerca de Gloucester, Inglaterra, hace ahora unos dieciocho años, y moriré en Seúl, Corea del Sur. Probablemente eso último vaya a ocurrir antes de que termine el año.

Lo sé, como presentación formal resulta bastante impactante.

Llevo un tiempo dándole vueltas a cómo empezar esto. Es decir, cómo contaros lo que me ocurrió y lo que me llevó a hacer lo que hice. Cómo acabé conociendo y entablado amistad con Choi Minwoo, descubriendo ese secreto sobre su pasado del que ni siquiera su hermana es consciente, o huyendo de aquel *fanmeeting* de R*E*X con Paula como testigo involuntario, o cómo me desmayé en los brazos de la persona a la que había perseguido hasta el otro lado del mundo.

¿Por dónde debería empezar a narrar esta historia? Quizá debería remontarme al momento en que, a los catorce años, me diagnosticaron una deficiencia cardíaca cuyo nombre aún no he aprendido a pronunciar. A la tarde en que, tiempo después, un dolor punzante en mi pecho mientras trabajaba

reveló que mi problema era mucho más grave de lo que había sospechado todo ese tiempo. Pero quizá lo mejor sería comenzar por el día en que conocí a Jay. Al fin y al cabo, las dos últimas cosas ocurrieron en el mismo sitio.

¿Habéis estado alguna vez en un Starbucks?

Yo solía trabajar en uno. El único que hay en Leadworth, el pueblecito donde nací. No he vivido siempre en Inglaterra. Mis primeros recuerdos transcurren en España: mis padres se mudaron allí poco después de que yo naciera. Durante aquel tiempo, solía regresar a Inglaterra una vez al año a visitar a mis abuelos.

Recuerdo perfectamente el verano en que cumplí los catorce años. El último sitio donde quería pasar las vacaciones era en aquel odioso pueblucho inglés. Pero mi madre, haciendo oídos sordos a mis desesperadas súplicas, nos lanzó a mí y mi equipaje dentro de un avión con destino a Gloucester, donde mis abuelos me esperaban para acompañarme en mi destierro. Ella no lo sabía, claro, pero acababa de salvarme la vida. Al menos, retrasó mi muerte unos cinco o seis años.

Porque el 31 de julio de ese mismo verano, mientras yo contaba los días para regresar a España, el coche de mis padres daba dos vueltas de campana y se estrellaba contra una mediana. Regresaban de ver una película. En un pequeño centro cultural a las afueras de Madrid, estaban proyectando una versión remasterizada de *El mago de Oz*. Ya sabéis, esa con Judy Garland cantando todo el rato. Era mi película favorita. No he sido capaz de volver a verla.

Como he dicho, estaba en Inglaterra con mis abuelos cuando mis padres murieron, así que fue allí donde me quedé. Leadworth no es tan malo como os lo he pintado antes. Tened en cuenta que a una adolescente de catorce años cualquier lugar pequeño y tranquilo puede parecerle el infierno. Leadworth quizá no disponga de aeropuerto propio, pero tiene una oficina de correos, una

iglesia, un hospital, una estación de bomberos y hasta un estanque para los patos en el que nunca hay ningún pato. Y desde un tiempo a esta parte, Leadworth también tiene su propio Starbucks.

Ya os habíais olvidado del Starbucks, ¿verdad? Todo ocurrió allí.

Nunca me hizo especial ilusión trabajar en uno. ¿Qué interés puede tener para una chica de mi edad trabajar en una multinacional del café en un pueblecito inglés? De todos modos, Starbucks no es propiamente inglés. Hoy por hoy está en todo el mundo y nació en Estados Unidos. En Seattle, creo. La Ciudad Esmeralda. ¿Os he dicho ya que odio *El mago de Oz*? Para que os hagáis una idea, Seattle vendría a ser para Estados Unidos lo que Gloucester para Inglaterra. Nadie se acuerda en primer lugar de esa ciudad cuando le mencionan el país. Sin embargo, ahí está y también pasan cosas en ella. Me parece que Jimi Hendrix y Kurt Cobain nacieron en Seattle. Me gusta bastante Jimi Hendrix. «Purple Haze» es genial.

En esta historia también aparece otra persona que creció en Seattle, por cierto. Más adelante os hablaré de él. Por ahora, volvamos un momento a Inglaterra.

En Gloucester también ha nacido y crecido mucha gente, como es obvio, y pasan millones de cosas. La mayoría de esas cosas no le importan al resto del mundo, pero pasan. Una vez vinieron a rodar unas cuantas escenas para alguna de las películas de Harry Potter y, no hace mucho tiempo, Park JaeHwa, más conocido como Jay, uno de los cuatro miembros del grupo de música más popular de Corea del Sur, y me atrevería a decir que de toda Asia, viajó hasta allí para hacerse una sesión de fotos en la catedral.

Después de eso fue al único Starbucks de Gloucester y pidió un té *matcha* con leche de soja.

Un *matcha* es un tipo té, por si os lo estabais preguntando. No se trata de un té originario de Corea, en caso de que estéis barajando esa posibilidad. En

Corea también tienen su propio té con el que realizan rituales y esas cosas, pero no es el *matcha*. Que os quede claro, Jay no fue al Starbucks a pedir esa bebida porque significase nada para él ni porque le recordase a su cultura o a su país. Fue al Starbucks a pedir un *matcha* porque simplemente le apetecía. Punto.

Ahora poneos en la piel de los dependientes de aquel Starbucks. Visualizaos allí durante una tarde lluviosa. En realidad, ahora no recuerdo si esa tarde llovía o no, pero cuando pienso en Inglaterra siempre llueve. Imaginaos allí, en una jornada algo aburrida y con el café casi vacío, cuando un grupo de unos diez hombres y mujeres asiáticos, con aspecto de estar muy concentrados en sus propios asuntos, cruza el umbral. Entre todos ellos hay un joven que destaca por encima de los demás. No sólo porque sea increíblemente atractivo, con ese cuerpo de dios griego, su corte de pelo a la moda y sus ojos negros y profundos. Tampoco porque observe lo que lo rodea con ese aire de ángel redentor. Básicamente, notas algo raro porque todas y cada una de las personas que lo acompañan tienen los cinco sentidos orientados a complacerle.

Entonces uno de ellos se dirige a ti, desde el otro lado del mostrador, con un levísimo acento casi imperceptible, y te pide un *matcha*. El único maldito té que no tienes en la despensa.

Gloucester, y mucho menos Leadworth, no es como Londres. Aquí nadie entra en un Starbucks a pedir té, en especial un té tan exótico como aquel. En Gloucestershire, si quieres té, vas a cualquier pub, taberna, club social o a la casa de tu abuela. En todos esos sitios te servirán un humeante y reconfortante té inglés y, si tienes suerte, lo acompañarán con tarta de moras, *scones* o bombones de menta. En nuestros Starbucks, lo que se pide es café. Café carísimo e insustancial, pero café, a fin de cuentas.

Entonces es cuando aquel trabajador cogió el teléfono y marcó el número

del Starbucks más cercano al único de Gloucester, para pedir auxilio. Os he dicho ya que trabajaba en el Starbucks de Leadworth, ¿verdad? Bueno, pues he de aclarar que Leadworth se encuentra a unos veinte minutos en coche de Gloucester. Incluso menos si el tráfico está despejado.

Me figuro que podéis intuir por dónde van a ir los tiros de esta historia.



PAULA

Aunque la mayor parte de la gente la conocía como «la Isla», como si su importancia en la ciudad volviera innecesaria cualquier otra explicación al respecto, su verdadero nombre era Yeouido. Desde aquel islote del río Han, situada en la zona oeste de la ciudad, se movían los hilos de todo el país. A pesar de que también contenía uno de los parques más admirados de Seúl, donde en primavera se agolpaban los turistas para contemplar la floración del cerezo, los dueños del lugar parecían ser los oficinistas y ejecutivos. Paula esquivó a cientos de ellos durante su errático paseo, mientras intentaba alejarse del edificio de WIMTS.

Llevaba un rato caminando sin rumbo fijo por las avenidas principales de la Isla, cuando, de pronto, un local captó su atención. A través de la cristalera vio cómo la gente, sentada en mullidos sofás y sillones de mimbre, algunos con sus portátiles delante, daba sorbos de café en sus tazas de cartón. Aquello era como estar contemplando el local de un Starbucks, con la excepción de que en la cafetería que tenía delante el verde corporativo de la compañía norteamericana había sido sustituido por el rojo, la afamada sirena, por un delfín de dos colas coronado por estrellas. Encima de la puerta, un letrero rezaba el nombre de la cafetería: STARDUST.

Un suspiro de alivio escapó de sus labios mientras abría la puerta y dejaba que sus sentidos se inundaran de aquella sensación familiar. En el mostrador,

un chico le preparó un café *mocha*, atendiéndole en un perfecto inglés, y ese simple gesto hizo que se sintiera reconfortada casi al instante; al final había conseguido comunicarse con alguien de aquel país. Se sentó en el rincón más apartado del local con el café humeando entre sus manos, lejos del ajetreo de los ejecutivos, y durante un buen rato permaneció con los ojos cerrados tratando de relajarse al ritmo de la música tenue que se escapaba de los altavoces, colocados por toda la cafetería. No era K-pop, pero en ese momento casi lo agradecía.

En cuanto estuvo conectado al wifi, su móvil se colapsó con todos los mensajes recibidos. La mayoría eran de sus padres y de su hermano mayor, pero también había varios correos basura, y otros de su amiga Marina contándole que lo había dejado con el capullo de su novio y, poco después, que al final habían vuelto. El último correo era el boletín de noticias del club de fans oficial de R*E*X.

Todo el mundo tiene una canción, un disco que compone la banda sonora de su vida, que siempre está ahí tanto en los buenos como en los malos momentos. En el caso de Paula, esa era la música de R*E*X. Su historia más reciente bailaba al son de esas cuatro voces. Y su viaje a Seúl no era una excepción.

Todo había empezado una anodina tarde de principios de invierno, algún tiempo atrás, en su casa de Chestre. Paula estaba intentando estudiar inglés y tratando de decidir cuál de sus dos hermanos le estaba resultando más molesto. Su hermano mayor, Samuel, se entrenaba en el salón, sin parar de resoplar, dejando caer de forma estridente las pesas al suelo. Su hermano pequeño, Mario, encerrado en su cuarto con un par de amigos, inundaba la casa con el sonido del maratón de dibujos animados japoneses en el que se encontraban enfrascados.

Paula estaba acostumbrada a los gustos de su hermano pequeño, apasionado del manga y el anime. Algunas de las canciones de esas series ya

formaban parte de la rutina familiar y ella era capaz de tararearlas incluso sin haberse parado nunca a escucharlas de verdad. Esa era una de las cosas que más la entristecería respecto a R*E*X tiempo después: no ser capaz de recordar cuándo los había escuchado cantar por primera vez.

Porque fue así como el grupo coreano entró en su vida. Aquella tarde, cuando Mario y sus amigos bajaron a comprar unos kebabs, Paula entró al cuarto vacío de su hermano, irritada porque habían dejado el ordenador encendido y a todo volumen. Fue en ese momento cuando vio al grupo. A los cuatro cantando aquella balada en japonés que cerraba los episodios de esa serie.

Pocas horas después, Paula ya lo sabía casi todo sobre ellos. Se sorprendió al descubrir que no eran realmente japoneses y que la mayor parte de sus canciones estaban en coreano. Su hermano mayor irrumpió en su habitación aquella noche, sorprendido de que llevase tanto rato encerrada, y abrió mucho los ojos al comprobar lo que estaba escuchando en su portátil.

—Dime que es una broma, Paula. Con un bicho raro en la familia ya tenemos suficiente...

Días más tarde, Paula ya estaba atrapada en el universo de R*E*X. Aun así, transcurriría un tiempo hasta que el grupo cambiase su vida para siempre.

Cuando supo que R*E*X iba a actuar en España, sus padres habían decidido tomarse el día libre y ella había tenido que quedarse en el taller mecánico de su familia a atender las llamadas y los correos mientras su hermano Samuel iba de un lado para otro con sus herramientas y manchado de grasa hasta las cejas. Estar en la oficina a altas horas de la tarde solía ser bastante aburrido, así que acabó llamando a su amiga Marta para que fuera a hacerle compañía. Esta no dudó un instante y Paula sospechó que tenía más que ver con el musculitos de su hermano, paseándose casi sin ropa por el caldeado garaje, que con el valor de su amistad.

—He pasado por la academia y me han dado esto. —Su amiga lanzó sobre la mesa unos cuantos folios arrugados con el logotipo de la academia de baile de Valencia en la que ambas ensayaban desde hacía años, mientras encaraba una silla hacia la cristalera a través de la que se veía todo el garaje—. Hay algún *casting* nuevo a la vista; Harry Jones viene de concierto y busca bailarines. ¿De verdad no te parece que tu hermano es superguapo?

—No sé, es mi hermano —contestó Paula mientras hojeaba las páginas de la revista con curiosidad—. Le he visto vomitar y con los mocos colgando...

—¡Qué mono! Me encantaría haberlo conocido de pequeño —prosiguió la otra con tono risueño, como si su amiga no hubiera dicho nada.

—Si tanto te gusta, díselo. Te prometo que si a cambio de eso dejas de nombrarlo cada medio segundo, os doy mi bendición...

—¿Lo dices en serio? ¿Crees que tengo alguna posibilidad?

—Marta...

—¿Qué? No tendrá novia, ¿verdad?

—Marta... Marta, ¡Marta! ¡Marta!

La chica se giró asustada al oír la voz ansiosa de Paula y la descubrió con los ojos brillantes, aferrada a uno de los papeles como si su vida dependiera de ello.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—R*E*X viene a España...

—¿R*E*X? ¿El grupo chino que te gusta?

—No son chinos, son coreanos. —Esa frase casi se había convertido en un mantra para ella; había perdido la cuenta de las veces que había tenido que repetirla—. Y van a hacer audiciones abiertas de bailarinas para un concierto en Barcelona. Aquí pone que la empresa...

—¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío! ¡Paula!

Ambas estallaron en gritos mientras, abrazadas, daban saltos por la oficina.

Tres días después, y tras un viaje en tren a Barcelona que se le hizo eterno, Paula se encontró haciendo piruetas, *hop turns* y *butterflies* en una amplia sala de baile llena de gente como ella, con números en sus dorsales como única identificación. Casi sin aliento, y sudando como nunca, recibió la noticia más maravillosa de su vida: había conseguido pasar todos los cortes. Estaba dentro, iba a actuar con R*E*X. Iba a conocerlos, no sólo como una fan acudiendo a su concierto, sino como un miembro más del espectáculo.



JAY

Jay se frotó los ojos con insistencia. Su estilista iba a odiarle por tener que retocarle el maquillaje por enésima vez, pero le escocían tanto que no podía evitarlo. La noche anterior habían estado grabando un programa hasta altas horas de la madrugada y, sin apenas dormir, se habían dirigido a aquel estudio de fotografía en el que llevaban horas bajo los *flashes* de las cámaras.

Él entendía la importancia de aparecer en las portadas de todas las revistas del país, o al menos decía que lo entendía sólo para no aguantar los eternos sermones de Alex al respecto, pero, después de todos esos años, seguía pareciéndole ridículo que les hicieran millones de fotos durante horas cuando sólo cuatro o cinco acabarían viendo la luz. A su lado, Hyunsoo resopló visiblemente cansado mientras las manos de una habilidosa peluquera le cambiaban el peinado. En ese momento, era el único del grupo que no llevaba el pelo de un color natural. El brillante color rojizo que lucía aquellos días destacaba sobre sus rasgos delicados, casi perfectos. Al cruzarse su mirada con la de Jay, ambos sonrieron levemente pese al agotamiento. Hyunsoo era su mejor amigo casi desde que se habían conocido, cuando apenas eran unos críos. Un par de sillones más allá, Alex, el líder del grupo, parecía sumido en un sueño intranquilo con el ceño algo fruncido. El atuendo oscuro y sobrio que iban a llevar aquel día encajaba a la perfección con el estilo elegante del líder. El único de los cuatro que seguía en pie era Young, el más joven, que no

paraba de practicar una y otra vez la coreografía del *single* que promocionarían con la segunda versión de su último disco.

Los cuatro formaban R*E*X, el grupo que muchos consideraban había revolucionado el pop en Corea del Sur. A Jay le costaba asumir todo lo que habían cambiado sus vidas en los últimos años, desde que habían debutado en WIMTS tras su periodo de aprendizaje.

Young estaba tan despejado y activo que casi parecía que hubiera dormido diez horas seguidas. No era de extrañar que fuese el ojito derecho de todos, siempre tan alegre y sonriente. Para Jay, era un misterio que desprendiera sin cesar tanta energía. Por muy joven que fuese, llevaban el tiempo suficiente en esa agotadora industria para que sus pilas estuvieran más que gastadas.

Una de las ayudantes del estudio anunció que iban a reanudar la sesión. Jay remoloneó en su asiento fingiendo no haber oído nada. Aunque sabía que eso nunca ocurriría, a veces fantaseaba con que su ausencia pasase desapercibida y lo dejaran allí, echando una cabezadita mientras los demás trabajaban. Hyunsoo, por su parte, se levantó con tal rapidez como si hubiera espantado el cansancio de un plumazo. La gente se llenaba la boca alabando la dedicación y profesionalidad de su amigo a la hora de trabajar, pero él lo conocía mejor que nadie y sabía que, en el fondo, estaba más que harto de todo aquello. Simplemente llevaba el mundo del espectáculo en la sangre y comportarse de ese modo le salía de forma automática. Mientras Alex, Young y el propio Jay todavía eran unos niños que correteaban con sus respectivos amigos por el patio de sus colegios, Hyunsoo ya se movía entre las bambalinas de los platós de televisión acompañando a su madre. Le habían transmitido esa forma de trabajar de forma casi genética.

Las estilistas habían comenzado a dar los últimos retoques a sus ropas y maquillajes cuando Jay se percató de que, como de costumbre, Young y él eran los únicos que enseñaban más piel de lo normal. Aunque cualquiera estaría de

acuerdo en afirmar que Hyunsoo era el más guapo de los cuatro, a la compañía le gustaba presentarle con un aura principesca y distante. Por otro lado, la imagen de Alex era demasiado seria como para ir marcando musculito. Así que, al final, siempre eran él y Young los que acababan descamisados.

Transcurrió una hora más antes de que el director de la sesión se diera por satisfecho y los dejara libres. Tampoco le quedaban muchas opciones: durante los últimos minutos, el mánager de R*E*X había estado repitiendo que sólo contaban con hora y media para llegar a la siguiente cita, insistiendo en lo terrible que podía ser el tráfico de acceso a la Isla por la mañana.

En cuanto se subieron al furgón negro que ya consideraban su segundo hogar, Hyunsoo se quedó dormido, rascándole al día todos los minutos de sueño posibles. Young se había enfrascado en la lectura del manga de superpoderes que tanto le gustaba, ese que, después de haber intentado leer las dos primeras páginas para comprender mejor a su compañero, Jay había prometido no volver a tocar jamás. Alex, como de costumbre, estaba pegado a su móvil. Jay echó un vistazo por la ventanilla y comprobó que, tal como su mánager había vaticinado, delante de ellos había un gran atasco, así que se acomodó en su asiento y cerró también los ojos. Justo cuando estaba a punto de quedarse dormido, percibió la voz de Alex a su lado.

—Me he dado cuenta, Jay. —Cuando abrió los ojos y miró al líder del grupo, este seguía atento a su teléfono, así que ni siquiera se molestó en mostrarle que le estaba escuchando—. Espero que no lo hayas perdido.

Alex no había dicho de qué hablaba, pero Jay lo sabía perfectamente.

—No sé. Tal vez se lo presté a alguna amiga, ya me entiendes.

Trató de sonar indiferente, como si el colgante no le importase una mierda, pero la realidad era muy distinta. Por supuesto que le preocupaba. El día que se dio cuenta de que no lo llevaba encima, pasó horas buscándolo sin éxito. Al principio, Hyunsoo había bromeado sobre cómo habría quedado abandonado

en la ducha de algún hotel, pero al final se le había unido en la interminable búsqueda. Aunque era Jay el que lo llevaba, siempre había sido importante para los cuatro.

Todavía recordaba con claridad el día en que acabó en su poder. Fue la noche antes de su debut, cuando todos estaban en la cama intentando dormir sin demasiado éxito. Oyó cómo alguien se colaba en su habitación, esforzándose por no hacer ruido. Al encender la luz de la mesilla se topó con un Alex destrozado. Le temblaban las manos y tenía los ojos rojos e hinchados de haber llorado por algo que Jay, aún hoy, no había terminado de comprender.

Alex le puso el colgante en las manos y le rogó que lo guardara como su mayor tesoro. «Tal vez ahora no lo entiendas, pero yo no puedo quedármelo», le había dicho. Jay le prometió que lo protegería con su vida porque, en aquel entonces, hubiera hecho cualquier cosa para ver a su amigo sonreír de nuevo.

Sin embargo, las cosas habían cambiado. Hacía meses que sentía que Alex ya sólo vivía por y para WIMTS, como si los otros tres no fueran sino los peones de su propio ajedrez. Lejos habían quedado los secretos susurrados a altas horas de la noche, las escapadas a espaldas del mánager para comer pizza, y cuidarse los unos a los otros. Aunque nunca lo admitiría públicamente, haber perdido a Alex le dolía muchísimo. Claro que estaba preocupado por el colgante, pero no pensaba demostrarlo frente a él. Tal vez fuera una pataleta de niño pequeño, pero era la única forma de castigarle que se le ocurría.

—¿Qué más da, de todos modos? —insistió hurgando más en la herida.

Durante un segundo, Alex apartó la vista del aparato que tenía entre las manos, pero después volvió a clavar la mirada en él sin que de sus labios escapara una sola palabra.

—Es verdad. No importa.

En aquel preciso momento, Jay le hubiera dado un puñetazo.

Aquello era lo que más le molestaba: la frialdad y la indiferencia que se

habían apoderado de Alex. Hubiera preferido que le gritara, que le golpeará hasta dejarlo inconsciente por haber perdido algo que había significado tanto. Al menos eso hubiera indicado que Alex seguía sintiendo algo, que seguía importándole lo que pasase entre ellos. Que seguía pensando que merecía la pena luchar, no tanto por R*E*X o por WIMTS, sino por ellos cuatro como amigos que llevaban trabajando juntos sin descanso durante muchos años. Pero ya no conocía a aquel chico y ni siquiera sabía cuándo había empezado a perderle. Frustrado, se puso los cascos y se aisló del mundo exterior.



PAULA

Paula pasó los siguientes días apostada frente a la puerta de la discográfica WIMTS, como una fan más. Se levantaba muy temprano y, tras cargarse de provisiones para no morir de hambre y sed, se sentaba en una de las jardineras que adornaban la calle, donde esperaba hasta bien entrada la noche. Si bien sus vigiliass no fueron muy fructuosas, al menos consiguió averiguar algo más sobre las chicas que la acompañaban.

Ya era capaz de distinguir a las fans que acudían a diario de las que sólo se pasaban por allí una vez. Al tercer día, también empezó a notar las sutiles diferencias entre los idiomas que más se repetían. No todas las habituales eran coreanas, también había un entusiasta grupo de jóvenes chinas que residían en la ciudad. Algunas de las chicas que iban allí a diario eran bastante intimidantes y, salvo que fuera para gritarse cosas que no lograba entender, hablaban más bien poco, incluso entre ellas. El sexto día conoció a un grupito reducido de italianos, a los que las coreanas, poco acostumbradas a los fans masculinos, recibieron con sonrisitas tímidas. Fue al hablar con ellos cuando descubrió que tan sólo unos días después WIMTS iba a celebrar un *fansign* en un centro comercial de Yeouido.

Aquella era su gran oportunidad para reunirse con Jay. Antes de que los italianos hubieran terminado de explicárselo, Paula ya había decidido que, sin importar la hora intempestiva a la que tuviera que levantarse, iba a estar allí

en primera fila. Por fin podía abandonar la guardia delante del edificio de WIMTS.

Cuando llegó el día del *fansign*, Paula se vistió con la mejor ropa que había metido en su maleta y se maquilló como si fuera a una fiesta. Incluso había barajado la posibilidad de ponerse unos buenos zapatos de tacón. Entonces recordó la estampida de fans que la había atrapado el primer día y los descartó en aras de un calzado más funcional. A buen recaudo en su bolso se encontraba el disco que había comprado la tarde anterior y que sería su *ticket* de entrada.

A pesar de su escasa experiencia en esa clase de eventos, había visto suficientes vídeos en YouTube para poder anticiparse a lo que estaba a punto de ocurrir, pero una vez más la realidad superó con creces sus expectativas. Las paredes del centro comercial quedaban literalmente ocultas bajo los mismos pósteres gigantes de los miembros de R*E*X que había en WIMTS. Cuando cruzó las puertas, vio que el enorme recinto estaba abarrotado. La interminable fila formaba una espiral en torno al escenario que habían montado encima de lo que debía ser una fuente en el acceso principal, y después se perdía por uno de los pasillos repletos de tiendas. Algunas fans intentaban subirse a las columnas para tener mejor visibilidad de sus ídolos y otras muchas habían tomado posiciones estratégicas en los pisos superiores, donde ya tenían montada toda la parafernalia fotográfica. Había diversas pantallas donde no paraba de reproducirse el último videoclip del grupo, que lograba arrancar la misma cantidad de suspiros y exclamaciones entre la multitud con cada repetición.

Encima del escenario, un holograma en 3D mostraba las tres letras doradas que le resultaban tan familiares: R*E*X. Sobrecogida ante semejante despliegue de medios para una simple firma de discos, Paula pensó que no

podrían haber escogido mejor nombre para ellos. Aunque desde España siempre había sido consciente de que su grupo favorito gozaba de un gran éxito en Asia, en el poco tiempo que llevaba allí había confirmado que los R*E*X eran como una especie de corriente que generaba mareas. ¿Y acaso REX en latín no significaba «rey»?



CRIS

Segunda anotación en el cuaderno verde:

Para nosotras estaba siendo una mañana bastante tranquila. Kim, mi compañera y supervisora, recolocaba por tercera vez desde hacía dos horas los sacos de café del expositor. Yo, por mi parte, pasaba un trapo húmedo por encima de las mesas. En realidad, ya estaban limpias y tanto el agua como el trapo que estaba utilizando eran los mismos con los que había limpiado las ventanas. Pero no podéis culparme, en ese momento tenía la cabeza ocupada en otros asuntos.

El timbre del teléfono me sacó de mi ensimismamiento. Me giré a tiempo de ver a Kim cogerlo y ser testigo de cómo su cara reflejaba en un segundo una amplia gama de emociones. Confusión, diversión, mosqueo y, finalmente, una pregunta:

—¿Cuánta pasta han ofrecido por un *matcha*? —Su rostro, de normal tranquilo y casi inescrutable, reflejó el estupor más absoluto.

Dejó el auricular sobre el mostrador y desapareció por la puerta del almacén. Me quedé ahí de pie, al otro lado de la barra, con el trapo húmedo aún en la mano, escuchándola rebuscar entre las cajas. Pocos segundos después salió, jadeante, con una bolsa negra en la mano.

—¡Lo tenemos! —exclamó mientras agarraba el auricular—. Tenemos el

jodido *matcha*.

Intercambió unas últimas palabras con su interlocutor y colgó. Fue entonces cuando pareció percatarse de mi presencia.

—Cris, coge las llaves de mi coche —fue lo primero que dijo nada más colgar—. Te necesitan en Gloucester.

Agarré al vuelo la bolsa de té que acababa de lanzarme y luego conduje durante quince minutos sin entender nada. En la puerta del Starbucks de Gloucester me esperaba Declan, el barista que había llamado por teléfono pidiendo auxilio.

Declan me arrebató la bolsa de té de las manos murmurando algo ininteligible y se apresuró a entrar en el café. Nos conocíamos del curso de formación de la empresa, y puedo afirmar que no era propio de él comportarse de ese modo: algo importante debía de estar pasando. Más tarde comprendería que la gente suele actuar de un modo muy distinto a su verdadera naturaleza cuando Jay irrumpe en sus vidas. El pobre Declan Desmond no iba a ser una excepción, y yo tampoco lo fui.

Esquivé a tres ruidosas adolescentes que se agolpaban ante el local y lo seguí hasta el interior.

—Creo que te has convertido en la heroína del día.

Otro de los camareros, Shawn, al que yo conocía algo mejor porque había estado saliendo un tiempo con una chica de Leadworth, me agarró de los hombros con la risa brillándole en los ojos. Me di cuenta de que yo aún llevaba puesto mi uniforme y enseguida me quité el delantal, antes de que alguien me pusiera a servir cafés a los clientes de Gloucester.

—¿A qué viene tanta prisa? —le pregunté a Shawn—. Kim me dijo que alguien ha ofrecido igualar las propinas de todo el mes si conseguían un *matcha*.

Ambos seguimos con la vista a Declan, que se afanaba en preparar la

bebida.

—Oh. —Shawn señaló el grupo de sillones del fondo, en el apartado más discreto del local—. Resulta que tenemos visitas del Lejano Oriente.

Observé al grupo de asiáticos que se reunían en aquella zona. Un par tecleaba en un portátil, el resto hablaba por teléfono en un rápido idioma ininteligible para mí. Sólo uno permanecía tranquilo, sentado en el sillón con las piernas y los brazos cruzados. Nuestras miradas se encontraron por un segundo. Retiré la mía con rapidez.

—¿Quién..., quiénes son?

Shawn soltó un bufido y los observó con sorna.

—¿Has oído hablar de R*E*X?

—¿El perro?

—¿Perdona? ¿Qué perro?

—Rex, el perro de esa serie, el que va con aquel poli austriaco.

Shawn me lanzó una mirada indescifrable.

—No, el perro no. Me refiero al grupo chino, japonés o lo que sea. ¡El capullo ese que ha venido hasta un Starbucks inglés y no se le ocurre otra gilipollez que la de pedirse un jodido *matcha*!

—Espera —lo interrumpí—. ¿Un cantante? ¿Todo esto es porque un famoso ha entrado al local y quería su té?

Shawn puso los ojos en blanco a modo de asentimiento.

—Sólo sé que se ha plantado aquí con su cara bonita y su corte de lameculos y no han dejado tranquilo a Declan hasta que no han conseguido el té para su majestad el Rey de los Capullos —bufó—. Tía, una vez en Heathrow obligué a Elton John a respetar la cola de facturación. *Sir* Elton John... —repitió, haciendo énfasis en el título como si aquello aumentase el mérito de su hazaña—. ¿Quién es este tío? Será el no va más en su país..., pero aquí es como tú y como yo, joder. ¿Quién coño lo conoce?

En ese momento, una imagen reciente me vino a la mente: las chicas que había esquivado al entrar en el café. Tres jovencitas nerviosas que escrutaban a través del cristal sin atreverse a entrar.

—Enseguida vuelvo.

Fui al exterior. Las tres chicas me miraron. Tenían los ojos como platos y parecían estar manteniendo un serio debate que mi presencia había interrumpido. Dos de ellas iban vestidas de manera informal y cargaban bolsas con libros. Tenían toda la pinta de haber salido del instituto antes de lo normal. La tercera llevaba el uniforme propio de las dependientas del centro comercial Harvey Nichols. Me apoyé en la pared, cerca de ellas, y tanteé con las manos en busca de mi paquete de chicles.

Mierda. Me lo había dejado dentro, en el delantal.

—¿Qué tal, chicas? —saludé cordial.

Ellas me observaron con ansia.

—¿Trabajas aquí? —Estudiante n.º 1 señaló el emblema del Starbucks sobre el pecho de mi camisa blanca.

—¡Cuéntanos cómo es Jay en persona!

—¿Jay? —repetí—. ¿Es así como se llama?

¡Lo sabía! Las chicas estaban ahí por él.

—Jay. —La chica del uniforme de Harvey Nichols repitió el nombre, extasiada. Sus ojos brillaban con devoción. Daba un poco de miedo—. Es uno de los miembros de R*E*X —os prometo que de alguna manera se las apañó para que pudiese escuchar los asteriscos entre las letras—, el grupo de K-pop más popular. Las *crowns* han formado el club de fans más numeroso de toda Asia. Evidentemente, también hay *crowns* en Europa. No somos muchas, pero hemos creado foros de Internet —añadió orgullosa—, descargado todos sus álbumes, visto todos sus *doramas* y seguido todos sus *fanmeetings*.

No entendí una sola palabra de lo que Harvey Nichols me estaba diciendo.

—¿*Crowns*? —pregunté extrañada. Me miraron como si fuese una ignorante, y comprendí que ese era el nombre que usaban para los fans.

Las tres chicas se animaron al hablar en voz alta de su ídolo. Sin embargo, Estudiante n.º 2 supo reaccionar de manera más productiva. Buscó en los bolsillos de su mochila y me tendió un paquete de cigarrillos Lucky Strike.

Fruncí la nariz y lo rechacé; con mi insana adicción a los chicles ya tenía bastante.

—Has estado con ellos, ¿verdad? —intervino con voz melosa mientras acercaba la llama de su mechero a su propio cigarrillo. Yo dudaba de que tuvieran edad suficiente para comprar tabaco—. ¿Dejarán que nos acerquemos?

—Sólo he venido a traer un paquete. No he hablado con ellos. De todos modos, ¿por qué les va a importar que lo saludéis? Sólo sois tres. Estará encantado de saber que tiene fans en Europa.

Dulce inocencia la mía en ese momento al creer que Jay o cualquiera de los otros miembros de R*E*X a los que aún no conocía podrían llegar a sentirse cómodos al ver a tres desconocidas acercarse a ellos, ya fuera en Europa o en Corea. Tardaría un tiempo, cuando mi vida ya era bastante distinta, en entender que aquel grupo había desarrollado una relación algo disfuncional con algunas de sus fans acérrimas. Pero, por aquel entonces, yo todavía no conocía la historia de *Insomnia*, el gran cantante que les precedió en su compañía discográfica, muerto a manos de un fan.

Las tres amigas, alentadas por mis palabras, intercambiaron miradas de esperanza.

—¿Y si nos acercamos? —aventuró una de las estudiantes—. Yo me conformo con que nos dé la mano.

No hubo tiempo de que las otras respondiesen. La puerta de la cafetería se abrió con energía y la comitiva de asiáticos comenzó a salir por ella. Primero

un par de mujeres cargadas con maletines de maquillaje, después unos hombres trajeados y tras ellos, entre dos corpulentos guardaespaldas, el objeto del deseo de las tres muchachas: Jay.

Ni en nuestras peores pesadillas alguna de nosotras podría haber imaginado lo que estaba a punto de ocurrir.



PAULA

Tras varias horas de espera, una voz masculina empezó a hablar por la megafonía del centro comercial. Paula supuso que acababa de anunciar la llegada de R*E*X, ya que la reacción entre las fans fue inmediata: empezaron a gritar emocionadas y trataron de avanzar unos pasos más en dirección al escenario. Sintió cierta compasión por las que estuvieran en primera fila. Las pantallas empezaron a mostrar una serie de fotografías de los cuatro chicos mientras una voz en *off* recitaba sus nombres. Tras un repentino estallido de confeti dorado, los chillidos se extendieron por todo el recinto. Detrás de aquella lluvia de papelitos, R*E*X había hecho su aparición estelar.

Tardó casi dos horas en alcanzar la zona donde se encontraba el escenario. Cuando ya casi estaba a punto de llegar, vio que delante de ella, separadas por unas quince personas, había otra chica occidental. Era alta, bastante flaca y rubia, por lo que destacaba sobremanera en la multitud de chicas morenas entre las que se incluía Paula. Llevaba unas Converse negras, unos vaqueros llenos de agujeritos y desgarrones, y una camiseta demasiado grande de los Guns N' Roses. Su vestimenta también la hacía resaltar entre todas las fans que había por allí y que no dejaban de mirarla de reojo. Habría esperado encontrarse a aquella chica en uno de aquellos festivales de música que todos los años organizaban en la costa levantina, pero parecía muy perdida en la cola de un grupo K-pop. Además, se la veía bastante inquieta y no dejaba de

juguetear con una especie de colgante que llevaba entre las manos. Durante los siguientes minutos, no dejó de observarla con curiosidad, deseando haber estado a su lado en la fila.

Conforme avanzaban, Paula empezó a ponerse todavía más nerviosa y, cuando ya le estaba llegando el turno a la chica rubia, se le encogió el estómago. Desde allí ya podía ver a los cuatro miembros de R*E*X con total claridad. Sus ojos se dirigieron de inmediato a Jay, que se sentaba el tercero por la izquierda. Aunque tenía aspecto de estar cansado, Paula sintió ganas de llorar al comprobar que seguía tan maravilloso como lo recordaba en su mente. Una conmoción delante de ella hizo que apartara la vista del chico y volviera a centrarse en el reducido número de personas que la separaban de él.

Para su sorpresa, la chica rubia estaba inmóvil sobre el primer escalón, como si se hubiera quedado bloqueada y no pudiera continuar. Tras unos segundos incómodos donde las fans la presionaron para que siguiera hacia delante, se giró con la cara pálida, se agachó para pasar por debajo del cordón que mantenía el orden en las filas y se dirigió a toda velocidad hacia la puerta. Paula la siguió con la mirada, preguntándose qué le habría hecho cambiar de idea, pero a nadie más pareció importarle y la fila siguió avanzando.

Cuando llegó su turno, subió los cuatro escalones esforzándose en controlar la respiración. Una vez arriba, uno de los organizadores la empujó sin delicadeza hacia la mesa donde Young, el más joven de los miembros de R*E*X, le entregaba el CD a una muchacha vestida con uniforme escolar. El cantante miró directamente a Paula, con una sonrisa radiante, y le preguntó su nombre en un inglés un tanto torpe. Estaba claro que no la había reconocido. Paula sintió por un instante la irrefrenable tentación de explicarse, pero el hombre que la había llevado hasta allí a trompicones volvió a empujarla para que pasara al puesto de Hyunsoo, que tampoco dio señales de saber quién era.

No los culpaba. Estaba segura de que se veían obligados a trabajar con decenas de personas todos los días y, al fin y al cabo, Young y Hyunsoo eran los dos miembros del grupo con los que menos había tratado.

Para cuando Hyunsoo estaba a punto de devolverle su CD, Paula ya no era capaz de escuchar nada que no fuera su propio corazón latiendo con fuerza contra sus oídos. Jay estaba a medio metro de distancia. Llevaba el pelo retirado de la frente, un estilo que a ella siempre le había parecido que le sentaba a la perfección y que potenciaba su mirada. Aunque le encantaban los ojos del chico, su punto débil siempre había sido su voz, raspada y profunda. Se moría de ganas de volver a escucharla. Con un hormigueo extendiéndose por todo su cuerpo, se colocó frente a él, tendiéndole el CD con ambas manos y esbozando la mejor de sus sonrisas.

—¡Hola!

—¿Nombre? —preguntó él con tono cansado, sin siquiera levantar la vista del papel.

—Paula.

Tal vez era demasiado esperar que, tal y como había fantaseado en varias ocasiones, él la reconociera tan sólo por su voz. Pero le pilló por sorpresa que ni siquiera al decirle su nombre despegara la mirada del disco que tenía frente a sí. Paula trató de buscar las palabras en su cabeza. Era consciente de lo difícil que sería volver a tener una oportunidad como aquella, pero la falta de reacción por parte de Jay la había paralizado.

Su mente no dejaba de insistir en que no podía marcharse de esa manera, pero su boca permanecía sellada. «Mírame, estoy aquí». Casi había conseguido materializar las palabras cuando aquel maldito encargado la empujó una vez más hacia su izquierda, dejando su lugar frente a Jay libre para ser ocupado segundos después por una fan emocionada. Paula se quedó clavada en el sitio, incapaz de apartar la vista del chico. ¿Cómo era posible

que ni siquiera se hubiera dignado a levantar la cabeza? Sintió una corriente de vergüenza.

—¿Paula?

Horrorizada, se giró en dirección a la voz. Alex, el líder de R*E*X, la miraba con una ceja alzada, sorprendido de verla allí. Eso terminó de mortificarla; aquel chico acababa de contemplar uno de los momentos más bochornosos de toda su vida.

—¿Qué haces aquí? —insistió Alex, en su perfecto inglés con marcado acento americano.

—He venido de vacaciones —contestó ella, también en inglés, demasiado rápido y de forma poco convincente.

Un brillo de comprensión se apoderó de los ojos de Alex, que lanzó un vistazo hacia donde se sentaba Jay. Estuvo a punto de añadir algo más, pero, antes de que lo hiciera, Paula bajó del escenario de un salto, alejándose en dirección a la puerta a toda velocidad y sin mirar atrás.

De forma casi inconsciente, se dirigió al Stardust, la cafetería que había descubierto en su primer día en la capital coreana. Desde muy pequeña, cuando se sentía triste, se encerraba en su cuarto, rodeada de sus peluches y escondida bajo su colcha de flores favorita. Pero la habitación de su hotel poco tenía que ver con esa sensación reconfortante del hogar. Aunque no era lo mismo, al menos aquella cafetería le transmitía paz y calidez, y eso era lo más cercano a sentirse como en casa que podía esperar de esa ciudad. Se acomodó en su mesa habitual y dejó que se desatara el hilo de sus pensamientos.

Los «¿qué demonios le pasa a Jay?» o, mejor aún, «¿qué demonios hago yo aquí?» pronto fueron sustituidos por ideas más positivas. «Tal vez no me oyó bien», «tal vez conozca a más Paulas», «seguro que simplemente está cansado». Empezó a repetirse esas frases casi como un mantra y, poco a poco, pasó a sentirse algo mejor. Aun así, no podía olvidar que se le acababa el

tiempo. Sólo le quedaban dos días de estancia pagados en el hotel de Yeouido y no quería gastarse de golpe todo el dinero que tenía ahorrado. La mera idea de esconder el rabo entre las piernas y volver a su casa, a su tediosa rutina, con las manos vacías, le horrorizaba. Tal vez, haciendo malabares, podría ganar uno o dos meses más de estancia en el país, pero, desde luego, no manteniendo el nivel de gasto que había llevado hasta entonces.

¿Merecería la pena hacer el esfuerzo? «Jay sólo está cansado», volvió a repetirse. Era obvio que se había equivocado al pensar que su felices para siempre iba a ser un camino de rosas, pero estaba segura de que el problema residía en que no había calibrado bien hasta qué punto R*E*X era inaccesible en su país natal, porque si de algo estaba segura era de que sus sentimientos hacia él eran recíprocos.

Un par de días después de que comenzaran los ensayos para el concierto de R*E*X en Barcelona, Paula se quedó a solas con Jay por primera vez. Hasta entonces, se había limitado a admirar a sus cuatro ídolos en silencio, ocultando al resto de sus compañeros que era una acérrima seguidora del grupo y que, de no haber obtenido ese trabajo de forma milagrosa, estaría batallando con el resto de fans para conseguir los mejores asientos del concierto.

Pero aquel día, Jay le dirigió la palabra por primera vez, pidiéndole que se quedara tras la sesión con el resto del equipo para perfeccionar la coreografía. Paula sintió que un escalofrío le recorría la espalda. No es que temiera estar haciendo mal su trabajo; aunque él era un bailarín estupendo y, por lo visto, un perfeccionista extremo, estaba bastante segura de sus propias habilidades. Ahora bien, la simple perspectiva de quedarse con él a solas le produjo una sensación indescriptible en el estómago.

La música volvió a sonar y, antes de que pudiera darse cuenta, el chico se

situó detrás de ella y le rodeó la cintura con un brazo. Repitieron paso tras paso, movimiento tras movimiento, un millar de veces, pero él nunca parecía estar conforme y Paula fue incapaz de relajarse. Cada vez lo sentía más cerca, con la respiración entrecortada sobre su cuello, haciendo que se le erizara hasta el último rincón del cuerpo. Sus manos, sorprendentemente bonitas pero grandes y masculinas, quemaban en su piel. Fue en aquel momento cuando él, con una mano en sus caderas y la otra recorriendo su columna vertebral, la atrajo hacia sí. Sorprendida, tardó en reaccionar unos segundos y, cuando lo hizo, la intensa mirada de Jay la obligó a separarse de golpe y salir corriendo hacia el baño.

Abrió el grifo del agua fría, mojándose la cara y la nuca. Necesitaba centrarse y aclarar sus ideas antes de cometer alguna imprudencia. Le pareció una completa locura verse allí mismo, bailando así con alguien que hasta hacía unos días había sido un ser inalcanzable, el protagonista de esa maravillosa fantasía que era para ella R*E*X, Corea del Sur y el K-pop. No es que sintiera ningún tipo de pudor, pero acumulaba varias malas experiencias. Era consciente de que tendía a ser demasiado enamoradiza y, ante una situación que cualquiera tomaría como un rollo pasajero de una noche, siempre acababa con el corazón roto. Cuando su pulso recobró un ritmo normal, oyó cómo la puerta se abría y se volvía a cerrar. No necesitó mirar para saber que Jay estaba allí, a pocos metros de ella. Paula se dio la vuelta y lo encaró. Él la observaba con intensidad.

—Si quieres que te deje sola, lo haré —le dijo en inglés con voz suave.

Paula supo que estaba perdida y negó con la cabeza.

—No quiero que te vayas.

Jay acertó la distancia que los separaba. Antes de que pudiera darse cuenta de cómo había pasado, y sin mediar palabra, la ropa de ambos acabó esparcida por el suelo y sus manos empezaron a tocarse casi con

desesperación. Él la cogió entre sus brazos y la levantó, apoyándola contra la pared llena de grafitis con poca delicadeza, mientras ella le rodeaba la cintura con las piernas. Y así había sido como, con Jay gimiendo en su oído, Paula comprendió que no volvería a ser capaz de escuchar una canción de su grupo favorito sin ruborizarse.



CRIS

Tercera anotación en el cuaderno verde:

Soy consciente de que en la primera página de este cuaderno prometí narraros detalladamente algunos de los momentos absurdos y bochornosos por los que he pasado en los últimos meses. Creedme que no lo he olvidado. Dejad que os avance que uno de esos momentos terribles fue sin duda el día en que, poco después de llegar a Corea del Sur, salí huyendo del *fanmeeting* de R*E*X, justo antes de que llegase mi turno de presentarme ante ellos.

Pero vais a necesitar un poco de paciencia hasta conocer esa historia. Recordemos que mi última anotación concluyó conmigo en Gloucester, sin planes inmediatos de coger un vuelo al otro lado del mundo. Desde entonces hasta mi relato sobre el *fanmeeting* en Seúl hay un importante salto temporal que debo rellenar, así que vamos a ello.

En primer lugar, recapitulemos:

Puerta del Starbucks en Gloucester, Inglaterra. Tres amigas adolescentes, una de ellas con el uniforme de Harvey Nichols. Un ídolo surcoreano rodeado de su corte de estilistas, algún que otro mánager y su guardaespaldas, abandonando el lugar...

Y por supuesto, yo. Cris, la dulce e inocente Cris, en pleno proceso de aceptación del empeoramiento de su enfermedad, a punto de sufrir estrés

postraumático.

Ellos se fueron muy rápido, ese fue el problema. Nadie se dio cuenta de que un pequeño colgante quedaba olvidado en uno de los sillones verdes del Starbucks.

Nadie excepto esas tres amigas que, tras ver a Jay abandonar la cafetería, se precipitaron a su interior en dirección a la mesa que habían dejado vacía. Un par de minutos después, reaparecieron en la puerta. Estudiante n.º 1 posaba los labios sobre un vaso de cartón del Starbucks, todavía con restos de té en su interior.

—¡Es casi como si le estuviera besando! —exclamaba con voz soñadora.

Yo puse los ojos en blanco. Empezaba a plantearme marcharme de vuelta a Leadworth cuando la tercera de ellas, Harvey Nichols, cruzó la puerta del Starbucks con algo brillante en la mano, observándolo con devoción. Era una cadena fina, de la que colgaba un anillo circular, poco llamativo.

Las otras dos ahogaron un grito al verla. Yo las observé con nula curiosidad. ¿Y ahora qué? ¿Qué significaba aquel insulso colgante?

—¡Se lo ha olvidado! —gritó una de ellas—. ¡No puede ser!

Harvey Nichols temblaba de la emoción. Su cuerpo se convulsionaba como si, en lugar de un simple complemento, tuviese en sus manos el mayor tesoro del mundo. Comenzó a andar en dirección al cruce frente al Starbucks por el que había desaparecido el grupo de asiáticos.

—Tengo que encontrarlo y devolvérselo —susurró sin dejar de mirar el anillo—. No pueden andar muy lejos. ¿Adónde han ido? ¿A la catedral?

Sus amigas se encogieron de hombros dudosas, sin saber qué hacer. Una de ellas me miró, esperando que yo pudiera ayudarlas. En ese momento, un hombre asiático, trajeado, apareció al otro lado de la avenida, andando con energía hacia una de las bocacalles cercanas. No era uno de los coreanos, sólo un tipo cualquiera, un vecino de Gloucester, posiblemente rumbo a casa tras la

jornada laboral. Una jugarreta del destino. Harvey Nichols estaba demasiado nerviosa para darse cuenta y saltó a la calzada con la mano en alto agitando su colgante.

Lo último que se oyó, antes del horrible sonido del cuerpo golpeando el pavimento, fue el claxon desesperado del autobús y los gritos de sus dos amigas a mi lado.

Y así fue como Jay mató a Harvey Nichols.

2. *Llamando a las puertas del cielo*



JAY

Jay devoró el último trozo de pizza que The Golden Palace, el fancafé oficial de R*E*X, les había enviado. Resultaba difícil no dejarse llevar por la ansiedad imperante a su alrededor. Aquel día implicaba el regreso de su grupo a los programas musicales surcoreanos después del año y medio que habían dedicado a recorrer gran parte del planeta con su séptima gira, y el equipo de WIMTS había trabajado muy duro para que la puesta en escena fuera impecable.

Pero él no podía estar menos entusiasmado. Las promociones de un nuevo disco suponían la ocasión perfecta para presentarse ante el público y sentir el calor de su entusiasmo en los escenarios, aunque también implicaban más horas de trabajo y muchas menos de sueño, así como la constante presencia de la prensa allá donde fueran. Su cuerpo todavía recordaba lo agotadoras que habían sido las últimas promociones, donde las horas de descanso habían sido mínimas. Habían pasado semanas enteras durmiendo sólo en los ratos que arañaban entre cada una de sus actividades mientras los mánager les conducían de un lado a otro de la ciudad. En aquellos momentos, casi se sentía agradecido de los atascos que siempre se formaban en Seúl, pues les garantizaban tiempo extra de sueño sentados en los asientos de su furgoneta.

Aquel día, como pistoletazo de salida para la promoción de su nuevo sencillo, habían acudido a primera hora a los estudios de la KBS para grabar

la introducción que retransmitirían justo antes de su actuación en directo en el programa musical de esa misma tarde. A continuación, con el sol asomando tímidamente por el horizonte, habían salido hacia Apujeon para asistir a uno de los programas de radio matinales más escuchados del país. Tras ello, los encerraron durante un par de horas en una nave industrial abandonada para grabar el anuncio de una cadena de restaurantes de pollo frito que al parecer iban a patrocinar a partir de entonces. Después de un rápido almuerzo, habían vuelto una vez más al edificio de la KBS para ensayar su presentación y, por fin, a las seis, el programa había dado comienzo, dejándolos a los cuatro atrapados en el camerino a la espera de su momento. Porque, por supuesto, los legendarios R*E*X aparecerían los últimos.

Cuando asistían a ese tipo de programas, en los que todos los colegas de profesión parecían ansiosos por acercarse a su camerino y saludarles, Jay se sentía tremendamente viejo. A pesar de su juventud, R*E*X llevaba bastantes años en la industria musical del país, si tenían en cuenta que la mayoría de los grupos de K-pop que funcionaban habían surgido siguiendo su estela. WIMTS, la empresa de R*E*X, era considerada por muchos parte fundamental de la creación del pop coreano como fenómeno musical, un género del que se decía que R*E*X había revolucionado y transformado en lo que era ahora. Durante sus primeros años, cuando eran ellos los que corrían detrás de los artistas más reconocidos, Jay se había sentido como pez en el agua, pero el número de grupos recién debutados había ido creciendo de forma exponencial y ya no conocía el nombre de ninguno de los jovencitos que lo saludaban por los pasillos con la admiración reflejada en los ojos. Alex, como líder, todavía seguía esforzándose en intentar memorizar todas esas caras y nombres, aunque a él le resultaba imposible. Podría achacarlo al cansancio, pero en el fondo sabía que, en realidad, había dejado de importarle.

De pronto, la voz aguda y cantarina de la presentadora del programa le

sacó de su ensimismamiento. Jay reparó en que todos los presentes habían dejado sus funciones a un lado para dirigir su atención hacia la pantalla de televisión instalada en la sala. Al parecer, la jovencísima chica que aparecía en la imagen acababa de anunciar que la siguiente actuación sería el esperadísimo debut de Warrior.

Warrior. Ese nombre sí lo conocía. A decir verdad, era imposible vivir en Corea del Sur y no conocer a aquel grupo que, incluso antes de debutar, aparecía sin cesar en los medios de comunicación. Warrior contaba con ocho miembros que habían sido seleccionados a través de un programa televisivo de audiciones. Tras aquello, la empresa había emitido durante dos años un *reality show* que seguía el entrenamiento de los chicos y su preparación musical. La popularidad del programa había sido abrumadora desde la primera emisión, por lo que antes de presentarse ante el país como grupo de manera oficial, ya habían conseguido un buen puñado de acuerdos publicitarios y su propio club de fans.

Jay debía admitir que tenían bastante talento, que además iba de la mano de una imagen impactante que encajaba a la perfección con la música potente que les caracterizaba: eran altos, fuertes y de músculos definidos, lo que les hacía destacar entre los ídolos de K-pop. Para los más jóvenes, eso suponía un punto de inflexión, algo nuevo que les permitía rebelarse, aunque sólo fuera un poquito, contra la autoridad y el puritanismo de sus familias. Cuando se empezó a hablar de ellos en todos los medios de comunicación, el nombre de R*E*X no tardó en aparecer: «Los nuevos R*E*X», «¿Se repite el fenómeno R*E*X?», «¿Serán los Reyes destronados?». Dos años después, Jay recordaba aquellos titulares casi con diversión, pero, en aquel momento, los cuatro habían pasado horas frente al ordenador de Hyunsoo viendo cómo se desataba en la red la guerra entre las *crowns* y las fans de Warrior. Por ambas partes, la mayoría de los comentarios rozaban lo infantil, pero él recordaba con especial

cariño la respuesta de una fan de Young.

«No voy a negar el potencial de Warrior ni voy a perder mi tiempo insultándoles. ¿Sabéis por qué? Porque, en realidad, para nosotras no importa si son o no los nuevos R*E*X. No importa si tienen o no más talento. Lo único que importa es que no son ellos. No son las voces que me ponen los pelos de punta, no son los chicos que me enamoraron con su música y sus sonrisas, no son los artífices de las canciones que me acompañaron por las noches cuando murió mi madre o cuando me gradué en el instituto. R*E*X son especiales para ti y para mí, y nada ni nadie podrá cambiar eso».

Recordaba haber pensado entonces que, por muy dura que le resultara aquella vida, todavía merecía la pena seguir luchando por fans así. Pero, con el paso del tiempo, cada vez le costaba más mantener aquel pensamiento positivo y a veces, sólo a veces, deseaba que Warrior arrasara con todo y los borrara del mapa para siempre.

A juzgar por el ambiente general en su camerino, ese día había llegado. Warrior estaba a unos segundos de hacer su debut oficial y, por lo que se intuía en la pantalla, venían pisando fuerte. La música que sonaba de fondo parecía el *remix* de una canción sacada de alguna película de gladiadores, con un bajo grave y rítmico que hacía retumbar los oídos y que otorgaba a la música una fuerza inusual a la que pronto se sumaron las voces de los chicos. Su canción hablaba sobre luchar para encontrar tu propio lugar en el mundo, y tanto la coreografía como la escenografía recreaban esa batalla continua. Los ocho chicos vestían como si fueran guerreros romanos del mundo moderno, y a los pasos de baile y las acrobacias les seguían escenas de lucha perfectamente coreografiadas. Aparentaban ser mayores de lo que realmente eran; a Jay le resultaba difícil creer que el mayor de ellos apenas hubiera cumplido los diecinueve.

Cuando la canción terminó, culminada por una voltereta en el aire propia

de una película china de artes marciales, el camerino de WIMTS se sumió en un profundo silencio y, aunque ya nadie parecía prestar atención a la emisión, siguieron mirando la pantalla con los ojos abiertos de par en par, como si en sus retinas continuara repitiéndose una y otra vez lo que acababan de ver. Sólo parecieron volver en sí cuando, instantes después, los móviles de todos ellos empezaron a sonar con insistencia.

—Están inundando Internet con artículos sobre Warrior —comentó uno de los estilistas—. De hecho, ya nos han superado en las listas de búsquedas de Naver.

De forma inconsciente, Jay miró de reojo a Taehyun, el mánager que más años llevaba con ellos y al que odiaba con más intensidad. A pesar de que apenas tenía cinco o seis años más que él, llevaba trabajando en WIMTS desde antes de su debut y, desde el principio, había sido asignado al equipo personal del grupo, donde, para desgracia de Jay, de un tiempo a esta parte se había convertido en el mánager principal. Aquel hombre era implacable y jamás se planteaba la posibilidad de que los miembros de R*E*X fuesen humanos y necesitasen descansar; siempre encontraba nuevas oportunidades para ponerlos a trabajar. WIMTS debía de estar encantada con la labor de Taehyun, pues cumplía su cometido a la perfección: estrujar hasta el último minuto la agenda de R*E*X para sacar el mayor beneficio posible, limitando al mínimo la posibilidad de cualquier escándalo o comportamiento inadecuado. En aquel momento, el mánager tenía los puños tan apretados que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Me da exactamente igual lo que hagáis para conseguirlo —les advirtió con tono amenazante, casi sin despegar los labios—, pero más os vale que cuando acabe este programa sólo se hable de vosotros.

Antes de que Jay pudiera contestarle de malas maneras, Alex habló por los cuatro:

—No te preocupes, Taehyun. Haremos todo lo que esté en nuestras manos.

El aludido les dirigió una mirada gélida. No dijo nada más. Tras colocarse de nuevo el teléfono sobre a la oreja, salió de la sala. Cuando la puerta se cerró, librándolos de su presencia, Young y Hyunsoo se giraron hacia su líder con gesto preocupado.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? —susurró Young—. No pretendo sonar engreído, pero los cuatro sabemos que ya hemos alcanzado el máximo nivel. Aunque nuestra actuación sea perfecta, eso es lo que se espera de nosotros y no va a ser una sorpresa.

—Se nos tendrá que ocurrir algo. —Alex se pasó un dedo por los labios, nervioso, como si fuera a morderse las uñas—. Y rápido.

—Si con ese algo te refieres a que te lancemos por los aires al estilo Warrior, estaré encantado de colaborar —contestó Jay con sorna. Detestaba con toda su alma cuando Alex se ponía de parte de la empresa en cosas así, como si fuera su perrito faldero—. Pero dudo que eso vaya a gustarle mucho a nuestro adorado mánager. No creo que agradezca que lastimemos a su niño bonito.

Alex no contestó. Se limitó a poner los ojos en blanco y girar la cara en la otra dirección. Jay soltó un bufido de frustración, pero la aparición de uno de los jóvenes ayudantes de Taehyun en la sala hizo que no siguiera insistiendo en el tema.

—Tenéis que salir ya —anunció el chico con el ceño ligeramente fruncido—. Creo que con que les deis un poco de espectáculo será suficiente. Ya sabéis, algo de carnaza... Aunque la verdad es que no se me ocurre nada —añadió, frotándose la barbilla, pensativo—. Lo siento.

—¿Dónde quedaron los tiempos en los que la música era lo más importante? —Hyunsoo suspiró mientras se ponía en pie, con un brillo peligroso iluminando su mirada—. Vamos, chicos, si lo que quieren es

carnaza, carnaza tendrán.

No añadió nada más, pero Jay sabía que a su mejor amigo se le había ocurrido una idea.

Fuera, el estudio de grabación estaba lleno de fans que comenzaron a gritar histéricas en cuanto percibieron las sombras de los cuatro chicos tomando posiciones en el escenario. Con el sonido del piano que daba comienzo a su nuevo sencillo, un único foco iluminó a Young, sentado en una silla, con la que empezó a bailar siguiendo el ritmo de la melodía. Finalmente, con un golpe de música, el escenario se quedó a oscuras un instante y entonces se iluminó por completo, revelando al resto de componentes de R*E*X y desatando la locura colectiva. La coreografía que habían preparado jugaba con elementos como las sillas, los micrófonos, los tirantes y los sombreros que habían elegido sus estilistas, haciendo que parecieran recién salidos de una película de espías de los años veinte.

Desde su posición, y a pesar de los focos, Jay podía distinguir los rostros llorosos de las chicas de la primera fila. Aquellas chicas, cargadas con grandes objetivos, habían acudido a casi todos sus eventos desde que habían debutado años atrás. Hacían fotos de cada aparición pública y después las subían a las páginas web dedicadas a cada miembro que ellas mismas manejaban y que recibían miles y miles de visitas diarias. Al final, habían aprendido a reconocerlas y a algunas de ellas eran capaces de llamarlas por sus nombres. Jay no podía negar que en más de una ocasión se había sentido tentado de intimar algo más de lo debido con la dueña de *Sexy&The Beast*, el sitio fan más numeroso dedicado a él, pero sabía que, de haberlo hecho, Alex le hubiera matado para después condenar su espíritu a vagar por los pasillos de WIMTS eternamente. Las fans de las siguientes filas, las que no tenían sus manos ocupadas con cámaras o teléfonos móviles de última generación, sujetaban toallas doradas con el logo de The Golden Palace, en las que se

podía leer «LARGA VIDA A LOS REYES», y coreaban sus nombres.

A decir verdad, esa era la parte de la fama que más le gustaba. Cada vez que recordaba la primera vez que actuaron en el Tokyo Dome ante más de cincuenta y cinco mil fans que cantaban y movían sus *lightsticks* al unísono, todavía se le ponía la piel de gallina. Aunque el aforo del estudio de grabación de la KBS era mucho más humilde, esos momentos eran de los pocos que todavía seguían emocionándole. Sin embargo, del mismo modo que le había pasado a *Insomnia*, su predecesor en WIMTS, y como también acabaría ocurriendo con *Warrior* y todos los grupos que vinieran después de ellos, sus sueños habían acabado por convertirse en pesadillas. Era cierto que la gran mayoría de las fans se contentaban con las interacciones que él había imaginado, pero había un grupo, especialmente nutrido en el caso de R*E*X, que parecía tener como único objetivo vital convertirse en sus sombras allá donde fueran. En una ocasión, cuando todavía vivían en el dormitorio que WIMTS les había asignado poco antes de debutar, descubrieron a dos de ellas entrando por la puerta del piso que compartían. Con el tiempo, y con el traslado a una zona más segura, la situación había mejorado, aunque todavía resultaba inquietante en ocasiones.

La actuación estaba siendo perfecta; no obstante, como bien había apuntado Young, aquello era algo que ya se suponía. Hacía tiempo que habían alcanzado la cima, y desde ahí el único camino posible era cuesta abajo. La idea de Hyunsoo parecía haberse quedado en el tintero, puesto que la canción estaba llegando a su fin y aún no había hecho nada extraordinario. Tal como habían practicado, él y Alex se sentaron en las dos sillas del fondo, dando la espalda al público. Aunque no podía verlos, sabía que Young y Hyunsoo se habrían sentado en las delanteras, el uno frente al otro, adoptando el tipo de mirada penetrante que derrite corazones. En el momento en el que la melodía llegó a su fin, y antes de que la voz de los presentadores resonara por los

altavoces, la sala estalló en gritos una vez más, pero de una forma muy diferente a la primera. Jay estuvo seguro de que, al final, Hyunsoo había conseguido hacer algo que había enloquecido a las fans. Aun así, cuando se levantó del asiento, sólo vio a sus tres compañeros haciendo reverencias en dirección al público, así que se limitó a unirse a ellos.

De camino al camerino, Alex prácticamente arrastraba a un pálido Young, mientras que Hyunsoo caminaba unos pasos por detrás, pasándose la lengua distraídamente por los labios. Una vez resguardados tras las puertas del camerino con su nombre, Young acabó por estallar y agarró a Hyunsoo por el cuello de la camisa.

—¿Cómo se te ocurre? ¿Te has vuelto loco o qué?

—Pero ¿qué ha pasado exactamente? —les preguntó el líder.

—¡Me ha besado! ¡El muy capullo me ha besado!

—Oh, venga —contestó Hyunsoo, que levantó una ceja con indiferencia—. Si ha sido un piquito de nada.

—¿Un piquito de nada? ¡Si casi me metes la lengua hasta la garganta!

—Eres un exagerado. Además, deberías sentirte honrado de que el famosísimo y deseadísimo Song Hyunsoo te haya besado.

Young no contestó. Se sentó en uno de los sillones de maquillaje, con los brazos cruzados y los labios apretados en señal de disgusto. Alex estaba a su lado, con una mano en su hombro, pero parecía incómodo. Sin duda, estaba pensando que aquello no era lo que Taehyun había esperado de ellos. Al final, Hyunsoo puso los ojos en blanco y, con un suspiro, se acuclilló frente a Young, como si se dispusiese a hablar con un niño pequeño.

—¿Sirve de algo que te diga lo mucho que lo siento? Es lo único que se me ocurrió, pero sabes que no significa nada que deba incomodarte, ¿verdad?

—Lo sé —aceptó el otro a regañadientes—. Pero me hubiera gustado que me avisases antes de hacerlo.

—Tienes razón. No pensé en tus sentimientos y eso fue egoísta por mi parte. Lo lamento mucho.

De alguna manera, no parecía que Hyunsoo estuviera completamente arrepentido, como si todavía pensara que todo aquello era una tontería y sólo se esforzara en disculparse para evitar causar más enfrentamientos. Sin embargo, surtió efecto y a Young acabó por escapársele una sonrisa mientras asentía. Hyunsoo se levantó entonces, alborotándole el pelo.

—Bueno, al menos ya sé que la próxima vez sólo tengo que avisarte.

—¿Cómo que la próxima vez? —exclamó Young con cara de desconcierto mientras Hyunsoo soltaba una carcajada.

Alex parecía a punto de decir algo, pero de pronto Taehyun irrumpió en el camerino y todos se callaron de inmediato, como soldados a los que acabara de interrumpir un alto mando. Siguiendo su costumbre, el mánager discutía con la persona que estuviera al otro lado de su teléfono móvil y, aunque todos esperaban una reprimenda o, al menos, algún comentario, se limitó a indicarles con un gesto de la mano que se marchaban.

Al día siguiente, ningún medio parecía recordar que uno de los mejores grupos de la década acababa de debutar. La primera plana de todos los periódicos digitales del país no estaba ocupada por el deslumbrante rostro de alegría de los Warrior, sino por el de un decidido Hyunsoo besando a un más que sorprendido Young.



PAULA

Tener que renunciar a su confortable hotel junto al edificio de WIMTS para mudarse a una casa de huéspedes mucho más económica supuso un duro golpe para ella. El gran problema fue aceptar que Jay no iba a aparecer en su caballo blanco para llevarla consigo, al menos por el momento, y su estancia en solitario iba a alargarse más de lo esperado, por lo que con su presupuesto no podía permitirse residir en un hotel de forma ilimitada.

—Por el momento —repitió Paula para sí misma mientras lanzaba una última ojeada a la silueta del rascacielos de WIMTS, todavía visible desde la barriada donde se encontraba su nueva residencia.

La casa de huéspedes donde se alojaba se encontraba en un pequeño vecindario de calles estrechas y serpenteantes, repleto de casas tradicionales, con tejados inclinados de tejas coloridas y paredes de piedra y madera. En las zonas donde dos calles se cruzaban y el espacio entre las pequeñas construcciones era algo más amplio, se habían instalado puestecillos ambulantes de comida y bebida, que colmaban el lugar de un olor picante muy tentador.

La casa donde Paula había alquilado su habitación parecía recién sacada de alguno de los *doramas* coreanos de época que tanto le gustaban, y hubiera resultado encantadora de no ser porque era algo húmeda y fría, y parecía estar a punto de caerse a pedazos sobre su cabeza. Las habitaciones, también de

estilo tradicional, carecían de camas propiamente dichas, y estaban organizadas para que el inquilino durmiese en el suelo. Todas ellas disponían de puertas correderas, que daban directamente al patio exterior, de forma cuadrangular.

Las cocinas y los cuartos de baño también daban al patio, de tal manera que Paula rezó para no seguir viviendo allí cuando llegase el invierno. La simple idea de abandonar su habitación caldeada en plena noche para ir al baño, y salir al frío exterior, le resultaba poco atrayente.

La madera del suelo crujía con cada paso y entre las piedras de las paredes del patio asomaban grietas pobladas por plantas silvestres. Los huéspedes de las otras habitaciones eran sombríos y raros, y Paula tenía la sensación de que, cada vez que los ancianos dueños del lugar los visitaban, la miraban como si fuera alguna especie de demonio occidental, cuestionando la decisión de su nieto al otorgarle a ella la última habitación libre. Su cuarto no era gran cosa, apenas unos pocos metros cuadrados decorados con un simple hornillo eléctrico sobre el que reposaba una tetera, una mesa baja de madera y un calefactor de aire.

Todavía no se había acostumbrado a dormir en el suelo. A escondidas, por miedo a ofender a alguien, había comprado varias colchas extras para intentar sentir que dormía sobre algo un poco más mullido. A pesar de todo, estaba bastante contenta, puesto que había encontrado un lugar donde poder caerse muerta al final de cada día por un precio ridículo a cambio de ayudar con la limpieza. Además, tampoco pasaba demasiado tiempo entre esas cuatro paredes. Y si se alimentaba a base de arroz y de ramen, podría prolongar su estancia en el país durante un par de meses fácilmente.

Sin embargo, había decidido que no iba a quedarse de brazos cruzados. Pensó que sería buena idea ganar algo de dinero, por poco que fuera, en lugar de gastarse todo lo que tenía ahorrado. Tal vez en WIMTS no se acordaran de

ella, pero estaba segura de que podría encontrar algún tipo de estudio, academia o empresa de entretenimiento que necesitara bailarinas. Aunque no contaba con una larga trayectoria, sí tenía una buena formación y cierta experiencia. Seúl parecía la meca del entretenimiento, y las oportunidades para cantantes, bailarines, actores u otro tipo de artistas, por pequeñas que fueran, no eran escasas. Sin embargo, pese a su insistencia, Paula no había encontrado una sola puerta abierta de todas a las que se había aventurado a llamar.

Al principio no entendía qué hacía mal; luego empezó a pensar que quizás el problema era la barrera del idioma, pero al final, después de que se lo dejaran bien claro en una de las empresas, se dio cuenta de que tenía más que ver con el hecho de que no fuera coreana. Ella, con su aspecto occidental, no encajaba al lado de sus artistas. Pero estaba dispuesta a luchar contra viento y marea, y ahora que ya tenía su estancia asegurada por un tiempo, se permitió no desesperarse y seguir intentándolo.

Cuando no estaba haciendo pruebas en algún estudio de danza o en la casa de los horrores, como le gustaba llamarla, seguía pasando sus horas frente a WIMTS, esperando que ocurriera el milagro. En varias ocasiones le dio la sensación de que Alex miraba en su dirección, en los breves segundos en que podía vislumbrarse al líder de R*E*X entrando o saliendo del edificio en solitario o junto al resto del grupo, pero nada más. Jay no parecía percatarse nunca de su presencia.

Durante una de aquellas mañanas, en la que Paula acababa de llegar, café humeante en mano, tras otro intento fallido de conseguir trabajo, se presentó su oportunidad estrella. Al instante notó que había algo diferente en el ambiente, una emoción distinta a la que se palpaba cuando los R*E*X estaban a punto de atravesar las puertas acristaladas. Las fans presentes cuchicheaban entre ellas con risitas nerviosas y se pasaban de mano en mano unos panfletos con el sello

de WIMTS. Paula les echó una ojeada, pero no consiguió entender una sola palabra. Con la mirada buscó rápidamente a un par de fans que sabía que hablaban bastante bien el inglés, con las que ya había intercambiado algunas palabras esos días. En cuanto las localizó, se abrió paso entre la muchedumbre. Las dos chicas hablaban en su idioma natal más rápido de lo habitual. Aunque lo disimulaban mejor que el resto, resultaba obvio que también estaban alteradas por lo que ponía en aquellos panfletos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué está todo el mundo tan alborotado?

—¡Es WIMTS! —chilló una de ellas—. ¡Van a hacer audiciones para su cuerpo de baile!

—Hacía años que no sacaban ningún puesto —susurró la otra, extasiada—. Son dentro de tres días y van a ser aquí mismo. ¡Tal vez hasta alguno de los chicos esté presente como jurado! —Soltó un suspiro—. ¡Ojalá supiera bailar, aunque fuera sólo un poco!

—Bueno, la mayoría no tienen tus reparos —comentó la primera—. Todas quieren presentarse para intentar verlos, pero apuesto a que ninguna de ellas es capaz ni de mover un pie detrás del otro sin caerse.

Siguieron hablando durante un buen rato, pero Paula había dejado de escucharlas, ya que su cerebro había empezado a funcionar a toda velocidad. Tenía que presentarse a esa audición a toda costa. Ni siquiera le importaba tanto la remota posibilidad de que Jay estuviera presente y por fin se diera cuenta de que estaba allí. Lo verdaderamente importante era que, si conseguía un puesto entre las bailarinas de WIMTS, abandonaría de nuevo su lugar como una fan más y volvería a situarse en el mismo lugar que en Barcelona, bailando junto a ellos, siendo parte del equipo. Jay dejaría de ser el ser inaccesible en el que se había convertido en Seúl.

Aquel día acortó su estancia frente a WIMTS y dedicó toda la tarde a

prepararse para la audición. Se hizo fotos nuevas e imprimió su currículum junto con la carta de recomendación que había conseguido del director artístico de la gira europea de R*E*X. Tenía bastante confianza en que aquello, junto con sus propias habilidades, sería suficiente para conseguir un puesto. Aun así, por si acaso, pasó los dos días siguientes practicando sin parar en el patio de su casa de huéspedes.

La tarde anterior al *casting*, tras varias horas seguidas de entrenamiento, su zapatilla resbaló en una piedra suelta, en medio de una pirueta *sur le Cou-de-pied*, y cayó de rodillas. Entonces su cabeza rememoró ese instante frente a las puertas de WIMTS en el que las fans la habían arrollado y tirado al suelo para poder contemplar en primera línea la salida de R*E*X. Recordó la sensación de lejanía que le había producido Jay en aquel momento, oculto bajo sus gafas oscuras y rodeado de guardaespaldas.

Levantó la vista hacia el edificio de WIMTS. Era sorprendente cómo en Seúl se mezclaban los espectaculares rascacielos y las avenidas llenas de tráfico y coches lujosos con las estrechas callejuelas adoquinadas, repletas de pequeñas construcciones tradicionales. WIMTS apenas estaba a treinta minutos a pie de allí, pero parecía otro universo.

Se levantó con resolución, volvió a colocarse los auriculares en los oídos y reprodujo de nuevo una de las canciones de R*E*X en su iPod. Una de las que había bailado junto a Jay frente a aquel público de Barcelona. La que estaban bailando justo cuando él la había besado. Un beso rápido pero intenso, casi como si formara parte del espectáculo.

Paula tomó aire con determinación. Había llegado la hora de romper la distancia entre ambos. Al día siguiente todo iba a cambiar. Si Jay no iba a ir a buscarla en su caballo blanco, entonces había llegado su turno para coger las riendas.



CRIS

Cuarta anotación en el cuaderno verde:

Permitidme que os presente a Dani.

Dani vive conmigo. Hace un par de años se instaló en la buhardilla de la vieja casa de mis abuelos. Por aquel entonces, Dani acababa de terminar el instituto y venía desde Madrid a hacer un curso de teatro de verano en la universidad de Gloucester. Sus padres y los míos se conocían de la época en la que vivíamos allí, o al menos eso es lo que me dijo; en realidad, creo que apenas intercambiaban un saludo cuando se encontraban por el barrio. A mí su cara ni siquiera me resultaba familiar cuando vi por primera vez a ese chico alto y desgarrado, de desordenado cabello castaño claro, preguntar por mí a un par de vecinas de Leadworth con un inglés aceptable, pero que no podía ocultar esa ruidosa forma de hablar tan a la española.

Dani y yo nos gustamos desde el principio y no tardé ni diez minutos en ofrecerle la vieja buhardilla de mis abuelos. Exactamente el tiempo que transcurrió desde que las dos vecinas a las que había preguntado por mí me señalaron desde el otro lado del estanque de patos, sin patos, y él se acercó para, sin mediar palabra, darme dos besos en las mejillas. Si no hubiera notado hasta entonces que era español, esa hubiera sido la pista definitiva. Ningún inglés se acerca a una completa desconocida y la besa. De hecho, creo

que los ingleses tienen una parcela del infierno reservada para la gente que hace algo así. Al final, le permití que me acompañase al café mientras él intentaba explicarme quiénes eran sus padres, por qué el hecho de vivir, hacía años, a dos calles de distancia nos convertía en íntimos amigos y lo muy descontenta que había quedado su madre cuando le comunicó que aquel verano se venía a Inglaterra a actuar en una obra de teatro. Pero el momento definitivo, ese en el que aquel capullo egocéntrico se ganó mi corazón para siempre, fue cuando, sin parar de hablar, aceptó la taza de café que yo le ofrecía con desgana, le dio un simple sorbo y escupió de nuevo el contenido en la taza con el ceño fruncido.

—Joder, tía, ¿habéis fregado el suelo con esta mierda?

Sí, ese fue el momento en que Daniel Freire y yo nos convertimos en felices compañeros de piso. Tras lo que iba a ser un simple curso de teatro de verano, Dani fue admitido para comenzar estudios de escenografía y artes escénicas en la Universidad de Gloucester, donde desde el principio demostró un talento innato y una pasión desmesurada por la literatura inglesa en general y por su profesor de dramaturgia en particular. Así, el idiota de mi amigo acabó instalado indefinidamente en mi buhardilla mientras se ganaba la vida dando clases de español a los alumnos de la universidad de Gloucester y trabajaba para el déspota de su novio como simple figurante de sus ridículas y pretenciosas obras.

Dani es algo así como mi mejor amigo. Posiblemente no lo hubiésemos sido de habernos conocido en Madrid, aunque él insiste en que ya nos conocíamos allí, lo cual, por otro lado, refuerza mi teoría. No es perfecto, y no resultaría difícil aborrecerlo. Es egocéntrico, despistado y es imposible hacer planes con él sin que corras el peligro de que los cancele a última hora o los olvide. Sin embargo, odia el café del Starbucks tanto como yo y me ayudó a cuidar de mi abuelo los meses en los que estuvo en silla de ruedas tras una

caída por las escaleras. Mi abuelo lo adora, así que yo no puedo odiarlo.

También estuvo allí, hablando sin parar del capullo de su novio y cómo se había negado a ir con él a una cena de etiqueta de la universidad, el día en que me dijeron que iba a morir bastante antes de lo previsto. Aunque, claro, él no lo sabía. Nadie lo sabía.

Dani siempre ha estado al tanto de que tengo una deficiencia cardíaca. Sabe que voy a revisarme de vez en cuando. Pero él no es consciente del todo de lo que eso implica: que mi esperanza de vida nunca va a ser tan larga como la suya, que mi corazón se parará treinta o cuarenta años antes de lo previsto, que nunca llegaré a ser una ancianita en una mecedora. Aunque os parezca una idea terrible, yo lo tengo asumido desde hace tiempo, desde que tenía catorce años y supe que había heredado la patología de mi padre. Cuando no conoces otra realidad que esa, aprendes a vivir con ello. «No es tan terrible —me esforzaba por pensar todas las noches—, todavía tengo por delante los mejores años de mi vida». Pero hasta el año pasado, cuando me desmayé mientras trabajaba, no descubrieron que, en mi caso, la degeneración de las válvulas de mi corazón se encontraba mucho más avanzada de lo que nunca estuvo la de mi padre.

Ya no se trataba de que no fuera a llegar a los cincuenta años; el problema es que quizá no llegue viva al año que viene.

Hablando de muertes prematuras, ¿no os estaba contando lo de Harvey Nichols? ¡Lo había olvidado! Volvamos a Harvey Nichols.

El principal problema que tenía con la muerte de Harvey Nichols, aparte del evidente problema que supone ver a una adolescente ser atropellada por un autobús a pocos metros de ti, era el hecho de que esa chica no debería haber muerto y yo sí. Es decir, en el instante en que a mí me dijeron que apenas me quedaban unos meses de vida, ella seguramente se habría escaqueado del trabajo para fumar a escondidas. En esos momentos, yo hubiera dado cualquier

cosa por ser la chica que fumaba a escondidas en la puerta trasera del Harvey Nichols. Cualquier cosa. Lo que fuese a cambio de dejar de ser yo, la chica moribunda.

Y aun con todo, allí estábamos, tres días después. Era su sangre la que manchaba mis zapatos. Era yo la que permanecía de pie.

Dani llegó media hora después del accidente. Ni siquiera recuerdo haberlo llamado, pero imagino que lo hice. Es curioso cómo, tras unos minutos de pánico, con gritos, sonidos de ambulancia y lloros de las dos estudiantes amigas de Harvey Nichols, cuando llegó Dani, la plaza del Starbucks ya había retornado a una extraña normalidad.

Mi amigo se colocó a mi lado y me pasó un brazo por los hombros, sin ni siquiera saludarme, observando con cierto desagrado morboso la mancha de sangre en medio de la calzada.

—Menudo panorama —murmuró con poca solemnidad.

Pero yo no le escuchaba. Abandonado en medio de la vía aún cortada al tráfico, no muy lejos de la mancha de sangre, un pequeño objeto brillaba con supuesta inocencia.

Miré a mi alrededor para ver si alguien más se había fijado. Era imposible: las dos muchachas habían abandonado la zona y nadie más podía imaginar cuál era su significado. Me acerqué con precaución, casi con reverencia, con Dani pisándome los talones y preguntándome qué demonios pretendía al aproximarme al charco de sangre.

Me arrodillé junto al colgante y lo levanté frente a mis ojos.

Ni siquiera supe explicar, en ese instante, por qué volví a dejarlo en el frío suelo del pavimento y me di la vuelta, alejándome de él.



PAULA

La mañana de las audiciones, la entrada al edificio de la compañía coreana se hallaba más abarrotada de lo normal. El mostrador blanco estaba ocupado por cinco mujeres, todas ellas cortadas con el mismo patrón que la que había visto el primer día, con sus trajes perfectamente planchados y sus bucles de peluquería balanceándose sobre sus hombros. A toda velocidad, iban recogiendo la documentación que los participantes les iban entregando mientras repartían los dorsales.

Siguiendo las instrucciones de una de ellas, Paula se abrió paso en un atestado ascensor y subió hasta el piso catorce, donde unas azafatas redirigían a los aspirantes hacia diferentes puertas del largo pasillo, según los números de los dorsales. Una vez dentro de la sala, la espera le resultó insoportable. No podía hablar con nadie, y no dejaba de notar las miradas de extrañeza que le lanzaban los demás aspirantes, prácticamente asiáticos en su totalidad.

Para su alivio, la mesa donde se sentaba el jurado estaba compuesta por personas que nada tenían que ver con los deslumbrantes miembros de R*E*X. Bajo sus órdenes los aspirantes dejaron sus cosas al fondo de la sala y se colocaron de cara al alargado espejo que presidía la estancia. Paula no pudo evitar mirar de reojo al resto de candidatos, tanto chicos como chicas, sintiéndose por primera vez en su vida demasiado consciente de su propio cuerpo. Nunca había tenido problemas de autoestima ni había necesitado

perder peso, pero, en aquel momento, todas las personas que la rodeaban estaban más delgadas de lo que ella jamás había estado. Algunas de las miradas seguían posadas en Paula y, por mucho que tratara de convencerse a sí misma de que sólo se debía a que era occidental, eso no estaba contribuyendo en absoluto a que se sintiese más segura.

La música empezó a sonar sin previo aviso, y pudo relajarse un poco cuando la atención de todos los presentes se centró en la monitora de baile que se había situado frente a ellos. La mujer dijo unas palabras en coreano y empezó a mostrarles la coreografía que debían seguir. Aunque era una secuencia bastante moderna y *funky*, a Paula le sorprendió gratamente que incorporara pasos de estilos más clásicos como el swing o el charleston. Los miembros del jurado se levantaron de la mesa, carpeta y bolígrafo en mano, y empezaron a tomar notas en cuanto los aspirantes se pusieron a bailar. Cuando alguien cometía un error, se acercaban a él y, con un simple golpecito en el hombro, le indicaban que debía retirarse. Poco a poco, la cantidad de aspirantes fue disminuyendo. Cuando sólo quedaban cinco personas, la monitora giró sobre sí misma e hizo una reverencia al mismo tiempo que la música se detenía. Dirigiéndose hacia ellos, volvió a decir algo en coreano y los bailarines se aproximaron a una mesita que había al fondo de la sala, repleta de botellas de agua. Paula les imitó y apuró la suya de un trago.

Cinco minutos después, un grupo de unos doce bailarines entró en la sala. Todos parecían igual de ansiosos y extenuados que Paula y sus compañeros, y comprendió al instante que se trataba de los supervivientes del resto de audiciones que se estaban realizando en las salas contiguas. Eso sólo podía significar que estaba entre los finalistas.

Apenas tuvo tiempo de felicitarse mentalmente, pues tras el resto de aspirantes llegaron dos miembros más del equipo y detrás de ellos, absorto en su móvil, apareció Alex.

Paula se quedó atónita y deseó que el líder de R*E*X no apartara la vista del aparato en ningún momento. Sin embargo, como si ese deseo hubiera atraído la mala suerte, Alex alzó los ojos, barrió con la vista la estancia y, finalmente, reparó en ella. Lo más curioso es que no parecía sorprendido de verla allí. Avergonzada, Paula apartó la mirada a toda velocidad. A Alex le habría quedado bastante claro, si es que no lo había comprendido ya por sí mismo al verla haciendo guardia delante de la puerta de WIMTS o en aquel *fansign*, que su viaje a Corea estaba lejos de ser unas simples vacaciones desenfadadas.

Entre los nuevos aspirantes había una chica que destacaba en el grupo. Era algo más alta que los demás y tenía los músculos de las piernas y los brazos muy bien definidos y tonificados en comparación con sus compañeros, signo de que bailaba mucho más a menudo que ellos. Había en ella cierto aire de fiereza y miraba al frente como si estuviera desafiando al jurado. Paula se preguntó si quizás aquella no era la primera vez que se presentaba a esas pruebas. Cuando todos se habían colocado en sus posiciones una vez más, la monitoria volvió a situarse delante y les mostró una coreografía diferente. Paula se desanimó. Aunque la nueva secuencia no dejaba de lado el baile moderno, bebía mucho de la danza clásica, por lo que se trataba de un estilo mucho más estricto y técnico.

En esa ocasión, los miembros del jurado, incluido Alex, se limitaron a dar vueltas en torno a la sala tomando notas. No importaba cuántas veces cometieran un error, lo único que ellos dejaban traslucir era el rápido deslizar de sus manos contra el papel. Paula se confundió en un par de pasos, pero la chica de su lado, la que se había mostrado tan firme y decidida, parecía haberse puesto nerviosa en cuanto empezó a sonar la música y no paraba de equivocarse en las partes más tontas. De vez en cuando, lanzaba a Paula una mirada asesina, como si fuera la culpable de sus errores. Aquel odio pareció

intensificarse poco a poco conforme pasaban los minutos y, en un momento de despiste, cuando Paula estaba realizando un *demi plié* en cuarta posición para impulsarse antes de un *grand jete*, la chica estiró una de sus larguísimas piernas, lo que hizo que Paula tropezara y se cayera. Todos siguieron bailando como si nada. Desde el suelo, sintiéndose derrotada, buscó con la mirada a Alex casi de forma inconsciente y descubrió que el líder de R*E*X la contemplaba con un gesto difícil de definir. Tras un instante, reunió todas sus fuerzas para volver a ponerse en pie y siguió bailando hasta que la música terminó.

Los miembros del equipo de WIMTS abandonaron la sala tan pronto como la monitora finalizó la coreografía, dejándolos solos con sus pensamientos durante unos minutos interminables. Cuando regresaron, todos se pusieron en pie de inmediato. Después, empezaron a llamarlos uno por uno, en lo que Paula llegó a deducir era el orden de sus dorsales. Tres Kim, dos Park, una Yoo y un Song pasaron el corte a juzgar por sus sonrisas, pero un Lee, una Do y dos Kim más abandonaron la sala con los hombros caídos y los ojos pegados al suelo.

Cuando tan sólo quedaban cuatro bailarines, llegó el turno de Paula. El hombre que estaba dando las buenas o malas noticias arqueó una ceja al intentar leer su nombre en el papel y, sin casi fijarse en ella, soltó una retahíla en coreano que le resultó imposible de descifrar. Se quedó inmóvil, con cara de pasmada y sintiendo una oleada de vergüenza. El que le había hablado se giró, exasperado, en busca de ayuda y miró directamente a Alex. Este carraspeó y Paula rogó a todos los cielos que la tierra se la tragara.

—La señorita Paula García, ¿verdad? —comenzó Alex. Ella tragó saliva con fuerza, incapaz de mirarle a los ojos—. Lo siento mucho, pero no es usted lo que estamos buscando.

Paula asintió, sin atreverse a despegar la vista de sus propios zapatos.

Recogió las pocas cosas que había dejado amontonadas junto a las de los demás participantes y salió de la sala. Sólo entonces, cuando estaba segura de que la puerta a su espalda estaba cerrada, dejó que las emociones le golpearan con fuerza.

Tal vez eso era una estupidez y debería hacer las maletas y regresar a España de una vez por todas, como si todo aquello nunca hubiera ocurrido. Necesitaba afrontar el hecho de que no iba a volver a tener una oportunidad semejante, que había fracasado.

Remoloneó por los pasillos del edificio en el que había depositado todas sus esperanzas antes de llegar a Seúl y que se había convertido en el paradigma de su desengaño. Era más que probable que nunca la dejaran entrar de nuevo al rascacielos de WIMTS y, si bien la inmensidad seguía abrumándola, le resultaba casi hipnótica, como el canto de las sirenas que atrapa a los marineros incautos. En el fondo, todavía albergaba la esperanza de que Jay apareciera de un momento a otro para abrazarla y decirle que esas semanas no habían sido más que una pesadilla. En su lugar, un guardia de seguridad hizo acto de presencia, empujándola a marchas forzadas hacia el ascensor que la llevó a la familiar puerta de entrada.

El amplio recibidor estaba semivacío, con una calma que resultaba extraña si uno pensaba que apenas unas horas atrás había sido invadido por docenas de personas corriendo de un lado a otro. De forma inesperada, uno de los ascensores que estaban a la derecha se abrió y R*E*X hizo su aparición. Los gritos de las fans de la puerta se incrementaron, y el equipo de seguridad se apresuró a incorporarse a la cadena humana que ya trataba de organizar sus compañeros para abrir paso a los cuatro chicos. Hyunsoo marchaba el primero, con la barbilla bien alta y las gafas de sol ocultando su rostro casi perfecto; le seguía la brillante sonrisa de Young y, tras él, Alex jugueteaba nervioso con un papel que llevaba en las manos. Cerrando la fila estaba Jay.

Paula apretó los puños con fuerza contra su costado, como si tratara de comunicarse telepáticamente con él. «Estoy aquí, gírate. Por favor, mírame». Pero fue inútil. Jay, que llevaba unas gafas muy similares a las de Hyunsoo, parecía incapaz de darse cuenta de nada más allá de la espalda de quien caminaba delante.

Los cuatro pasaron de largo, en dirección a la puerta y a la locura que se estaba desatando en el exterior. Antes de alcanzar la salida, Alex se paró en seco, lo que provocó que Jay se chocara con él. Le susurró algo rápidamente a su compañero y comenzó a desandar sus pasos hacia el lugar exacto en el que se encontraba Paula. Por un segundo, habría jurado que Jay había mirado en su dirección, pero giró la cara como si nada y se perdió detrás de las cristaleras de la puerta. Cuando Alex llegó a la altura de Paula, dejó escapar un largo suspiro mientras se pasaba una mano por el rostro, visiblemente cansado.

—¿Qué vamos a hacer contigo? —le dijo con un tono afectuoso que la pilló por sorpresa. Después, le sujetó una de las manos y colocó en ella un papel doblado—. Esta es la única ayuda que puedo ofrecerte.

Sin darle la ocasión de contestar, Alex giró sobre sus talones y salió del edificio a toda prisa, escabulléndose entre el gentío. Paula se apartó de todas las miradas curiosas, que probablemente se preguntaban qué habría ocurrido entre el líder de los R*E*X y esa chica extranjera, y desplegó el papel con cuidado. Lo primero que leyó fue la palabra «YenNork», en unas letras impresas que imitaban el estilo de un grafiti. Debajo había una dirección y una nota escrita a bolígrafo de forma rápida, pero con una letra clara y limpia que sólo podía ser de Alex.

«Ve a esta dirección con tu currículum y diles que vas de mi parte. Te estarán esperando. Mucha suerte».



JAY

Una vez dentro de la furgoneta, Jay se removió en su asiento, incómodo. Paula, esa chica a la que había dejado un par de meses atrás durmiendo plácidamente en un hotel de Barcelona, estaba en WIMTS. ¿Qué demonios hacía ella allí y qué narices se traía entre manos con Alex?

Una ráfaga de aire se coló en la furgoneta cuando uno de sus mánager abrió la puerta delantera y el líder trepó al vehículo tratando de deshacerse del agarre férreo de las fans. Poco después se pusieron en marcha, dejando atrás el escándalo que se había montado a la entrada del edificio. El vehículo se sumió en un completo silencio. Hyunsoo se había puesto los cascos y, al tiempo que daba rítmicos golpecitos sobre una partitura con un lápiz, repasaba la canción que cantaría aquella misma noche en un programa de televisión. Young, para variar, estaba enganchado al manga de *Los chicos de la madrugada* y Alex, con la cabeza apoyada en el frío cristal del vehículo, no parecía muy dispuesto a hablar. Jay tardó unos instantes más en reunir el valor necesario para interrogarle; se inclinó hacia delante y le dio un suave golpe en el hombro. El líder del grupo se giró sin quitarse las gafas de sol que se había puesto al subir a la furgoneta y que impedían que pudiera verle bien el rostro.

—Alex... Esa chica con la que te has parado a hablar era una de las bailarinas del concierto de Barcelona, ¿verdad?

Le había hablado en inglés de forma inconsciente. De pequeño, Jay nunca

había sido bueno con los idiomas extranjeros, pero cuando logró un puesto como aprendiz de WIMTS se prometió a sí mismo que estudiaría lo suficiente como para poder comunicarse con los fans de todo el mundo. La empresa les daba clases de idiomas como parte de su formación básica, pero a Jay no le bastaban. Al principio, Alex y él coincidían en las sesiones de canto avanzado, pero su relación era más cordial que amistosa. Alex era un año mayor que Jay y también llevaba un par de meses más dentro de WIMTS, por lo que ya tenía su propio grupo de amigos. No fue hasta que Alex y él fueron presentados formalmente, cuando ya se había decidido que debutarían juntos, cuando Jay descubrió que Alex había pasado casi toda su vida en Estados Unidos y decidió pedirle ayuda. Desde entonces, Alex siempre encontraba un hueco para estar con él, enseñándole inglés de una forma mucho más intuitiva y natural que cualquier profesor que había tenido. Fue así como el que entonces era su líder se había convertido en uno de sus mejores amigos. No hizo falta demasiado tiempo para que Jay empezase a dominar el idioma, por lo que Alex y él empezaron a usarlo, casi por costumbre, para contarse todo lo que era importante para ellos. El inglés era, en definitiva, una lengua especial que los había unido como amigos, y quizá por eso a los dos siempre les había gustado utilizarlo más a menudo de lo que en realidad necesitaban hacerlo.

—Sí, claro que era ella —repuso Alex de forma seca y en coreano.

—¿Y qué hacía aquí? —insistió en inglés una vez más, intentando mostrar que la respuesta no le había dolido siquiera un poquito.

—No sé, dímelo tú. —El líder no parecía dispuesto a dar su brazo a torcer en lo que al idioma se refería, lo que causó que a Jay se le escapara un bufido —. Yo me estaba preguntando justo lo mismo.

—¿Cómo voy a saberlo? Eres tú el que ha hablado con ella.

—Correcto. Yo he hablado con ella. A saber qué hiciste tú..., aunque no es difícil de imaginar.

—Alex —susurró Hyunsoo en tono de reproche mientras señalaba con la cabeza a los mánager que los acompañaban aquel día, sentados en la parte delantera del furgón.

—Sólo digo —dijo el aludido bajando la voz— que alguien tenía que hacerse cargo de esta situación y, a fin de cuentas, yo soy el líder.

—¿Hacerse cargo? —Jay alzó una ceja, incrédulo—. ¿Qué se supone que significa eso? ¿Qué es lo que has hecho?

—Lo que tenía que hacer, nada más.

—¡Pero es que nada de esto va contigo! ¿No te das cuenta?

—No me hagas reír, Jay, por favor. Si la has visto, ¿por qué no has ido tú mismo a hablar con ella? Tuviste la oportunidad en nuestro último *fansign*.

—¿Qué? ¿Estuvo en el *fansign*? ¿Sabías que llevaba aquí tanto tiempo y no has sido capaz de decirme nada?

Jay tragó saliva, sintiendo que el peso de su furia contenida amenazaba con aplastarlo contra la tierra. Alex no pudo contestar; Young se había girado hacia ellos, cerrando el cómic que había estado intentando leer todo aquel tiempo. El más joven de todos intentó esbozar una sonrisa conciliadora que sólo logró que Jay se cabreara todavía más, porque sabía de sobra lo que se avecinaba.

—Chicos, dejad de discutir ya, por favor. Alex sabe lo que hace. Sólo piensa en nuestro bien.

—Ya, y yo no, ¿verdad?

Jay alzó la voz, indignado. El cuerpo le temblaba de la rabia. Él sí que se preocupaba por ellos, por los cuatro, por lo que pudiera pasar con R*E*X en el futuro. Le preocupaban las ojeras de Hyunsoo, las pocas horas al día que dormía Young, la actitud fría de Alex o las pastillas que tenía que tomar él mismo de forma más asidua para no quedarse afónico en mitad de un programa de música. Se preocupaba muchísimo, aunque tal vez no se le diese bien

demostrarlo. ¿Y Alex? Al líder sólo parecía importarle lo que fuera beneficioso para WIMTS, nada más.

Estaba a punto de soltar alguna burrada de la que probablemente se arrepentiría después, pero entonces notó la mano suave y cálida de Hyunsoo sobre la suya. Se la apretó con fuerza y se mordió la lengua, volviendo la mirada hacia las gotas de lluvia que habían empezado a recorrer las ventanillas de la furgoneta. Era un consuelo saber que al menos Hyunsoo estaba de su lado, pero esa idea no suponía un alivio completo para la frustración que sentía. Alex parecía empeñado en destrozar años y años de amistad, y Young se comportaba como un perrito faldero que sólo sabía defender lo que su líder decía.

Todo apuntaba a que Alex y Young nunca les seguirían cuando Hyunsoo y él abandonaran WIMTS. Porque, últimamente, ese era el único deseo de ambos.



PAULA

Cuando llegó a las puertas de YenNork, su primera sensación fue que no podía existir un lugar en el mundo más diferente al rascacielos de WIMTS. Ese edificio de ladrillo anaranjado, de estilo clásico europeo, tenía poco que ver con la grandeza y la frialdad de hospital que caracterizaba a la compañía de R*E*X.

La única pista para el transeúnte de que aquel lugar podía albergar un estudio de danza eran las láminas de obras clásicas que decoraban su fachada, como el autorretrato de Van Gogh o la *Venus del Espejo*. Todos los cuadros habían sido modificados para ofrecer un aspecto algo perturbador. En el caso de la *Gioconda*, por ejemplo, no mostraba sólo el retrato, sino que aparecía tumbada de cuerpo entero, fusionada con *La maja desnuda* de Goya.

Sobre esas imágenes, pintado con espray, aparecía el nombre del estudio, YenNork, junto a una leyenda que rezaba en inglés: «Aquí nacen los monstruos de los cuentos. Abierto para todo el mundo». Como invitación dejaba mucho que desear. No obstante, resultaba más acogedora que las puertas acristaladas de WIMTS con sus recepcionistas de expresión reprobatoria, de modo que se animó a llamar.

Oyó un ruido de apertura eléctrica y empujó la puerta con cuidado, lo que hizo que sonara con suavidad la campana de viento con forma de estrellas que estaba suspendida sobre su cabeza. Era la primera vez que veía algo así en

Corea. Ese absurdo detalle no hizo sino reforzar en su cabeza la idea de que aquel edificio era muy distinto a cualquier otro que hubiera visto hasta ahora.

El interior de YenNork era muy agradable. Tenía parte de los ladrillos a la vista y las paredes estaban cubiertas por dibujos hechos a mano. Para su sorpresa, por un pasillo que se abría a la derecha, apareció una chica que enseguida captó su atención. Llevaba dos coletas, un peto corto de color azul pastel y unos calentadores amarillo limón a juego con su camiseta. Lo primero que se le pasó por la cabeza es que parecía un hada salida de alguna película de Disney.

—¡Hola! Eres Paula García, ¿verdad? —le preguntó en perfecto inglés—. Ven conmigo, por favor. ¡Te estábamos esperando!

Paula la siguió a través del pasillo por el que había aparecido apenas unos instantes atrás. Había varias puertas cerradas a ambos lados y hasta sus oídos llegaba el sonido amortiguado de la música.

—Me llamo Hyekyo —le informó la joven con una sonrisa de oreja a oreja—, pero puedes llamarme Cath si te resulta más fácil. Ese es el nombre que usaba en América. Soy una de las coreógrafas y monitoras de la empresa, así que, si necesitas cualquier cosa, sólo tienes que decírmelo.

Aquello le dio a Paula una sensación de seguridad que no se había permitido sentir en mucho tiempo porque, en cierto modo, Cath parecía asumir que ya formaba parte del equipo. Cuando llegaron al fondo del pasillo, la chica abrió la última puerta que había a mano izquierda y las rítmicas pulsaciones del bafle inundaron el pasillo. Le hizo un gesto para que entrara y después cerró la puerta tras de sí. La sala de ensayos era bastante grande, capaz de albergar un grupo nutrido de bailarines y, sin embargo, el chico que bailaba dentro hacía que pareciese pequeña. Paula le contempló fascinada, viendo cómo su cuerpo se movía como si la gravedad no le afectara, fluyendo como el mismísimo aire. Ella se había sentido así miles y miles de veces,

flotando en el espacio cuando en realidad las puntas de sus pies seguían tocando el suelo. Pero una cosa era sentirlo uno mismo y otra muy diferente, transmitir esa sensación a los que te observan mientras bailas. Ese era uno de sus sueños, una de las cosas que siempre le había animado a seguir aquel camino por muchas dificultades que se presentaran: lograr que otros se emocionaran gracias a su trabajo, del mismo modo que ella misma lo hacía al contemplar a aquel bailarín.

Durante el tiempo que Paula permaneció absorta, Cath cruzó la sala a toda velocidad y apagó la música. El chico se detuvo en seco.

—Leo, Paula está aquí.

El bailarín se giró hacia ella, esbozando una sonrisa que se parecía mucho a la de Cath. A decir verdad, ambos tenían los rasgos muy similares, como si fueran la versión femenina o masculina de una misma persona. ¿Serían hermanos? Él se pasó las manos enérgicamente por sus pantalones antes de tenderle una.

—Un placer conocerte, Paula. Soy Leo, el dueño de YenNork. Si estás lista, seré yo mismo quien haga tu prueba.

—¿Prueba?

Aunque lo intentó, no pudo evitar que le temblara la voz. Con independencia de la actitud amistosa de Cath, Paula no había esperado, ni mucho menos, que la admitiesen sin más. Pero tampoco imaginaba que fueran a hacerle una prueba nada más llegar, sin previo aviso y sin anestesia.

—Tranquila —susurró Cath, y le dio una palmadita en la espalda—, Alex nos dijo que bailaste con ellos durante su gira europea y ya hemos visto algunos de los vídeos. A los dos nos ha gustado bastante tu estilo.

Paula tragó saliva. Sabía que las intenciones de Cath eran buenas, pero la chica sólo había logrado que se sintiera todavía más inquieta. Tenía la extraña sensación de que, al ver los videos, habrían sido capaces de leer entre líneas,

de captar lo que había pasado entre Jay y ella y, por lo tanto, de entender el verdadero motivo por el que estaba en Corea. Esa absurda idea le hacía sentirse avergonzada, como si supiera que detrás de aquellas sonrisas se escondían dedos acusadores. Casi instintivamente, miró de reojo al lugar en el que Leo rebuscaba entre una pila de discos. Cath estiró sus brazos y le quitó a Paula el bolso y la carpeta que llevaba encima. Luego le dio un empujoncito que la propulsó al centro de la sala. La música había empezado a sonar de nuevo y, a través del espejo, Leo le indicó que se acercara a su lado.

—No vamos a parar aunque te equivoques, así que trata de seguirme. ¿De acuerdo?

Ella asintió, intentando concentrarse. Antes de que pudiera asimilar lo que estaba pasando, el director del estudio se había puesto en marcha. Al principio la música era lenta y la coreografía sencilla, llena de pasos tan básicos como el *step-touch*, pero poco a poco, conforme aumentaban el ritmo y el volumen, los pasos se complicaron. Leo aparentaba tener predilección por tipos de danza más pasionales, como los bailes latinos o la danza oriental, por lo que su coreografía estaba repleta de movimientos de cadera y torso, pasos de salsa y *egipcios* en marcha. Aquel estilo de baile era bastante similar al suyo, así que se sintió cómoda incluso cuando el coreano la sorprendió incluyendo pasos de ballet que hacía meses que no practicaba en serio como el *fouetté*. Sin embargo, pasaban los minutos y aquello parecía no tener fin. Leo aún tenía las pilas totalmente cargadas cuando ella empezó a notar que le costaba respirar y moverse con ligereza, pero estaba dispuesta a no parar hasta que el otro no lo hiciera; no iba a dejar escapar también esa oportunidad, y si para ello tenía que morir bailando como la protagonista de «Los zapatos rojos», así sería.

Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, el chico dio un último salto y se dejó caer al suelo como gran final. Ella le imitó, tratando de

recuperar el aliento, y recibió con agrado el contacto frío de la madera contra su rostro y sus brazos sudorosos. Cath aplaudió eufórica y a Paula no se le escapó la mirada de complicidad que intercambió con el bailarín.

—Muy bien, Paula, acompáñame a mi despacho, por favor. Allí podremos hablar más tranquilos.

Antes de que cerraran la puerta al salir al pasillo, Cath le guiñó un ojo, lo que consiguió que a Paula se le escapara una sonrisa. No quería cantar victoria antes de tiempo, pero aquello tenía muy buena pinta.

El despacho de Leo se encontraba al otro lado del recibidor, y poco tenía que ver con lo que todo el mundo esperaba encontrar al entrar en el despacho de un jefe. Había una zona totalmente despejada y presidida por otro espejo de cuerpo entero, una barra de ballet y un aparato de música de última generación. La pared del fondo estaba ocupada por vitrinas llenas de premios y fotos enmarcadas. La mayoría de ellas eran de Leo y Cath con los diferentes artistas con los que habían trabajado, pero también había algunas más personales que terminaron de confirmar las sospechas de que aquellos chicos que la habían recibido eran hermanos. Lo que sí llamó su atención fue que muchas de las instantáneas parecían haber sido tomadas en el edificio de WIMTS.

—Solía trabajar para ellos —comentó Leo, siguiendo la dirección de su mirada y adivinando sus pensamientos—. Siempre me repiten lo mucho que lamentaron perderme de entre sus filas. A día de hoy, WIMTS sigue siendo uno de mis clientes más importantes.

Después de un instante en silencio, en el que Leo pareció perderse en sus recuerdos, el chico sacudió suavemente la cabeza y volvió a sonreírle, señalando con una mano dos sillones que había en mitad de la sala, separados por una mesita de café de cristal sobre la que habían dejado una bandeja con vasos y limonada de color rosa. El hecho de no sentarse en dos sillas

separadas por un imponente escritorio repleto de papeles también resultaba un cambio muy agradable con respecto a lo que Paula estaba acostumbrada. Leo sirvió limonada en ambos vasos y, con cuidado, empujó uno hacia ella.

—Bueno, tardaremos un poquito en tener todos los papeles listos porque habrá que tramitar tu visado. Aun así, creo que puedo darte ya oficialmente la bienvenida a YenNork.

—¡Oh, Dios! —exclamó ella, embargada por un alivio inmenso. Parecía como si de golpe le hubieran quitado de encima gran parte del peso que acarreaba sobre sus hombros desde el día que había aterrizado en aquel país—. Muchísimas gracias, de verdad. Me esforzaré al máximo para no defraudaros.

—Me alegra que saques el tema —añadió él, poniéndose más serio—. Porque no habrá ninguna excepción contigo. Incluso aunque, al parecer, seas alguien especial para Alex. Por supuesto, también deberías empezar a recibir clases de coreano lo antes posible. No hay discusión posible al respecto.

Mientras Paula bajaba las escaleras que la conducirían al recibidor, sólo podía pensar en que, por fin, todo iba a mejorar. Cuando estaba a punto de alcanzar el último peldaño, tropezó con alguien. Era una chica bastante alta en comparación con las que había visto hasta el momento y tenía el cuerpo atlético y bien definido.

—Lo siento —se disculpó Paula.

La chica apenas se giró un segundo para lanzarle una mirada asesina y, sin mediar palabra, se dio media vuelta y siguió su camino. Ella se quedó contemplando un punto fijo en su espada. La escalera estaba poco iluminada, pero aquel rostro le sonaba de algo.

—Adelante, Hyomin.

Leo cerró de nuevo la puerta de su despacho detrás de la recién llegada y

entonces Paula lo recordó: era la misma chica que le había puesto la zancadilla en la audición de WIMTS.



CRIS

Quinta anotación en el cuaderno verde:

Aquella noche, la noche en que murió Harvey Nichols, acabé cenando en casa del profesor Foxcastle, el novio de Dani.

El imbécil de Lewis Foxcastle no sólo es un capullo gilipollas, infiel y ególatra, sino que, para rematar, se empeña en ocultar su falta de talento tras una personalidad ridículamente excéntrica y pretenciosa. Cenar con él en aquella mansión que se había empeñado en restaurar era como vivir en tus propias carnes una escena de alguna novela de Tim Powers: casi esperabas que en cualquier momento apareciese el payaso asesino sobre los zancos de detrás de las cortinas.

Dani fue quien me arrastró hasta allí. Tal vez porque pensaba que todavía no me sentía preparada para volver a casa después de lo que había visto, o tal vez porque no estaba dispuesto a perderse una cita con su novio sumamente ocupado sólo por verse obligado a hacer compañía durante toda la noche a su traumatizada amiga. Sea como fuere, allí estábamos los tres, apenas una hora después de que la vida de Harvey Nichols hubiese llegado a su fin, bebiendo vino y engullendo montaditos de queso fresco y salmón.

Foxcastle no parecía especialmente horrorizado ante el terrible acontecimiento. ¿Y por qué iba a estarlo? Muchas personas son atropelladas

cada día. Pero la cosa cambia cuando ocurre delante de tus narices, y ni Foxcastle ni Dani podían entenderlo. Ellos no estaban ahí. No la habían visto salir corriendo con el colgante en dirección a la calzada.

El colgante que lo cambiaría todo.

Foxcastle dio una calada a la pipa en la que estaba fumando. Mientras sus amigos se entretenían leyendo tebeos, Dani había crecido devorando las historias de Sherlock Holmes, y yo sospechaba que eso había influido bastante en su cuelgue por aquel tipo.

—¿Cuál creéis que era su historia? —inquirió el profesor distraído, cruzando las piernas con languidez y lanzando al aire volutas de humo gris.

—¿La de la chica muerta? —murmuró Dani con la boca llena de salmón.

El humo había enrarecido aún más el ambiente, ya de por sí fantasmagórico, de la mansión.

—No todos tenemos una historia. A veces simplemente se trata de lo que ves —intervine yo, dejando los cubiertos sobre la mesa—. Naces, creces, abandonas el instituto antes de tiempo, consigues un trabajo a media jornada en un centro comercial y a los diecinueve años te atropella un autobús.

Se hizo un ridículo silencio en la mesa. Foxcastle me observó pensativo, algo concentrado; luego se giró hacia Dani, que me miraba con aprensión. En ese momento, los dos capullos rompieron a carcajadas.

—No todos tenemos una historia, desde luego —repitió el profesor entre risas—. Dios, nene, esta chica es un puto genio. Deberías traerla más a menudo.

Dani no contestó; había sufrido otro ataque de risa tonta. Hizo gestos en mi dirección intentando disculparse, pero era evidente que le resultaba imposible parar.

—Estáis borrachos... —murmuré con desgana mientras me levantaba molesta, agarrando el delantal y el bolso que descansaban sobre el respaldo

de uno de los carísimos sillones de la mansión. Me dirigí a Dani—. Me largo a Leadworth. ¿Vienes o no?

La risa del chico se paró de pronto, como por un encantamiento. Casi podía leer su mente: el día que su querido profesor había considerado que mi amigo era digno de su presencia, a la compañera de piso histérica no se le ocurría otra cosa que presenciar cómo atropellaban a una chica y, lo que es aún peor, sentirse afectada por ello.

—No hace falta que vengas conmigo —me anticipé—. Estoy bien.

Dani se levantó. Era evidente que ahora que no estaba obligado a venir, su solidaridad hacia mi persona había aumentado.

—¿Estás segura, Cris? De verdad que puedo acompañarte a casa si quieres —murmuró, esta vez en español. Sentí una repentina punzada de afecto hacia él. A pesar de que mi nivel de español es incluso mejor que su nivel de inglés, casi nunca hablábamos en ese idioma entre nosotros. Dani se empeñó desde el primer día en Inglaterra en utilizar su idioma natal lo menos posible. Según él, un acento exótico estaba bien, pero hablar en otro idioma delataba falta de adaptación en su sofisticada sociedad universitaria.

Yo siempre he dudado que a la supuestamente sofisticada sociedad de Gloucester le importe una mierda el idioma que una camarera y un becario de artes escénicas hablen cuando están juntos, pero sabía que para Dani era importante. Y por encima de todos ellos, Foxcastle era el más importante. Por eso fue conmovedor que me hablase en español, delante de él, ignorándolo por un momento.

—Estoy bien —contesté también en el idioma de mi amigo—. Quédate y leed poemas o lo que sea que hagáis cuando estáis juntos... —Dani abrió la boca para replicar—. Déjalo, de verdad. Si estuviese realmente afectada, te lo diría —mentí—. Somos nosotros, Dani. Siempre te lo cuento todo —volví a mentir.

Mi amigo sonrió. Me quitó el delantal de las manos y me rodeó la cintura con él.

—Vale, Cris —murmuró mientras me lo anudaba con sorna—. Mañana nos veremos. Llevaré algo rico para desayunar. ¿Qué te apetece?

Sonreí sin ganas, recordando algo repentinamente.

—Un *matcha* estaría bien.

Me gustaría poder decir que regresé a por el colgante en ese mismo instante. Habría quedado bien en la historia que hubiese sido así. Un golpe de efecto dramático: regreso a casa en el coche de mi jefa, meditabunda, pensando en esa chica, y de repente recuerdo el colgante y doy un volantazo en plena autovía. Vuelvo a la puerta del Starbucks de Gloucester y busco el anillo en la penumbra del anochecer. Entonces lo sujeto y cierro con fuerza mi mano sobre él, tomando la irrenunciable decisión de concluir la última voluntad de Harvey Nichols y devolver aquella joya a su legítimo dueño.

Pero no fue así. Fue parecido, la verdad, incluidas las partes absurdas y ridículas, como la de decidir repentinamente viajar a Corea del Sur en pos de una estrella del K-pop para devolverle un colgante que, con casi total certeza, ni se había dado cuenta que había perdido. De eso trata esta historia, por cierto. Va de una pirada a punto de morir que viaja a la otra punta del globo siguiendo a un famoso al que ha visto tres segundos en persona.

En realidad, lo que hice esa noche fue regresar a casa y subir a mi habitación intentando no despertar a mi abuelo, que dormía, con la cabeza inclinada sobre el pecho, frente a una reposición de *Doctor Who*, de la época en la que el Doctor aún no era tan atractivo y llevaba una mata de apio en el ojal de la chaqueta. Una vez en mi cuarto, acabé con el bote de somníferos, que ya estaba en las últimas, y con el paquete de chicles.

Así fue como me quedé dormida, con el sueño pesado e inquieto de los medicamentos. Un sueño de batas blancas, uniformes verdes y autobuses rojos

como la sangre. Y en medio de todo ello, unos ojos, profundos y negros, que me observaban con indiferencia.

Me desperté sobresaltada y me llevé la mano al pecho. Mi corazón latía con fuerza. Podía oírlo en el silencio de mi habitación, entremezclado con el tictac del reloj de mi mesilla. Me pregunté con delirante tranquilidad si estaría latiendo así porque había llegado el momento que el doctor Hunt había presagiado con su ridícula cháchara médica y sus patéticos rodeos. Me pregunté si por fin mi débil corazón había dicho basta. Entonces recordé esos ojos de mi sueño y supe que no iba a morir todavía.

No, no decidí ir a buscar el colgante de camino a casa aquella noche, pero tampoco tardé mucho.

Puede pareceros una estupidez, y en cualquier otra época de mi vida a mí también me lo hubiera parecido. Pero justo entonces, cuando ocurrió, hacía apenas unos días que la espada de Damocles, que siempre había sido consciente de que pendía sobre mi cabeza, se acababa de soltar. No me daban más de un año de vida. Fue por eso, y no por otra cosa, que lo que en otras circunstancias se hubiese quedado en una triste anécdota al final lo significó todo.

3. *Un cielo lleno de estrellas*



CRIS

Sexta anotación en el cuaderno verde:

Siendo justos, pese a lo precipitado y poco meditado de mi viaje a Corea, país del que no sabía gran cosa de entrada, he tenido bastante suerte al llegar aquí.

Sobre todo, en lo referente a la familia Choi. Que, cuando apenas llevas unas horas en el país, una familia afable y normal se ofrezca a alojarte en una de sus habitaciones por un precio ridículo, sólo a cambio de que ayudes a su hija con sus clases de inglés, es un golpe de suerte se mire como se mire.

Tenéis que saber que la familia Choi, mi nueva familia adoptiva, la componen tres miembros: la señora Choi, que tiene el aspecto y la personalidad equivalente a una Molly Weasley asiática, excepto en lo pelirrojo y la tendencia a la magia, por supuesto; Choi Minah, la adolescente de trece años a la que estoy dando clases, y el hermano mayor, Choi Minwoo.

El padre de la familia murió hace unos años. No hablan demasiado del tema, pero da la impresión de que desde entonces la economía familiar no es demasiado boyante. Cuando el señor Choi vivía, la familia podía permitirse llevar una vida bastante holgada, o al menos eso se desprende de las fotos de las vacaciones familiares en el extranjero que decoran la casa. Al parecer, era un hombre con una mentalidad bastante abierta para los parámetros coreanos y

deseaba que sus hijos tuvieran todas las oportunidades posibles para conocer el mundo. Minah incluso asistía a uno de los mejores colegios privados bilingües del país y residió en Australia durante un curso escolar. Sin embargo, ahora ya no pueden permitirse nada así. Minah estudia en un colegio público y las vacaciones en el extranjero son un lujo que ni Minwoo ni su madre se pueden plantear a corto plazo. De ahí que yo les sea de utilidad para que la muchacha no pierda su fluidez con el idioma. A veces pienso que esa es la forma que tiene la señora Choi de intentar mantener vivo el recuerdo de su marido.

A pesar de todo, la casa donde viven ahora no está mal. Es un barrio obrero tranquilo y familiar, de construcciones de cemento individuales y algo anodinas, la mayoría rodeadas de un pequeño patio también de cemento. Se sitúa en una zona bastante elevada de la ciudad, no muy lejos de las murallas, repleta de cuevas interminables y pequeños miradores desde los que se vislumbra una buena panorámica de sus rascacielos más emblemáticos: la turística N-Tower, el resplandeciente y dorado Edificio 63, que antaño fue el edificio más alto fuera de Estados Unidos, y aquel otro rascacielos que los ha acabado desbancando a todos: el edificio de WIMTS, acristalado, imponente y orgulloso.

Mi habitación es amplia y está en el último piso, junto a un minúsculo aseo que sólo utilizo yo, lo cual me da algo de privacidad. El hijo mayor vive en un pequeño apartamento construido sobre el porche del garaje, unido al resto de la casa por una escalera en el jardín.

Se lo que estáis pensando. ¿De dónde ha salido toda esta gente de la que llevo un buen rato hablando y cómo los conocí? Ya os lo he dicho, ocurrió unas pocas horas después de llegar a Seúl, y se podría decir que fue el mismísimo Jay de R*E*X el que me los presentó.

Bueno, quien dice Jay dice su versión en cartón a tamaño natural que

presidía la entrada de una tienda de cosméticos en Seoul Station.

Porque eso es lo mejor de todo. Desde que llegué aquí, la imagen de Jay y de R*E*X me persigue por todas partes: televisión, revistas, escaparates de tiendas de moda, cadenas de cosméticos, carteles anunciando sus conciertos... Parece que toda esta ciudad revolotee en torno a la industria del espectáculo y, lo que es peor, en torno a la figura de los cuatro miembros de R*E*X.

Cuando aterricé en el aeropuerto de Incheon, la sensación abrumadora de no saber dónde demonios me había metido me sacudió. Había llegado hasta allí sin tener un plan definido. ¿Cómo iba a encontrar a aquel tipo? Lo poco que había podido investigar de él los días previos me indicaba que no sería demasiado difícil seguir sus movimientos por la ciudad, pero otra cosa muy distinta iba a ser el poder aproximarme. Y lo peor de todo: cuando lo hiciese, cuando lograra acercarme lo suficiente a él, ¿qué pasaría? ¿Cómo abordaría el tema? ¿Me plantaría delante de él y le diría «eh, hola, guapete, el otro día cuando estabas en un Starbucks de Gloucester, bebiendo un *matcha* con leche de soja, perdiste tu colgante y por tu culpa alguien murió; pero no me preguntes cómo se llamaba, porque en mi cabeza sólo me refiero a ella con el nombre del centro comercial donde trabajaba»?

Intenté no racionalizar demasiado y tomé un tren hacia la estación central de la ciudad con el objetivo de buscar un hostel en el centro que me permitiera moverme con tranquilidad por la zona. Mientras el hostel tuviera acceso a Internet, todo iría bien. Podría conectar mi viejo portátil y buscar información sobre la ciudad y sobre las actividades de R*E*X en los siguientes días.

Y allí me encontraba, en la estación central de Seúl, recién aterrizada de Inglaterra, con mi aspecto de extranjera ojerosa y despeinada tras demasiadas horas de vuelo, arrastrando la mochila de acampada que me había servido como improvisada maleta, cuando vi aquel recortable de cartón a tamaño natural de Jay frente una tienda de cosméticos. Después de un tiempo, ya estoy

acostumbrada a verlo por todas partes, pero entonces acababa de llegar y esta fue la primera señal, casi divina, que me hizo darme cuenta de la realidad de su existencia en Corea.

Me acerqué a la figura, que sonreía con naturalidad. Casi me dieron ganas de pegarle una patada en sus espinillas de cartón ahí mismo en honor a Harvey Nichols.

Había una joven en la puerta de la tienda, con un cutis resplandeciente y vestida con el uniforme de las dependientas. Se aproximó algo dubitativa y me tendió un folleto con los productos que vendían. La ignoré por completo; tenía la mirada fija en los ojos de Jay y el ceño fruncido. Ahora que lo pienso, debía de presentar un aspecto curioso frente a un muñeco de cartón más alto que yo, con los brazos cruzados y la mochila en mis pies. Tal vez por eso Minah decidió acercarse.

Noté que alguien tiraba de mi camiseta con timidez y, al girarme, me topé con una jovencita que llevaba un uniforme escolar.

—¿Te gusta R*E*X? —preguntó ella con una amplia sonrisa, en un inglés más que decente.

—¿Perdona?

Minah señaló la figura de cartón a mis espaldas.

—¿Has venido a Seúl a verlos? Algunos extranjeros lo hacen...

—Ah, oh... R*E*X, bueno...

—Minah, ¡deja de molestar a la señorita! —Un chico coreano algo mayor que yo, que obviamente era su hermano, nos alcanzó y sujetó a Minah por los hombros.

Minwoo me causó buena impresión desde el principio. Aquel día llevaba una guitarra al hombro y parecía no haber prestado demasiada atención a combinar su atuendo. Se puede decir que Minwoo tiene un aspecto agradable, a su manera, con el pelo ondulado, algo revuelto, y ojos cálidos. Pero lo que

más me gustó de él fue lo poco que se parecía a la imagen perfecta e intimidatoria de Jay en el recortable a nuestro lado.

Minah se excusó con su hermano en un rápido coreano. Él le dio un golpecito en el hombro.

—Habla en inglés. No seas maleducada.

—Ya le he hablado en inglés —replicó ella—, pero no estoy segura de si me entiende. A lo mejor es francesa...

—No es que no te entienda, ¡es que me has pillado por sorpresa! —Sonreí—. Has aparecido de la nada. Me llamo Cris.

Minah sonrió, contenta de que la comunicación entre nosotras fuera posible.

—¡Lo sabía! Te he pillado mirando la imagen de Jay. —Su sonrisa se ensanchó—. ¿Es tu favorito de R*E*X? ¿Has venido a verlos?

Noté cómo me ruborizaba al mismo tiempo que Minwoo fruncía levemente el ceño. Tal vez fue ese gesto suyo lo que me hizo ponerme alerta y mentir como una bellaca:

—¿Eh? ¿El chico guapo del cartel? —Reí con naturalidad—. No me suena, lo siento. En realidad, estaba buscando en el escaparate una crema de manos, el vuelo me ha dejado deshidratada.

El ceño de Minwoo volvió a relajarse, pero, a cambio, el rostro de Minah se ensombreció con desilusión.

—Entonces, ¿acabas de llegar a Seúl? —preguntó él—. ¿Te alojas por la zona?

Asentí, cogiendo mi equipaje y cargándolo al hombro.

—Quiero buscar un hostel cerca. —Les tendí la mano con la intención de irme—. Que vaya bien, chicos.

Minah sujetó mi mano casi con reverencia, esforzándose en parecer lo más adulta posible mientras trataba de emular ese simple saludo occidental.

Minwoo sonrió y me estrechó la mano con mucha más naturalidad, al tiempo que se inclinaba un poco; lo imité de forma inconsciente, sintiéndome algo insegura.

—Si no encuentras un sitio que te encaje para alojarte, mi madre tiene una habitación en alquiler y busca un inquilino extranjero —me dijo rápidamente mientras ojeaba el cartel luminoso que anunciaba las salidas de los próximos trenes—. Tenemos prisa, pero te dejo mi número de teléfono por si quieres más información.

«Parecen una familia agradable —pensé— y hablan inglés». No sería mala idea quedarme con ellos y que me ayudaran a moverme por la ciudad. Además, la chica daba la impresión de conocer bien al grupo al que pertenecía Jay, y eso era un punto a favor. Tenerla cerca me resultaría útil si quería acercarme a él.

Observé la tarjeta que me había dado. Aparecía un logo rojo, con un pez dibujado y, debajo, sus datos de contacto.

Esa tarde, después de dar un par de vueltas a las manzanas más próximas, sin demostrar demasiado interés en los hostales que me iba encontrando, busqué una cabina telefónica y marqué el número de Choi Minwoo.



JAY

Sumergió la cabeza en el agua casi hirviendo y notó al instante cómo se relajaban todos los músculos de su cuerpo. Siempre le habían gustado los baños largos. Cuando era pequeño, su madre había tenido que sacarle del agua fría y con las manos arrugadas en más de una ocasión. Sin embargo, al entrar en WIMTS, las posibilidades de disfrutar de ese placer tan mundano habían sido muy escasas, por no decir casi inexistentes.

El dormitorio que habían compartido los cuatro durante sus primeros años como grupo había sido minúsculo. La cocina y el salón estaban en un mismo cuarto y, cuando querían ver la televisión, tenían que sortear a piedra, papel o tijera quién se sentaría en el pequeño sofá de dos plazas. Apenas había armarios y, con su creciente popularidad, la ropa y los regalos de las fans empezaban a amontonarse en cualquier rincón, lo que sacaba de quicio al ordenado y metódico Alex.

En un apartamento de tales dimensiones, una ducha en la que darse la vuelta cómodamente era más de lo que podían pedir. Por eso, en cuanto WIMTS decidió invertir parte del dinero que tanto les había costado ganar en que se mudaran a un piso más amplio y seguro, Jay se limitó a exigir una bañera tan grande como la que había tenido en la vieja casa de sus padres.

Cuando salió del baño, ya en pijama, todavía se sentía despejado y decidió ir a molestar a Hyunsoo un rato. A esas horas de la noche, el pasillo estaba en

penumbra, iluminado sólo por la tenue luz de la ciudad que se colaba desde la ventana a su espalda, y el silencio se había apoderado de la vivienda, lo que hizo que se estremeciera. Llevaban años en ese piso, pero pasaban tan poco tiempo allí que todavía le resultaba ajeno.

La puerta de la habitación de Young estaba abierta de par en par, revelando las paredes forradas hasta el último centímetro por los pósteres de sus héroes favoritos y las estanterías repletas de cómics que se amontonaban encima sin orden aparente. El único rastro del chico era la ropa sucia que había dejado tirada sobre su cama. Aquel día había comenzado Chuseok, una de las festividades coreanas más importantes, y Young había aprovechado para visitar a su familia porque, aunque también vivían en Seúl, apenas tenía tiempo libre para verlos.

Hacía años que Jay no pasaba aquellas fechas en Jeju, la isla que le había visto nacer. En concreto, desde que R*E*X hizo su gran debut. En aquel entonces, apenas unos meses antes de presentarse ante el público, Alex había atravesado una etapa bastante mala. Apenas dormía o comía, se pasaba el día ensayando las canciones y los bailes o repitiendo discursos frente a un espejo. Pero lo peor era que, cuando creía que nadie lo veía, rompía a llorar desconsoladamente. Jay nunca llegó a averiguar qué le había pasado en esa época. Debido al estado de su compañero y a que su familia vivía en Estados Unidos, Jay llegó a pensar que, si todos se marchaban a sus casas para Chuseok y lo dejaban solo, Alex sería capaz de hacer alguna tontería. Así que decidió quedarse con él. Young, que sólo llevaba unos meses trabajando con ellos y apenas acababa de dejar de ser un niño, se había ido a casa de sus padres, pero Hyunsoo, deseoso de librarse de su madre y su nuevo novio, se sumó al plan de Alex y Jay en cuanto se enteró. Al año siguiente, aunque el líder parecía mucho más centrado y sereno, decidieron repetir la experiencia. En aquella ocasión, Young, que ya estaba integrado en el grupo, había

aparecido con un par de pizzas y una película de terror que había alquilado en el videoclub de la esquina.

Al final, poco a poco, aquella noche se convirtió en una tradición en la que celebraban con comida basura, mucho soju y no menos risas que, al menos por un par de días, eran libres de la presión mediática.

Pero Jay sospechaba que ese año no sería lo mismo. No con esa tensión creciente entre ellos. No cuando Hyunsoo y él planeaban salir de WIMTS para no volver nunca más. Y aun así, allí estaba, como si de algún modo se aferrara a la esperanza de equivocarse. Con cuidado para no hacer mucho ruido, cerró la cristalera de la terraza por la que se colaba un aire que anunciaba la próxima llegada del frío y siguió caminando a tientas por el pasillo. La puerta de la habitación de Alex estaba cerrada. La luz del dormitorio de Hyunsoo seguía encendida, por lo que se coló dentro sin ni siquiera llamar.

Hyunsoo estaba sentado en la cama con las piernas cruzadas, de espaldas a la puerta, con el portátil en el regazo y los cascos puestos. La guitarra que solía usar en actuaciones acústicas estaba fuera de su funda y había un par de partituras a medio acabar esparcidas sobre la mesa, pero parecía que había abandonado hacía rato su intento de componer algo. Como no había reparado en su presencia, Jay decidió darle un pequeño susto y se dejó caer sobre la cama de golpe. Hyunsoo dio tal respingo que el portátil estuvo a punto de resbalársele. Acto seguido, se quitó los cascos y lo miró con indignación.

—Algún día de estos —comentó arrastrando las palabras— me romperás la cama, así que tendrás que cederme la tuya y dormir en tu adorada bañera.

—¿Qué hacías? —inquirió Jay, haciendo caso omiso mientras apoyaba la barbilla en el hombro de su amigo para tener una mejor perspectiva de la pantalla. Hyunsoo tenía abiertas varias pestañas y todas eran de artículos o vídeos relacionados con el beso que le había dado a Young en el escenario de Music Bank—. ¿Todavía sigues pensando en eso? Nos salvó el día, eclipsaste

a los Warrior. La respuesta del público no fue tan horrible y, además, ¿desde cuándo te importa eso?

—No es que me importe —se defendió con un suspiro—, pero me gusta estar informado. Además, llevo días dándole vueltas a algo...

—¿A que hubiera sido mucho mejor si me hubieras besado a mí? ¡Eso ya lo sabíamos!

—Creído —repuso Hyunsoo con sorna—. No es eso. Piénsalo. ¿Por qué no he tenido casi críticas? Porque, en el fondo, todos saben que no es real. —Jay asintió, y se pasó una mano por la barbilla, que ya empezaba a necesitar un afeitado—. Saben que sólo lo hacemos por contentar a las fans.

—A las fans y su desbordante imaginación, querrás decir. Aunque supongo que para ellas un beso no es gran cosa, teniendo en cuenta las cosas que escriben... Hace poco me topé con un *fanfic* en el que tú eras una estrella cansada de su rutina que se refugiaba en un pequeño hotel rural en medio de los bosques de Estados Unidos y se acababa enamorando de un yo con complejo de nativo americano y una extraña obsesión por los rollitos de canela. De todas las historias que han caído en mis manos, esta es mi favorita. Puedo traducírtela cuando quieras. ¡Tengo un montón guardadas! Todavía no logro quitarme de la cabeza la imagen mental de aquella donde Young se encuentra en un jardín abandonado con una estatua idéntica a ti y se dedica a... Bueno, ya sabes, nunca pensé que alguien pudiera hacer algo así con una estatua. —Jay esbozó una sonrisa de medio lado.

—Mejor lo dejamos para otro día. —Hyunsoo alzó una ceja—. En ocasiones como esta, me planteo si aprendiste inglés sólo para entender todos esos *fanfics*. De todos modos, aunque personalmente prefiero no leer esas cosas, si les hace felices fantasear así, no seré yo quien les quite la ilusión. Lo que de verdad me preocupa es qué pasaría si de pronto una de sus historias fuera real.

—No creo que Young vaya por la vida real restregándose con los ornamentos de jardín —se rio Jay.

Hyunsoo puso los ojos en blanco.

—No, idiota. ¿Qué pasaría si uno de nosotros anunciara que le gustan los hombres? ¿Se lo tomarían igual de bien?

—Supongo que a alguna gente le daría igual o incluso se lo tomaría bien, pero en general creo que a partir de entonces no tendríamos las cosas demasiado fáciles en Corea —meditó Jay.

Hyunsoo suspiró, hastiado.

—Que viva la doble moral —se limitó a apostillar.

Los dos guardaron silencio, pensativos. La mirada de Jay comenzó a vagar por el cuarto, aunque enseguida recayó en el póster de Insomnia situado sobre el cabecero de la cama. Ese cartel era lo primero que se había traído Hyunsoo a la casa en cuanto se repartieron las habitaciones. Jay sabía que para su amigo, al igual que para él mismo y la mayoría de músicos de su generación, Insomnia era uno de los principales motivos de que hubiera decidido entregar su vida al mundo del espectáculo. La imagen era una de las más famosas del artista: sobre el escenario, con un único foco de luz tenue que recortaba su silueta contra las sombras. No se le veía el rostro y apenas se distinguía su figura, pero eso era justo lo que había convertido en icónica aquella foto. Era una imagen digna de una leyenda. Jay pensó que, en cierto sentido, le resultaba hipnótica, como si quisiera arrastrarle a su mismo destino.

—No tengo ninguna foto con él —comentó Hyunsoo tras seguir la dirección de su mirada—, pero llegué a verlo en una ocasión.

—¡No me lo habías contado nunca! —exclamó Jay, sorprendido.

—Digamos que no es un recuerdo del todo agradable y fue hace ya mucho tiempo, aunque a veces me parece que ocurrió ayer. —Dejó el portátil a los pies de la cama y se estiró para ponerse cómodo—. Aún no sé muy bien a qué

clase de espíritu tuvo que vender mi madre su alma para que WIMTS permitiera que él acudiese a la fiesta que celebrábamos en casa aquella noche. Pero ya sabes cómo es ella: en cuanto le dijeron que había venido, me arrastró hasta él para que me conociese. La verdad es que pasé bastante vergüenza. Me sentí como si un carnicero estuviera intentando venderle las ofertas del día..., pero él fue muy amable. Pese a que casi no me atrevía ni a respirar en su presencia, se acercó a mí con una sonrisa muy triste. «Eres muy guapo, Hyunsoo», me dijo, poniéndome una de las manos sobre la cabeza, «y debes tener cuidado porque todo el mundo querrá sacar partido de tu belleza». En aquel momento, yo era demasiado joven para entenderlo, pero al final ha resultado que tenía razón.

Hyunsoo sonrió con pena. A lo largo de los años se había creado una imagen que le protegía del resto del mundo. Entre su rostro perfecto y su talento, la gente lo tomaba por egocéntrico, frío y reservado. Pocos sabían que era un chico muy sensible que había crecido bajo la sombra de una madre que le utilizaba para alcanzar la fama que ella no había conseguido. Cualquiera que le hubiese oído hablar sobre su belleza de forma tan abierta, como una realidad incuestionable, lo habría considerado un vanidoso. Pero quienes lo conocían de verdad, como Jay, Alex o Young, sabían que la única razón por la que Hyunsoo no se esforzaba por aparentar modestia era porque jamás había percibido su belleza como algo bueno.

—Hyunsoo —comenzó Jay con suavidad—, no hace falta que te diga que no todos queremos aprovecharnos de ti, ¿verdad? Algunos te apreciamos sin esperar nada a cambio.

—Lo sé —dijo en un susurro—. Gracias a So... —Tragó saliva y, quizá pensando que Jay no se daría cuenta, miró en dirección a la foto que descansaba sobre su mesilla de noche—. Sojin consiguió que lo creyera, pero, ahora que ya no está, a veces me cuesta recordarlo.

Jay siguió la mirada de su amigo y contempló la foto. En ella, Hyunsoo estaba radiante, con una sonrisa amplia y sincera que poco tenía que ver con las de las revistas. A su lado, protegida por sus brazos, estaba Sojin.

No era ni de lejos el tipo de chica con la que cualquiera hubiera asociado a alguien como Hyunsoo. No es que a Jay le hubiese parecido fea la primera y única vez que vio al gran amor de su mejor amigo, al contrario: tenía un rostro bonito, de ojos grandes y sonrisa contagiosa. Pero su constitución, algo regordeta, contrastaba bastante con el aspecto delicado de Hyunsoo. Tal vez por eso a Jay le había pasado desapercibida en aquel *fanmeeting*, cuando esperaba con paciencia su turno para subir al escenario a saludarlos. Ni siquiera se había fijado en ella hasta que estuvo frente a ellos, y Hyunsoo tampoco.

Jay recordaba cada ridículo detalle de ese día en Hong Kong. El día en el que al fin decidieron abandonar WIMTS y todo lo que ello implicaba.

A Jay le gustaba viajar a Hong Kong, donde las chicas le sonreían más abiertamente que en Corea y donde resultaba más fácil burlar la vigilancia de Taehyun y el resto del equipo para escaparse a algún pub próximo. De hecho, aquel día Jay se despertó al lado de una de las camareras del bar del hotel, una chica menuda con cara de duende travieso, pelo corto teñido de morado y tatuajes por todo el cuerpo. Desde que sus ojos se posaron en ella la noche anterior, se había hecho la firme promesa de descubrir dónde terminaban esos tatuajes. Si es que terminaban en alguna parte...

Y lo cierto es que, en lo que a mujeres concernía, Jay rara vez no lograba lo que se proponía.

Hyunsoo interrumpió su perezoso despertar justo cuando la camarera se volvió a acercar a él, desnuda bajo las sábanas, ronroneando algunas palabras en cantonés. Su amigo irrumpió en la habitación que compartían con el pelo

revuelto, olor a tabaco y la misma ropa de la noche anterior arrugada. Dedicó una mirada imperturbable a la chica y lanzó su cazadora de cuero sobre la cama, antes de inclinarse sobre un bolso de viaje que reposaba en un sillón.

—No os cortéis por mí —murmuró con indiferencia.

Jay se alejó de ella y se sentó en la cama. No se sentía avergonzado, no era la primera vez que uno de sus compañeros lo veía en una situación comprometida. En sus primeros años, cuando sus fiestas eran más salvajes y su tolerancia al alcohol algo más baja que ahora, incluso había llegado a compartir una noche loca con dos chicas, Alex y Hyunsoo al mismo tiempo. Aunque Alex nunca había vuelto a hablar de ello, como si no lo recordara. Al fin y al cabo, aquello ocurrió cuando empezaban a ser conocidos, poco después de su debut, y lo cierto es que Alex en esa época había perdido un poco el control.

Sin embargo, las cosas habían cambiado desde entonces. Jay ya era más adulto o más sabio, o simplemente no tenía ninguna intención de regalarle un espectáculo en vivo a Hyunsoo a esas horas de la mañana. Así que se deshizo del abrazo de la camarera y abandonó el calor de las sábanas.

—Gracias por la interrupción —le recriminó a su amigo, aunque no demasiado molesto, mientras se frotaba los ojos y buscaba algo de ropa a su alrededor.

—Esta también es mi habitación, ¿no? Demasiado he tenido que aguantar esta noche compartiendo cama con Young, totalmente borracho, mientras tú te divertías —replicó él mientras observaba con una ceja arqueada cómo la camarera se estiraba y bostezaba, todavía desnuda sobre la cama.

Jay esbozó una sonrisa de suficiencia y agarró unos pantalones de pijama que estaban sobre una silla. Se los puso directamente sobre el cuerpo desnudo, sin ropa interior. No fue hasta que estaba estirando de los cordones de la cintura, para ajustarlos, cuando se dio cuenta de que se trataba de un pijama de

Hyunsoo.

—Genial, Jae —murmuró el dueño de la prenda con aire cansado—. Muy higiénico. Voy a darme una ducha. Puedes decirle a tu amiga que se quede a desayunar con nosotros si quiere —añadió con una sonrisa burlona, y esquivó la zapatilla de hotel que Jay le había lanzado justo antes de cerrar la puerta del baño.

Así pues, el día en que Jay vio a Sojin por primera y última vez, empezó de una forma ridículamente familiar y continuó con los cuatro juntos, almorzando en la destartalada habitación de Young y Alex, con Young quejándose sin parar de la luz que se filtraba por las cortinas. ¿Quién iba a esperarse que esa jornada terminara con Hyunsoo llorando como nunca en todos esos años y el propio Jay abrazándolo y pronunciando las palabras que aún resonaban en su cabeza cada vez que miraba a los ojos a Alex o a Young?

«Tranquilízate, nos vamos. Se acabó. Nos vamos de WIMTS».



PAULA

Tras más de un mes de entrenamiento continuo en YenNork, Paula comenzaba a sentirse al borde de la extenuación.

En España solía viajar a Valencia tres veces por semana para asistir a su academia de baile; la mayor parte del año compaginaba las clases con el trabajo en la oficina del taller de sus padres. Nunca le había supuesto ningún esfuerzo escaparse hasta allí. De hecho, le encantaba compartir esos ratos con el resto de sus compañeros bailarines, a la mayoría de los cuales conocía desde que eran unos niños. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que los demás bailarines de YenNork habrían considerado ese nivel de entrenamiento más como una afición que como una carrera profesional. En YenNork practicaba desde primera hora de la mañana hasta que comenzaba a anochecer, con apenas unas pequeñas pausas para tomar aliento. Los primeros días había creído que iba a morir al intentar seguir el ritmo, y era consciente de las miradas de sus compañeros, que probablemente se preguntaban qué pintaba ella allí cuando era más que obvio que estaba desentrenada y en baja forma.

Y ese era otro de sus grandes problemas: la forma física. Como bailarina moderna, Paula nunca había intentado aspirar a la figura estilizada que sus compañeras de rama más clásica se esforzaban en mantener. A pesar de eso, controlaba su peso y se mantenía delgada, por lo que su físico siempre había entrado dentro del estándar de lo que en su país se consideraba adecuado para

una bailarina de música moderna. Pero Corea era otro mundo. Allí, todas las mujeres que se consideraban aptas para los focos y para acompañar a las estrellas en sus actuaciones tenían el cuerpo espigado de una bailarina clásica, sin excepción. Paula se sentía acomplejada a su lado, consciente de que, por mucho que intentase adelgazar, su propia constitución le imposibilitaba tener esa figura.

—No te mortifiques con el tema —le insistió Cath cuando le confesó su frustración—. Si quisiéramos que todas nuestras bailarinas tuvieran el mismo aspecto, no te hubiéramos contratado. Tu cuerpo está bien, la mayoría de las chicas que crees que te miran con recelo sólo sienten vergüenza porque no son capaces de comunicarse contigo en inglés. Tal vez ayudaría si estudiases algo de coreano...

Paula suspiró.

—Supongo que tendré que intentarlo si quiero ganarme la vida aquí o al menos ser capaz de hacer la compra como una persona normal.

Cath soltó una carcajada.

—Buena chica. Ahora ve a casa y descansa. Leo quiere que os toméis el resto de la tarde libre, es viernes.

La sonrisa de Paula disminuyó. Por muy duro que fuera el entrenamiento, en YenNork se entretenía. Al salir de allí, la sensación de fracaso y soledad le volvía a invadir, y el recuerdo de Jay le atosigaba. Suspiró mientras se dirigía a los vestuarios. Un fin de semana por delante y ni una sola persona en toda la ciudad con quien compartirlo.

En el vestuario, el resto de las bailarinas cotorreaban entre sí con alegría, posiblemente hablando de sus planes para los próximos días. Tal vez podría aprovechar para buscar una academia de coreano que diese clases los fines de semana, pensó Paula; allí conocería a más personas como ella. Otros extranjeros perdidos en Seúl. Aun así, la idea de aprender coreano y

relacionarse con gente en su misma situación no terminaba de atraerle y, en el fondo, sabía por qué: la única persona con la que deseaba pasar el tiempo en esa ciudad ya era capaz de comunicarse con ella.

Abandonó el vestuario con el cabello todavía húmedo de la ducha. Al salir, notó el frío otoñal y se cubrió con la capucha de su sudadera, rumbo a casa. A medio camino, se detuvo frente al escaparate de una tienda de discos que siempre se esforzaba por ignorar. Allí presidía la escena un póster con la imagen de los cuatro miembros de R*E*X, bajo el que se apilaban las copias del último disco que habían sacado al mercado. Sólo unos meses atrás, Paula hubiera seguido emocionada desde España todas las actividades promocionales del grupo, encargado el CD a algún portal *online* y rezado para que no pasase demasiado tiempo en la aduana. Sintió una punzada de nostalgia al recordar esa época, que ahora parecía tan remota. Hubiera dado cualquier cosa por llegar a conocer a esos cuatro chicos en persona.

—Eres un gilipollas —murmuró en español a la imagen de Jay en el póster—. Cabrón gilipollas —repitió, como si por expresar las palabras en voz alta fuera a creérselas y a olvidarse de él.

Unas niñas que salían de la tienda la miraron curiosa, sin entender lo que decía. Paula soltó una risita, seguida de una risa algo más fuerte que acabó en una carcajada apenas contenida.

—Estoy como una cabra —murmuró con la cara enterrada entre las manos y sin dejar de reír—. Me he vuelto completamente loca.

Tal vez fuera el cansancio acumulado, la tensión de las últimas semanas o el simple hecho de tener la imagen de Jay frente a ella, pero necesitó varios minutos hasta que al final, tras limpiarse las lágrimas de los ojos, pudo recomponerse y continuar.

«Bueno —pensó mientras se alejaba de la tienda de discos—, mejor reír que llorar; por lo menos, en eso hemos avanzado».

Por la noche se demoró algo más de lo normal en los alrededores de su casa para echar un vistazo a los puestos de comida y probar unos pequeños dulces coreanos, recién cocinados por los vendedores ambulantes en sus planchas portátiles, que llevaban días llamándole la atención. Al final, compró algo de cerdo y ternera para hacerlo en la cocina compartida. Nunca había cocinado nada allí, nada que no implicase utilizar sólo el microondas o el calentador de agua, pero hacía un par de semanas había visto a algunos de los huéspedes sentarse frente a la pequeña barbacoa para compartir carne y el olor le había hecho salivar. Llevaba sin comer algo decente desde que había aterrizado y pensó que tenía toda la tarde para averiguar cómo funcionaba el hornillo.

Al llegar a la cocina, una mujer le lanzó la clase de mirada recelosa a la que ella ya estaba acostumbrada, mientras continuaba dando vueltas a una especie de guiso de pescado que tenía sobre el fuego. Como muchos de los habitantes del lugar, rondaba la cincuentena y vestía de forma algo descuidada. Paula sabía que la mujer vivía con un par de muchachos gemelos, sus hijos, que todas las mañanas salían rumbo a algún colegio cercano.

Paula desplegó sobre la mesa el paquete de la carnicería. Allí había comida para un regimiento, se lamentó. De nuevo había sido incapaz de dar instrucciones claras al dependiente. Si ya de por sí el precio de la carne era prohibitivo en Corea, la cantidad que se había llevado había subido bastante la factura. Era una suerte, pensó con amargura, que no tuviese otra cosa mejor en lo que gastarse el dinero. La mujer observó la enorme cantidad de carne con disimulo, quizá preguntándose si la joven extranjera era una especie de león voraz escondido bajo la piel de una muchacha.

Paula intentó explicarle por señas que se había equivocado al hacer el pedido en la tienda y la señora, con una sonrisa, señaló el frigorífico, como sugiriéndole que congelara el resto de la carne. Eso le reconfortó: era el primer gesto amable que recibía de uno de los huéspedes. Casi sin darse

cuenta, se descubrió a sí misma señalando de nuevo la carne y después a la mujer, en una invitación muda. Tal vez quisiera compartir la cena con ella.

La señora la miró sorprendida y pareció calibrar su respuesta; unos segundos después, señaló el guiso de pescado que tenía sobre el fuego e hizo el mismo gesto de invitación en dirección a Paula. El estómago de la chica rugió de forma automática. Un plato caliente preparado por una mujer casi de la edad de su madre resultaba tentador, mucho más que la carne a la plancha. La señora volvió a reír al escucharlo e hizo un nuevo gesto para que esperase mientras salía al patio, donde golpeó un par de puertas del resto de las habitaciones.

Apenas una hora después, en la cocina de la casa se había formado una pequeña reunión de vecinos. Paula no podía creérselo. La mujer del guiso de pescado había servido un bol para cada uno, mientras que un anciano desdentado ayudaba a Paula a preparar la carne en la pequeña parrilla. Otra señora había sacado *kimchi* de unas tarrinas de la nevera y los dos niños colocaban batatas en el horno, envueltas en papel de aluminio. Ninguno de ellos era capaz de hablar con Paula, pero todos sonreían e inclinaban la cabeza agradecidos en su dirección conforme la carne iba llegando a la mesa.

Esa noche, se acostó en su pequeño cuarto con una sensación reconfortante: por primera vez, la casa de huéspedes no parecía tan lúgubre y decadente como al principio.



CRIS

Séptima anotación en el cuaderno verde:

Uno de los lugares que más me gustan de la casa de los Choi es «el cuarto de luces», que es como llaman a la pequeña sala con techo acristalado en la que desembocan las ventanas de la cocina y de la habitación de Minah, y cuyo único propósito consiste en iluminar ambas habitaciones. A Minah le encanta pasar las horas allí, tumbada en una vieja hamaca, calentándose al sol y envuelta en mantas, mientras observa las plantas colocadas sobre el alféizar de la ventana de su cuarto y oye los sonidos de su madre en la cocina como telón de fondo.

Allí es donde solemos impartir las clases de inglés. La verdad es que a ella se le da bastante bien el idioma. Lo habla con la misma fluidez que su hermano e incluso con mejor acento. Hace poco le pregunté a Minwoo por qué él no se animó a estudiar en Australia, igual que su hermana pequeña, y me confesó que ese curso escolar fuera del país sólo fue una excusa para que Minah no viviese de cerca los últimos meses de la enfermedad de su padre.

Es agradable estar allí con ella, en la quietud del cuarto de luces, hojeando revistas viejas y escuchando sus anécdotas del colegio. A veces se une a nosotras Minwoo, que también parece sentirse atraído por la calidez de la estancia. Lo cierto es que me alegra cuando lo hace, porque, aunque disfruto

con la compañía de Minah, está bien tratar con un chico más o menos de mi edad de vez en cuando. Poco a poco, Minah dejó de tener protagonismo en esas conversaciones y los tres empezamos a charlar de cualquier tontería. A pesar de mi simpatía inicial hacia Minwoo, nuestra amistad, al contrario que en el caso de Dani, no se produjo de la noche a la mañana. Pero tampoco tardé demasiado en darme cuenta de que confiaba en él y de que se había convertido en mi primer amigo de Seúl.

Si habéis llegado hasta aquí, quizás hayáis deducido que no tengo demasiadas amigas. Tampoco es que tenga muchos amigos en general, pero desde que volví a Inglaterra ha dado la casualidad de que casi todas mis relaciones cercanas han sido con chicos. De hecho, ahora que me paro a pensarlo, creo que Paula es lo más parecido a una amiga de verdad que he tenido jamás. Lo cual no deja de ser curioso, teniendo en cuenta cómo es Paula y cómo soy yo. Pero no es el momento de hablar de ella todavía; es más, creo que a esas alturas ni siquiera la conocía, así que olvidémonos de ella por ahora. A donde quería ir a parar es a que, para mí, no fue raro incorporar a Minwoo a mi vida y sentirme cómoda al hacerlo.

La tarde que Minah nos contó a su hermano y a mí la leyenda del quinto miembro, estábamos los tres apretujados en la desvencijada hamaca de dos plazas, esperando a que la señora Choi preparase la cena. Yo estaba enseñando a Minah cómo hacer pompas de chicle de tamaño extragrande; mi especialidad. Ella se reía ante mi proeza y Minwoo nos ignoraba con una sonrisa indulgente.

La conversación surgió por culpa de una de esas revistas que Minah guarda apiladas en un rincón de aquel cuarto. Son revistas viejas y descoloridas por el sol, desgastadas por las manos de una muchacha aficionada a hojearlas una y otra vez. Revistas para adolescentes, no demasiado distintas de las que encontrarías en Europa, aunque tal vez algo más inocentes, y todas repletas de

fotos coloridas de actores y cantantes asiáticos famosos. Por supuesto, R*E*X tiene una presencia privilegiada en ellas. Por cierto, para entonces, ya había hecho mis deberes sobre el grupo. Conocía los nombres y los datos básicos de los otros tres, y bastante más que eso sobre Jay. De hecho, gracias a Internet, había acumulado tal cantidad de información inútil sobre este último que os parecería asombrosa.

Mientras Minah cotorreaba sobre una nadería, Minwoo agarró una de ellas y la agitó en el aire para espantar una polilla similar a un pterodáctilo que se había colado por el respiradero del techo. Minah gritó horrorizada y rescató su pequeño tesoro de las manos de su hermano. Era una de las que más le gustaban. En la portada, sobre unos titulares dorados, el miembro más joven de R*E*X sonreía a su público.

Young parecía algo más joven ahí que en las últimas fotos que había visto de él, y tenía el pelo más corto. Por lo que creía saber entonces sobre los cuatro componentes del grupo, él parecía el más simpático. Estaba claro que era el favorito de Minah, que incluso había bautizado con su nombre a su tortuga. Minah es técnicamente una *crown*, el nombre con el que se designan las fans acérrimas de R*E*X, que adoran a su grupo por encima de cualquier otro. Había escuchado ese término por primera vez aquella tarde en Gloucester, ¿recordáis?, en la charla errática de Harvey Nichols y sus dos amigas.

—¿Cuándo vas a tirar todas esas revistas? —murmuró Minwoo molesto—. ¡Esa tiene casi tres años!

Minah aferró la portada de Young contra su pecho.

—A mí me gustan y me gusta guardarlas... Y a Cris también —se defendió, lo que provocó que yo casi me atragantara con el chicle—. Le gusta mirar las fotos, ¿verdad, Cris?

Verdad. Estaba claro que lo había hecho. Evidentemente, sólo para

documentarme sobre el propósito de mi misión en Seúl, por supuesto... Vale, ¿a quién vamos a engañar? Los artistas de K-pop pueden estar muy buenos, nunca es tarde para darse cuenta de esa asombrosa realidad. Pero eso era algo que no iba a admitir ni en un millón de años ante Minwoo, que me escrutaba con el ceño fruncido, como si el hecho de que una persona racional se sintiese atraída por el mundo del K-pop no encajase en sus esquemas.

—Tampoco es que me encanten —me defendí—. Están ahí a mano y algo hay que hacer para pasar el rato...

—Si tuvieses un trabajo de verdad... —comenzó él antes de que su hermana le interrumpiera.

—Ya tiene un trabajo. Me da clases de inglés —lo cortó, como siempre que intuía que comenzaba una conversación «de mayores» en la que iba a sentirse excluida—. Cris, ¿sabes lo que pone aquí? —reclamó mi atención señalando una columna de su revista.

Negué con la cabeza. No había aprendido una sola letra del alfabeto coreano en todas esas semanas. Vivir con personas casi bilingües no ayudaba demasiado.

—Young habla de cuando entrenaba en la compañía —comenzó emocionada. Su hermano se apoyó en la hamaca con los brazos cruzados y cerró los ojos con un exagerado suspiro de hastío. Me pregunté divertida cuántas veces habría escuchado ya la misma historia—. Pero no lo cuenta todo —añadió con voz misteriosa—. Oculta la parte más importante; no dice una sola palabra de lo que pasó con el quinto miembro.

—En serio, Minah... Deja ese tema de una vez.

Pero yo estaba intrigada.

—¿El quinto miembro? Se supone que sólo son cuatro...

—¡Eso es lo que nos quieren hacer creer a todos! —Minah nadaba entre la indignación y el placer que le provocaba tener por fin una audiencia entregada.

Por lo menos, la mitad de la misma—. Pero había un quinto, otro más que iba a debutar junto a ellos en R*E*X. Sin embargo, unos días antes pasó algo y al final sólo quedaron ellos cuatro.

—¿Por qué no llegó a debutar?

—Hay varias teorías —aseveró ella con tono confidencial—. En lo único en lo que todo el mundo parece estar de acuerdo es en que se lanzó de la azotea del edificio de WIMTS durante la fiesta previa al debut delante de un montón de gente: los miembros del grupo, los representantes, el presidente, los invitados... Obligaron a todos los que estaban allí a guardar silencio.

Me incorporé sobre la hamaca, sentándome con las piernas cruzadas, y encaré a Minah para prestarle más atención. Minwoo nos contemplaba con aire incómodo. Estaba claro que no le gustaba que su hermanita de trece años fantasease con historias sobre un suicidio. En otras circunstancias hubiera intentado ayudarle, pero esta vez lo ignoré.

—No creo que puedas obligar a todos los invitados de una fiesta de superlujo en Seúl a callarse algo así...

—¡Evidentemente, no puedes! —asintió él.

—Por eso se filtró la historia —afirmó Minah—. WIMTS intentó evitarlo por todos los medios, pero la verdad tarde o temprano siempre sale a la luz.

—¿Y por qué lo hizo? —inquirí—. ¿Por qué el quinto miembro se suicidó antes de debutar?

Minah se encogió de hombros.

—Hay varias hipótesis. Algunos dicen que por la presión, ya que era el mayor de todos e iba a ser el líder. La responsabilidad le superó.

Asentí. Tenía cierto sentido. El nivel de exigencia de ese mundo parecía demasiado alto, casi brutal, incomprensible en el mundo del espectáculo occidental. Advertí que Minwoo me lanzaba una mirada ceñuda.

—También hay otra teoría. —Minah había esbozado una sonrisa pícar—.

Se rumorea que estaba tan enamorado de Hyunsoo que fue incapaz de aceptar que él y Jay estuviesen juntos. Cuando le declaró su amor y fue rechazado, no pudo más que... —Su perorata se quedó inconclusa, pues su hermano le quitó la manta y se la echó sobre la cabeza.

—Lo que me faltaba por oír... —murmuró entre escandalizado y divertido, y salió del cuarto de luces sin despedirse.

Minah y yo permanecimos allí un rato más. Ella siguió hojeando sus revistas y yo volví a evadirme, dándole vueltas a la leyenda del quinto miembro.

En ese momento, no hubiera sabido explicar por qué me sentí tan intrigada por la historia. Era obvio que la teoría del triángulo amoroso entre los tres miembros no era más que una fantasía calenturienta de las fans, pero eso no significaba que no hubiese un poso de verdad detrás de todo. Algo en mi interior me dijo que esas habladurías eran importantes.

Durante los siguientes minutos, me quedé sopesando las palabras de Minah, en silencio, hasta que la señora Choi golpeó el cristal de la ventana de la cocina para llamarnos a cenar.



JAY

Jay y Hyunsoo se sobresaltaron al escuchar el timbre. No esperaban a nadie a esas horas de la noche y la mayoría de los miembros del equipo que solían entrar a la casa tenían una copia del código de seguridad y de la tarjeta de acceso al portal. En la vida de alguien como ellos, eso sólo podía significar que, una vez más, algún acosador había averiguado la forma de colarse en el edificio. Cuando vivían en el piso anterior, esas situaciones eran habituales, pero, por fortuna, no habían vuelto a producirse desde que se habían mudado. De hecho, si habían elegido aquella urbanización había sido precisamente por su extrema seguridad..., lo que significaba que era todavía más preocupante que hubieran sido capaces de llegar hasta allí.

Hyunsoo se acercó con cuidado al control de la puerta y, con notable aprensión, encendió el visor. Se sorprendieron gratamente al descubrir que, tras un montón de bolsas y un paraguas, asomaba una gorra de los Doosan Bears muy familiar.

—Sé que estáis ahí —soltó la inconfundible voz de Young mientras su imagen en el vídeo alzaba la cabeza, mirando directamente a la cámara—. ¡Abrid de una vez! Se me ha caído la tarjeta en una de las bolsas y esto pesa como un muerto.

Jay suspiró aliviado y abrió la puerta. El miembro más joven de R*E*X entró en el piso como un torbellino. Sin darles tiempo a decir nada, fue

corriendo a la mesa del salón y soltó las bolsas encima, dejando tras su paso un leve olor a comida.

—¿Esperas que estalle la guerra? —comentó Hyunsoo al tiempo que husmeaba entre lo que Young había traído en busca de algo de su agrado—. Con esto podrías alimentarnos durante un mes como mínimo.

El aludido soltó una risita, pero Jay aún seguía en la puerta del salón, observándolos perplejo. Le costaba creer que Young fuera tan inocente como para pensar que podían seguir celebrando esa noche igual que siempre, como si en aquel último año las cosas entre ellos no hubieran cambiado drásticamente.

—¿Te encuentras bien, Jay? Parece que hayas visto un fantasma.

—Es sólo que no te esperábamos.

—¿Cómo que no me esperabais? —Young sonaba genuinamente indignado, con los ojos abiertos de par en par—. ¿A quién se le ha ocurrido que fuera a perderme la noche? —añadió, enfatizando las dos últimas palabras.

—Supuse que te quedarías en casa de tus padres. No creí que este año fuéramos a... —se explicó Jay, tratando de dar con la expresión adecuada para no sonar demasiado duro.

—Lo que me recuerda —le interrumpió el otro, haciendo caso omiso—: ¿dónde narices está Alex?

—Creo que se ha dormido —musitó Hyunsoo, que había empezado a mordisquear un muslo de pollo frito.

—¿Dormido a estas horas? Se nos hace viejo. —Young sacudió la cabeza con resignación y se giró hacia Jay—. ¿Puedes ir a despertarle mientras Hyunsoo y yo preparamos la mesa?

—Si se ha ido a dormir, será por algo; no creo que quiera que le molestemos.

—¿Cómo no va a querer? Sobre todo hoy. Venga, Jay-hyung —insistió,

poniendo esa cara de cachorrito abandonado que era la debilidad de los más mayores—. Hazlo por mí.

Jay buscó con la mirada a Hyunsoo, intentando encontrar un apoyo para su cruzada personal, pero este seguía ocupado rebuscando entre las bolsas de comida.

—¡Está bien, me rindo!

Jay giró sobre sus talones y se dirigió a la habitación de Alex a través del pasillo. Si luego no quería levantarse, al menos no podrían reprocharle el no haberlo intentado. Si por eso aquel año no cumplían los cuatro con su tradición, podrían culpar a Alex y no a él.

La puerta de su dormitorio seguía cerrada, así que llamó con suavidad y, ante la falta de respuesta, la abrió con cuidado. A diferencia de las de los demás, la habitación de Alex siempre permanecía muy limpia y ordenada. Lo único que evidenciaba que ese cuarto no pertenecía a un robot era la estantería que recubría una pared entera y que estaba repleta de libros en inglés sobre psicología, historia, política y divulgación científica. Alex era muy inteligente y pasaba las horas muertas con la nariz enterrada entre las páginas de algún libro. Habría podido dedicarse a cualquier cosa si su sueño no hubiera sido ser cantante, pero, como en el caso de casi todos ellos, Insomnia se había cruzado en su camino.

Mientras los ojos de Jay se acostumbraban a la penumbra, percibió la respiración acompasada del chico. Alex dormía hecho un ovillo sobre la cama y con los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía el ceño fruncido en un gesto de preocupación, y Jay no pudo evitar preguntarse qué sería aquello que le perseguía incluso en sueños. Viéndolo así, indefenso y libre de todos los comentarios dolorosos que últimamente no dejaban de intercambiarse, recordó los años en que habían sido inseparables y casi sintió deseos de meterse en su mente y protegerle de sus miedos. Si tan sólo no se hubiera vuelto un capullo

integral cuando estaba despierto... En aquel momento, Alex se estremeció. De forma instintiva, Jay cogió una manta azul que reposaba a los pies de la cama y le tapó con ella. Lo cierto es que tenía bastante mal aspecto, quizás estuviera enfermo. Seguro que Young lo comprendería.

—Espera —susurró Alex con voz adormilada, y le cogió de la mano cuando ya se había dado la vuelta para salir—. Estoy despierto. Ya me levanto.

—No te preocupes, no tienes muy buena cara. Será mejor que sigas durmiendo.

—No importa —contestó mientras se incorporaba con dificultad y se frotaba los ojos, enrojecidos e hinchados—. Puedo descansar mañana, pero no puedo perderme nuestra noche, ¿no?

Dicho eso, sonrió. No con un gesto forzado como en la televisión, sino con una de esas sonrisas que le habían caracterizado antes, serena y cálida. Aquel gesto, tan absurdo e irrelevante, hizo que a Jay se le formara un nudo en la garganta. Tal vez porque se sentía culpable por haber dudado de él, tal vez por la alegría al comprobar que se había equivocado, o tal vez por ambas cosas. Era un alivio saber que, al menos durante una noche, podían enterrar el hacha de guerra.

En el salón, Hyunsoo y Young ya habían terminado de preparar un festín digno de provocar un ataque al corazón a su mánager y a sus dietistas, y estaban plácidamente sentados en el sofá. En los altavoces que tenían instalados por toda la estancia se reproducía de forma insistente el tema principal de *Scent of Love*, que acompañaba al menú de inicio del DVD. Como cada vez que se sentía confuso, Jay volvió a buscar los ojos de Hyunsoo, pero su mejor amigo se limitó a encogerse de hombros. Era cierto que en las noches de Chuseok acostumbraban a ver películas juntos, pero estas siempre consistían en persecuciones, tiros, peleas y escenas subidas de tono.

Las historias de amor y enfermedades terminales las reservaba para la casa familiar, donde su madre, haciendo gala de su temible persuasión materna, le obligaba a verlas con ella.

—¿Qué se supone que es esto?

—¡Jay! —exclamó Young, y se volvió hacia él con una sonrisa radiante—. ¡He alquilado tu película favorita! ¡Apuesto a que no sabías que lo recordaba!

Por un momento se hizo un silencio sepulcral, pero después Hyunsoo y Jay estallaron en carcajadas e incluso Alex fue incapaz de aguantar una risita. Young los observaba confuso.

—Pero ¿cómo va a ser esta mi película favorita? —dijo Jay, todavía riéndose mientras aplastaba a su amigo con el cojín más próximo—. ¡Ni que no me conocieras!

—¡Es lo que siempre dices cuando te preguntan!

—Porque es lo que quieren oír las fans. —Jay dejó de lado el cojín y, en cuanto se acomodó junto a Young, le pasó un brazo por los hombros, adoptando el tono de un padre que va a aleccionar a su hijo sobre los secretos de la vida—: ¿No lo ves? Chico duro y sexy..., o sea, yo. Pero el chico en cuestión se dedica a ver películas moñas en su tiempo libre, lo que sólo puede significar que, en el fondo, es un trozo de pan. Es el prototipo de protagonista de un drama, alguien que se hace el frío porque tiene un pasado oscuro, pero que en realidad es dulce y sensible. Créeme, las vuelve locas. Todas quieren ser la elegida que haga aflorar mi lado más tierno.

—Seguro que Maquiavelo escribió *El príncipe* pensando en ti —comentó Alex con sorna.

—Ya entiendo. —Young era la viva imagen de quien acaba de comprender que ha estado pasando por alto la verdad más obvia del mundo—. Pues lo siento mucho —añadió con gesto apenado—, pero no he alquilado nada más.

—No pasa nada —intervino Hyunsoo, y le dio una palmadita cariñosa en la

cabeza—. La veremos de todas formas, ¿verdad, Jae?

—¿Qué remedio? —Soltó un suspiro y le arrebató el mando a Young—. Pero os advierto que lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas, o en nuestro piso en este caso... Ya sabéis lo que quiero decir.

Al principio, los cuatro se dedicaron a poner voces ridículas e inventarse diálogos estúpidos para las escenas, pero lo cierto es que, conforme la trama iba desarrollándose, poco a poco fueron quedándose en silencio, absortos en la película. A pesar de que el desenlace empezaba a intuirse de un modo evidente, pasaron la última media hora en tensión. Esa historia era un maldito drama continuo y en la escena final, con el personaje de Park Hae Il besando la frente de su hijita, el hipo lloroso de alguien rompió el silencio.

—Young —susurró Jay mientras uno de los otros dos encendía la lamparita—, no me digas que estás llorando...

—¡No! —gritó este, cubriéndose la cara con rapidez con las manos—. ¡Déjame en paz!

—¡Estás llorando! —insistió Jay, y soltó una carcajada al tirar con fuerza de sus muñecas para intentar verle el rostro.

—Jae, no seas cruel —dijo Hyunsoo con una sonrisa torcida que no presagiaba nada bueno—. ¿O debo recordarte los lagrimones que soltaste cuando Jan-Di se marcha al pueblo pesquero sin decirle nada a Gu Jun-pyo en *Boys Over Flowers*?

—¡Tú calla!

Jay soltó una de las muñecas de Young y, con la mano libre, buscó a tientas el cojín para lanzárselo a Hyunsoo a la cara. Sólo que erró en su dirección y acabó estampado en la frente de Alex. Por un instante, Jay contuvo la respiración; sin embargo, en lugar de enfadarse, el líder se echó a reír.

—Ahora verás... ¡Mi venganza será terrible!

Se levantó de su sitio y se abalanzó sobre Jay, al que de inmediato empezó

a atacar en los puntos donde sabía que iba a acabar retorciéndose por las cosquillas. A partir de ese momento, Jay fue incapaz de darse cuenta de mucho más de lo que pasaba a su alrededor, pues le era imposible centrarse en algo que no fuese intentar zafarse del ataque continuo de Alex. Tras lo que le pareció una eternidad, cuando casi empezaba a dolerle la tripa de tanto reír, un movimiento brusco de Young, que aún seguía debajo de ellos, hizo que acabaran rodando del sofá, arrastrando con ellos a Hyunsoo, que trataba de ayudar al más pequeño, y todos los restos de comida y botellas que habían dejado en la mesa. Tirados en el suelo y un poco doloridos, volvieron a reírse al unísono, como si fueran críos de cinco años.

Mientras intentaba recuperar el aliento, Jay se percató de que Young era el único que ya no se reía; con los ojos todavía brillantes por las lágrimas, contemplaba la escena con una expresión llena de ternura, pero también con cierta tristeza. La realidad le golpeó. Se había equivocado al pensar que su amigo era demasiado inocente para fijarse en cómo habían cambiado las cosas entre ellos. En realidad, Young era muy consciente de que su relación ya no iba bien y toda aquella velada debía de haberla planeado para intentar que, de algún modo, las cosas volvieran a su cauce original.

Jay sintió una punzada de culpabilidad. Hyunsoo, Alex y él se habían dado por vencidos, mientras que Young, que había sido el último en llegar al grupo, todavía luchaba para mantener a R*E*X a flote. Fue en ese instante cuando Jay se olvidó de su orgullo y se lanzó hacia Young para darle, desde lo más profundo de su corazón, un fuerte abrazo.



CRIS

Octava anotación en el cuaderno verde:

Recuerdo haberos escrito antes sobre mi ridícula actuación en el *fanmeeting* de R*E*X, cuando estuve más que cerca de poder hablar con Jay de Harvey Nichols y entregarle el colgante, pero en su lugar salí corriendo asustada.

Aquello ocurrió cuando llevaba unas pocas semanas viviendo con los Choi y fue un acto de pura suerte, casi milagroso, que ese *fanmeeting* estuviera programado y abierto al público para que yo pudiera aproximarme a Jay. Casi podría decirse que el destino me había favorecido para que completase mi misión en un tiempo récord.

Pues bien, que le jodan al destino.

Estoy siendo egoísta, lo admito. Tuve la oportunidad de dar por fin algo de sentido a la absurda muerte de Harvey Nichols y opté, en su lugar, por continuar dando sentido a lo que me queda a mí de vida.

Aunque parezca curioso, cuando llegué a Seúl, en lugar de asustarme por estar tan lejos de casa en mi frágil estado de salud, me descubrí encontrándome mucho más animada de lo que jamás hubiera previsto. En cierto modo, cambiar de entorno de forma radical, rodearme de desconocidos y adaptarme a las nuevas costumbres me había hecho olvidar quién era yo y la

tragedia de mi enfermedad.

Pero el día del *fanmeeting* todo eso cambió. Ver que mi viaje a Seúl iba a dejar de tener sentido de forma inminente me hizo recordar mis últimos días en Leadworth, justo después del diagnóstico definitivo. Encontrarme cara a cara con Jay de nuevo hizo que mi corazón volviera a latir con desenfreno, y no precisamente debido a lo guapo que estaba. Así que llamadme egoísta si queréis, pero abandoné el lugar echando leches.

Desde entonces, las cosas empeoraron. Ya no me sentía tan fuerte a nivel anímico como en las primeras semanas; los días se fueron volviendo algo rutinarios y la ciudad ya no guardaba tantos misterios para mí. Durante las horas que Minah pasaba en clase y la señora Choi trabajaba, intentaba ayudar con la limpieza de la casa para mantenerme ocupada, pero seguía disponiendo de demasiado tiempo para pensar. Era como si en aquel *fanmeeting* se hubiese encendido un interruptor en mi cerebro y ya no pudiera apagarlo. Por suerte, Minwoo llegó al rescate.

Cuando oí llegar su moto aquella tarde, estaba sentada en las escaleras del garaje junto al porche que subía a su apartamento, balanceando aburrida frente a mí el infame colgante de Jay y pensando, quién sabe por qué, en la historia del quinto miembro suicida de R*E*X que nos había explicado Minah. Escondí de prisa el colgante en el bolsillo de mi sudadera a tiempo de verle entrar y aparcar la motocicleta junto al coche familiar. Se quitó el casco con un gesto adusto y me miró malhumorado.

—¿Pasa algo? —pregunté preocupada. No es habitual ver a Minwoo de mal humor.

—Mi camarero me acaba de dejar tirado. Una discográfica de medio pelo le ha ofrecido entrar en su programa de entrenamiento.

—¿Entrenamiento para qué?

—Cantar, bailar, rapear, tocar instrumentos... Ya sabes: si se le da bien,

acabará formando un grupo y debutará. Es así como funciona aquí, cada vez debutan más grupos al año. —Suspiró resignado—. Eso me pasa por contratar camareros atractivos.

Reí. Su frustración resultaba algo cómica, pero mi risa paró de repente. Minwoo me estaba lanzando una mirada calculadora que me puso algo nerviosa.

—Espera, tú trabajabas en una cafetería en Inglaterra.

Enarqué una ceja.

—No vayas por ahí. No voy a volver a ser camarera de ningún café, aunque sea el tuyo.

El día que descubrí que Minwoo regentaba una cafetería, no fui capaz de disimular mi aprensión. Seúl está lleno de Starbucks... y no sólo de Starbucks, sino de otras miles de cadenas de café clonadas entre sí, de las que en Europa no hemos oído ni hablar, que se pelean por encontrar los mejores locales del centro.

—¡Mi cafetería te encantará! —insistió—. Tiene personalidad propia, es acogedora y de calidad. Además, está en el mismísimo corazón de la ciudad, ¡en la Isla! Van muchos turistas, ejecutivos, gente de las agencias discográficas... Apenas tendrás que hablar en coreano, puedes apañarte en inglés con casi todos mis clientes.

—Suenas de maravilla —dije sin convencimiento—. Pero aun así...

—Cris, necesitas trabajar, estás aquí aburrida todo el día. —Señaló con los brazos a nuestro alrededor.

Tuve que admitir que tenía razón, salir me vendría bien. Pasar más tiempo con Minwoo me animaría. Su personalidad, práctica y centrada en el trabajo y en las tareas cotidianas, ayudaba a ahuyentar mis fantasmas.

—Vale, me rindo —dije, y me levanté de las escaleras mientras me sacudía la tierra de los vaqueros—. Enséñame esa encantadora cafetería tuya.

Minwoo hizo un gesto de triunfo con el puño y volvió a coger el casco que había dejado abandonado sobre su moto. Subí al vehículo con reticencia, intentando animarme mentalmente. Al menos no iba a trabajar otra vez en un Starbucks.



—Stardust —repetí con incredulidad, observando el letrero rojo frente a mí
—. Tu cafetería se llama Star... dust.

—Lo sé, ¿no es genial? —contestó él, henchido de orgullo ante las puertas de su negocio.

Habíamos tardado una media hora en llegar debido al tráfico vespertino. Como Minwoo había adelantado, la cafetería se encontraba en plena Isla, la zona de negocios donde se localizan los mayores y más lujosos rascacielos de Seúl. Uno de ellos, por cierto, el más brillante e imposible de perder de vista desde ningún punto del barrio, es el mismísimo centro de negocios de WIMTS, la compañía de R*E*X.

—Me dijiste que era una cafetería encantadora, con personalidad propia. ¡Esto es un Starbucks pintado de rojo!

—¿Qué? ¡Claro que no! Tienes que fijarte en los detalles. Las sillas son de mimbre, mira...

Me agarró del brazo e intentó arrastrarme hacia la puerta de entrada. No me moví.

—Eres el dueño de un Starbucks —repetí, y lo miré con los ojos entrecerrados, como si en lugar de estar ofreciéndome un empleo acabase de

traicionar varios años de amistad.

—Stardust —insistió él—. Y oye, si no quieres trabajar aquí...

—No he dicho eso —le interrumpí, y entré en el local a regañadientes—. Trabajaré y seré la mejor camarera que ha tenido nunca este jodido Starbucks.

—¡Stardust! —repitió Minwoo sin éxito.



PAULA

Paula llevaba varios días sin ir a una de sus cafeterías favoritas de la ciudad: Stardust, aquella que había descubierto tras su primer y bochornoso intento de acercarse a WIMTS. Tal vez por eso disfrutaba frecuentándola, porque le había servido de refugio esos primeros días turbulentos. Sin embargo, Stardust tenía un pequeño inconveniente que ahora, en YenNork, procuraba evitar: se encontraba demasiado cerca de WIMTS.

Aun así, un domingo algo anodino, después de haber pasado la mayor parte de la mañana en su habitación estudiando uno de los manuales de coreano que había comprado, sintió la necesidad de arreglarse y salir a dar una vuelta, aunque sólo fuese para recordarse a sí misma que todavía formaba parte del mundo exterior. Sin planteárselo, se descubrió caminando en dirección a la Isla. Paseó durante un buen rato por el parque Yeouido, una de las pocas zonas del centro financiero que mantenía algo de actividad los domingos. Disfrutar del sonido del agua y los rayos de sol le ayudó bastante a despejarse. Cuando abandonó el parque por otra salida, advirtió que se había acercado peligrosamente al edificio de WIMTS. Aunque sólo fuese para escapar de su hechizo, decidió hacer una visita al Stardust.

Estaba esperando su turno junto a la barra cuando alguien le dio un toque en la espalda. Se giró confusa para encontrarse con la sonrisa contagiosa de Leo, el joven dueño de YenNork, junto con su hermana Cath.

—¿No deberías estar practicando la coreografía del viernes en lugar de holgazaneando? —murmuró este, risueño.

—Paula fue una de las primeras en pillar la coreo entera —intervino Cath—. Dale un respiro.

Paula se hinchó, orgullosa. En las últimas semanas había mejorado bastante en las clases y el día anterior había estado bastante enérgica e inspirada, para evidente fastidio de Hyomin, la malhumorada bailarina que había intentado sabotearla en la audición de WIMTS y a la que ahora debía aguantar en YenNork, observándola como si no fuera capaz de entender qué pintaba ella allí.

—Gracias por el cumplido, Cath —contestó Paula en un coreano torpe, encantada de ver unas caras conocidas en la que prometía ser una solitaria tarde más de domingo.

La aludida aplaudió y dio unos saltitos con sus pequeños pies.

—Así me gusta, aprendiendo coreano. ¡Una estudiante aplicada!

Paula sonrió, e iba a hacer otro intento de decir algo cuando una voz femenina les interrumpió desde la barra sin esforzarse en disimular el fastidio:

—Si no vais a pedir nada, será mejor que salgáis de la fila.

Paula se volvió. Tras ella había una chica rubia, delgada y algo pecosa que jamás había visto allí. Les había hablado en un inglés con marcado acento británico y los miraba con impaciencia, tamborileando los dedos en la barra.

—Sí, claro, señorita, discúlpenos —murmuró Leo—. No querríamos hacer esperar a una camarera tan encantadora. —Se volvió hacia su hermana y Paula, que se fijó en cómo la camarera ponía los ojos en blanco—. Sentaos por ahí, yo os llevo las bebidas.

—Ni siquiera le hemos dicho qué queríamos tomar —murmuró Paula mientras se acomodaba junto con Cath en una de las mesas frente a la ventana.

Esta sonrió divertida.

—Déjalo. A mi hermano siempre le han gustado las rubias. Es una de las cosas que más lamenta de no vivir ya en Estados Unidos.

Paula siguió con la vista clavada en la barra, donde la camarera inglesa preparaba el café con aire hastiado e ignorando los comentarios de Leo.

—El caso es que me resulta familiar... —murmuró Paula—. Pero no recuerdo haberla visto antes por aquí.

—No sé, será nueva, supongo —le cortó Cath poco interesada en el tema—. ¿Vienes por esta zona de la Isla a menudo?

Paula se encogió de hombros, intentando aparentar indiferencia. Los dos hermanos ya sabían de su pasado trabajando con R*E*X; al fin y al cabo, el propio Alex era quien la había recomendado a YenNork, pero lo último que deseaba era revelarles sus vergonzosos primeros días, en la puerta de WIMTS.

—Supongo que he venido un par de veces —contestó, evasiva, mientras Leo se encaminaba hacia ellas con tres tazas de café humeante y cara de decepción—. ¿Y a vosotros que os trae por aquí?

—Hemos tenido una reunión con algunos organizadores de WIMTS —explicó Leo—. Hay un evento en el que les gustaría contar con nosotros.

Paula apenas pudo contener su reacción al oír aquello.

—No es gran cosa —le advirtió Cath, malinterpretando la emoción de su rostro—. No os vais a lucir demasiado, me temo. Habrá espectáculo con bailarines, pero la mayoría serán de la propia empresa. A nosotros nos quieren más para animar un poco el cotarro entre el público, bailar con los invitados y cosas así.

Paula tenía un nudo en la garganta. Lo que menos le importaba era lucirse o no, lo que le emocionaba era que Cath había hablado incluyéndola. Estaba dentro. Iba a participar en un evento de WIMTS.

—¿Se trata de algo de R*E*X? —preguntó, esforzándose por no parecer

demasiado ansiosa. Si descubrían lo mucho que se moría por ver a Jay, la dejarían fuera sin dudarlo.

—No exactamente, aunque supongo que también estarán por allí —contestó Leo—. Se trata de un homenaje privado a la figura de Insomnia. ¿Has oído hablar de él? Pronto hará diez años desde su debut...

Por supuesto, conocía bastante bien la historia de Insomnia. Era difícil ser fan de R*E*X e ignorar lo que le había ocurrido al artista que les precedió. Aun así, para ella lo de menos ahora mismo era el motivo del evento. El destino había vuelto a poner sobre el tablero otra oportunidad para que se reuniera con Jay y esta vez no iba a desaprovecharla.

4. *Tan lejos en la inmensidad*



CRIS

Novena anotación en el cuaderno verde:

Creo que por fin ha llegado el momento de que os hable de Paula.

Se podría decir que entró en mi vida el día que Minwoo y yo la vimos cruzar corriendo Yeoui-Daero, la avenida donde se encuentra el Stardust, descalza y llorando, con los zapatos de tacón en la mano y la cara manchada de restos de maquillaje.

Para intentar entender a Paula supongo que debería empezar por el principio. Recordáis a Jay, ¿no? No he parado de hablar sobre él desde que empecé este cuaderno, así que sería absurdo que no lo recordaseis. Pues bien, lo que no os he dicho hasta ahora es que, justo antes de aterrizar en Inglaterra, él y el resto de R*E*X habían estado dando un concierto en Barcelona, con la participación de un equipo de bailarines locales.

Y ese es el comienzo de la historia de Paula.

Básicamente, todo se resume en lo siguiente: Paula y yo vinimos a Corea buscando a Jay y, en su lugar, nos encontramos la una a la otra.

La primera vez que la vi... En realidad, para ser sincera, no recuerdo la primera vez que la vi. Aunque Seúl no está repleto de occidentales, el Stardust de Minwoo se encuentra justo en medio de la zona de negocios más importante de Corea y es mucho más habitual verlos por aquí que por otras zonas de la

ciudad, a excepción de los lugares turísticos. Por eso no es insólito que no me fijase en Paula la primera vez que entró en el Stardust. Empecé a hacerlo cuando descubrí a Minwoo, algo ruborizado, garabateando con torpeza una carita sonriente en un vaso de tamaño mediano, para luego preparar en él un café con leche y entregárselo a una chica morena, de rasgos europeos y expresión ausente. Ella cogió su bebida, con una leve sonrisa dirigida a nadie en concreto, y se alejó de la barra.

Pude ver cómo Minwoo la seguía con la mirada hasta que desapareció por la puerta.

—Nunca me había fijado en lo bien que dibujas —me burlé de él.

Estábamos atendiendo a un grupo de adolescentes coreanas que rondaban la zona, sin duda persiguiendo a algún ídolo por la Isla. Una parte de mi rememoró una escena semejante en una cafetería semejante de una ciudad muy distinta.

—No sé de qué me hablas —murmuró Minwoo con el ceño fruncido mientras preparaba unos *frappes*.

—Ya sabes. Los muñequitos sonrientes en los vasos de las chicas guapas...

Nuestras jóvenes clientas nos observaban hablar en inglés algo confusas. Ignoré a Minwoo durante unos segundos y entregué su bebida a la última de ellas.

—Que la disfrutes —dije en coreano, la única frase que mi amigo había conseguido que memorizase hasta entonces—. ¡Y cuidado al cruzar la calle! —grité en inglés, vocalizando alto y claro, mientras abandonaban el local.

Minwoo me miró extrañado.

—A veces se vuelven tan locas detrás de sus preciosos ídolos que... Déjalo. —Sacudí la cabeza—. Volvamos a lo de tu chica.

—No es mi chica —se apresuró a aclarar él—. Sólo es una chica. Siempre que viene parece algo triste, eso es todo. Así que pensé...

—Dibujarle algo de felicidad —concluí por él.

Minwoo se ruborizó.

—Es una idiotez, ni siquiera se ha dado cuenta...

Le di un empujoncito cariñoso.

—Sí que es una idiotez, pero ¿quién sabe? A lo mejor ella es tan idiota como tú.

Por cierto, resultó que sí que lo era.

De hecho, un par de semanas después, pocas horas antes de la noche que concluiría con ella cruzando Yeoui-Daero descalza, Paula volvió a presentarse en el Stardust y, esta vez, fui yo quien la atendió.

—Un café moca. Corto de café y sin nata, por favor.

Hablaba con una voz suave y gentil en un inglés bastante correcto. Había algo en su acento que me resultaba familiar.

Minwoo llevaba unos minutos en el almacén del sótano intentando recolocar las cajas para dejar espacio a un nuevo sofá desvencijado que acababa de heredar de un cliente de la peluquería de su madre. Con este ya teníamos tres sillones en el refugio del sótano. Dos individuales y uno de tres plazas. Era un tanto innecesario, puesto que ahí sólo bajábamos él y yo; pero, por alguna absurda razón, a los dos nos parecía buena idea.

Lamenté que ahora no estuviese allí para verla. Estaba muy guapa y saltaba a la vista que se había arreglado para una fiesta, con un corto vestido negro bastante ceñido y unos tacones muy altos del mismo color. Pero lo que le hacía resplandecer era el brillo de su mirada, llena de ilusión.

—Otra cosa... —murmuró algo avergonzada mientras le preparaba el café —, ¿podrías servirme un par de galletas? Con pepitas de chocolate, por favor. —Se ruborizó—. De las grandes.

Sonreí. Acababa de reconocer ese acento.

—La verdad es que apenas he comido hoy. —Aclaró algo avergonzada, malinterpretando mi sonrisa—. Debería cuidarme más. Si mis compañeras me vieran hacer esto... Pero voy a una fiesta y no quiero desmayarme delante de todo el mundo.

—¿Es una fiesta importante? —pregunté en español, lo que le sorprendió. Ella sonrió.

—Es un chico importante.

En ese momento pensé que su voz sonaba incluso más bonita cuando hablaba en español. Dulce y soñadora. Tiempo después me di cuenta de que en realidad no se trataba de eso. Su voz sonaba así siempre que hablaba de Jay.



PAULA

Paula apuró el último trago del café y comprobó en el reflejo de la parte trasera de su iPod que el maquillaje siguiera en su sitio. La puerta auxiliar del local daba a un callejón estrecho y tranquilo, pero incluso desde allí captaba con claridad el clamor histérico de las fans que llevaban horas haciendo cola frente a la entrada principal para ver llegar a sus ídolos. Se preguntó cuántas de esas personas serían algunos de los rostros habituales con los que había compartido el tiempo frente a WIMTS antes de encontrar trabajo en YenNork. El guardia de seguridad que custodiaba la entrada revisó el pase que Leo le había dado y, sin mediar palabra, se hizo a un lado para dejarla entrar. Era sorprendente cómo habían cambiado las cosas para ella.

El ambiente interior estaba caldeado. Entre las cajas apiladas de bebidas y la cantidad excesiva de gente que iba corriendo de un lado a otro ultimando los preparativos, era imposible no dar dos pasos sin tropezar con algo o con alguien. Cath apareció de la nada y la arrastró hacia donde ya estaba reunido casi todo el equipo de YenNork. A pesar de que el sitio no había sido diseñado ni de lejos para albergar a un grupo de bailarines haciendo cabriolas, Leo les hizo ensayar una y otra vez los tres minutos que duraba su participación en la coreografía que WIMTS y su cuerpo de baile habían preparado para el principio de la fiesta.

Cath había empezado a arremeter contra su hermano, alegando que iban a

salir sudorosos a escena si no paraban de una vez, cuando uno de los organizadores les gritó algo desde lo alto de las escaleras. Todos se pusieron en movimiento, por lo que Paula dedujo que había llegado el momento.

—Aun tardaremos un poco en salir —le explicó Cath mientras caminaban escaleras arriba—. Pero, al parecer, ya está aquí todo el mundo, así que tenemos que estar preparados.

Paula hubiera preferido seguir ensayando en el almacén, porque estar inmóvil, apiñada con una treintena de personas más en aquel pasillo tan estrecho, le estaba poniendo de los nervios. Desde que Leo le había dado la noticia de la fiesta, había estado planeando ese momento con todo detalle. En su mente había imaginado mil posibilidades diferentes para su reencuentro con Jay, buscando las palabras perfectas para cada una de ellas. No obstante, a unos minutos de salir a escena, empezaba a temer que esos diálogos imaginarios con los que había fantaseado, más propios de una película romántica protagonizada por Hugh Grant, fueran a quedarse para siempre ahogados en su garganta.

La música que había estado sonando de forma repetitiva al otro lado de la pared cambió de repente y dio paso a una balada nostálgica, inusual en una noche de fiesta. Paula reconoció la canción, la había escuchado versionada millones de veces por los cuatro miembros de R*E*X. Pero ahora podía admirar su versión original, cantada por una sola voz masculina: Insomnia. Por lo visto, el homenaje acababa de comenzar.

Tras la balada, la canción que llevaban semanas ensayando empezó a sonar a todo volumen por los altavoces, retumbando en las paredes. Los bailarines de WIMTS salieron los primeros, de modo que Leo empezó a recolocar a los suyos en fila india, en el orden en que debían distribuirse a los pies del escenario. Paula era la tercera, por lo que ya estaba frente a la puerta y, aunque los focos que le daban en la cara le impedían que distinguiera nada

más allá del chico que tenía delante, el corazón empezó a latirle con fuerza contra los oídos al imaginarse a Jay entre el gentío, observándola.

—Mucha mierda —susurró para sí misma.

Cuando llegó su turno, Leo, que estaba a su espalda, le dio un empujoncito en dirección a la puerta. Como si eso fuera a infundirle fuerzas, se colocó bien el antifaz de terciopelo negro que les correspondía llevar toda la velada y puso un pie delante del otro para salir al ritmo de la música. Tal y como le había enseñado su primera profesora de ballet cuando sólo tenía seis años, se concentró en la sensación que le producían sus extremidades al cortar el aire con cada uno de sus movimientos y, casi sin pensarlo, empezó a relajarse y a disfrutar de la música.

Cuando terminó la canción, dando paso a una melodía diferente, todos los bailarines se mezclaron entre el público, tal y como les habían instruido, para animar a los presentes a unirse a la pista de baile. Paula se fue acercando a diferentes grupos, tanto de chicos como de chicas. Agradeció que la música estuviera muy alta y no tuviera que esforzarse en entender a nadie. A pesar de encontrarse tan ocupada, en ningún momento dejó de mirar a su alrededor en busca de la única cara que deseaba ver esa noche.

Cuando llegó a la parte inferior de una amplia escalinata de mármol blanco, coronada por una lámpara de araña que reflejaba las luces de colores que giraban en el techo, decidió ir al piso superior, desde donde tendría una mejor perspectiva. Si bien la iluminación provocaba que muchos de los detalles pasaran desapercibidos, sí se distinguía con claridad que el local imitaba un salón de baile de la época victoriana, lujoso y decadente, y que el escenario estaba flanqueado por unas pesadas cortinas de terciopelo rojo. La parte elevada en que se hallaba ahora, una galería con arcadas que se abrían a la pista, conformaba la zona VIP en los días de apertura ordinaria del club. Pero durante esa velada, todo el local era VIP y Paula pudo moverse a su

antojo sin que nadie le cortara el paso. En una ocasión, llegó a vislumbrar, entre la multitud, un destello del pelo castaño rojizo que llevaba últimamente Hyunsoo, pero seguía sin dar con el rastro de Jay. Desesperada, Paula empezó a plantearse que tal vez tuviese otro compromiso en su agenda y no estuviese allí.

Y entonces lo vio. En el otro extremo de la sala, junto a la barra del bar y vestido de negro de la cabeza a los pies.

Jay. Por fin lo había encontrado.



JAY

Jay dio un largo trago a su copa. Nunca le habían gustado esos homenajes a Insomnia que WIMTS se empeñaba a repetir año tras año. Cada vez giraban menos en torno a la figura del artista. De hecho, hacía mucho que se habían convertido en una excusa de la compañía para exhibir un pretencioso derroche de lujo y sofisticación a todo aquel que tenía un nombre en la industria.

Decir que estaba aburrido hubiese sido el eufemismo del siglo. Young había estado en la pista de baile, dándolo todo como si esa fuera la última fiesta de la historia de la humanidad, antes de desaparecer sin dejar rastro. Hyunsoo había sido secuestrado por un productor que conocía a su madre desde hacía muchos años, y Alex, con toda seguridad, estaría recorriendo la sala intentando ofrecer una buena imagen del grupo, como siempre les decían que deberían proceder en aquellas ocasiones. Pero, a decir verdad, a Jay lo que menos le apetecía era estar en esa maldita fiesta. Prefería homenajear a Insomnia como siempre lo había hecho: en casa, escuchando sus canciones junto a sus tres compañeros.

Intentó reprimir una oleada de nostalgia. Los orígenes de los cuatro miembros de R*E*X eran muy distintos: Hyunsoo había nacido atrapado en el mundo del espectáculo, casi sin ninguna opción para dedicarse a otra cosa; Young provenía de una familia corriente de Seúl, en absoluto relacionada con la música, pero que había sido capaz de detectar el talento vocal de su hijo a

una muy temprana edad; Alex había crecido en Seattle, donde trabajaban sus padres, y la música coreana fue su manera de conectar con su país natal, que apenas recordaba; y Jay provenía de una humilde aldea de pescadores de la isla de Jeju, al sur de la península. Jamás se hubieran conocido los unos a los otros de no ser por Insomnia.

Los cuatro, cuando prácticamente eran unos niños, se habían cruzado con las canciones del cantante y se habían fijado el firme propósito de dedicar sus vidas a la música.

Pero esa fiesta estaba lejos de transmitirle el sentimiento de dulzura y nostalgia que le embargaba al recordar a su predecesor. Sólo había aceptado ir porque Alex se lo había pedido y no quería estropear el buen ambiente que parecía haber regresado a ellos tras la noche de Chuseok. Tal vez estuviera siendo un iluso, pero no podía evitar tener la esperanza de que poco a poco las cosas volvieran a ser como antes entre los cuatro. Así, cuando Hyunsoo y él les anunciaran por fin su decisión de marcharse de WIMTS, tal vez Alex cambiara de opinión y los siguiera, trayéndose a Young consigo.

—Un gin-tonic, por favor.

Jay se giró, sorprendido al ver a Alex sentarse en el taburete de al lado.

—¿Ya te has cansado de hacer amigos?

—La música está tan alta en esa zona que es imposible hablar con nadie. — Soltó un suspiro y alzó las manos; acto seguido, las dejó caer en la barra con una sonrisa cansada—. Así que me rindo. Soy todo tuyo esta noche.

Jay sonrió para sí mismo, pero no se le ocurrió qué decir. Aunque llevaban unas semanas sin discutir, todavía le costaba encontrar temas de conversación. En realidad, sentía curiosidad por algo, pero no se atrevía a formular la pregunta por si lo estropeaba todo. Miró de reojo al otro, restregándose las manos.

—Jay —intervino el líder, rompiendo el silencio—, te conozco mejor de lo

que piensas. Si quieres decirme algo, dispara.

La afirmación de Alex no le sorprendió. Hacía tanto tiempo que vivían juntos que a esas alturas se conocían tan bien como un viejo matrimonio. Se tomó unos segundos antes de hablar.

—¿Sigue aquí? —inquirió al fin. Alex enarcó una ceja—. Paula. ¿Sigue en Seúl?

—Hasta donde yo sé, sí.

—¿Por qué vino? ¿Lo sabes?

—¿De verdad esperas una respuesta? Jay, te había dicho mil veces que tus corredurías amorosas nos iban a traer problemas algún día, y al final ha ocurrido. —Alex echó un vistazo en derredor para comprobar que nadie les escuchaba y, mientras observaba la pista de baile, comenzó a hablarle en inglés, pillándole por sorpresa. Hacía mucho que evitaba utilizar con Jay ese idioma, tan especial para ambos—. Tendrías que haberle dejado las cosas claras cuando aún estabas a tiempo.

—¿Cómo esperabas que imaginase que iba a cruzar medio mundo por dos polvos? Maldita sea, ¡es una locura!

—Bueno, pero al menos tendrías que haber hecho algo cuando la vimos en WIMTS.

—Me pilló por sorpresa —contestó frustrado—. ¿Qué esperabas que le dijera? Hola, Paula, ¿qué coño haces aquí? Hemos follado dos veces, eso es todo.

Alex asintió despacio, y con una extraña mezcla de triunfo y tristeza en la voz, añadió:

—La verdad, creo que ya lo sabe.

—¿Qué quieres decir?

Con un nudo en la garganta, como si tuviera una premonición, giró sobre el taburete y miró en la misma dirección que Alex. Se quedó helado al verla allí,

tan espectacular con su vestido negro y sus zapatos de tacón como la noche del concierto en Barcelona, y a una distancia suficiente para haberlo oído todo. Ella le sostuvo la mirada apenas un segundo; después giró la cara, con los ojos arrasados de lágrimas, y empezó a abrirse paso entre la gente a codazos. «Maldita sea. No debía enterarse. No así». Jay se levantó del asiento casi sin pensarlo, pero Alex le agarró del brazo con fuerza.

—Ni se te ocurra montar un numerito ahora.

Lo sabía. El muy cabrón había visto que estaba detrás de ellos y por eso había empezado a hablarle en inglés, para asegurarse de que ella lo entendiera todo.

Se zafó de su agarre con un gesto violento y apretó la mandíbula con tanta fuerza que casi se hizo daño.

—Eres un gilipollas —masculló entre dientes antes de darle la espalda y alejarse a zancadas en la dirección opuesta.



PAULA

Ni siquiera estaba segura del trayecto que había seguido al salir de la fiesta. Sólo podía pensar en Jay diciéndole a Alex lo que, en el fondo, ella llevaba temiendo desde que llegó a Seúl: sólo había sido un rollo más para él. Un par de polvos, según sus palabras exactas.

El tacón de uno de sus zapatos se torció, lo que causó que estuviera a punto de caerse al suelo. Detuvo su huida el tiempo suficiente para quitarse ambos antes de retomar la carrera con los pies descalzos. El pavimento estaba frío y húmedo, pero no le importó. Continuó corriendo hasta que apareció en una calle familiar, una de las avenidas principales de la Isla. Apenas había unos pocos viandantes a aquellas horas, y los pocos con los que se cruzó la miraron con extrañeza. Los ignoró y siguió corriendo. Sentía que tenía que huir de la sensación de fracaso y vergüenza, pero cuanto más corría, más avergonzada y fracasada se sentía.

Oyó unas voces en la lejanía, pero las ignoró. De pronto, notó que alguien se movía tras ella y le agarraba el brazo. Paula se giró sobresaltada, sin esperarse ver al chico de aspecto corriente que la soltó con rapidez y levantó las manos en un gesto pacificador.

—Siento haberte asustado. ¿Estás bien? —inquirió este en inglés.

Ella parpadeó, sin procesar del todo la pregunta. En ese momento llegó alguien más corriendo y se detuvo junto al chico. Paula la reconoció

enseguida: era la camarera rubia del Stardust, la chica que apenas unas horas atrás le había hablado en español. Entonces se dio cuenta de que el otro también debía de trabajar allí, pues su cara le resultaba familiar. La muchacha jadeaba un poco, con la mano en el pecho, y observaba a Paula y a su compañero con una repentina seriedad que no encajaba demasiado bien en su rostro menudo y pecoso.

—¿Qué pasa aquí? —La camarera la miró de arriba abajo, pasando de sus pies descalzos a su maquillaje destrozado—. ¿Vienes de la fiesta?

Paula sintió como las lágrimas afloraban en sus ojos y se limitó a asentir. El chico, que continuaba con las manos en alto como si Paula empuñara un arma, las fue bajando poco a poco.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó él—. ¿Podemos ayudarte?

Paula negó con la cabeza. No podía soportar las miradas preocupadas de esos desconocidos, y mucho menos su amabilidad.

—Estoy bien. Dejadme en paz.

Entonces se dio la vuelta y empezó a alejarse de allí a paso ligero.

—Pero... —La voz inquieta del chico sonó tras ella.

—Déjala en paz, Minwoo —murmuró la muchacha rubia con voz cansada.



PAULA

Pasó la mayor parte del fin de semana en su habitación de la casa de huéspedes, tirada sobre el futón del suelo, escuchando las canciones más deprimentes que tenía en su iPod.

Se sorprendió a sí misma llorando a lágrima viva cuando los acordes lentos y tristes de una guitarra le anunciaron que acababa de empezar una de las canciones favoritas de sus padres: «Missing Jane», del mítico cantautor irlandés Harry Jones.

Todavía recordaba el concierto al que su hermano mayor y ella habían ido hacía ya unos años. Sus padres, a su pesar, habían tenido que renunciar a sus entradas por un compromiso inesperado. Así que habían animado a Paula y Samuel a ir en su lugar. A ninguno de los dos les hacía especial ilusión, pero habían acabado accediendo.

Pese a que el inglés de su hermano se limitaba a cuatro frases para poder ligar con las turistas inglesas que conocía en la playa, Samuel, que presumía de sudar las lágrimas en el gimnasio, no había podido evitar emocionarse al escuchar «Missing Jane» en directo. Sus padres les habían explicado mil veces la historia detrás de la canción: cómo Harry la había compuesto tras la muerte de su hermana pequeña, Jane, que había sido asesinada por su pareja cuando sólo tenía veintidós años. Mientras le escuchaban cantar, su hermano la había abrazado con tanta fuerza que casi la había dejado sin respiración y le

había susurrado al oído con voz entrecortada: «Si te pasara algo así, me moriría, hermanita».

A Paula se le encogió el estómago al recordarlo. Aunque se pasaban la vida discutiendo, echaba muchísimo de menos a su hermano mayor.

Permaneció así toda la tarde del sábado y gran parte de la del domingo, hasta que el modo aleatorio del aparato comenzó a reproducir otra melodía aún más familiar: «A Messed Up Story», una de sus canciones favoritas de R*E*X.

Se quitó los auriculares con hastío. El cruel desengaño con Jay había envenenado su admiración por el grupo y todavía no sabía cómo sentirse al respecto. ¿Iba a evitar escuchar sus canciones, que en su mayoría encabezaban su lista de favoritas, para siempre? Fuera como fuese, no estaba de humor para tomar ninguna decisión. Además, pensó mientras se incorporaba con su estómago soltando un rugido, tenía que salir de allí y buscar algo sólido para comer si no quería aparecer el lunes en YenNork sin energías para moverse.

Porque eso era algo que sí tenía claro, a pesar de toda la confusión y dolor: no iba a rendirse. No iba a volver a casa sólo porque un chico la hubiese rechazado. Había tenido que enfrentarse a sus padres para que le permitieran trazar su propio camino y, ahora que por fin había conseguido vivir de lo que le gustaba, no iba a tirarlo todo por la borda sólo por un corazón roto. Cath le había escrito un mensaje la noche anterior preguntándole si iba todo bien, ya que la había perdido de vista en la fiesta. Paula, en medio de los hipidos del llanto, le había respondido con un «Todo bien. Nos vemos el lunes a primera hora».

Salió de su habitación al frío patio exterior, con el abrigo sobre el pijama, rumbo al baño. La imagen que le devolvió el espejo, ojerosa, con el pelo enredado y restos de maquillaje de la fiesta todavía recorriéndole el rostro, le desagradó lo suficiente para ir directa a la ducha. Media hora después, ya

aseada y vestida con unos sencillos pantalones vaqueros y un jersey, volvió a encararse a su reflejo.

—Bienvenida de nuevo al mundo de los humanos, Paula.

Salir al exterior la reconfortó. Se dirigió a un pequeño supermercado 24h no muy lejos de su alojamiento y compró una Coca-Cola y *gimbap*, unos rollos de arroz rellenos que siempre le habían llamado la atención cuando veía series coreanas y a los que se había empezado a aficionar. Se tomó ambas cosas allí mismo, ojeando el resto de productos de los pasillos. En la zona de refrigerados había algunas bebidas de marca Starbucks y Paula las miró con sentimientos encontrados. El logotipo verde le recordó uno muy similar, de color rojo, que presidía la entrada de su cafetería favorita de Seúl.

No había pensado en aquellos chicos en los dos últimos días. Recordó sus caras algo asustadas cuando la vieron correr descalza y con esas pintas por el centro de la ciudad. Se ruborizó. Debían de haberla tomado por una desquiciada. Para colmo, se había comportado como una desagradecida, ignorándoles y huyendo de ellos. Suspiró con resignación mientras lanzaba la lata vacía de refresco a la papelera. Sería mejor que buscara una forma de disculparse si quería volver al Stardust algún día.

Fue el miércoles de esa misma semana cuando reunió las fuerzas necesarias para regresar a la cafetería. Tres días de entrenamiento en YenNork le habían ayudado a olvidarse un poco de la vergüenza de la fiesta de Insomnia, así que se sentía capaz de mirar a la cara a los dos camareros sin tener que esconderse bajo una de las mesas del local. Al salir del ensayo, sacó un par de paquetes de Choco Pie, esas chocolatinas que anunciaban por todos lados, de la máquina expendedora de la entrada del edificio. Se sintió algo idiota al hacerlo, pues ambos trabajaban rodeados de bollería y un par de chocolatinas no iban a impresionarles demasiado, pero quería tener un pequeño detalle con ellos.

Al llegar a la cafetería, sintió una corriente de afecto en el pecho. Le encantaba ese lugar. Tras la barra, el chico de la otra noche, al que la muchacha rubia había llamado Minwoo, se afanaba en atender a un grupo de ejecutivos trajeados. Llevaba el pelo revuelto, como si no se hubiera preocupado por peinárselo. Cerca de él, su compañera resoplaba apartándose el flequillo de la frente, con las mejillas encendidas, mientras cobraba el café a una adolescente. Paula decidió sentarse en una de las mesas vacías, junto a la ventana, y esperar a que estuviesen más tranquilos antes de acercarse a ellos y saludarlos.

El café a esas horas de la tarde estaba en plena ebullición. Era el momento que más le gustaba a Paula, lleno de oficinistas ajetreados, grupos de amigos y gente absorta en sus portátiles. Siempre había preferido los lugares tranquilos para refugiarse y pensar en sus cosas, pero desde que estaba en Seúl ese hábito había cambiado. Últimamente, había empezado a buscar sitios abarrotados, que contrastasen con la soledad que experimentaba cuando se iba a la cama.

Llevaría allí unos quince minutos, contemplando a los peatones y los espectaculares coches del otro lado del cristal, cuando alguien colocó frente a ella un vaso de café con una carita sonriente dibujada. Sorprendida, levantó la vista y se topó con el tal Minwoo.

—Me alegra volver a verte —la saludó el chico, de nuevo en inglés, con una sonrisa cálida y afable—. Después del incidente del otro día, quiero decir... —añadió algo más nervioso.

Paula se sorprendió a si misma devolviéndole la sonrisa.

—No te lo vas a creer, pero esta es mi cafetería favorita. He venido aquí miles de veces desde que llegué a Seúl.

Parecía como si Minwoo fuera a comentar algo al respecto, pero al final cambió de idea:

—¿Te encuentras mejor? —preguntó, frotándose las manos con cierto nerviosismo en el delantal rojo que llevaba atado a la cintura—. La verdad, nos diste un buen susto a Cris y a mí... No pienses que quiero entrometerme en tu vida o algo por el estilo, pero, como siempre vienes sola, pensamos que igual necesitabas ayuda...

Paula asintió agradecida y sacó las chocolatinas, sintiéndose estúpida mientras se las tendía a Minwoo, que parecía algo sorprendido.

—Es una tontería —dijo con timidez—, pero me sentí fatal por cómo me comporté la otra noche, así que quería daros las gracias de alguna manera. Y, sobre todo, pedir os disculpas por haberos preocupado.

Minwoo sonrió divertido y aceptó el regalo.

—Disculpas aceptadas. Me llamo Choi Minwoo, por cierto —aclaró, inclinándose un poco hacia ella—, y mi amiga se llama Cris. —Señaló a la barra, desde donde la aludida le dedicó una sonrisa y un saludo rápido con la mano antes de girarse hacia una nueva clienta.

—Encantada de conoceros —dijo Paula mientras le tendía la mano, que él tomó con delicadeza—. Yo soy...

—Paula —añadió él, pillándola por sorpresa.

Cuando advirtió su asombro, Minwoo le soltó la mano con rapidez y dejó escapar una risita.

—¿Recuerdas el nombre de todos tus clientes?

Él se encogió de hombros con una sonrisa extraña.

—Sólo el de los clientes habituales.

Paula no supo qué contestar a eso y ambos se sumieron en un silencio algo incómodo. Por suerte, Cris no tardó en requerir la presencia tras la barra de su compañero.

—Lo siento, el deber me llama.

—No te preocupes, me parece que ya he abusado demasiado de tu tiempo.

Y gracias por el café.

Mientras el chico se alejaba entre las mesas, Paula dio un sorbito al vaso de cartón y volvió a sorprenderse una vez más. Estaba preparado tal y como le gustaba: sin nata y con la cantidad justa de café.

—Vaya memoria... —susurró.

Levantó la vista hacia el camarero, que ya había regresado a la barra y había empezado a atender a otros clientes. Sus miradas se cruzaron un segundo y Minwoo le dedicó una sonrisa de oreja a oreja. Paula sintió una corriente cálida recorriéndole el cuerpo. Casi, casi era como volver a estar en casa.



JAY

Esa mañana, agradeció que el cielo de Seúl les estuviera dando los buenos días con un tono gris plomizo y una llovizna casi imperceptible, pero que calaba los huesos. Al menos, así el deprimente exterior concordaba a la perfección con su nefasto estado de ánimo. La compañía con la que compartía el coche no ayudaba a mejorar su humor. En el asiento trasero del vehículo, Taehyun, su desagradable y exigente mánager, revisaba la agenda de Jay y, a su lado, una de las estilistas de WIMTS observaba con expresión aburrida las calles de la ciudad a través de los cristales tintados.

La mirada de Jay, sentado junto al conductor, se cruzó con la de Taehyun en el espejo retrovisor. La retiró con desgana. No tenía ganas de hablar con él. De hecho, no tenía ganas de hablar con nadie.

La noche de la fiesta, Alex no había acudido a dormir al apartamento. Unos días después, ya con la mente despejada, Jay había tenido que admitir que esa decisión había sido lo mejor para todos. En la fiesta había necesitado de toda su fuerza de voluntad para no propinarle un puñetazo allí mismo, y sabía que de haberlo visto aquella noche en casa, unas cuantas copas después, la escena no hubiera acabado bien. No es que le importase demasiado pegar a Alex; es más, se lo merecía por haberse inmiscuido donde nadie le llamaba, y habría sido una gran satisfacción borrar esa sonrisa forzada y ese perpetuo aire de frío control que le acompañaba. Pero sabía que un enfrentamiento tan directo

entre ellos habría afectado también a Hyunsoo y, sobre todo, a Young.

Desde entonces, sólo había visto a Alex el día siguiente a la fiesta, en las oficinas de WIMTS, donde había acudido para una reunión rutinaria con el equipo de grabación de su próximo videoclip. Al encontrárselo allí, impecablemente vestido y arreglado, escuchando con interés las instrucciones del director artístico, había ardido de furia. Notó que Hyunsoo le colocaba la mano sobre el brazo, a modo de advertencia, y se forzó a relajarse y prestar atención junto al resto de sus compañeros.

En un momento dado, captó por el rabillo del ojo que la mirada de Alex se dirigía hacia él. Jay trató de mantener la vista fija en la pantalla de enfrente, donde un par de técnicos comentaban el *storyboard* del videoclip. Al terminar la sesión explicativa, para su disgusto, les dejaron solos a los cuatro en esa misma sala, a la espera de que llegaran los estilistas y el equipo de vestuario que analizarían su imagen para el vídeo.

En cuanto se cerró la puerta tras el último técnico, Alex y Jay se situaron en ambos lados de la sala como si la presencia del otro les quemara. Alex se sentó con la espalda algo tensa en una silla de un rincón de la sala y se puso a ojear su móvil. Jay se apoyó frente a la pared opuesta con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido.

En medio de los dos, Young los observaba confuso, trasladando su atención de uno al otro como en un partido de tenis. Alex, concentrado en su teléfono, no parecía darse cuenta. Hyunsoo buscó la mirada de Jay, que se limitó a encogerse de hombros, enfadado. Su amigo reprimió un suspiro y se desplomó en un sillón, dando la batalla por perdida.

—Me pregunto qué tipo de ropa nos van a hacer llevar en el vídeo —le comentó Young a Hyunsoo con voz insegura, en un claro intento de romper el incómodo silencio—. Con la ambientación en el bosque y esa temática...

Hyunsoo le sonrió, aunque sus ojos seguían dejando traslucir cierta

incomodidad por la actitud de sus otros compañeros.

—A lo mejor nos visten como príncipes de cuentos de hadas —aventuró.

—A Alex esa imagen le quedaría de fábula —intervino Jay sin poder contenerse—, con sus ínfulas de Príncipe Azul al rescate de bailarinas en apuros...

Hyunsoo puso los ojos en blanco, pero Jay lo ignoró. Alex por fin se había dignado a despegar la vista de su teléfono.

—Tal vez debería haber dejado que tú te hicieras cargo de la situación —replicó el líder—. Hasta ahora has demostrado ser de una magnífica ayuda para la pobre chica.

—No es asunto tuyo lo que yo...

—¡Basta ya! —les interrumpió Young—. Alex, deja de culparle.

Jay se giró sorprendido hacia él. Young nunca cuestionaba nada de lo que Alex hiciese. Jamás. A veces le sacaba de quicio la dependencia casi enfermiza que parecía tener hacia el líder. Nunca lo había visto recriminarle nada, pero acababa de hacerlo. Y todo por defenderle a él.

Al propio Alex le costó disimular su sorpresa, aunque no pareció molestarse porque el chico le llevase la contraria.

—Me refiero —prosiguió Young, algo nervioso— a que tampoco creo que Jay se haya pasado tanto con esa chica...

Hyunsoo se levantó del sofá y salió también en defensa de Jay:

—Exacto. Fue ella quien decidió presentarse en Corea. Jae no le pidió que viniese aquí. —Se giró hacia el aludido—. Porque no lo hiciste, ¿verdad?

Jay negó con la cabeza, en silencio, intentando organizar sus ideas. Agradecía que los otros dos no lo estuviesen juzgando igual que Alex, pero la conversación empezaba a ponerle nervioso.

—¿Qué clase de persona medianamente cuerda cruza medio planeta por alguien con quien ha pasado un par de noches? —se defendió—. No le prometí

nada. No voy a sentirme culpable por acostarme con una bailarina en una gira. Como si fuese el único de los cuatro que lo ha hecho.

Hyunsoo sonrió.

—El problema es que tú lo haces más a menudo que los demás.

Jay lo encaró rápidamente:

—Joder, Hyunsoo, ¿de parte de quién coño estás?

Fue Alex el que respondió en su lugar:

—De la tuya. Él siempre lo está de la tuya —murmuró con voz cansada, apoyando los codos en las rodillas y la cabeza en las manos—. Estoy agotado y los estilistas van a llegar en cualquier momento; dejemos el tema de una vez.

Hyunsoo no dijo nada más. Se quedó callado, de pie y sin mirar a Alex. Young, en cambio, fue a sentarse al lado de Alex con rapidez.

—En realidad, me parece bien que hayas ayudado a la bailarina... —le informó, ignorando su petición de abandonar el tema.

Este levantó la vista y la fijó en el chico con cierta ternura.

—No voy a enfadarme porque defiendas a Jay.

El aludido soltó un bufido.

—No pasa nada, Young. Era demasiado pedir que demostrases criterio propio más de cinco minutos seguidos.

Young se ruborizó, pero siguió sentado junto a Alex.

—Lo que intento decir —continuó con voz firme— es que Alex se preocupa por ella y me parece bien. Pero no podemos culparte por haberla confundido el tiempo que estuvisteis juntos. Aunque digas ahora que sólo fue un par de noches, tal vez en Barcelona no te comportaste así. Tal vez en ese momento a ella le pareció otra cosa. No es tu culpa, de todos modos. Es difícil para alguien de fuera entender nuestra situación. Al fin y al cabo, todos tenemos algo así. Alguien con quien estaríamos ahora mismo si no fuésemos quienes somos, si R*E*X no existiese.

Los cuatro se quedaron en silencio, sumidos en sus cavilaciones. La imagen de Paula dolida la noche anterior, antes de salir corriendo, asaltó los recuerdos de Jay. Por un momento se preguntó qué hubiera hecho un chico normal en su lugar. Un chico al que no le hubieran estado esperando una horda de fotógrafos y fans en la salida del edificio, un chico al que no se le hubiese exigido sonreír a los invitados y a los ejecutivos de la compañía, antes de montar en el coche rumbo a un hotel donde le esperaban varias entrevistas para promocionar su nuevo disco. «Seguramente —murmuró una vocecita en su cerebro—, ese chico hubiera salido corriendo detrás de ella sin dudarlo».

En ese momento, la imagen de Paula y aquel chico normal, que no era él pero que se le parecía bastante, se desdibujó en su cabeza y fue otra figura la que vio corriendo detrás de una chica muy diferente.

—Hyunsoo... —susurró.

Su amigo estaba algo pálido. Farfulló una excusa a sus compañeros y abandonó la sala. Jay ni se molestó en darles una explicación; salió detrás de él y lo interceptó pocos metros después, en el pasillo.

—Young no quería comparar a Paula con Sojin —le aclaró en cuanto alcanzó a Hyunsoo, sin soltarle el brazo—. Que ni se te pase por la cabeza que alguien le esté dando la misma importancia a esta historia que a la tuya.

Hyunsoo asintió sin mirarlo. Aun así, no hizo ningún intento por soltarse del agarre del su amigo.

—Ya lo sé. —Sonrió con cierta tristeza.

Jay se esforzó en devolverle la sonrisa. Algunos miembros del personal que rondaban por los pasillos los observaron con curiosidad, quizá preguntándose qué hacían dos de los R*E*X ahí parados, agarrados y ajenos al ajetreo.

—Alex cree que todo es culpa tuya —dijo Hyunsoo en voz baja, todavía sin mirarlo—. Ya lo has oído hace un segundo: opina que siempre estoy de tu

parte. Cree que tú eres el que no aguanta más en WIMTS y yo sólo me dejo llevar por ti. Estás cargando con toda la culpa frente a ellos cuando fui yo el que...

Jay lo zarandeó con cuidado, sin dejarle continuar.

—Ya basta. Estaba tan harto como tú. Sólo era cuestión de que uno de los dos explotase y lo expresase en voz alta. Si tú te largas de este sitio, yo me largo contigo y que le jodan a WIMTS.

Hyunsoo alzó la vista hacia los ojos de su amigo, por fin.

—Pero está siendo muy duro para ti, y ni siquiera hemos empezado.

Jay respiró hondo.

—No pasa nada, puedo soportarlo. Es sólo que no estoy acostumbrado a hacer las cosas sin ellos dos —murmuró, y miró la puerta del camerino que acababan de dejar atrás.

Cada vez tenía más claro que, pese a las esperanzas que había albergado los días previos a la fiesta, Alex no iba a seguirles y Young se quedaría al lado del líder. Justo como ahora.



PAULA

Sentada junto a uno de los ventanales del Stardust, Paula contempló distraída cómo la nieve, formando espirales en el aire, caía en el pavimento. Había pasado ya más de un mes desde la fiesta y, aunque en las últimas semanas había estado demasiado ocupada para pensar en nada, que ese día fuera Nochebuena había hecho que se levantara nostálgica. Navidad siempre había sido su época favorita y no soportaba la idea de pasarla sola.

Todavía era primera hora de la tarde, pero la cafetería estaba vacía. Las familias cristianas ya estarían preparando la cena y la comida del día siguiente, y los demás tal vez estuviesen aprovechando la festividad para tener una cita con su pareja, como si de otro San Valentín se tratase. Probablemente, Minwoo y Cris también estuvieran deseando que todos se marcharan para poder cerrar e irse a sus casas, pero Paula era incapaz de moverse. Se había llevado el portátil, dado que el wifi del local era mucho más rápido que el de la casa de huéspedes, para hacer una llamada de Skype a su familia. Sin embargo, le costaba pulsar el botón de llamada, porque sabía que, en cuanto oyera la voz de su madre, se echaría a llorar y ellos pasarían de forma inmediata a organizar una partida de rescate que la llevara de vuelta a casa.

—Muchas gracias por su visita. Vuelvan pronto.

La voz de Minwoo despidiendo en inglés a una familia de turistas la trajo de vuelta al presente y se dio cuenta de que se había quedado sola en el local.

Los dos camareros empezaron a recoger. Aunque ninguno le dijo nada, Paula empezó a sentirse presionada, así que se colocó los auriculares sobre la cabeza y llamó a casa.

—¡Paula, cariño! —exclamó la voz de su padre al otro lado del aparato, lo que le hizo dar un respingo en su asiento—. ¡Estábamos esperando tu llamada!

A pesar de que en España todavía era muy temprano, gran parte de su familia se había reunido ya en la vieja casa de campo que tenían sus abuelos a las afueras de Cheste para comenzar los preparativos. Todos ellos, incluidos los más mayores, que tuvieron que pelearse un poco con la tecnología, pudieron desearle unas felices fiestas y preguntarle por su nueva vida en «Japón». Incluso le presentaron a la niñita balbuceante que su prima mayor había tenido poco después de que ella se marchara. Con tantas caras familiares, recordándole historias de Navidades pasadas, a Paula le empezaba a costar mucho reprimir el llanto y en un momento dado, mientras hablaba con su hermano mayor, no pudo evitar que se le quebrara la voz.

—Paula —dijo él con voz seria—, ¿seguro que estás bien? Si pasa algo, sabes que puedes decirlo y volver a casa...

—Estoy bien —se obligó a contestar, maldiciendo para sus adentros el sexto sentido de los hermanos mayores—. De verdad. Sólo estoy algo cansada. He tenido mucho trabajo estas últimas semanas.

—Vale —asintió Samuel al fin, aunque no sonaba demasiado convencido—. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—Cenaré con unos amigos y me iré pronto a dormir.

Ella misma se sorprendió de la facilidad con la que había soltado esa mentira, pero, en cuanto las palabras salieron de su boca, la imagen del habitáculo que tenía por habitación y que le estaría esperando, frío y solitario, inundó su cabeza. Tenía que terminar la llamada.

—¡Uy! Mis amigos ya están aquí —dijo, tratando de sonar convincente—.

Tengo que colgar. ¡Feliz Navidad!

Cortó la conexión quizá más rápido de lo que hubiera sido necesario y, por un instante, temió que Samuel volviera a llamarla. Sin embargo, eso no ocurrió, y Paula se quedó unos segundos observando la pantalla de su portátil. Por el rabillo del ojo le pareció ver que Minwoo y Cris discutían algo mientras miraban hacia ella. Se sintió fatal por ellos. La llamada había durado más de lo que había imaginado y debían de estar esperando a que terminara para poder cerrar. Cris le dio un empujoncito a su compañero en su dirección y Minwoo se acercó a su mesa, algo apurado.

—Lo siento mucho —se disculpó Paula mientras comenzaba a recoger sus cosas a toda prisa—. La conversación se ha alargado y os he retrasado. Seguro que estáis deseando llegar a vuestras casas. Ya me marcho.

—No, no —contestó él, agitando las manos—. No venía a echarte. En realidad... Verás... —Lanzó hacia su espalda un vistazo nervioso, pero su compañera parecía muy ocupada terminando de limpiar una de las cafeteras—. Organizamos una pequeña fiesta en mi casa esta noche. Nada del otro mundo. Mi madre, mi hermana pequeña, Cris, un par de vecinos y yo. Me preguntaba... —carraspeó con suavidad—, nos preguntábamos si querías venir.

Paula se quedó paralizada, sin saber qué responder. Aunque desde la noche de la fiesta había empezado a hablar un poco más con los dos camareros, jamás se le hubiera pasado por la cabeza que fueran a invitarla a una velada que sonaba de lo más familiar. No podía negar que era muy tentador, pero tenía la sensación de que sólo les daba lástima. No quería convertirse en una especie de obra de caridad para ellos.

—No te sientas obligada —añadió Minwoo enseguida, como si de pronto se sintiera algo incómodo—. Entiendo que tal vez tengas otros planes o que te parezca una locura...

Paula frunció el ceño mientras su cabeza funcionaba a toda velocidad. Fuera como fuese, no quería pasar la noche sola.

—¿Estás seguro? Quiero decir, casi soy una desconocida...

—Seguro del todo —asintió él, relajando los hombros mientras una sonrisa afable le iluminaba el rostro—. Será un placer. ¿Qué me dices?

—Que supongo que debo daros las gracias.

—¡Genial! —exclamó él, e hizo un gesto de victoria con los puños—. Si me das tu dirección, puedo pasar a buscarte más tarde, sobre las ocho. ¡Me muero de ganas por que llegue esta noche!



CRIS

Décima anotación en el cuaderno verde:

No pretendo ponerme dramática, pero, para ser objetiva, debo asumir que el pasado diciembre celebré mis últimas Navidades.

Nunca he tenido un espíritu navideño muy desarrollado. Las Navidades anteriores, mi abuelo y yo nos compramos comida precocinada y vimos los especiales de *Doctor Who* de la BBC. Dani suele volver siempre en esas fechas a Madrid con su familia, y ni siquiera nos importó demasiado quedarnos solos y no hacer gran cosa. Sin embargo, en la mañana de mi último 24 de diciembre me desperté en la casa de los Choi empapada en un sudor frío y presa de una terrible culpabilidad: mi abuelo iba a pasar solo la Nochebuena.

Intenté no pensar demasiado en el tema durante la jornada, pero fue inevitable sentirme cada vez más egoísta y culpable. De golpe, todo lo relacionado con Corea y mi estúpido viaje me pareció una absoluta pérdida de tiempo. ¿Qué cojones hacía yo allí, con una familia que no era la mía, pasando mi última Navidad? Mi mal humor fue en aumento a lo largo de todo el día e incluso ignoré deliberadamente a Minah cuando se acercó a mí durante los preparativos de la cena, con un papel de periódico arrugado en la mano.

—Es sobre el tema del que hablamos —me informó, emocionada—. Una

amiga me lo ha prestado. Su hermana mayor guarda en una carpeta todos los recortes de prensa donde aparece R*E*X desde incluso antes de su debut. Este es el primero en el que se los ve a todos juntos, poco antes de debutar, en el funeral de Insomnia...

—No tengo tiempo para eso ahora, luego me lo enseñas —le corté—. Voy a ayudar a tu madre con la mesa.

Lo último que necesitaba en aquel momento era ver fotos de R*E*X en funerales, fotos del estúpido Jay con su estúpido grupo. Necesitaba volver al mundo real, a Inglaterra, a Leadworth.

Al estúpido, estúpido Leadworth.

La llegada de Paula me sorprendió. Por un momento había olvidado que estaba invitada. Apareció alrededor de las nueve con Minwoo, que se había ofrecido a ir a buscarla. Mi amigo estaba rebosante de alegría. Paula se inclinó varias veces delante de la señora Choi y Minah, como una auténtica coreana. Las dos mujeres de la casa parecían encantadas con ella.

Minwoo se acercó a mí, todavía con una sonrisa radiante, mientras se quitaba el abrigo y se calentaba las manos cerca del radiador.

—Está empezando a nevar otra vez —me comunicó, como si esa fuera la mejor noticia de la semana—. Vamos a tener unas Navidades blancas.

—Fantástico —contesté de modo mecánico mientras observaba cómo, ante una rápida orden de su madre, Minah corría a buscar unas zapatillas para ir por casa mientras Paula se desataba sus mocasines.

—¿Estás bien, Cris? —preguntó Minwoo, que me observaba con el ceño fruncido.

No tuve tiempo para contestar. Paula se había aproximado a mí, ruborizada y sonriente, para darme dos besos en las mejillas.

—Minwoo me ha dicho que voy a dormir en tu cuarto esta noche. Espero no ser mucha molestia —me susurró en español mientras avanzábamos al

comedor, donde la señora Choi había colocado unos aperitivos sobre la mesa.

—En absoluto —contesté, aunque era la primera noticia que tenía al respecto y no estaba segura de que me convenciese demasiado la idea. Paula parecía ese tipo de chica a la que le gusta hablar de cosas de chicas con sus compañeras de dormitorio. Y yo no tenía ganas de hablar de nada aquella noche.

La cena fue todo un éxito a nivel culinario. La señora Choi se había esforzado en recrear lo máximo posible una Nochebuena española y británica. Así que acabamos comiendo una tortilla de patatas sorprendentemente lograda, pudin de Yorkshire y pizza cuatro estaciones. El tema de por qué incluyó la pizza en el menú no lo tengo claro todavía. Quizá fuese una confusión cultural o tal vez se había quedado sin ideas, pero estaba más rica que el pudin, por lo que no puedo objetar.

La familia de Minwoo es en parte budista y en parte cristiana. En realidad, era el difunto padre de Minwoo el que era cristiano, así que me parece muy bonito que ellos sigan celebrando la Navidad todos los años. Pero en Corea la Nochebuena no se celebra demasiado, ya que es el día de Navidad en el que las familias se reúnen, comen y beben a lo grande. Por eso fue un gran detalle que la señora Choi y el resto se esforzasen en hacernos sentir como en casa.

Aunque eso, en mi caso, no sirviese de mucho.

Minwoo charlaba animadamente con su madre y con Paula, la cual se esforzaba en incluirme en la conversación, sin demasiado éxito. Había venido muy elegante, con un bonito vestido verde que chocaba con la ropa informal que llevábamos los demás. Pero no parecía importarle, estaba radiante.

En los postres se acercó a mí y se sentó a mi lado.

—Confieso que la idea de pasar la Nochebuena sola en mi habitación me resultaba aterradora —dijo mientras la madre de Minwoo sacaba unas botellas de vino dulce—. Pero ahora estoy feliz de estar aquí. Mis padres

estarían encantados si supieran que voy a pasar la noche con una familia de Seúl y que he conocido a una chica que ha vivido en España.

Como si el haber vivido en España durante los primeros años de mi vida nos hiciera amigas instantáneamente. Por un momento recordé el día que conocí a Dani y cómo, de forma absurda, se aferró a nuestra amistad por el simple hecho de provenir del mismo barrio de Madrid. No pude evitar sonreír al recordarlo, aunque debió de ser una sonrisa bastante deprimente, a juzgar por la expresión compasiva de Paula.

—¿Echas de menos a tu familia? —me preguntó de repente—. Perdona, no debería meterme en tus asuntos...

Tal vez fuese porque apenas la conocía y hay cosas que es más fácil discutir con desconocidos que con amigos, o tal vez porque Paula me estaba hablando en español, el idioma que sólo compartía con Dani. Fuera como fuese, acabé confesando mis pecados:

—No tengo mucha familia a la que echar de menos, pero he dejado solo a mi abuelo esta noche. No había caído en la cuenta hasta esta mañana, al despertarme...

—¿Vivís solos?

—Mi mejor amigo vive con nosotros, pero él también es español y siempre vuelve a casa en Navidad.

—Tal vez puedas llamar a tu abuelo y felicitarle las fiestas, seguro que se alegra de oírte. Estás a tiempo, allí aún es pronto.

Solté una risa algo más mordaz de lo que pretendía.

—No es tan sencillo... Ni siquiera sabe dónde estoy.

El rostro de Paula reflejó desconcierto.

—¿No sabe que estás en Corea del Sur?

—Es una larga historia y no demasiado interesante, así que mejor la dejamos para otro día —atajé. La conversación empezaba a ponerse peliaguda

—. Vamos fuera, creo que Minwoo está poniendo música.

En el patio de la casa, que comunica con el apartamento de Minwoo, algunos vecinos amigos de la familia habían dispuesto estufas debajo del porche, así como unas lucecitas de colores. Minah me había explicado que en ocasiones, cuando llega el buen tiempo, todos se juntan para celebrar distintas festividades. Yo conozco a algunos de los vecinos, sobre todo a las mujeres, que entran y salen de casa con naturalidad e intercambian gritos y comida con la señora Choi. El ambiente era agradable, con la nieve de fondo cayendo al otro lado del porche. Incluso algunos de los matrimonios habían empezado a bailar la música que emitía el portátil de Minwoo.

—No me lo puedo creer... —susurré atónita al oír cómo, tras terminar una canción coreana, comenzaba a sonar una melodía que me resultaba extrañamente familiar.

—¿Ese no es Chiquetete? —preguntó Paula, divertida.

No controlo demasiado la música española, pero, al parecer, Paula tenía razón: Minwoo había deseado obsequiarla con los grandes éxitos de su país.

El chico nos miró desde el otro extremo del patio, donde charlaba con un par de jóvenes del barrio, y levantó los pulgares en el aire. Yo le puse los ojos en blanco, pero Paula le sonrió y fue hasta él para sacarlo a bailar.

Minwoo parecía sorprendido ante el atrevimiento de Paula, pero aceptó encantado. Ella le rodeó el cuello con los brazos y él puso sus manos en su cintura. Por un momento, creí que a mi amigo se le iba dislocar la mandíbula de tanto sonreír, inconsciente de que para ella era totalmente natural bailar con el chico que la había invitado a su casa el día de Navidad.

No hacían mala pareja del todo y, aunque negaré haber dicho esto ante cualquier tribunal, Minwoo no es malo bailando. O tal vez es que ella es buena maestra. Como fuese, era una imagen bonita verlos entre los matrimonios de mediana edad, con la nieve cayendo tras ellos y las lucecitas

horteras alrededor. La canción terminó y empezó una de Juan Luis Guerra sobre peces o algo así.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó una voz familiar en inglés detrás de mí.

Minah me observaba dubitativa, abrigada con una manta del sofá sobre los hombros, quizá preguntándose por qué llevaba toda la tarde comportándome como una gilipollas con ella. De repente, me sentí como una impresentable. ¿Por qué no podía actuar como Paula y ser encantadora con todo el mundo mientras daba vueltas con mi vestido verde?

Acerqué a Minah hacia mí y la rodeé con los brazos, frotándola para que entrara en calor.

—Perdona, he tenido un día raro. ¿Qué era eso que querías enseñarme antes?

Minah me sonrió y volvió a sacar el papel arrugado. Nos sentamos en las escaleras que accedían al apartamento de Minwoo, compartiendo su manta.

—Es el funeral que hicieron a Insomnia en WIMTS. Salió en todos los periódicos. A R*E*X no los conocía nadie entonces. Bueno..., supongo que R*E*X todavía ni se llamaba así, puesto que ni habían debutado. Yo era pequeña, pero los chicos ya formaban parte de WIMTS como aprendices y, poco después, ya sacaron el primer disco. —Puso el recorte de periódico delante de mis ojos—. Fíjate bien.

Había bastante gente en la foto y apenas se distinguía a la mayoría. Sin embargo, Minah me señaló a cuatro figuras en el lateral a las que sí reconocí.

—Son los miembros de R*E*X —convine, incapaz de entender adónde quería llegar.

—No exactamente —contestó Minah triunfal, señalando a otra figura no muy lejos de aquellas—. Young no está con ellos, está aquí con sus padres.

No se apreciaba muy bien, pero todo apuntaba a que Minah tenía razón. Esa

figura menuda, casi como la de un niño, en la segunda fila, algo alejada del resto del grupo, era sin duda la del más joven de los R*E*X.

Volví a revisar las cuatro siluetas que permanecían juntas en un lateral de la imagen. Jay, Hyunsoo y Alex eran inconfundibles, incluso con ese aspecto adolescente. Sin embargo, ese que al principio había dado por hecho que era Young, por simple asociación, se trataba de otra persona. Apenas se le veía la cara. Empecé a sospechar hacia dónde se dirigía la imaginación morbosa de Minah.

—¿Me estás diciendo que este chico...?

—¡Es el quinto miembro! —finalizó ella—. ¿Quién si no?

La miré confusa. Yo misma había empezado a dejarme llevar por el misterio de la leyenda del quinto miembro de R*E*X, pero de ahí a pensar que fuese la figura oscura de la foto había un trecho.

—Minah, puede ser cualquier persona. Otro trabajador de WIMTS, el primo de alguien...

—Cris, estoy segura de que se trata de él —insistió Minah—. La forma en que sujeta a Alex del hombro hace pensar que son bastante amigos. Mira. — Volvió a agitar la foto delante de mí.

—Enana, deja en paz a Cris —la interrumpió Minwoo, que apareció de la nada, ruborizado y con los ojos brillantes, y me tendió la mano—. Cris, ven un rato con nosotros.

Ni siquiera me había fijado en el cambio de estilo en la banda sonora con la que nos estaba deleitando el portátil de Minwoo esa noche. Ahora, los jóvenes se habían apropiado de la pista y bailaban música algo más marchosa e internacional.

Me levanté dando una palmadita cariñosa a Minah en el hombro. Ya era hora de que me mezclara con la gente de mi edad. La chica suspiró resignada y me metió la fotografía en el bolsillo trasero de mis vaqueros mientras me

obligaba a prometer que le echaría un vistazo más tarde.

—¿Sin With Sebastian? —Sonreí mientras me dejaba llevar por Minwoo hasta donde estaba Paula—. Francamente, tienes un gusto variado...

—Sabía que con simple punk y rock no podría mantener a los adolescentes alejados del K-pop, así que improvisé una selección rápida para todos los públicos.

—¿Te has parado a escuchar la letra de esta canción? —contesté, divertida a mi pesar, mientras Minwoo me hacía girar sobre mí misma—. Desde luego, no es para todos los públicos.

Se encogió de hombros con aspecto inocente y Paula y yo nos echamos a reír. No se estaba mal del todo con ellos. Casi empezaba a sentirme bien, a pesar del recuerdo de mi abuelo.

Aun así, no pude evitar llevarme la mano al bolsillo trasero del pantalón mientras me invadía la sensación de que estaba pasando algo por alto.



PAULA

Paula sintió una oleada de envidia cuando entró a la habitación de Cris. Comparada con la suya en la casa de huéspedes, aquello era un palacio.

—¡Tienes una cama! —murmuró asombrada—. ¡Una cama doble!

Cris le lanzó una mirada de sorna.

—Es lo que tienen las habitaciones. Camas, normalmente.

—Se podría pensar eso, pero donde estoy alojada duermo en el suelo, al estilo tradicional...

Cris soltó un silbido y Paula se sintió orgullosa de haber podido impresionar por fin a la joven. Había algo intimidante en Cris. Tal vez fuera que siempre parecía segura de sí misma o, quizá, la forma en que se comportaba con Minwoo, un chico mayor que ella, con total naturalidad y confianza. Paula jamás había podido actuar con los chicos de esa manera. Siempre habían sido chicos, una raza aparte. Aunque tenía que admitir que Minwoo en ese sentido parecía diferente.

Observó cómo Cris se desnudaba, dejando entrever unas costillas muy marcadas. Se preguntó si siempre habría sido así de delgada o había adelgazado en los últimos meses. Había unas ligeras ojeras alrededor de sus ojos que insinuaban que podía no estar pasando por su mejor momento.

—¿Alguna preferencia a la hora de dormir? —preguntó Cris, que, ajena a su escrutinio, ya se había puesto el pijama—. ¿Prefieres el lado izquierdo o el

derecho?

—Me da igual—contestó Paula mientras se apresuraba a deshacerse del vestido.

Cris se tumbó en el lado derecho y se tapó con la colcha, cerrando los ojos. Paula hizo lo propio en el lado izquierdo, algo violenta por la situación. Esperaba aprovechar la noche para hablar con la chica y poder conocerla un poco más. Recordó lo que había dicho de su familia, que ni siquiera sabía que estaba en Seúl. Una parte de ella quería preguntar más sobre el tema, descubrir qué era lo que la había llevado a alejarse de su país sin encomendarse a nadie, pero algo le dijo que aquel no era el momento ni el lugar.

Sin embargo, pensó que tal vez la mejor manera de romper el hielo fuera comenzar por relatarle su propia historia.

—Mi familia no sabe el verdadero motivo por el que vine a Corea —comenzó—. Creen que lo hice buscando una oportunidad laboral.

Cris abrió los ojos y la observó, algo sorprendida.

—¿Y no fue por eso? Pensaba que eras bailarina. ¿No estás trabajando con esos chicos que vienen a veces al Stardust contigo?

—Sí, trabajo en YenNork y no me va mal, pero no vine por eso —confesó, sintiéndose tonta allí tumbada, hablando por fin del tema—. Lo cierto es que vine por un chico.

—No tenía ni idea —murmuró Cris—. Pero ahora mismo no estás con nadie, ¿no? Quiero decir..., ibas a pasar las Navidades sola.

—No vine con él —aclaró Paula—, vine por él. Poco antes del verano, conocí a un chico en Barcelona, cuando me contrataron como parte del cuerpo de bailarines para el concierto de un grupo de K-pop. Uno de los miembros del grupo y yo tuvimos una historia o algo así. Supongo que malinterpreté las señales y pensé que si venía aquí...

—¿Qué grupo? —la cortó Cris.

—Se llama R*E*X. Estoy segura de que los conoces, aunque sólo sea de vista. Es imposible no darse cuenta de su existencia en esta ciudad —soltó llena de amargura—. Aunque yo ya los conocía de antes. Puede que te parezca extraño, pero en Europa también hay bastantes fans del K-pop.

—No me parece extraño. —En la voz de Cris se percibía cierta urgencia—. ¿Con cuál de ellos tuviste esa historia?

—¿Te suena Jay? Lo habrás visto un millón de veces. No es el más guapo de los cuatro, pero es condenadamente atractivo y si le oyeras... Tiene una de esas voces profundas que atraen a cualquiera. Supongo que debería haberlo imaginado, porque todo a su alrededor hace pensar en el típico chico malo, pero cuando estábamos juntos... —Por un momento, pensó que iba a echarse a llorar. Había creído que hablar de aquello con alguien le ayudaría a superarlo, pero quizá no estaba todavía preparada para afrontar la realidad—. Te juro que parecía que sí le importaba, que eso era más que un simple rollo en el extranjero. ¡Si hasta me dejó una estúpida tarjeta! —Suspiró, ahogando el quejido que quería escapar de su garganta—. Déjalo, soy una estúpida y te estoy molestando.

Cris se quedó en silencio. Tumbada bocarriba, observaba el techo y se pasaba la mano de forma nerviosa por el flequillo.

—No puedo creerlo. Tiene que ser una broma.

Paula sintió que se le congelaba la sangre. Había esperado que Cris se compadeciese de ella o incluso que se riese divertida por las tonterías que había hecho por Jay, y tal vez así Paula también hubiera podido reírse de sí misma. Pero la actitud fría, casi desagradable, de Cris le había tomado por sorpresa.

—Vale, ya sé que no es la decisión más inteligente que he tomado en mi vida, pero...

—Da igual —la interrumpió—. Tienes mucha más vida por delante para lamentarlo y para superarlo. Oye, estoy algo cansada. Será mejor que apaguemos la luz.

A Paula le costó dormirse. Aún estaba despierta cuando escuchó a la señora Choi cerrar la puerta del patio exterior e ir a acostarse. También estaba despierta cuando, poco después, Cris salió de la cama a hurtadillas, cogió algo del bolsillo de sus vaqueros tirados en el suelo y abandonó la habitación.



CRIS

Undécima anotación en el cuaderno verde:

Tiempo después de que Paula me confesase por qué viajó a Corea, aún sigo pensando que tiene que ser una jodida broma del universo.

De todas las personas del planeta Tierra, ¿qué posibilidades había de que terminásemos durmiendo en la misma cama dos chicas sin nada en común, excepto que ambas hemos dejado nuestros hogares para venir a Corea del Sur en busca de Jay, el jodido Jay de R*E*X? Al menos los motivos de Paula son menos absurdos que los míos. Lo cual no quita que no sean también bastante absurdos, no quiero robarle el mérito.

Esa noche tenía demasiadas cosas en las que pensar y debía poner en orden mis prioridades: mi abuelo primero, Jay y Paula después.

Esperé un tiempo prudencial hasta que Paula se durmió y fui a la planta baja, ya vacía y a oscuras. Busqué el portátil de Minwoo, que tras la fiesta improvisada se había quedado olvidado en un rincón del comedor, entre las botellas de licor vacías. Me senté en el suelo y lo encendí. Después entré en Facebook.

Yo no tengo Facebook, pero Dani sí lo usa y conozco su contraseña: shakespearefake. Utiliza la misma para todo, que yo sepa. Tiene la extraña teoría de que las obras de Shakespeare no son de él realmente y siempre dice

que está investigando para demostrarlo y llevarse una millonada que nosé quién ofrece para quien pueda probarlo.

Paranoias de Dani aparte: entré en su perfil y la primera foto que vi, colgada ese mismo día, me hizo sonreír como nada me había hecho sonreír desde que llegué a Seúl. Una foto de mi amigo con un deshilachado gorro de Papá Noel, junto a mi abuelo, bien abrigado con su bufanda favorita, en el mercadillo de dulces navideños que todos los años se celebra en la plaza mayor de Leadworth.

La foto rezaba: «Aprovisionándonos para la Nochebuena, ho, ho, ho».

Dani no había viajado a su casa para pasar las fiestas. Se había quedado en Leadworth. Ignoraba si lo había hecho por sus estudios, por su novio o si de verdad había sido consciente de que, de haberse ido, mi abuelo se habría quedado solo. Fuera como fuese, iba a estarle eternamente agradecida por ello.

5.
*El hilo rojo
del destino*



PAULA

Paula enterró la cabeza entre los brazos, apoyando la mejilla sobre los apuntes de coreano que se había llevado al Stardust con la esperanza de que Minwoo pudiera echarle una mano entre café y café.

Empezaba a sospechar que era un caso perdido con el idioma. A pesar de que, antes de vivir en Corea, había visto cientos de entrevistas de R*E*X y bastantes series de televisión coreanas, todo había estado subtulado y nunca había intentado memorizar nada más allá de las frases sencillas. Al menos tenía una ventaja respecto a Cris, que todavía era incapaz de comprender el complicado sistema de las fórmulas de respeto que dominaba la cultura coreana y que se reflejaba en su lenguaje.

—¡Me rindo! —exclamó la camarera. Instigada por Minwoo, se había sentado junto a Paula para intentar retener algo del idioma—. No sé cómo podéis aclararos con esta locura.

—Esta parte no es tan difícil —la animó Paula, cargada de paciencia—. Todo depende de quién sea el emisor y quién, el receptor. Un chico llamaría *hyung* a otro chico mayor que él y *noona* a una chica que le sacara unos años. En el caso de que la hablante fuera una chica y se estuviese refiriendo a personas mayores que ella, usaría *unnie* para las chicas y *oppa* para los chicos.

—Vale —dijo Cris, hojeando los papeles que Paula tenía esparcidos por la

mesa, con expresión concentrada—. Creo que lo voy pillando. ¿Tú serías mi *unnie*? —añadió tentativamente.

Paula sonrió, esforzándose en disimular la extraña ilusión que le hacía que otra chica se refiriese a ella de ese modo.

—¿Y qué pasa con Minwoo, por ejemplo? —inquirió Cris, señalando a su amigo, que acababa de acercarse a ellas con una caja entre los brazos—. ¿Cómo lo llamarías?

Paula carraspeó, algo incómoda. Sabía que las *crown* utilizaban ese término todo el tiempo para referirse a los R*E*X, pero pronunciarlo en voz alta dirigido a alguien le daba cierta vergüenza.

—En ese caso, sería *Minwoo-oppa*, supongo...

Al chico se le escapó una sonrisa y Paula supuso que se estaba riendo de su terrible pronunciación.

—¡Lo sé! Soy penosa. Deberías ser tú quien ayudase a Cris y no yo.

—¡No! ¡No es eso! —repuso él de forma atropellada—. Es que *oppa*, entre personas que no pertenecen a la misma familia, puede tener otras connotaciones y, bueno, simplemente me resultó... Ya sabes... —Carraspeó—. Pero tienes razón, debería empezar a ponerle las pilas a Cris con este tema.

—¡Eh! A mí déjame en paz. Ya conocías mi nulo nivel de coreano antes de ofrecerme el trabajo. No es mi culpa que tú seas una persona demasiado decente como para enseñarme a decir barbaridades. Sería mucho mejor alumna, te lo aseguro.

—Eso no lo dudo. Creo que no conozco a nadie que sea capaz de decir tantas palabrotas juntas en una misma frase cuando se enfada.

Paula soltó una carcajada mientras Cris se levantaba de la silla y extendía los brazos hacia la caja que llevaba Minwoo.

—Había pensado que quizá Paula podría ayudarme a colocar todo esto en

su sitio y, así, enseñarle de una vez nuestra batcueva —comentó Cris, para sorpresa de la aludida, apartando la caja del alcance del chico—. No deja de ser nuestra mejor clienta.

—Está bien —asintió él encogiéndose de hombros, y se dirigió a la barra, donde un recién llegado esperaba para hacer su pedido.

Paula nunca había estado en la trastienda del Stardust y se enamoró del pequeño rincón al instante. Gran parte del espacio estaba ocupado por cajas y estanterías pulcramente ordenadas. Separados de la zona de almacenaje por un tabique delgado, un grupo de sillones desvencijados se agrupaban frente a una televisión algo anticuada. Sobre los sillones había mantas remendadas y cojines de distintos colores, que parecían haberse ido heredando progresivamente sin que nadie se planteara si encajaban los unos con los otros. Parecía que Minwoo había buscado dar a aquel espacio autonomía propia respecto a la cafetería de la planta superior, pues había instalado un sencillo aparador con un microondas, un fregadero y un pequeño frigorífico, así como una estufa metálica. También había una pila de libros y revistas amontonados en un rincón y un buen número de DVD sobre la mesa, frente a la televisión. Toda la estancia desprendía un tenue olor a café molido y a las infusiones de las estanterías, un aroma muy agradable. En contraposición con los pulcros locales de la Isla, incluida la parte a la vista del propio Stardust, aquel escondrijo era muy acogedor y familiar. Para completar el ambiente bohemio, una guitarra acústica un tanto gastada se escondía en un rincón apartado.

—No sabía que Minwoo tocara la guitarra.

—Lo hace a veces —contestó Cris—, supongo que no se le da mal del todo.

Durante los siguientes minutos, las dos chicas permanecieron en silencio,

colocando paquetes de diferentes tipos de café en los estantes.

—Oye, Paula —dijo Cris en español al final—, quería disculparme por mi comportamiento en Nochebuena. La verdad es que a veces puedo ser un poco gilipollas...

Paula no supo qué contestar. Si bien esa noche la actitud de la otra chica le había entristecido, ahora que estaba más calmada y tras todos esos días de trabajo continuo sin saber nada sobre Jay, empezaba a pensar que en el fondo Cris tenía razón.

—No pasa nada. A veces soy una cursi insoportable, pero voy aprendiendo la lección —contestó sonriente—. Debo esforzarme por contener mis películas mentales patrocinadas por Disney.

Cris le devolvió la sonrisa.

—Así que eres una *crow*n, ¿eh? Una *crow*n muy afortunada, me atrevería a decir...

Paula se rio, a su pesar.

—Supongo que es una manera de verlo... ¿Por qué? ¿Te gustan? —Alzó una ceja, incrédula. Lo que menos le pegaba a Cris era ser fan de un grupo de ídolos del K-pop.

—¡Qué va! —repuso de manera mecánica, y se apartó el flequillo rubio de la frente con un gesto que Paula empezaba a reconocer como algo mecánico en ella—. Es por la hermana de Minwoo, ¿la recuerdas?, también es muy fan de ellos.

—No me sorprende. Es como si fueran un mito de este país.

—De hecho, hasta circulan leyendas oscuras —apostilló Cris—. ¿Sabías que se rumorea sobre la existencia de un quinto miembro que se suicidó antes de debutar?

—¿En serio? Y yo que pensaba que me pasaba de fantasiosa...

—Entonces, ¿nunca habías oído nada al respecto? —En la voz de Cris

había un matiz de decepción.

Paula negó con la cabeza.

—Siempre ha habido muchos rumores en torno a los R*E*X y es cierto que las fans coreanas con frecuencia se reservan información que no trasciende fuera del país. Pero aun así...

—¿De qué habláis en ese idioma endiablado vuestro? —preguntó Minwoo mientras bajaba las escaleras.

—Cris me estaba contando lo del suicidio del quinto miembro... —comenzó a decir Paula antes de que la mirada de la otra chica le hiciera frenar en seco.

Minwoo alzó una ceja y cruzó los brazos.

—¿Eso otra vez? Por favor, Cris, dime que no te crees una palabra de las tonterías que dice mi hermana...

—No he dicho que me lo crea. ¡Oye! ¿Tú no deberías estar vigilando el café? —se defendió Cris, con los brazos en jarra—. ¡Luego a mí me echas la bronca!

—Pero yo soy el jefe y, si digo que cerramos, entonces cerramos. Además —añadió deprisa antes de que la camarera pudiera protestar—, tengo que llevar mi moto al taller y todavía no me fío lo suficiente de ti como para dejarte sola aquí, con tu gran capacidad para hablar coreano. O para hablar con la gente en general...

Cris le tiró a la cara el trapo que llevaba colgado del lateral de su delantal.

—¿Qué le pasa a tu moto? —preguntó Paula con curiosidad—. ¿No arranca?

Minwoo se quitó el trapo de la cara, con un gesto de disgusto, y se giró hacia ella.

—Arrancar sí que arranca, pero no consigo que acelere. Es como si...

—Como si se ahogara y después se para, ¿verdad? —El chico la miró

sorprendido, pero asintió—. ¿Podría echarle un vistazo?

Paula conocía a la perfección esos síntomas. La última vez que había ayudado a su madre en el taller, más allá de sus habituales tareas con las facturas y albaranes, se habían enfrentado al mismo problema.

Acababa de llegar a Cheste tras una larga jornada de entrenamiento en Valencia. Los días como aquel siempre habían sido sus favoritos de la semana y rara vez no regresaba de la ciudad con una sonrisa radiante, contando las horas para volver a su academia de baile. Entró a casa por la puerta trasera del taller mientras balanceaba su bolsa de deporte y canturreaba distraídamente la canción con la que habían estado practicando esa tarde. Su madre todavía se encontraba allí, aunque ya no había rastro de Samuel o su padre.

—Tu primo nos ha traído su moto —había murmurado a modo de saludo al verla entrar, y señaló con gesto adusto una sencilla motocicleta aparcada frente a ella—. Le tengo dicho que debe cuidarla mejor... ¿Me ayudas con esto, cielo? No quiero dejarlo para mañana porque esperamos un encargo importante.

Paula asintió y se arrodilló junto a su madre, frente a una de las cajas de herramientas.

—¿Tienes hambre? —le preguntó entonces a su hija, todavía concentrada en la motocicleta—. Papá y Mario están preparando pizzas para esta noche.

—He picado algo con los compañeros de baile, pero siempre me queda hueco para las pizzas de papá —contestó Paula mientras sujetaba el sillín—. ¿Sabes que hoy ha venido a la academia Natalia? ¿Te acuerdas de ella? Es la chica que se fue hace unos años a estudiar danza a Washington. Consiguió la beca de la academia Kirov...

Su madre retiró por un momento la vista del vehículo y le sonrió levemente.

Sin embargo, Paula conocía demasiado bien esa sonrisa. Cada vez la veía más a menudo en el rostro de sus padres y de su hermano mayor cuando intentaba sacar a colación la posibilidad de ganarse la vida con el baile, de que quizás hubiese un futuro para ella más allá del taller. Era la sonrisa resignada de quien piensa que los sueños así son más propios de los cuentos de hadas que de la vida real. Y por eso ella estaba dispuesta a esforzarse al máximo para demostrarles que se equivocaban.

Minwoo la condujo al patio trasero del local, por donde descargaban los pedidos y donde siempre dejaba aparcado su vehículo. Paula rodeó la moto un par de veces, concentrada, y al final se arrodilló junto a ella.

—¿No tienes por ahí algunas herramientas que me puedas prestar? ¿O algún producto de limpieza y mantenimiento?

—Sí, pero...

—Minwoo —le interrumpió—, ¿dudarías de mí si fuera un chico?

—No es eso —contestó él mientras se frotaba las manos con nerviosismo—. Es que no tenía ni idea de que te interesaran las motos.

—Si mi opinión sirve de algo —añadió Cris, que los contemplaba apoyada en el marco de la puerta mientras terminaba de des-envolver un chicle y se lo metía a la boca—, yo tampoco me fiaría mucho de ti, Paula. No te ofendas, pero después de imaginarte dando saltitos con un tutú rosa, no te veo con un destornillador en la mano.

—En primer lugar, no voy dando saltitos. En segundo lugar, no me he puesto un tutú desde los doce años. Y en tercer lugar..., ¡sé lo que me hago! Mis padres tienen un taller mecánico y en el pueblo de dónde vengo hay un circuito que se utiliza muy a menudo para carreras de motos. Es nuestra especialidad.

—¿Quieres decir que eres mecánica? —Minwoo alzó una ceja con

escepticismo.

—No, claro que no. —Soltó una carcajada—. De eso se encargan mis padres y mi hermano mayor. Yo les hacía el papeleo. Mi madre quería que estudiara contabilidad y cogiera las riendas de la empresa. Esperaban que al final desistiese de mi empeño de ser bailarina.

—¿Por eso viniste a Corea? ¿Para cumplir tu sueño y escapar del negocio familiar?

Paula suspiró.

—Algo así...

No pudo evitar desviar la mirada hacia Cris, que parecía esforzarse en no devolvérsela. Se sintió agradecida de que aún no le hubiera contado nada a Minwoo. La idea de que él se enterase de cómo había llegado al país, corriendo tras los pasos de Jay, le incomodaba.

—En fin —prosiguió para cambiar de tema—, el caso es que mis padres me enseñaron un par de cosas.

—Está bien —claudicó Minwoo—. Supongo que me fiaré de tus referencias.

Entró en el local y apareció unos minutos después, cargando con una caja de herramientas que Paula examinó con curiosidad.

—¿De verdad estás tan bien preparado para cualquier imprevisto y aun así llevas tu moto al taller por esta chorrada?

—Lo cierto es que no se me da muy bien —contestó él, un poco avergonzado.

—Entonces es tu día de suerte. ¿Podrías dejarme alguno de tus delantales viejos? Agradecería bastante no ponerme perdida de grasa...

Paula se subió las mangas del jersey hasta los codos y se anudó el delantal rojo que le tendía. Después, destornillador en mano, se dispuso a desmontar los laterales y el sillín.

—Creo que voy a terminar de recoger —dijo Cris tras explotar una pompa de chicle—. Paso de ser testigo de la carnicería.

Paula puso los ojos en blanco, pero no dijo nada, concentrándose en lo que tenía entre manos. Minwoo se dedicó a pasarle lo que ella le iba pidiendo, como si estuvieran en una sala de operaciones. Desmontó el carburador y lo limpió con un producto que Minwoo guardaba entre sus herramientas, insistiendo en los chiclés y los distintos respiraderos.

—Lo más importante es recordar dónde va cada cosa —comentó mientras recolocaba las piezas en su sitio—. Si lo necesitas, puedes hacer fotos con el móvil antes de desmontarlas... De acuerdo —añadió con un gesto de esfuerzo, terminando de atornillar el asiento una vez más—, ya está. Ahora sólo tienes que probarla y darme tu veredicto.

Minwoo tragó saliva, como si todavía estuviera poco convencido, y se puso el casco. Empujó la moto hasta la calle por la que se accedía al patio interior, se subió en ella y arrancó. Paula escuchó el ruido perderse entre el tráfico de Seúl y, apenas unos minutos después, Minwoo volvió a estar frente a ella.

—¿Y bien?

—¡Genial! —exclamó, quitándose el casco con una sonrisa satisfecha—. Parece como nueva. ¡Es una pasada, Paula!

—En realidad, sólo es una cuestión de limpieza.

—¿Qué me dirías si te pidiera que te cases conmigo?

—Te diría que hay maneras más fáciles de conseguir que te arreglen la moto —contestó ella sin poder evitar reírse.

Minwoo le devolvió la sonrisa y, aunque no añadió nada más, pareció quedarse pensativo mientras terminaban de recoger las cosas.

Cuando retornaron al interior de la cafetería, Cris estaba sentada en uno de los sofás tomándose un café.

—Al menos podrías haber tenido la decencia de prepararnos uno a nosotros también—comentó Minwoo. Se coló detrás del mostrador para sacar un botellín de agua de la nevera—. ¿Quieres tomar algo, Paula? Te lo has ganado.

—La verdad es que debería irme ya. Mañana tengo que estar muy pronto en el estudio.

—¿Necesitas que te acerque?

—Gracias, pero no hace falta. Me gusta mucho caminar por la ciudad a estas horas. Me ayuda a despejarme.

Minwoo asintió y, tras coger las llaves de la persiana, la acompañó hasta la puerta.

—¿Estás segura de que no quieres que te lleve? Mi moto funciona de maravilla, acaba de revisarla una experta en la materia...

—Segurísima —Paula sonrió—, no te preocupes. —Asomó la cabeza otra vez dentro de la cafetería—. ¡Hasta mañana, Cris!

—¡Adiós, Julieta!

—¿Julieta? ¿Qué quiere decir...?

—No le hagas caso. Creo que el exceso de cafeína le afecta a la cabeza. —Lanzó una mirada hostil hacia el interior. Después volvió a concentrarse en Paula y respiró hondo—. ¿Sabes? He conseguido unas entradas para ir al ballet en un par de semanas y he pensado que tal vez te gustaría acompañarme si tienes tiempo. Y si te apetece, claro, no es necesario que...

—Me encantaría —le interrumpió ella—. La verdad es que hace mucho que no voy al ballet.

—Perfecto —contestó él con una amplia sonrisa—. Entonces, ¿lo hablamos el próximo día que vengas por aquí?

—¿El próximo día? Cris ha dicho antes que soy vuestra mejor clienta. ¡Hasta mañana!



PAULA

Paula se sobresaltó tanto cuando Cath apagó el aparato de música sin previo aviso que estuvo a punto de perder el equilibrio y derribar a Dima, el chico ruso con el que estaba bailando. Llevaban casi todo el día montando una coreografía para el videoclip de un dúo musical en el que iban a aparecer. Aunque tenían dominados los pasos de baile y los tiempos, Cath no parecía contenta con lo que transmitían.

—¡No, no, no! —exclamó, y se golpeó la frente—. Es como si estuviera viendo bailar a figuritas de una caja de música. La técnica es perfecta, pero el resultado es rígido y falto de emoción. La gente se aburrirá. Tenéis que recordar de qué va esta historia: no podéis seguir juntos, pero es como si fuerais imanes que se atraen irremediabilmente. ¿Nunca os habéis sentido así con nadie? ¡Pensad en ello!

En la imaginación de Paula empezaron a aflorar recuerdos de cierto concierto. De besos inesperados en mitad de un número, bajo el calor de los focos, y el ruido casi distante del público. De su cuerpo moviéndose sobre otro en una habitación de hotel, con las luces nocturnas de Barcelona colándose por las ventanas. Sin embargo, volvió a encerrarlos en lo más profundo de su mente. No estaba dispuesta a abatirse de nuevo cuando ya se encontraba tan cerca de conseguir ignorar todo el asunto.

—Está bien —concluyó Cath con un suspiro de frustración—, vamos a

dejarlo por hoy. Descansad y reflexionad sobre lo que os he dicho. Espero que mañana estéis más inspirados.

Paula se dio una ducha rápida en los vestuarios, que al ser tan tarde estaban prácticamente desiertos. De forma inconsciente, mientras se enjabonaba el pelo, empezó a tararear una canción. Nunca había tenido una buena voz, pero, a pesar de todo, tenía la costumbre de cantar en la ducha. No fue hasta un rato después, al intentar secarse el pelo con uno de los horribles secadores de YenNork, cuando se dio cuenta de que la canción que estaba cantando era de R*E*X. La que sonaba cuando Jay la había besado en medio del concierto mientras se apagaban las luces momentáneamente, lo que hizo ese gesto casi imperceptible para el público.

—¡Deja de pensar estupideces! —se recriminó en voz alta, esforzándose en ahuyentar la melodía al tiempo que apuntaba con la boca del secador a su imagen reflejada en el espejo.

Intentó distraerse repasando el vocabulario que Minwoo les había enseñado a Cris y a ella en el sótano del Stardust, y se volvió a enfundar en la ropa. El frío de finales de enero invadía las calles de Seúl, y el abrigo de doble forro que acababa de comprarse se había convertido en su mejor aliado.

Cuando salió al pasillo, casi todo el edificio estaba ya a oscuras. Pero en lo alto de las escaleras, donde se situaba el despacho de Leo, las luces permanecían encendidas. Al pie de esas mismas escaleras distinguió tres figuras recortadas a contraluz que charlaban animadamente en coreano. La voz aguda y risueña pertenecía, sin duda, a Cath, y una de las voces masculinas era la del propio Leo. Paula no lograba identificar la tercera, que le resultaba bastante familiar. Segura de que podrían estar tratando asuntos de negocios que no deseaba interrumpir, procuró hacer el menor ruido posible al pasar delante de ellos. Aun así, antes de que hubiera alcanzado la puerta, Leo se dirigió a ella:

—¡Paula! ¡Espera! Ven a saludar.

Ante esas palabras, el visitante se giró hacia ella y Paula descubrió con horror que la persona que estaba con ellos era nada menos que Alex. Por un momento se quedó en blanco, incapaz de adivinar qué narices hacía el líder de R*E*X allí. Últimamente se había esforzado tanto en bloquear en su mente todo lo relacionado con ellos que casi se le había olvidado que había conseguido ese puesto en YenNork gracias a su intervención.

—Hola —susurró Paula, intentando que su voz no reflejara las ganas que sentía de salir corriendo.

—Bueno, Alex, ha sido un placer —dijo Cath mientras agarraba a su hermano del brazo—, pero Leo y yo tenemos que discutir un par de cosas sobre mi último proyecto. ¿Verdad, Leo?

A juzgar por la cara de Leo, no había ningún proyecto que discutir. Aun así, se dejó arrastrar escaleras arriba por su hermana, quien antes de perderse en la oscuridad guiñó un ojo a su bailarina. Hubo algo en la expresión divertida de Cath que hizo que Paula resolviera explicarle, en cuanto tuviera una oportunidad, que no existía absolutamente nada entre ella y Alex.

—Hola —contestó entonces él con una sonrisa tentativa—. ¿Cómo estás, Paula? He venido a pedirle a Leo que me eche una mano con mi solo para nuestra próxima gira, pero también tenía la esperanza de encontrarte para hablar contigo. —Pasándose una mano distraída por la nuca, apartó la vista de ella—. Verás, me siento un poco mal por lo que pasó en la fiesta de Insomnia...

No. Paula no estaba dispuesta a hablar de aquello. Se había esforzado demasiado en no pensar en la humillación que había experimentado como para que alguien fuese a derribar de golpe todas sus barreras de un soplido.

—Alex, lo siento muchísimo —lo interrumpió, alzando la voz más de lo que pretendía—, no es un buen momento. Lo cierto es que me están esperando

y ya llegó tarde.

Mintió descaradamente y, sin darle tiempo a responder ni preocuparse por si estaba siendo una maleducada, se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida a zancadas. Cuando abrió la puerta a toda velocidad, chocó con una chica más o menos de su edad que estaba esperando al otro lado. Llevaba en la mano la cámara fotográfica más grande que había visto y, por un momento, no pudo evitar pensar que la actitud de la joven era un poco rara, casi amenazante. Examinó a Paula de arriba abajo, con tanta intensidad que le incomodó. Acobardada y temiendo que Alex decidiera seguirla, aceleró el paso.

Cuando había recorrido una distancia prudente, Paula echó a correr, convencida de que la mayor parte de lo que había hecho desde que pisó por primera vez suelo coreano había constituido en huir de R*E*X.



CRIS

Duodécima anotación en el cuaderno verde:

¿Recordáis la noche antes de Navidad en que Minah me prestó un recorte de periódico con una imagen borrosa que, según pensaba, pertenecía al famoso quinto miembro de R*E*X, supuestamente fallecido poco antes del debut?

Pues bien, poco tiempo después, tumbada en la cama, una idea empezó a germinar en mí. Había algo en esa silueta oscura que me resultaba familiar, algo que ya había visto antes. Los días posteriores sentí un extraño desasosiego, como si estuviera pasando por alto un detalle fundamental.

Así que, tras insistir durante días para desentrañar qué había de cierto en la leyenda del quinto miembro, llegué a la conclusión irrefutable de que, si bien el quinto miembro efectivamente existió, nunca llegó a morir de forma prematura.

Os preguntaréis cómo puedo estar tan segura de ello. Cómo yo, una simple extranjera sin conocimientos del idioma o las costumbres coreanas y casi recién llegada a la ciudad, pude descifrar la verdad tras la leyenda en la que miles de *crowns* llevan años indagando. Pues bien, me encantaría poder deciros que se debió a mis innatas capacidades de deducción, que me llevaron a unir una serie de pistas hasta descubrir el gran y aterrador secreto.

Pero la realidad es mucho más aburrida y, a su vez, mil veces más

sorprendente. La realidad es que el propio quinto miembro me lo confesó todo.

Quizá, llegados a este momento, alguien que esté leyendo este diario ya haya sido capaz de intuirlo por sí mismo. Si no es así, no os preocupéis: estáis a punto de averiguar el gran misterio.

Aquella mañana, la cafetería estaba bastante tranquila. Unos pocos clientes apuraban sus tazas de café en los sillones de mimbre y probaban la nueva tarta de zanahoria, obra de unos pasteleros que Minwoo acababa de descubrir. Yo también iba ya por mi segundo trozo de tarta cuando él se quejó de que no estaba dejando nada para los clientes.

—Puedo pasarme luego a recoger un par más —le indiqué, con la boca llena de crema de queso—. De todos modos, tengo que ir cerca de su obrador. El otro día me fijé en que justo al lado hay una reprografía, o al menos eso parecía por el escaparate. No entendí muy bien el letrero...

—¿Necesitas imprimir algo? —preguntó mi amigo mientras servía un café americano a una joven—. Si no te importa demasiado la calidad, puedes usar el ordenador de la trastienda.

—El caso es que sí me importa la calidad —le expliqué, algo reticente a confesarle mis intenciones. Pero no me quedaba otra opción, ya que él iba a tener que escribirme en coreano las instrucciones para el dependiente de la tienda por si no comprendía el inglés—. Tengo una fotografía vieja de periódico que quiero ampliar.

Minwoo me observó suspicaz.

—Espera, ¿no será otra vez esa historia?

—¡Ya lo sé! Sé lo que piensas de toda la tontería de R*E*X...

—Cris, mi hermana está obsesionada con ese tema. Está obsesionada con cuatro personas a las que no conoce de nada. Toda su vida gira en torno a ese

grupo, y fantasear de esa manera con el tema del suicidio, como si fuera algo romántico, es peligroso. No tiene sentido. Y ahora tú le sigues la corriente...

—Puede que parezca una tontería —protesté—, pero algo me dice que hay parte de verdad en todo esto. Creo que el quinto miembro sí que existió. —Saqué la foto de mi bolsillo del delantal y la puse sobre el mostrador—. Me gustaría darte una explicación racional sobre por qué pienso que se trata de la persona que aparece en esta imagen, pero no puedo.

Al otro lado de la caja, un par de adolescentes nos observaban entre alarmadas y divertidas. Debíamos de ofrecer un espectáculo curioso, los dos camareros discutiendo en inglés sin prestar atención a los clientes.

—Voy yo —le indiqué, algo cansada.

Las chicas llevaban bajo sus abrigos camisetas con coronas doradas. Eran fans de R*E*X, como tantas otras que pasaban por el café, tan próximo al edificio principal de WIMTS y a su centro de entrenamiento. Me pregunté, mientras les preparaba sus batidos, si habían podido entender algo de lo que hablábamos.

Tras atenderlas, regresé y me topé con mi amigo apoyado en el mostrador, observando la fotografía que yo había dejado allí, pero sin atreverse a cogerla.

—Es el funeral de Insomnia. Él era la principal estrella de WIMTS, anterior al debut de R*E*X —comentó con un hilo de voz—. Cuando falleció, los miembros de su equipo que trabajaron con él más de cerca rompieron toda relación con la empresa y entregaron el cuerpo a la poca familia que le quedaba, para que lo enterrara en privado. La compañía se tuvo que contentar con hacerle este homenaje. Acudió toda la prensa. La verdad es que no puedes imaginarte el revuelo que se montó...

—No lo sabía —contesté, sorprendida por el cambio de tono de Minwoo y sus repentinos conocimientos sobre un asunto que, en teoría, nunca le había

interesado.

—¿Has escuchado alguna vez algo de Insomnia? —me preguntó.

—Minah dice que fue una leyenda...

Minwoo sonrió con tristeza.

—No era ninguna leyenda. Las leyendas no sangran cuando les disparan, ni tampoco mueren. Él hizo las dos cosas. —Dio una palmada de frustración en el mostrador que hizo que el recorte se levantara unos centímetros en el aire —. ¿Te das cuenta de por qué no me gusta ese mundo? No debemos idealizar situaciones así. No sólo Insomnia murió ese día, también lo hizo uno de los miembros de su equipo al intentar protegerlo, pero nadie habla de él. WIMTS se encargó de que la muerte de un hombre corriente no eclipsase la leyenda de su gran estrella. En lugar de sentir pena y rabia por aquel hecho, lo idealizaron e incluso se inventaron una nueva tragedia relacionada con R*E*X, como si se tratase de otro capítulo de una novela fantástica que han de alimentar...

—¿Cómo estás tan seguro de que el suicidio del quinto miembro es una invención? —pregunté, aunque en ese momento ya empezaba a sospechar la respuesta.

Minwoo me agarró por los hombros, con una intensidad que nunca le había visto, y me obligó a mirarle directamente a los ojos.

—Porque yo fui el quinto miembro, Cris. Y créeme, jamás me lancé por la azotea de ningún edificio. Lo único que hice fue largarme de allí antes de que fuera demasiado tarde.



PAULA

—¡Perdón! —exclamó Paula en su coreano terrible tras chocarse con alguien por enésima vez.

Siempre le había gustado la nieve; no obstante, cuando la mayor nevada en décadas colapsa la ciudad donde vives y aun así tienes la obligación de ir a trabajar, la nieve puede convertirse en tu peor pesadilla.

No tenía ningún calzado adecuado y las deportivas hacían que resbalase con cada paso que daba. Para complicar todavía más la situación, se había levantado un viento gélido que arremolinaba los copos frente a sus ojos, lo que impedía que viera con claridad poco más allá de sus propias narices. Por eso percibió que alguien estaba discutiendo a la entrada de YenNork mucho antes de identificar a los protagonistas de la escena.

Quizás en otro momento hubiera esperado a una distancia prudencial a que los ánimos se calmasen, en lugar de irrumpir ahí en medio para abrirse paso hasta la puerta, pero la idea de quedarse en la calle le horrorizaba. Tomó aire y acortó los metros hasta la entrada del local, impaciente por estar a cubierto de una vez por todas.

—Si me disculpáis... —comentó, alzando la voz sobre las otras furibundas, que se dedicaban el tipo de vocabulario en coreano que Minwoo era demasiado bueno para enseñarle.

Los dos se giraron al unísono hacia ella y guardaron silencio. Si Paula ya

se había sentido incómoda al interrumpir semejante pelea, todavía se sintió peor cuando se dio cuenta de quiénes eran. Por un lado, allí estaba la chica extraña de la cámara de fotos con la que había chocado unos días atrás en ese mismo lugar. Por el otro, de nuevo Alex, que parecía no haber tenido suficiente con su última visita a YenNork. Él sostuvo su mirada de sorpresa durante unos segundos, pero después, sin mediar palabra, volvió a girarse hacia su acompañante como si Paula fuera una perfecta desconocida. Ella aprovechó la oportunidad para escabullirse hacia la puerta. Conforme se alejaba, no pudo evitar volverse hacia ellos con la extraña sensación de que algo iba muy mal. No tanto porque ella pareciera furiosa, con el rostro rojo de ira, sino porque Alex, que siempre mostraba el porte tranquilo y distante de un semidiós entre meros mortales, parecía acobardado frente a la joven, casi como si quisiera encoger y desaparecer.

—¿Qué coño estás mirando? —espetó la chica en inglés, pero con un acento coreano muy marcado.

Paula no se lo pensó una segunda vez y entró en YenNork.

—Supongo que la coreografía ya os la sabéis de memoria —comentó Cath, sentada en el banco de madera del estudio donde habían estado practicando las últimas semanas—, así que vamos directos al grano. Espero que hoy estéis más inspirados.

Dima y Paula asintieron y se pusieron manos a la obra. Como su jefa les había indicado en su anterior ensayo, la canción hablaba de un amor incontenible pero imposible, y la secuencia que había diseñado Cath reflejaba eso precisamente. Aunque tenía movimientos muy técnicos extraídos del ballet clásico, podía encuadrarse dentro de la danza contemporánea, por lo que los pasos eran menos precisos y su encanto radicaba en su amplitud y languidez. Era una coreografía que había enamorado a Paula desde el primer momento,

pero ahora se sentía incapaz de centrar su atención en lo que estaba haciendo.

—Concéntrate, Paula —tronó Cath por encima de la música, cuando estuvo a punto de perder el equilibrio al tocar el suelo después de una elevación en la que Dima hacía que girase en el aire.

Se repitió a sí misma que tenía que dejar de pensar en el líder de R*E*X. Después de todo, ya era mayorcito y sabía cuidar de sí mismo. No obstante, no se le iba de la cabeza la imagen de ese Alex que parecía totalmente perdido. A fin de cuentas, incluso aunque sólo hubiese actuado por pena hacia ella, jamás habría conseguido aquel trabajo si él no hubiese intercedido en su favor. Sin embargo, cuando le tenía enfrente, no podía evitar pensar en la dichosa fiesta de Insomnia y lo humillada que se había sentido delante de él. Quería olvidarse de su existencia, de R*E*X y de Jay. Quería olvidar todas esas noches tumbada en su habitación de Chestre, escuchando su música y soñando con llegar a conocerlos algún día.

—Venga, ¡ponedle más emoción!

La voz de Cath le llegó casi como un eco lejano que pretendía devolver su mente al presente, pero ya era demasiado tarde.

Aquella noche, mientras el ascensor del lujoso hotel donde se alojaba R*E*X la subía a la última planta, Paula apenas podía controlar sus nervios. Después del encontronazo en los lavabos, Jay apenas le había vuelto a dirigir la palabra fuera de lo estrictamente profesional. Aunque ella ya había imaginado algo así, en el fondo seguía manteniendo cierta esperanza de que su cuento de hadas se cumpliera por fin. Podía notar en cada coreografía que practicaban cómo la tensión entre ambos no había desaparecido. Al contrario, iba aumentando conforme se acercaba el día del concierto. Fue durante una de las actuaciones en medio del espectáculo, en la que ambos terminaban pegados el uno al otro, cuando Jay la volvió a besar. Había sido un beso rápido, en la

penumbra, que el público no había podido distinguir de la pose final, pero el corazón de Paula explotó con la emoción contenida. En cuanto abandonaron el escenario, él le pidió que fuera a visitarlo al hotel tan pronto como hubiesen acabado. Paula fue consciente de que estaba cavando su propia tumba una vez más, enganchándose de esa manera a alguien que no había demostrado interés romántico por ella más allá de la mera atracción física, pero se sintió tan intoxicada después del beso que no podía importarle menos cuáles fueran las verdaderas intenciones de Jay. Saber que iba a tenerle cerca una vez más era suficiente.

Como en la recepción del hotel habían avisado a Jay de su llegada, él la recibió apoyado en el marco de la puerta de su habitación, vestido sólo con los pantalones negros de un pijama. Después de dejarla pasar y cerrar tras de sí, le sujetó la cintura, rodeándola con los brazos y levantándola un poco en el aire, y le dio un beso tan suave y diferente al de la primera vez que su corazón palpitó con más fuerza por la sorpresa.

—No estés nerviosa —dijo él con una carcajada, y la llevó de la mano hacia la cama—. El concierto ya ha terminado. Has cumplido con tu sagrado deber con el omnipotente WIMTS y ahora podemos celebrarlo.

Paula se rio también, calmándose, y le devolvió el beso mientras él, con manos experimentadas, le abría la cremallera del vestido. Entre cada caricia, la ropa que los separaba fue desapareciendo poco a poco. Jay se sentó y la atrajo hacia sí con una mano firme en su espalda. Paula se colocó sobre él, gimiendo al volver a sentirle dentro de ella.

—Paula... —susurró él, enterrando la cara en su cuello—. Despacio. Hoy no tenemos ninguna prisa.

Aquella noche fue completamente distinta de la primera. Sin urgencia, sin el instinto casi animal que les había invadido en la sala de ensayos unos días atrás. Hicieron el amor como si llevaran juntos mucho tiempo.

Después, mientras los dos yacían en silencio sobre las sábanas, Paula se dio cuenta de que Jay se había quedado dormido. No sin cierta lástima, pues sabía que aquella iba a ser la última noche de R*E*X en España, pensó que ya no pintaba nada en su habitación. Sin embargo, cuando se movió para levantarse, él la sujetó suavemente del brazo.

—Quédate —le pidió con la voz somnolienta—. No me dejes solo.

Ella se tumbó de nuevo en la cama y Jay se acurrucó contra su cuerpo, apoyando la cabeza en su pecho. Al cabo de unos segundos, se había quedado dormido una vez más. En la penumbra de la estancia, Paula se sorprendió al descubrir que, a pesar de su imagen habitual, Jay dormido parecía sólo un niño extremadamente cansado. Aquel fue el momento exacto en que supo que estaba perdida.

A la mañana siguiente se había despertado sola en una cama que por la noche no le había parecido ni la mitad de grande. R*E*X se había marchado de España y, con ellos, Jay. Por un momento, creyó que iba a echarse a llorar, pero entonces descubrió una tarjeta posada sobre la almohada, escrita a mano. «Espero que seas feliz. Ha sido maravilloso conocerte». En el reverso de la tarjeta figuraba la dirección de WIMTS en Seúl.

Y fue así como, en menos de un minuto, Paula decidió que iba a cruzar medio mundo por él.

—¡Increíble! —exclamó Cath, despertándola de su ensoñación—. No sé en qué estabais pensando, pero eso es justo lo que necesitamos. ¡Pasión! Felicidades, chicos.

«Maldito Jay», pensó Paula, y rio con amargura.



JAY

Jay miraba estupefacto frente a él. Aquella mañana había acompañado a Hyunsoo hasta el invernadero de estilo francés de una lujosa mansión a las afueras de Seúl, donde estaba previsto que su compañero realizase una sesión de fotos para la portada del número de febrero de la revista *High Cut*.

La idea era recrear uno de los reportajes más míticos de *Insomnia*, fotografiado allí mismo hacía unos siete años. El personal había logrado replicar con exactitud el escenario. Era como si el tiempo no hubiese pasado y el propio *Insomnia* y su equipo fueran a aparecer de un momento a otro. El corazón de Jay se paró por un segundo al ver a Hyunsoo: los maquilladores habían imitado el estilismo de la sesión de fotos original y el parecido con su predecesor era asombroso.

Intentó reprimir el nudo de preocupación que le atenazaba el estómago al presenciar las similitudes entre el malogrado *Insomnia* y su mejor amigo.

No pudieron hablar hasta el descanso que se tomaron en una sala de la mansión preparada para disponer el almuerzo. Hyunsoo se le acercó mientras Jay escogía un par de sándwiches y estudiaba la mesa de las infusiones para elegir un té. La madre de Hyunsoo también estaba allí, sentada junto a la ventana con una pareja de aspecto extranjero que, por lo que Jay sabía, eran los dueños de la casa.

—Gracias por venir conmigo. No sé si hubiera soportado hacer esto sin un

poco de apoyo moral...

Jay sonrió, aunque la presencia de su amigo, todavía caracterizado como Insomnia, le intimidaba. Por un instante, su mente voló al recuerdo del medallón que les había acompañado desde su debut y que hacía meses que no colgaba de su cuello.

—¿Y qué tal va la cosa por ahora?

—No tan mal como pensaba...

Con una sonrisa resignada, Hyunsoo escogió una manzana del frutero y le dio un mordisco. En ese momento, la madre de este se acercó hacia ambos, espectacular en un traje de chaqueta hecho a medida y con sus elegantes zapatos de tacón. La señora Song sonrió a Jay con familiaridad.

—Parece que la sesión está siendo un éxito, hijo —murmuró con su habitual voz melosa pero firme.

Jay saludó a la mujer con una ligera inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, señora Song.

—¿Cuántas veces tengo que recordarte que puedes tutearme? —le dijo, guiñándole un ojo.

Aunque esa familiaridad no era nada propia de la sociedad coreana, la madre de Hyunsoo siempre había insistido en que los amigos de su hijo la trataran como a alguien de su misma edad. En algunas ocasiones, incluso había llegado a flirtear abiertamente con ellos. Jay siempre había supuesto que comportarse así la hacía sentirse más joven.

—¿Quieres volver a Seúl con Hyunsoo y conmigo? Cenaremos en casa. No pueden quedar más que un par de horas de sesión.

Jay se encogió de hombros. Cualquier cosa que evitase aguantar el tráfico en un coche de la compañía junto a Taehyun parecía buena idea.

—¡Genial! —bromeó Hyunsoo—. Podemos quedarnos a dormir allí, hacer como en los viejos tiempos y encerrarnos en mi vieja habitación a jugar a

videojuegos.

Song Boram puso los ojos en blanco y se alejó de ellos murmurando algo que sonaba a que eran un caso perdido.

Regresaron a la ciudad a bordo del elegante Maybach que Hyunsoo le había comprado a su madre. Mientras su amigo conducía y la señora Song hablaba por teléfono, Jay se limitó a mirar por la ventana, contemplando desde el asiento del copiloto cómo las lujosas casas de las elegantes urbanizaciones de la periferia de Seúl daban paso a las pequeñas y más humildes construcciones de los barrios que rodeaban el centro. Jay adoraba la ciudad. Incluso después de haber viajado por todo el mundo, seguía admirando los rascacielos interminables de Seúl, rodeados de las pintorescas callejuelas empedradas donde aún sobrevivían las construcciones tradicionales.

Suspiró con cierta nostalgia. Hacía años que no se permitía perderse por esas callejuelas repletas de puestos y pequeños restaurantes. Antes, durante sus primeros años en la capital, cuando R*E*X aún no había debutado y él todavía era un aprendiz, solía dedicar sus horas libres a recorrer esas zonas, lejos del ajetreo de WIMTS y de la Isla. De hecho, había sido en uno de esos escondites, un pequeño y algo desangelado restaurante familiar donde acostumbraba a comer un *jjigae* extremadamente picante que le recordaba al que preparaba su madre, donde había recibido una de las noticias más impactantes de su vida.

—¿En qué piensas? —preguntó Hyunsoo, observándole de refilón mientras se incorporaba con el coche a una de las vías de tráfico que atravesaban la ciudad.

Jay lo miró inseguro; quizá no fuera el mejor momento para sacar el tema.

—Si te soy sincero, estaba pensando en la tarde en que murió Insomnia.

Por un segundo, Hyunsoo retiró la mirada de la carretera para escrutar su

rostro, pero no dijo nada.

—Murió él y nació el mito —intervino detrás de ellos la señora Song, que ya había colgado el teléfono—. A veces pienso que fue lo mejor que le pudo haber pasado a su carrera.

—Genial, mamá, lo tendremos en cuenta para el futuro —contestó Hyunsoo con voz airada—. Apunta, Jae: la próxima vez que queramos aumentar las ventas de nuestros discos, nada mejor que dejar que nos maten en una rueda de prensa.

—Sabes que no es eso lo que quería decir —repuso su madre con voz dura—. Pero dudo que hubiese acabado siendo la leyenda que es ahora de no ser por lo que ocurrió.

—En eso quizá tengas razón. A WIMTS se le da de lujo crear leyendas —dijo Hyunsoo. Jay notó que tenía los nudillos blancos de apretar con demasiada fuerza el volante—. Son únicos en sacar partido a situaciones desgraciadas.

—No digas tonterías ni hables de esa manera de la empresa que nos da de comer y nos paga las facturas —le reprendió su madre.

—Y no son facturas baratas precisamente... —susurró Hyunsoo en voz baja, de modo que sólo le oyó Jay.

Durante el resto del trayecto, ninguno de los tres dijo gran cosa, pero una idea residual quedó latente en la mente de Jay: Hyunsoo tenía razón con respecto a su empresa. Habían hablado cientos de veces sobre cómo WIMTS no tenía igual al reinventarse y obtener beneficio de una situación. La trágica muerte de su gran estrella sólo sirvió para crear un halo de misterio e interés mediático en torno a la figura de Insomnia, que había convertido a la compañía en el gigante que era ahora.

Resignado, pensó que posiblemente también ellos eran lo que eran gracias a lo que ocurrió esa tarde.

Pocos días después de que, sentado en el suelo de aquel restaurante frente a un humeante bol de *jjigae*, a Jay le informaran del asesinato de Insomnia, la compañía había decidido adelantar el debut de R*E*X de forma precipitada. En pocos meses, todo el país había empezado a conocerlos y la ola se había vuelto imparable.

Llevaba mucho tiempo sin pensar en esa tarde. Aunque la muerte de su predecesor era un recuerdo siempre anidado en su mente, casi había olvidado dónde se encontraba él y lo que estaba haciendo cuando se enteró. Y, sobre todo, quién era la persona con la que había compartido el bol de *jjigae* esa tarde, la primera a la que un horrorizado Alex había llamado para darle la noticia.

También llevaba mucho tiempo sin pensar en aquel chico. Había sido su compañero en la academia y se había previsto que debutase con ellos como líder del grupo. Sin embargo, de la noche a la mañana, había desaparecido de sus vidas.

Choi Minwoo. El quinto miembro de R*E*X.

Como Hyunsoo había dicho, a WIMTS se le daba bien crear leyendas.



PAULA

Cath estaba tan contenta con el resultado de la coreografía, tras la apasionada interpretación por parte de Dima y Paula, que permitió que ambos se fueran a casa antes de lo habitual.

Tras darse una ducha, Paula se dispuso a marcharse con el pelo todavía húmedo y cubierto por la gruesa capucha de su abrigo. Sin embargo, cuando estaba a punto de alcanzar la salida, descubrió que no estaba sola. Sentado en las escaleras que daban acceso al despacho de Leo, Alex se agazapaba entre las sombras, estudiando con aprensión la puerta de YenNork. Paula siguió su mirada y atisbó una silueta que se recortaba contra el cristal opaco de la entrada. Recordó a la extraña chica con la que había visto a Alex discutir aquella mañana y se preguntó si no sería una de esas fans obsesionadas con R*E*X que el resto de *crowns* conocían como *sasaengs*. Alex enterró el rostro entre las manos con gesto cansado. En ese momento, Paula pensó que tenía que ser horrible tener a alguien siguiendo tus pasos todos los días de tu vida allá donde fueras.

—Sabes que hay una puerta trasera, ¿verdad? Sale a un callejón que casi siempre está desierto y que desemboca junto a una parada de taxis. Podrías pasar desapercibido...

—¿Qué más da? —murmuró él, y soltó una risita llena de amargura—. Siempre me acaba encontrando. Si no es hoy, será mañana, y si no, al día

siguiente o al otro. Ya no hay forma de escapar de esto...

Se encogió todavía más sobre sí mismo, rodeándose las rodillas con los brazos. Al verlo tan desesperado e indefenso, Paula sintió una punzada de remordimiento. Le había estado evitando por vergüenza, pero parecía haberse olvidado de que Alex no era Jay. Por el contrario, él había hecho todo lo posible para ayudarla. Tenía que devolverle el favor de algún modo.

—Alex...

Se acercó hasta él y se acuclilló, poniéndose a su altura. Con cierta inseguridad, alargó su mano hacia una de las del chico. Alex se tensó, pero no la apartó.

—¿Qué te ocurre? Eres el líder de R*E*X. Siempre he pensado en ti como en alguien casi omnipotente. Es sólo una persona y, la verdad, tampoco parece gran cosa. No puede hacerte mucho daño, ¿no?

—Tú no lo entiendes. No las conoces. Aunque ella es la peor de todas, no es la única. Tenemos muchísimas fans que nos dedican palabras bonitas y nos hacen regalos, así que, para destacar entre tanta gente, algunas llegan al otro extremo. Nos acosan, descubren nuestros secretos e intentan chantajearnos. En el peor de los casos, incluso nos agreden.

—¡Pero eso es una locura! —exclamó, indignada—. Además, tampoco tiene sentido. ¿En qué cabeza cabe hacerle algo así a alguien que en teoría te gusta tanto?

—Supongo que piensan que, mientras hagan nuestra vida miserable, no podremos dejar de pensar en ellas. Y créeme, en el fondo no se equivocan. Tengo pesadillas con esa chica casi todas las noches.

—¿Y nadie puede hacer nada? ¿Ni siquiera vuestra empresa?

—Digamos que es un tema delicado. Esa chica conoce cierta información sobre mí que podría destruirme. Si saliese a la luz, sería el final... El mío y el de R*E*X.

Paula lo observó preocupada, sin saber qué responder. ¿Qué podría ocultar que fuese tan grave? Alex continuó:

—A ojos de la WIMTS, esas chicas sólo son fans un poco intensas, nada más. No saben por lo que nos hacen pasar. Y, aunque lo hicieran, dudo que importase mucho. ¡Dios! —soltó con la voz quebrada, llevándose las manos a la cabeza en gesto de frustración—. Empiezo a hablar como Jay.

—¿Jay?

Alex volvió a levantar la vista hacia ella. Sus ojos relucían con un brillo extraño, a medio camino entre la furia y la tristeza.

—No importa. —Respiró hondo y trató de recuperar la compostura—. Simplemente estoy cansado, supongo.

Paula se obligó a esbozar una pequeña sonrisa. Tras unos segundos, se incorporó y tiró de Alex con suavidad, urgiéndole a ponerse en pie.

—¿Qué haces?

—Venga, levántate. Nos vamos. Y haz el favor de tapar tu maravillosa cara de superestrella, ¿quieres?

—No. ¿Qué?, espera. No puedo permitir esto. ¿Eres consciente de que si te ven conmigo pueden hacerte la vida imposible a ti también? Además... —Pareció dudar un instante—. ¿No te has planteado que acabarían atando cabos y descubriendo lo tuyo con Jay?

—No importa —contestó ella, obligándose a dejar de lado la sensación de amargura—. No soy famosa, no tengo una reputación que proteger. Además, no soy la damisela en apuros por la que, dado nuestros patéticos encuentros anteriores, probablemente me tomes. Sé defenderme y mi hermano me enseñó un par de truquillos.

A decir verdad, no se sentía ni la mitad de segura de lo que fingía, pero había decidido ayudarle y para ello debía empezar por tranquilizarle.

—¿Por qué haces esto? Yo he sido un auténtico capullo contigo. Supongo

que eres consciente de que esa noche, en la fiesta, yo sabía que podías escucharnos, ¿no?

—Estás más que dispuesto a sabotear cualquier intento de ayuda, ¿verdad? —se rio Paula. Se sentía mucho menos avergonzada al recordar ese momento ahora que por fin estaba dirigiéndose a Alex con franqueza—. Mira, Alex, tarde o temprano tenía que enterarme. ¿Qué más da cómo fuera? Además, hay algo que no sabes de mí todavía. —Esbozó una sonrisa mientras lo observaba. Era hora de confesar su pequeño secreto—. Yo también soy fan de R*E*X, ¡una auténtica *crown*! Os empecé a seguir tiempo antes de que se os ocurriese ir a España. Y no voy a permitir que una chiflada arruine la imagen que nuestro líder tiene de nosotras.

Alex soltó una risa nerviosa, algo sorprendido ante la repentina declaración de intenciones de Paula, y se levantó de las escaleras con gesto resuelto, asiendo su mano con más fuerza.

—Está bien, ¿y dónde se supone que vamos?

—A mi batcueva, por supuesto.



JAY

Cenaron bastante bien en casa de la madre de Hyunsoo. Por suerte, el ambiente tenso que había predominado en el coche se había relajado desde hacía rato. Tal vez el vino tinto que descorcharon ayudó a calmar los ánimos, aunque lo cierto es que, pese a las diferencias entre ellos, Jay pocas veces había visto a Hyunsoo demasiado tiempo enfadado con su madre de forma abierta.

Después de los postres, la Señora Song invitó a los dos jóvenes a unirse a ella y un par de amigos a tomar algo en un elegante *lounge* no muy lejos del edificio, pero Hyunsoo declinó la oferta antes de que Jay pudiese contestar.

—Bromeabas antes cuando decías que íbamos a jugar a videojuegos, ¿cierto? —rio Jay cuando Hyunsoo y él se quedaron solos en la casa.

Su amigo sonrió, algo cansado, y se dejó caer en el sofá con el mando a distancia.

—Creo que mejor busquemos algo en la tele. ¿Quieres una cerveza o más vino?

—Una cerveza está bien. Iré yo mismo, conozco el camino —dijo Jay, y Hyunsoo le hizo un gesto distraído con la mano mientras cambiaba los canales a la caza de algún programa interesante.

Jay fue a la cocina y escogió dos cervezas de importación de la nevera. Justo iba a marcharse cuando, pensándose un poco, cogió un par más. Conocía bien los gustos televisivos de su amigo y sabía que acabarían viendo

algún agotador *show* protagonizado por un grupo musical recién debutado, donde se esforzarían en demostrar que eran más atractivos, encantadores y talentosos que los propios R*E*X. Iba a necesitar mucho alcohol para sobrellevarlo.

De vuelta por el pasillo, cargado con la bebida, Jay se detuvo ante la vitrina de fotos familiares que decoraba un rincón. En la mayoría de ellas aparecía Hyunsoo en distintos momentos de su vida, desde que era un bebé de ojos enormes y un par de mofletes encantadores hasta el momento actual, pasando por diversas etapas de la infancia y la adolescencia en las que ya se intuía al joven increíblemente atractivo en el que se iba a convertir. En algunas fotos aparecía junto a su madre, joven y hermosa, o junto a otros familiares y amigos, pero fue una en concreto la que más llamó su atención. Una pequeña foto de poca calidad en la que unos veinte niños con uniforme de colegio posaban en las escaleras frente a la entrada de un centro educativo.

Localizó a Hyunsoo en la segunda fila. Sonreía abiertamente junto a una muchacha de mejillas redondeadas y dos trenzas. Jay la reconoció de inmediato y el corazón le dio un vuelco. Sojin.

Sólo había visto a la chica en una ocasión, muchos años después de esa fotografía, y el momento le había cambiado la vida para siempre.

La mañana en que Jay había amanecido en Hong Kong con una camarera repleta de tatuajes, los R*E*X tenían prevista una firma de discos y un encuentro con los fans. Todo transcurría sin incidentes, según el plan establecido. Jay había empezado a aburrirse y jugueteaba con el bolígrafo, distraído. La sala, que cuatro horas atrás había estado rebosante de fans con caras ilusionadas esperando una firma, había comenzado a vaciarse. Alex también parecía haber terminado hacía rato y se dedicaba a mirar la pantalla de su móvil, pendiente de los portales de noticias coreanos o las redes

sociales. Siempre que sacaban un nuevo disco, Alex se volvía paranoico con las respuestas del público, como si la vida le fuera en ello. Jay detestaba esa parte de él, que parecía haber empeorado en el último año.

A su izquierda, la fila de chicas que todavía esperaban conseguir un autógrafo de Hyunsoo y Young se mantenía considerablemente larga a pesar de la hora. Cuando se trataba de Asia, estaba claro que ellos dos eran los más populares. Hyunsoo por su delicada belleza y poderosa voz, y Young por su admirable físico, que parecía no encajar con la personalidad risueña que siempre mostraba con las fans. De hecho, a pesar de todas las horas que llevaban allí, el más pequeño de los R*E*X mostraba la misma sonrisa que al principio, incluso aunque de vez en cuando se le escapara un bostezo.

Fuera de Asia era Jay el que ganaba en el terreno de la popularidad. Quizá Hyunsoo parecía demasiado altivo para los gustos occidentales. En cuanto a Alex, él siempre había hecho todo lo posible por mantenerse en un segundo plano. Aunque, por algún motivo, sus fans eran las más... ¿apasionadas? No, intensas. Esa palabra encajaba mejor.

—¿Sojin?

Jay sintió un extraño escalofrío al oír la voz de Hyunsoo. Sojin. Había escuchado aquel nombre un millón de veces. Cuando miró a su amigo, supo que no era una simple casualidad. No se encontraba ante cualquiera de sus fans. Hyunsoo nunca se comportaba así en público, nunca sonreía de esa manera tan abierta y nunca se lo veía inquieto. Sin duda, esa chica era la Sojin de Hyunsoo. Jay se sintió algo sorprendido al verla. Siempre que a R*E*X le tocaba trabajar con chicas, solían emparejar a Hyunsoo con la más impresionante de todas. Incluso sus fans lo imaginaban enamorado de una mujer perfecta, por lo que algunas, antes de cualquier evento en el que fueran a estar frente a él, se gastaban el sueldo de un mes en un salón de belleza.

Sojin era más bien bajita y tenía algunos kilos por encima de lo que se

hubiese considerado ideal en los estándares del mundo del espectáculo coreano. Su tono de piel era más oscuro que el de la media del país y no se molestaba en ocultarlo bajo capas de maquillaje blanqueador, como les obligaban a hacer a ellos. Sin embargo, sus ojos eran grandes, negros y brillantes, e incluso cuando estaba seria parecía estar sonriendo. Era el tipo de mirada que consigue que las personas se sientan cómodas y felices.

—No esperaba encontrarte aquí en Hong Kong... ¿No se supone que ibas a estudiar enfermería en Busan?

Sojin se rio y lo miró con afecto.

—Ese era el plan inicial, pero la vida da muchas vueltas. Al final conseguí una beca y vine a especializarme aquí. La verdad es que no fue una mala idea... Me va bastante bien, soy la primera de la clase. Pero bueno, ¡eso no es nada comparado contigo!

Hyunsoo titubeó y Jay se dio cuenta de que se sentía avergonzado por estar allí sentado frente a sus fans, con el pelo arreglado a la última moda, el maquillaje y la ropa lujosa.

—En realidad, esto no es para tanto... —murmuró.

—¿Cómo que no? Siempre supe que llegarías a ser un artista reconocido en todo el mundo. He estado siguiéndoos todo este tiempo. —Sojin sacudió frente a Hyunsoo el carnet que la certificaba como una crown oficial—. Me siento muy orgullosa de lo que has alcanzado, Hyunsoo. Estoy muy feliz por ti...

El carraspeo de alguien la interrumpió. Sojin se giró hacia un chico que, ruborizado, tendía a Hyunsoo una copia del último disco de R*E*X. Jay, instintivamente, agarró con fuerza por debajo de la mesa la mano temblorosa de su compañero. Aquel chico llevaba la versión masculina de la misma sudadera que vestía Sojin, lo que le delataba como su pareja. Agradeció que ella tuviera la delicadeza de no mencionarlo, pero estaba seguro de que el anillo que ambos llevaban en la mano izquierda no había pasado

desapercibido a los agudos ojos de Hyunsoo.

—Este es Lin. —Al presentarlo, Sojin no pudo reprimir una sonrisa de devoción—. Tuve la suerte de toparme con el mayor *fanboy* de Hyunsoo en todo Hong Kong. En serio, te adora... ¡Me hizo cambiar un horario de prácticas sólo para venir aquí!

—¡Hola, Hyunsoo! Es un placer conocerte al fin. —El chico estaba muy emocionado, lo que no ayudaba a mejorar su nivel de coreano. En realidad, si Jay no hubiera estado tan preocupado por su amigo en ese momento, habría simpatizado con él al instante—. Soy un gran admirador y siempre apoyaré tu trabajo.

Lin buscó la mirada de aprobación de su prometida, que asintió complacida. Hyunsoo volvió a apretar la mano de Jay, antes de soltarla y tratar de recomponer el gesto para atenderle. Después de todo, eso era lo que les habían enseñado: los fans son lo primero. Firmó el disco con un amago de sonrisa e intercambió un par de palabras con él, hasta que en la cola empezaron a oírse protestas. Por una vez, Jay agradeció la impaciencia de las fans. Sojin dio varios tirones de la manga del jersey de su novio.

—Vamos, Lin. Creo que ya has abusado de él lo suficiente. —El aludido recogió su disco con una reverencia—. Me alegro de haberte visto, Hyunsoo. Cuídate mucho, ¿de acuerdo?

Hyunsoo asintió sin pronunciar palabra, más pálido de lo normal. Firmó un par de discos sin prestar atención a lo que estaba pasando, con la vista perdida entre la multitud. Cuando por fin pareció estar seguro de que Sojin había salido de la sala, se levantó de la silla y, bajo la mirada atónita del mánager, salió por la puerta trasera a toda velocidad. Como si tuviera un resorte en el cuerpo que le empujara a proteger a Hyunsoo, Jay le imitó. Antes de abandonar la sala, oyó las protestas de las fans y a Alex tratando de calmar la situación. Les iba a caer una buena por aquello, pero eso era lo que menos

le preocupaba en aquel momento.

La puerta de las escaleras de emergencia se encontraba entreabierta y Jay se deslizó por el hueco con cuidado. Arriba del todo, en el rincón más oscuro, distinguió la figura acurrucada de su amigo. Se acercó y se arrodilló frente a él.

—Hyunsoo...

—Ese tendría que ser yo... Tendría que ser yo... Hubiera sido yo si...

«Si WIMTS y tu madre no te hubieran obligado a dejarla», pensó Jay. Pero Hyunsoo, en lugar de terminar la frase, acortó la poca distancia que lo separaba de Jay y se dejó caer en sus brazos. Jay le sujetó con fuerza. Finalmente, Hyunsoo rompió a llorar sobre su hombro. Hyunsoo, que nunca perdía la compostura, que siempre estaba allí para calmar a Jay cuando este se dejaba llevar por sus emociones, había estallado por fin.

En aquel momento, Jay supo lo que su amigo necesitaba. Aquello que nunca había sido capaz de pedirle con palabras, pero que deseaba con todo su corazón desde hacía tiempo. Así que respiró hondo y se separó un poco de Hyunsoo, sujetándole los hombros para que lo mirase a los ojos.

—Tranquilízate... Nos vamos. Se acabó. Nos vamos de R*E*X.



CRIS

Decimotercera anotación en el cuaderno verde:

Aquella tarde, cuando Minwoo me confesó que él era la realidad que había detrás de la leyenda del quinto miembro, pedimos comida china a domicilio y decidimos quedarnos en la trastienda bebiendo cerveza. Ninguno sabíamos muy bien cómo comportarnos después de semejante bombazo. Minwoo había evitado estar a solas conmigo durante toda la jornada hasta que, cuando por fin cerramos el café, me sugirió que nos quedásemos allí a cenar en lugar de ir a casa. Aun así, el ambiente seguía siendo raro entre nosotros. Casi como si acabáramos de conocernos y estuviésemos en alguna embarazosa cita a ciegas.

Yo no sabía muy bien cómo sacar el tema de nuevo y era obvio que a los dos nos inquietaba lo mismo. Mil preguntas habían bullido por mi cabeza a lo largo del día mientras atendía a los clientes. ¿Cómo era posible que Minah no fuera consciente de que su hermano mayor había estado a punto de debutar con su grupo favorito? ¿Lo sabría la señora Choi? Bien pensado, era obvio que sí y que tanto ella como Minwoo habían decidido ocultarle esa información a su hermana, demasiado pequeña en aquella época como para darse cuenta.

Nunca he creído en cosas como el karma o el destino. En una ocasión, Minah me habló de una leyenda de origen chino muy extendida por Asia oriental; especialmente Japón y, en menor medida, también Corea. Según ella,

todos nacemos con un hilo rojo atado a nuestro dedo meñique que nos une a las personas con las que estamos destinados a caminar en esta vida, sin importar la distancia que nos separe o el tiempo que haya de pasar antes de conocernos. Ese hilo puede enredarse o estirarse, pero jamás romperse. Por supuesto, todo eso del hilo rojo del destino me pareció una chorrada y, por cariño a la hermana de Minwoo, me contuve para no echarme a reír ahí mismo. Pero os prometo que si en algún momento he creído en el destino fue aquella tarde de invierno en el Stardust de Minwoo.

En primer lugar, Paula conoció a Jay en Barcelona —considerando «conocer» en el sentido más amplio de la palabra—, poco antes de que, por su culpa, Harvey Nichols muriese ante mis narices... ¿Y ahora resulta que mi primer y casi único amigo en Corea es el jodido quinto miembro de R*E*X?

Mientras esperábamos a que llegase la comida, Minwoo eligió un DVD de su colección y lo introdujo en el viejo reproductor.

—¿Tienes estómago para *Tiburón 2*?

—Siempre —contesté.

Es el tipo de películas que más me gustan estos días: gente muriendo por culpa de tiburones asesinos. Nada de deficiencias cardíacas ni hospitales. Sólo tiburones.

Se sentó a mi lado mientras comenzaban los créditos iniciales. «Saca el tema —pensé—, saca ya el maldito tema».

—¿Y bien? —dijo él por fin, evitando mirarme a los ojos—. ¿Qué opinas? Ya sabes... De lo que hemos hablado antes.

No pude evitar sonreír para mis adentros. Ya era hora.

—No eres lo bastante guapo para ser un ídolo del K-pop, ¿por qué habría de creerte? —contesté sin despegar la vista del televisor, esforzándome para no reírme.

Minwoo se giró hacia mí como un resorte, aunque no parecía molesto.

—Como es obvio, ni tengo a mi disposición todos los días un equipo de estilistas y maquilladores ni me he hecho ningún retoque estético. De haber seguido allí, ahora ni me reconocerías.

Lo observé con detenimiento. Siempre he pensado que Minwoo es un chico majo, guapo a su manera, pero está lejos del aura de estrella que emanaba Jay en aquel Starbucks de Gloucester.

—Les operan el párpado para que los ojos parezcan más grandes —insistió al ver que no parecía convencerme, y se pellizcó los suyos para intentar mostrarme el efecto. Lejos de parecerse más a Jay, me recordó al protagonista de *La naranja mecánica*.

—¿Y se supone que cantas bien? Es decir —aclaré—, sé que cantas bien, te he escuchado con la guitarra y tienes talento, pero... ¿a nivel profesional? ¡Trabajas en una cafetería!

Esta vez Minwoo sí que pareció algo alicaído.

—Supongo que a lo largo de estos años he perdido facultades vocales. Después de todo, la voz hay que entrenarla... En eso los de WIMTS eran expertos. Sacaban todo tu potencial. Por eso me apunté a su programa de entrenamiento. Me hicieron una prueba cuando apenas era un adolescente. Imagínate lo que supuso empezar a vivir allí, con el resto de aprendices. La gran mayoría de los que estudiaron conmigo acabaron siendo descartados. Pero, aún no sé cómo, a mí me eligieron junto con tres chicos más para formar un grupo.

—Estás hablando de...

—Alex, Jay y Hyunsoo, por supuesto. Tiempo después se unió Young al proyecto, pero por aquel entonces ya tenía un pie fuera. Mi padre estaba enfermo y yo me di cuenta de que jamás encajaría en ese mundo. No era lo mío...

—No me lo puedo creer —insistí—. Sé que lo que me dices es cierto, pero

parece una locura. Tú allí, con ellos... ¡Pero si son como de otro universo!

El semblante de Minwoo se oscureció.

—Supongo que ahora sí lo son. Entonces eran sólo unos críos, igual que yo. Han pasado ya años y casi ni los reconozco cuando los veo en la televisión. No identifico ni sus gestos ni las cosas que dicen. No quiero ni imaginarme lo mucho que habrán cambiado.

—¿No has vuelto a hablar con ninguno de ellos desde entonces? — pregunté.

Mi amigo negó con la cabeza.

—Tú no conoces WIMTS, Cris. Incluso aunque ellos hubieran tenido interés en seguir en contacto conmigo, cosa que dudo, jamás les hubieran permitido hacerlo...

En ese momento, oímos el sonido de la puerta metálica a medio bajar de la entrada, como si alguien la golpeará.

—Vamos, ha llegado nuestra comida.

Subí corriendo las escaleras tras él. No me había dado cuenta hasta ese momento del hambre que tenía. En el último escalón, mis piernas flaquearon y la vista se me nubló por unos segundos, igual que me había ocurrido aquel día en el Starbucks de Leadworth, justo antes de que me diese el primer ataque. Me llevé la mano al pecho en un gesto automático, como hago cada vez que siento que algo no funciona bien en mi cuerpo.

—¿Estás bien, Cris? —me preguntó, sujetándome del brazo y con aspecto de extrañeza.

Ante el contacto de Minwoo, recuperé la fuerza en las piernas. Parpadeé un par de veces y mi vista regresó también a la normalidad. Falsa alarma.

—Estoy bien, he perdido el equilibrio por un segundo.

Minwoo asintió, aunque me lanzó una última mirada de preocupación antes de soltarme.

—R*E*X perdió a un gran miembro —le dije cuando llegamos a la planta superior, y me sujeté en sus hombros mientras daba un salto y hacía ademán de subirme a su espalda sin demasiado éxito—. Tú eres mucho más divertido e interesante que esa panda de esnobs. Madre mía, ni siquiera me puedo creer que...

No terminé la frase. Al otro lado de la puerta del Stardust, donde esperábamos encontrar al repartidor de comida a domicilio, estaba Paula. No había venido sola. Sujetándole la mano, y con la vista clavada en Minwoo con aire de absoluta estupefacción, se hallaba Alex, el mismísimo líder de R*E*X.

Maldito hilo rojo del destino.

6.

*Las luces que
caen en torno a ti*



PAULA

Paula no estaba segura de qué era lo que le había llevado a considerar el Stardust el mejor lugar posible para esconder a Alex, pero, a esas alturas, ya confiaba en Minwoo y Cris más que en cualquier otra persona de Seúl, y ese lugar había sido su refugio personal incluso antes de empezar a entablar relación con ellos. Por un momento pensó que Alex sentiría la misma tranquilidad que ella en aquel sitio, más allá del mundo de WIMTS y YenNork.

Sin embargo, al advertir cómo a sus dos amigos les cambiaba por completo la expresión al descubrir a Alex junto a ella al otro lado de la puerta, temió haber cometido un error fatal.

Minwoo se había quedado lívido, paralizado en medio del local y escrutando al recién llegado. Nada más verlo, Alex soltó la mano de Paula como si quemara.

—¿Por qué me has traído aquí? —inquirió con brusquedad.

—Es la cafetería de mi amigo —se excusó ella, confusa sobre por qué debía pedir disculpas—. En ella estarás a salvo. ¡Necesitamos entrar! —indicó a los dos aturridos camareros—. Creemos que nos están siguiendo desde YenNork.

Cris fue la primera en salir de su estupor. Tras echar un vistazo a Minwoo, que todavía parecía petrificado a su lado, corrió hacia la puerta acristalada y

la abrió. Paula no pudo evitar notar cómo le temblaban las manos al hacerlo.

—¿Quién os está siguiendo? —preguntó la chica mientras desbloqueaba la verja y les indicaba con un gesto que pasaran por debajo.

—Una acosadora —contestó Paula mientras se agachaba para pasar al interior—. Lleva molestando a Alex unos cuantos días...

Eso pareció sacar por fin a Minwoo de su particular entropía. Dio un paso hacia delante.

—¿Cómo que una acosadora? ¿Estáis bien?

Tras un breve titubeo, Alex entró en el Stardust. Cris, todavía al lado de la puerta, retrocedió de forma involuntaria, como si la presencia de aquel chico emanase una luz demasiado brillante para sus ojos.

—Perdonad que hayamos venido —comenzó Alex con la mirada fija en Minwoo—. Paula me dijo que... No sabía que me estaba trayendo a tu cafetería.

Minwoo estudió al recién llegado durante unos instantes. A Paula le resultaba extraño verlos juntos: el primero aún con la camiseta roja con el símbolo del Stardust, mal afeitado y con el pelo revuelto a falta de un buen corte; Alex, imponente y serio, incluso con los sencillos pantalones y la cazadora que llevaba parecía salido del catálogo de una revista. Pese a sus diferencias, ellos eran las dos personas que más la habían ayudado, cada uno a su manera, desde que llegó a Seúl. Allí, el uno frente al otro, daban la impresión de ser dos caras opuestas de la misma moneda.

—No importa. Será mejor que os alejéis de la puerta —contestó Minwoo al fin—. Contadnos qué ha pasado.

Paula resumió lo ocurrido durante los últimos días en YenNork. Minwoo escuchaba muy serio, pasando la mirada de Alex a Paula de forma continua.

—Me asomaré a ver si sigue por la zona y, si es así, llamaré a la policía —les informó con aire resuelto mientras avanzaba hacia la salida.

Alex le sujetó del brazo cuando pasó junto a él.

—No puedes hacer eso...

Los ojos de Minwoo brillaban con rabia.

—Oh, créeme que puedo. Si WIMTS no es capaz de mantener controlada a esa gente...

—WIMTS no sabe nada sobre esta chica —le contestó Alex con voz tensa—, y ella sabe demasiadas cosas.

Minwoo palideció y le preguntó algo en coreano, una frase que Paula no acertó a comprender. En ese momento se dio cuenta de que, desde que habían entrado, el acento coreano de Minwoo, por lo general imperceptible al hablar en inglés, se había intensificado. Como si no dirigirse a Alex en su propio idioma natal le resultase poco natural.

Alex asintió con la cabeza a modo de respuesta y se alejó de él para sentarse en uno de los sillones de mimbre con gesto agotado.

Paula buscó la mirada de Cris, pero la camarera tenía la vista clavada en su amigo.

—Será mejor que bajemos —le sugirió Cris a Minwoo—. Si sigue ahí fuera, nos verá a través de los cristales.

Este asintió y todos obedecieron en silencio mientras Minwoo se acercaba a la puerta de entrada para dejarla cerrada por completo.

El olor a granos de café y el calor de la estufa de la trastienda hizo que Paula recordara de nuevo por qué había decidido llevar a Alex hasta allí. No pudo evitar soltar un suspiro de alivio cuando se dejó caer en un sillón de cuero. Alex observó el lugar con curiosidad y, por primera vez desde que se lo había encontrado esa tarde, Paula percibió algo distinto al miedo y al nerviosismo en su expresión. Al parecer, también le gustaba el sitio.

—Estábamos bebiendo algo —les indicó Cris, todavía un poco intimidada por la presencia de Alex, y señaló un par de latas de cerveza y una botella de

soju que había sobre la mesita junto a los sillones—. ¿Quieres...? Eh... ¿Queréis tomar algo? Hay agua, más cerveza y algún refresco en la nevera.

En la vieja televisión detrás de ella, un tiburón de seis metros arrancaba el torso de un surfista incauto. Cris se apresuró a apagarla.

—Tranquila —respondió Alex mientras se acercaba al frigorífico—, yo mismo cogeré las bebidas.

Cris se sentó al lado de Paula sin despegar la vista de Alex, que se servía una botella de agua fría.

—Creía que no te interesaban los R*E*X —le susurró Paula en español, divertida.

Su amiga la miró como si acabase de materializarse a su lado.

—En serio, Paula —le contestó con tono alucinado—, creo que aún no sabes lo que acabas de hacer...

Antes de que la aludida pudiera preguntar a qué se refería, Minwoo irrumpió en la trastienda tiritando de frío. No parecía haberse puesto nada de abrigo encima para salir al exterior.

—Ya he asegurado la puerta y conectado la alarma —les comunicó mientras se calentaba las manos en la estufa—. De todos modos, no he visto a nadie por la zona... Tal vez se haya aburrido de esperar. Ha empezado a llover bastante fuerte y el agua está arrastrando toda la nieve de las aceras.

Alex asintió algo más relajado, aunque todavía serio. Se sentó al otro lado de Paula, ofreciéndole una cerveza.

—Según mi experiencia, a los chalados les da igual la lluvia —replicó Cris.

—¿Has tenido muchas experiencias de este tipo a lo largo de tu vida? —le preguntó Minwoo con una ceja levantada.

Paula se rio, posiblemente debido al nerviosismo del momento, y ya no pudo parar. Alex esbozó una ligera sonrisa que sorprendió a todos y, de forma

casi mágica, alivió la tensión acumulada entre los cuatro. Sin embargo, un golpe en la persiana metálica les hizo dar un bote en los asientos.

—¡Joder! —gritó Cris con la mano en el pecho—. Dime que es el repartidor de comida y no la tía pirada bajo la lluvia.

—¿Estáis esperando comida? —preguntó Alex con alivio.

Minwoo asintió mientras subía a comprobar quién era. Pocos minutos después, bajó con una sonrisa triunfal y algunos paquetes grasientos debajo del brazo.

Paula aplaudió.

—¿Es un poco atrevido por mi parte si doy por hecho que estamos invitados?

—Claro —indicó el chico, esbozando por fin su sonrisa habitual mientras repartía los distintos platos sobre la mesa—. Alex, detrás de ti hay unas servilletas de papel y en el primer cajón junto a la nevera hay palillos extra...

—Yo usaré mi querido tenedor —apuntó Cris mientras se dirigía a por dicho cubierto a otro de los armarios.

—Podéis volver a poner la película si os apetece —les dijo Alex cortésmente mientras colocaba las servilletas sobre la mesa—. Me gusta *Tiburón*.

—Cómo queráis —murmuró Minwoo con la boca llena de fideos negros, y volvió a encender el televisor.

Paula se arrodilló frente a la mesa y atacó sin miramientos un montón de carne de cerdo frita. No se había dado cuenta hasta ahora de lo hambrienta que estaba tras el entrenamiento. El grito de una bañista resonó en la trastienda, pero nadie le hizo caso.

Alex señaló lo que parecía un guiso con verduras y marisco.

—¿Sabéis si eso lleva...?

—¿Aceite de sésamo? —terminó Minwoo por él—. Es probable que sí.

Ten cuidado.

—Vale, gracias... —contestó Alex con un gesto complacido adornando su rostro mientras alejaba de sí el plato—. Soy alérgico al sésamo —aclaró ante la mirada de estupor de Paula.

—Vale —contestó ella muy despacio—. Pero ¿por qué lo sabe Minwoo? —le susurró a Cris, que evaluaba con seriedad el trozo de calamar que había pinchado en su tenedor.

La camarera esbozó una sonrisa torcida.

—Luego te lo explico.



JAY

Jay dio un largo trago a la taza humeante de té que Hyunsoo le había preparado, aliviado por el efecto calmante sobre sus resentidas cuerdas vocales.

Aunque todavía era muy pronto, esa tarde llevaban horas practicando encerrados en el estudio. WIMTS, en una de sus habituales decisiones unilaterales, les había comunicado que iban a lanzar un nuevo miniálbum en los próximos meses, por lo que ya habían empezado a trabajar con los temas que lo compondrían. A Jay todas las canciones que estaban preparando le parecían por debajo de sus posibilidades como cantantes y compositores, pese a que debía admitir que la calidad era más o menos pareja a la de la mayoría de sus trabajos anteriores. En el fondo, sabía que su reciente inconformismo se debía a que le perturbaba pensar que ese iba a conocerse como el último disco de R*E*X.

—Gracias —le dijo a su amigo mientras daba otro sorbo a su té—. Ya pensaba que me iba a estallar la garganta. Aunque supongo que a estas alturas tampoco importa mucho... —añadió con amargura. Una vez fuera de WIMTS, Jay estaba seguro de que la compañía boicotaría cualquier intento de que continuasen con sus carreras como cantantes.

—¡Jay! —le reprochó Hyunsoo, mirando a su alrededor algo nervioso para comprobar que nadie les escuchaba—. No digas eso ni en broma. Tienes que

cuidarte la voz. Precisamente ahora más que nunca.

—Sabes que sólo bromeaba. No pienso darles esa satisfacción...

—Claro que no —Hyunsoo le sonrió con algo de tristeza—, pero lo cierto es que, ya que hablamos de eso, preferiría tener la fiesta en paz hasta que demos el paso definitivo. Alex y tú tenéis que acabar con esta guerra fría.

Aunque no añadió nada más, Jay supo que Hyunsoo pretendía atesorar los últimos instantes en el grupo, como si se tratase de un álbum de fotos al que poder recurrir en caso de nostalgia. Sin embargo, incluso en situaciones como aquella, en la que llevaban horas trabajando con el resto del equipo de WIMTS en aparente armonía, Hyunsoo tenía que ser más que consciente de que esa paz descafeinada poco o nada tenía que ver con la intensa y casi patológica relación de amistad y compañerismo que les había acompañado a los cuatro desde sus comienzos.

Además, en el momento en que Hyunsoo y Jay hicieran pública su marcha, cualquier ilusión de unidad desaparecería. Jay se preguntó cuándo ocurriría. Lo estaban alargando tanto que a veces hasta se planteaba si, llegado el momento, tendrían el coraje suficiente para hacerlo.

—¡Chicos! —los llamó Young desde el otro extremo de la sala, sentado junto a Alex en el taburete del piano—. Creo que hemos encontrado un arreglo perfecto para el *medley* del concierto.

El líder había pensado que sería buena idea interpretar una serie de canciones que nunca habían promocionado, pero que eran las favoritas de muchas fans, así que llevaban casi todo el día dando vueltas a cómo juntarlas todas en un mix de cinco minutos sin que sonase demasiado forzado.

Hyunsoo le lanzó una última mirada de advertencia a Jay antes de acercarse a los otros dos chicos. Este le siguió con un suspiro de resignación, preguntándose por qué al final siempre acababa haciendo todo lo que su mejor amigo le pedía.

—¿De verdad entiendes algo de esto? —le preguntó Hyunsoo a Alex, contemplando confuso la partitura llena de tachones que permanecía apoyada sobre la tapa negra del instrumento.

—No te preocupes. La pasaré a limpio. —Alex posó con delicadeza los dedos sobre las teclas blancas y negras, y carraspeó sin desviar la atención del teclado—. ¿Lo probamos?

Lo bueno de cantar juntos era que todos los problemas internos dejaban de existir de golpe y daban paso exclusivamente a la música. Llevaban tantos años haciendo aquello que podían armonizar sin problemas de un modo natural, como si hubieran nacido ya capaces de semejante hazaña. Siempre que Jay cantaba con los otros tres, sentía que conseguirían hacer cualquier cosa que se propusiesen.

—¿Y bien? —preguntó Young pletórico, rompiendo el silencio en el que se habían sumido todos tras la última nota.

—Me gusta. Mucho —susurró Hyunsoo, aunque Jay creyó ver una sombra cruzar su mirada.

—Buen trabajo —comentó Alex, sonriendo con aparente tranquilidad. Jay le observó recoger las hojas esparcidas de las partituras sin cruzar en ningún momento la mirada con él—. Pero creo que vamos a dejarlo por hoy. Nos hemos ganado un buen descanso.

Pese a que no tenía intención de quejarse por terminar la jornada laboral, Jay echó un vistazo sorprendido al reloj de su muñeca. Tenían reservado el estudio un par de horas más y, por mucho tiempo que llevaran allí dentro ensayando sin parar, Alex no era del tipo que desaprovechaba algo así sólo por cansancio.

—Quizá podríamos pedir algo de comida para que nos la envíen al apartamento —propuso Young mientras recogían y apagaban las luces del estudio tras ellos.

Ninguno llegó a contestar. Mientras doblaban una de las esquinas de camino a los ascensores, se toparon con un joven que a Jay le resultaba vagamente familiar.

—¡Leo! ¿Qué haces aquí? —exclamó Alex con una sonrisa cordial mientras chocaba el puño con el del otro. Después se giró hacia el resto de sus compañeros—. No sé si os acordáis de Leo. Solía ser bailarín de la empresa.

Jay le reconoció en ese momento. Había trabajado durante muchos años para WIMTS cuando ellos aún eran aprendices, pero tenía entendido que al final había montado su propia academia de baile. Sabía que, de vez en cuando, prestaba servicios a WIMTS, pero su conocimiento se reducía a eso básicamente. Alex y el chico siempre se habían llevado bien en el pasado, quizá porque los dos habían crecido en Estados Unidos, pero Jay apenas había cruzado dos palabras con él hasta entonces.

—Buenas tardes —los saludó Leo con una inclinación que Young, Hyunsoo y Jay imitaron—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Young, animado—. ¿Vas a coreografiar nuestro nuevo videoclip?

—Mucho me temo que no soy tan famoso como para trabajar con los reyes —repuso el aludido soltando una carcajada—. Tengo entendido que todo el cuerpo de baile de WIMTS está ocupado con vuestro concierto, así que me han pedido a un par de chicos para que trabajen con alguno de los otros grupos.

—¿Y cómo van las cosas por YenNork? —se interesó Young.

Jay alzó la cabeza de golpe, súbitamente interesado. Si no se equivocaba, YenNork era el estudio con el que WIMTS había colaborado para la fiesta de Insomnia, lo que significaba que Leo era el jefe de Paula.

—Pues la verdad es que tenemos un montón de proyectos entre manos y estamos hasta arriba de trabajo. Por tanto, aunque la compañía sea muy grata,

creo que debería marcharme ya. Espero que sigáis muy bien.

Una vez más, hicieron una reverencia a modo de despedida, pero, apenas unos segundos después, Leo giró sobre sus talones y se dirigió a ellos de nuevo poniendo los ojos en blanco.

—Perdón, ¡casi se me olvida! Alex, tengo un mensaje para ti —comentó, tendiéndole un papel algo arrugado que se sacó del bolsillo trasero de los pantalones—. Es el número de Paula. Me pidió que te dijera que la llames y que, si quieres, podéis repetir lo de la otra noche —añadió, guiñando un ojo con picardía y dándole una palmada en el brazo.

—Gracias —respondió el líder. Con una leve sonrisa que a Jay no le pasó desapercibida, se guardó el papel en la cartera sin hacer ningún comentario.

Jay notaba la mirada de Hyunsoo fija en su nuca, pero él no podía apartar la suya de Alex. ¿Qué se suponía que significaba todo aquello?



PAULA

Paula encendió la estufa de su habitación y se arrebujó entre las mantas, poniéndose cómoda. No tenía intención de abandonar su habitación. Fuera volvía a nevar y, tras una semana tan estresante, lo que menos le apetecía ese sábado era salir a la calle.

No sin cierto remordimiento, se había comprado un bol de ramen y había decidido pasar el rato viendo alguna serie coreana. En España solía verlas muy a menudo subtituladas en inglés, pero recientemente se había propuesto verlas sin subtítulos para mejorar su oído con el idioma. Incluso aunque tuviera que repetir escenas varias veces para enterarse de lo que estaba ocurriendo.

Al principio, se había decantado por una producción ambientada en la antigua época feudal *Joseon*, en la que una chica se hacía pasar por un chico para poder acceder a estudiar en una universidad de nombre impronunciable. Sin embargo, el uso de vocabulario y expresiones antiguas le dificultaban tanto la comprensión que, aunque había caído rendida ante los protagonistas masculinos, había acabado abandonando la serie al tercer capítulo. En su lugar había optado por un *dorama* de fantasía ambientado en la actualidad, en el que un chico se enamoraba de una joven que en realidad era una especie de ser mitológico con nueve colas de zorro, que le resultaba mucho más comprensible aunque se le escapasen muchos diálogos. Además, la belleza

más sencilla y modesta del protagonista le transmitía una sensación de calidez. En cierto sentido, le recordaba a Minwoo.

A pesar de que ya hacía días desde que había descubierto que su amigo había estado a punto de debutar como un quinto miembro de R*E*X, todavía le costaba imaginárselo entre las frías paredes de WIMTS. Quizás se debía a haberlo conocido así, como un chico normal y corriente, pero Minwoo encajaba a la perfección en su cafetería, rodeado por los sofás desvencijados de la trastienda, las sillas de mimbre de la planta calle, las mesas de diferentes tamaños y el reconfortante olor del café recién hecho. El mundo de las estrellas de K-pop siempre le había parecido deslumbrante y maravilloso, pero, ahora que empezaba a vislumbrar todo lo que había detrás, se alegraba de que Minwoo hubiera escapado a tiempo de poder llevar una vida normal. De hecho, hasta había empezado a sentir un poquito de compasión por Jay en ese sentido.

Sólo un poquito.

Estaba tan concentrada en intentar comprender una escena de la serie que, cuando su móvil sonó, dio tal respingo que casi estuvo a punto de tirarse encima el bol de ramen. La pantalla mostraba un número desconocido con prefijo coreano, lo que hizo que se pusiera un poco nerviosa.

—*Yeoboseyo?* —contestó al descolgar con un ligero temblor en la voz.

—¿Paula?

—Sí, soy yo...

—¡Menos mal! —exclamó la persona al otro lado del teléfono en un perfecto inglés—. Temía haberme equivocado. Soy Alex. ¿Te he asustado?

—No, tranquilo —dijo, aliviada de poder usar un idioma que dominaba—. Sólo estaba concentrada viendo un *dorama*.

—¿Practicando? Así me gusta. —Él hizo una pausa, pero al fin tomó aire y volvió a hablar—: Leo me dio tu mensaje... ¿Estás segura? Quiero decir...

—Lo he hablado con Minwoo —se aventuró ella, adivinando lo que le preocupaba—. Si supiera que no está de acuerdo, no te lo hubiera dicho. Tuvimos la misma idea los dos. Estoy segura de que se alegra de retomar el contacto contigo. Y a mí me encantaría que vinieras, de verdad.

—Está bien. —Se le notaba la sonrisa a través de la línea—. Pasado mañana tengo las últimas horas de la tarde libres. ¿Os viene bien?

—¡Sí! Siempre solemos estar los tres a esa hora por allí. ¿Podrás llegar solo?

—No te preocupes. Nos vemos pasado mañana.

—Hasta entonces.

—Y Paula... —añadió casi en un susurro—. Gracias por todo.

Antes de que pudiera contestar, Alex había colgado. Eso último le dejó una extraña sensación. Esperaba que el líder de R*E*X no estuviese malinterpretando sus intenciones. Se sentía en deuda con él y sólo quería devolverle el favor. La tarde anterior, mientras entrenaba, había estado barajando la idea de preguntarle a Minwoo si le parecía bien que volviese a invitar a Alex. En ese momento había recibido un mensaje de su amigo pidiéndole que le trasladase a Alex esa misma invitación. Y así lo había hecho, a través de Leo. Como todos sus encuentros habían sido fortuitos, no se le ocurría otra manera de llegar hasta él. Pero al parecer, por la sonrisita socarrona con la que Leo había recibido el recado, él sí que había malinterpretado sus intenciones.

Suspiró con la mirada fija en el ordenador. Alex siempre le había parecido un tipo increíble y guapísimo, y sin duda quería llegar a conocerle mejor, pero sólo como amigos, nada más.

Con un miembro de R*E*X machacándole el corazón ya tenía más que suficiente.



CRIS

Decimocuarta anotación en el cuaderno verde:

Desde que Alex irrumpió en nuestras vidas, todo se volvió mucho más interesante. No me refiero sólo a la mejora sustancial que supondría en el día a día de cualquiera que uno de los chicos más atractivos que haya conocido pasase a formar parte de su entorno, sino porque, de repente, dejamos de ser Minwoo y yo por un lado, Paula y Minwoo por otro y, en puntuales ocasiones, Paula, Minwoo y yo juntos. Desde entonces, empezamos a ser un grupo de amigos como Dios manda.

Minwoo me había estado dando la tabarra tras la primera visita de Alex al Stardust, preguntando si debía invitarle a regresar o si iba a acabar metiendo a Alex en un lío con su compañía si se relacionaba con nosotros. Pero yo ya conozco lo suficiente a mi amigo para saber que no era eso lo que le preocupaba. El principal temor de Minwoo sobre el regreso de Alex a su vida eran todos los fantasmas del pasado que arrastraba consigo. Así se lo hice saber.

—Empezaba a creer que el tiempo que pasé en WIMTS había sido un sueño —admitió mientras esperábamos en la puerta del colegio de Minah—. Es curioso cómo funciona la mente. Sé que fue real, que viví aquella época, pero es como si yo no fuera esa persona. Y ahora con Alex aquí... No quiero

volver a ser aquel chico. Estoy contento como estoy. ¡No me podría ir mejor ahora mismo!

—Exacto. —Sonreí—. Eres un hombre de éxito. Regentas un concurrido Starbucks...

—Stardust —me corrigió automáticamente—. Pero no sólo eso. Mi familia por fin ha salido del bache tras la muerte de mi padre. Hemos vuelto a la normalidad. Y tu llegada ha ayudado mucho a Minah. Y a mí también, la verdad. Me he llegado a obsesionar con el negocio, me aterraba la idea de haber invertido mal el dinero que nos dejó mi padre y acabar arruinando a mi familia. Llevaba tanto tiempo recluido, pensando en cómo obtener beneficios con la cafetería, que apenas tenía tiempo para mí o mis amigos.

—Y la llegada de Paula tampoco te ha venido mal del todo.

Minwoo se ruborizó a su pesar.

—Paula también, por supuesto. —Carraspeó, de pronto muy interesado en el cartel de precios de la lavandería detrás de nosotros.

—Pero Alex no tiene nada de eso —le dije, agarrándolo del brazo para obligarle a mirarme—. Es decir, tiene muchas cosas que tú no tienes: fama, belleza, talento, dinero...

—Si intentas llegar a alguna conclusión, ve al grano, por favor —me cortó con una ceja enarcada.

—Lo que quiero decir es que es obvio, incluso para mí, que Alex está pasando un momento de mierda absoluta. No sé si es sólo por esa acosadora o por varias razones, pero está claro que él ahora necesita salir de su entorno habitual. Necesita apoyo de alguien que no vaya a recordarle todos los días que es el líder de R*E*X.

Minwoo me miró pensativo. Minah apareció en aquel momento, encantada de que hubiéramos ido a buscarla para llevarla a dar un paseo, y su cháchara despreocupada nos hizo olvidarnos de Alex durante unas horas. Sin embargo,

esa noche oí a Paula y Minwoo hablar por teléfono sobre el tema.

Pocos días después, tras despedir al último cliente del Stardust, me dirigí a la trastienda donde Paula y Alex, sentados en un sofá, charlaban con calma. Acababan de entrar por la puerta trasera para que Alex pasase desapercibido. Como la mayoría de los coreanos, Alex se levantó cuando entré y se inclinó levemente para darme las gracias por dejarle estar allí.

—En este país estáis logrando que empiece a sentirme de la realeza — bromeé, imitando la forma de hablar de la reina Isabel—. No es que me moleste que la gente se levante cuando entro a una habitación, pero he oído que te criaste en Estados Unidos y tu acento te delata, así que no es necesario que uses formalidades conmigo.

Alex sonrió y me tendió la mano, apretando la mía con energía. Viéndole así, casi parecía un chico normal.

—De todos modos, gracias por invitarme. He traído algo para picar...

«Algo para picar» consistió en la comida india más alucinante que había probado jamás. En Gloucester, Dani y yo solíamos ir a un indio bastante cutre que nos encantaba a ambos, de modo que atacué lo que me ofrecía Alex sin demasiados miramientos. Cuando Minwoo apareció por la trastienda, quedaba poco más que los restos.

Durante las dos semanas siguientes, Alex visitó el Stardust en tres ocasiones más. El amanecer de la última noche nos sorprendió a los cuatro hablando mientras dábamos cuenta de varias cervezas y unas pizzas.

Poco a poco, la presencia de Alex en nuestro pequeño círculo se fue normalizando. Minwoo y él empezaron a comportarse con total naturalidad el uno con el otro, aunque la mayor parte del tiempo actuaban como si ellos también acabasen de conocerse. Nunca hacían referencias a la etapa de Minwoo en WIMTS y a su amistad previa, por lo que Paula y yo evitábamos

mencionar el tema.

Lo cierto es que, cada día que pasaba, Alex perdía más y más su aura de estrella distante y casi parecía ser uno de nosotros: una persona normal alejada de los focos de la fama. Fue en su quinta visita cuando tuvimos que asumir que no era así.

Aquella noche, Alex había llegado primero, sin Paula, y estaba junto a la barra de la cafetería ya cerrada, ojeando su teléfono móvil mientras Minwoo recogía las tazas sucias de las mesas. Yo había salido a tirar la basura y había sacado mi paquete de chicles del bolsillo cuando me encontré con aquella chica. Estaba escudriñando el interior del local, con la vista fija en los dos amigos concentrados en sus respectivas tareas. Pese a la escasa iluminación, la figura de Alex se reconocía desde allí. Se me formó un nudo en el estómago en cuanto caí en quién era la joven. Deberíamos haber tenido más precauciones, pero, como ya he dicho, habíamos empezado a confiarnos.

Ella se me quedó mirando. Apenas estábamos a tres o cuatro metros. Por un momento, sentí miedo de esa chica a la que le sacaba un palmo de altura. Me dijo algo en coreano que no entendí.

—Ya hemos cerrado —le indiqué en su propio idioma, una de las pocas frases que Minwoo me había enseñado para el trabajo, fingiendo que no sabía por qué estaba allí.

Ella entrecerró los ojos, evaluándome.

—¿Quién eres tú? —masculló en un inglés no demasiado bueno pero entendible.

En ese momento apareció Paula y todo se precipitó.

Cruzó la esquina con despreocupación, balanceando su bolsa de deporte en el brazo, pero cuando nos vio se quedó congelada en el sitio. Nuestras miradas se cruzaron y supe que había estado en lo cierto en mis sospechas: era la acosadora de Alex.

Ella siguió mi mirada hasta Paula y su expresión, hasta ahora fría, se transformó en pura rabia. Volvió a hablar en coreano, con entonación agresiva. Debió de percatarse de que Paula no le estaba entendiendo bien, porque cambió de nuevo al inglés:

—Estúpida zorra, ¿no tuviste suficiente con Jay? ¿Acaso crees que elegirán a una chica como tú? ¿A una bailarina extranjera...? —Escupió la última palabra como si fuera un insulto—. ¿Crees que vas a poder quedarte con ellos? ¿Que vas a poder separarlo de mí?

Como resulta obvio para cualquiera, la tía estaba loca, pero era eso lo que hacía que diese tanto miedo. No me hubiera sorprendido que hubiese sacado un cuchillo y la hubiera amenazado con él.

—Creo que tienes un serio problema... —susurró Paula, observando el rostro desencajado de la joven.

—¿Sólo uno? Tiene un puto centenar —murmuré en español—. ¡Lárgate de aquí y déjala en paz si no quieres que te escupa el chicle en el ojo! —le grité, ahora sí en inglés.

Ella me miró como si fuera un bicho insignificante al que había que aplastar, retirando la atención de Paula por primera vez desde que había llegado. Sin embargo, sus ojos se agrandaron de improviso, escrutando con fascinación algo detrás de mí. Me giré y me topé con Alex y Minwoo, que se aproximaban hacia nosotras con rapidez.

Alex estaba lívido, muchísimo más afectado que cuando lo conocí. Ella le dijo algo y él le contestó casi gritando. La chica parecía al borde del llanto, pero no era un llanto de arrepentimiento o de tristeza, sino de rabia. Por un momento sentí pena por ese pequeño ser desquiciado. Minwoo se unió a la conversación en coreano, con voz firme y amenazadora. Ella le observó con asco, le dijo algo y le escupió. Él ignoró el gesto, agarró a la chica con fuerza y la empujó calle abajo mientras ella vociferaba histérica.

—¿Les has dicho ya lo que eres en realidad? —le gritó en inglés a Alex mientras Minwoo se la llevaba. Hasta entonces siempre se había dirigido a él en coreano, pero era obvio que quería que nosotras la entiésemos—. Acabará enterándose todo el mundo.

Alex, que veía horrorizado cómo Minwoo y ella se alejaban, dio un paso atrás al escucharla, casi instintivo, como si quisiera echar a correr y huir de allí.

Paula fue la primera en reaccionar. Se acercó a él a toda velocidad y le sujetó del brazo.

—Vamos dentro. Minwoo se hará cargo —nos ordenó con voz firme, tendiéndome a mí también la mano—. Vamos, Cris.

—No puede avisar a la policía —murmuró Alex mientras entrábamos—. Si lo hace, ella hablará, dirá cosas sobre mí...

—No va a hacerlo —le tranquilicé—. Minwoo sabe que no puede hacerlo. Hablasteis del tema el primer día que viniste aquí.

Clavó la vista en mí.

—¿Os ha contado algo?

—Claro que no —intervino Paula con voz tranquilizadora—; pero, sea lo que sea, no puede ser tan horrible como para tolerar este acoso. Alex, esa chica es peligrosa. Y no es la primera vez que alguien como ella acaba provocando una tragedia...

—Si habla, se acabó.

Paula y yo nos miramos confusas. ¿Qué podía ser tan malo?

Nos giramos hacia la puerta al oír cómo se abría. Minwoo nos observaba con gesto serio. Llevaba el pelo revuelto y tres arañazos en la mejilla. Paula se precipitó hacia él.

—¡Madre mía! ¿Estás bien?

Minwoo asintió.

—Casi no he podido deshacerme de ella... —Levantó las manos en dirección a Alex con un gesto tranquilizador—. Nada de policía. Al final se ha largado, tras explicarme detalladamente por qué soy una escoria humana al haber abandonado a mis queridos hermanos los R*E*X. ¿Cómo ha podido reconocermé? Nadie lo hace...

—Su nivel de obsesión ha sobrepasado los límites —musitó Alex con voz exhausta—. Lleva detrás de nosotros demasiado tiempo.

—Tienes que avisar a alguien —insistió Paula. Nunca la había visto tan seria—. Si no quieres contactar con las autoridades, al menos habla con WIMTS y que te pongan más protección.

Alex se rio, aunque era la risa más desesperada que he escuchado en la vida.

—¿Protección? Si WIMTS se entera de que ella me está chantajeando, mi vida fuera de las paredes de su edificio se habrá acabado. Hace tiempo fui descuidado y ella descubrió algo sobre mí... —Su voz flaqueó como si no estuviera seguro de querer continuar con esa historia.

—Díselo, Alex —le animó Minwoo—, puedes confiar en ellas.

Alex se sentó en un taburete junto la barra, apoyó los codos en esta y enterró la cabeza en las manos con una postura fatigada.

—Ella siempre había sido una fan apasionada. Solía seguirnos a muchos países para vernos y siempre intentaba sobrepasar los límites de nuestra intimidad, sobre todo conmigo. Pero un día todo empezó a volverse una locura. —Suspiró y sacudió la cabeza—. Hace un par de años conocí a alguien. No es nadie de importancia, sólo fue una aventura de una noche. El caso es que ella nos vio besándonos en el reservado de una discoteca y desde entonces me ha estado amenazando con contarlo.

—¿Un beso? —exclamé anonadada—. ¿Todo lo que tiene en tu contra es un beso? ¿A quién se supone que estabas besando para que fuese tan importante?

Paula tenía la mirada clavada en él. Sus ojos oscuros reflejaban un entendimiento repentino.

—Era un hombre. Estabas besando a un hombre...

Alex asintió, devolviéndole la mirada a Paula.

—No lo sabe nadie. Ni siquiera Jay, Hyunsoo o Young. A Young le daría un ataque si se enterara...

—No digas tonterías —le cortó Paula—. Son tus amigos. Minwoo, dile que es una estupidez.

Pero Minwoo no contestó. Se limitó a observar a Alex en silencio.

—Es una broma, ¿no? —Paula lanzó a Minwoo una mirada dura—. No puedes darle la razón en esto. Cris, tú tienes que estar de acuerdo conmigo...

—Claro que sí —me apresuré a decir—. ¿Eso es lo que tiene en tu contra? ¿Que sabe que eres gay? Ya pensaba que habías dejado a esa tía embarazada y abandonado al bebé en la puerta de un convento. Te vio besando a un tipo, ¿y qué? Puedo enumeraros ahora mismo cincuenta actores y cantantes abiertamente homosexuales...

Alex esbozó una leve sonrisa.

—Os agradezco el apoyo, pero apuesto lo que quieras a que ninguno de los famosos de tu lista es coreano, Cris.

—Eso es porque sólo conozco cuatro famosos coreanos, ¡pero tiene que haber alguien!

Minwoo puso una mano en mi hombro.

—Las cosas no funcionan igual aquí que en Europa o Estados Unidos. Sé que para vosotras es difícil de entender, pero Alex tiene razón. Si la noticia de su homosexualidad trasciende, su carrera está acabada...

—... y con ella, la de R*E*X —concluyó Alex por él.



PAULA

Apretó el paso, consciente de que ya llegaba un poco tarde. Ese año, San Valentín coincidía con la celebración del Año Nuevo Lunar y también era el día que Minwoo había elegido para que fueran al ballet. En Seúl, muchos habían aprovechado la festividad para volver a sus ciudades de origen y los pocos que se habían quedado en su casa de huéspedes habían insistido en que Paula comiera con ellos.

Además, Cath le había comentado que en Corea la tradición dictaba que las chicas regalaran chocolate a los chicos por San Valentín. Así que aunque no eran pareja, y puesto que su jefa había insistido en que también se daba a amigos o compañeros de trabajo, de camino hacia el Centro de Artes de Seúl, Paula había entrado en una de las mejores chocolaterías de la ciudad, repleta de adolescentes, y había comprado una caja de bombones para Minwoo. No sólo para agradecerle la invitación, sino por todo lo que había hecho por ella desde que se conocían.

—¡Lo siento mucho, Minwoo! —exclamó en cuanto llegó a la entrada del teatro, pero él se limitó a sonreír—. Encima de que pasas la tarde conmigo en un día como hoy en lugar de con tu familia, te hago esperar.

—No te preocupes. Como mi padre era cristiano, nunca hemos celebrado demasiado el Año Nuevo Lunar. Aunque creo que este año mi madre se ha esmerado más para mostrarle las tradiciones coreanas a Cris. Le habría

gustado que hubieras venido tú también.

—Ya abusé demasiado de su hospitalidad para Navidad, pero se lo agradezco. Por cierto, ¿cómo es que no ha venido Cris?

—¿Cris? —Minwoo pareció confundido ante la pregunta—. Bueno, el ballet no va mucho con ella...

—Supongo que tienes razón. —Paula se encogió de hombros—. ¡Por cierto! Esto es para ti —añadió, tendiéndole la bolsa con la caja de bombones—. He llegado tarde por eso, no te puedes imaginar la de gente que había en la tienda... ¡Casi no consigo pagar!

—Eso es porque es normal que las chicas regalen chocolate en San Valentín —comentó Minwoo, que de pronto parecía tímido—. No sé si lo sabías...

—Claro. Me lo contó mi jefa. —Echó una ojeada a su reloj de pulsera—. Oye, ¿no deberíamos ir entrando? Ya es casi la hora...

Paula no sabía qué ballet iban a ver y, aunque su favorito siempre había sido *Giselle*, se sorprendió favorablemente cuando descubrió que se trataba de *El lago de los cisnes*. No sólo porque fuera un gran clásico, sino porque fue el primer ballet que había visto en directo. La producción, muy bien realizada, estaba a cargo del Ballet Nacional Coreano. Al contemplar los movimientos fluidos y hermosos de la *prima ballerina* sobre el escenario, no pudo evitar sentirse algo sobrepasada por la emoción. Aquello, sumado a la naturaleza triste de la historia, consiguió que acabara derramando alguna que otra lágrima mal disimulada.

—¿Estás llorando? —le preguntó Minwoo con tono juguetón cuando abandonaron la sala.

—Qué va...

—No seas tonta. No pasa nada. ¿Es por la historia?

—En parte. Hay que tener el corazón de piedra para que no te emocione — contestó a la defensiva, y Minwoo no pudo contener una carcajada—. Tendré que ver la película de dibujos animados cuando vuelva a casa. ¡Al menos esa tiene un final feliz!

—¿No eres un poco mayor para esa película? —dijo Minwoo con una sonrisa divertida.

—Uno no deja de ver películas de dibujos animados porque crezca. Crece porque deja de ver películas de dibujos animados.

—Creo que esa cita no es así del todo...

—¿Qué más da? A mí me sirve. —Paula suspiró—. De todos modos, lo que hace que me gusten tanto es que me recuerdan a mi infancia, consiguen que me olvide de los problemas. De niña soñaba con ser una de las princesas de Disney; ya sabes, para poder cantar todo el día sin preocuparme por nada más que hablar con los animalillos y, por supuesto, para bailar con mi príncipe. De hecho, si me empeñé en que quería aprender a bailar fue por eso. Quería encontrar al Príncipe Azul.

—Eso es muy tierno —comentó Minwoo con otra sonrisa—, aunque por tus lágrimas pensé que tal vez tu vocación viniese de haber visto este ballet.

—*¿El lago de los cisnes?* —Paula negó con la cabeza—. Mis padres me llevaron a verlo cuando ya había empezado a estudiar danza y durante muchos años me imaginaba interpretando el papel principal. Pero aquí me tienes. Me figuro que nunca fui lo bastante disciplinada. Además, en cuanto llegué a la pubertad, entendí que jamás podría tener el físico de una bailarina clásica. Por eso el ballet siempre me crea sentimientos encontrados. Me encanta y, al mismo tiempo, me recuerda las cosas que se han quedado por el camino y para las que ya no hay vuelta atrás...

—Pero tampoco te va tan mal, ¿no? Trabajas en algo que te gusta. Y eres bailarina, en cualquier caso.

—Supongo que sí. Es sólo que, de vez en cuando, pensar en los sueños que has tenido que abandonar te hace ser más consciente del paso del tiempo.

—¡Nos hacemos viejos! —contestó él con una mueca dramática que les arrancó risas a los dos.

Minwoo insistió en llevarla hasta su casa en moto, alegando que era demasiado tarde y que su barrio estaría lleno de borrachos celebrando el año nuevo, así que ambos se despidieron en la puerta que daba entrada al patio de la vieja casa de huéspedes.

—Muchas gracias, Minwoo. Lo he pasado muy bien, de verdad.

—No hay de qué —contestó él, e hizo gala una vez más de esa sonrisa suya tan agradable—. Podemos repetir siempre que quieras.

Paula sonrió, hizo una leve inclinación y se giró para buscar las llaves en el bolso.

—Paula —la llamó Minwoo desde la moto—. Respecto a lo que hablábamos antes, ¿todavía no has renunciado a lo del Príncipe Azul?

«Debería hacerlo, dadas las circunstancias», pensó para sus adentros, pero no pudo contener una sonrisita.

—Eso jamás.



JAY

Cuando Jay llegó a casa aquella mañana, después de un par de horas en el gimnasio, se encontró a Hyunsoo tumbado en el sofá, tapado con un par de mantas y leyendo algo que a primera vista no reconoció.

—¿Sabes? —comenzó Hyunsoo, sin apartar los ojos del libro—. No me puedo creer que Young se mosqueara porque le diera un simple beso. ¿Alguna vez le has echado un ojo a este manga? Dos de los protagonistas de esta historia...

—Eres consciente de que te matará si descubre que has estado toqueteando sus preciadas colecciones, ¿verdad?

—Al menos moriré joven y bello —replicó, se encogió de hombros y lanzó el tomo a la mesita del salón sin el menor reparo mientras se deshacía de las mantas con una patada. Luego se estiró como un gato y se puso en pie—. Además, no está en casa. Hoy tenía rodaje de *Running Man* y ya sabes que se alargan bastante. Nuestro Young está hecho una estrella de los programas televisivos. ¿Qué es eso que has traído y que huele tan bien? —preguntó, señalando con la cabeza las bolsas que Jay había dejado sobre la encimera de la cocina.

Tanto Hyunsoo como Alex llevaban unos días resfriados, por lo que, de camino a casa, a Jay se le había ocurrido parar en el restaurante de *samgyetang* que había en la zona social de su exclusiva urbanización. Cuando

de pequeño se ponía enfermo, su madre siempre cocinaba ese plato porque aseguraba que no había nada mejor para curar todos los males que el pollo y el ginseng. Pero sus habilidades culinarias eran tan pobres que Jay ni se planteaba cocinarlo.

—He traído la comida —contestó con una sonrisa—. He cogido también para Alex, será mejor que lo llamemos antes de que se enfríe.

—Alex no está en casa —le informó su amigo desde la cocina mientras deshacía el nudo de una de las bolsas.

—¿No está? —Alzó una ceja, sorprendido—. Pero hoy él tampoco tenía nada en su agenda, ¿no?

Alex nunca había tenido muchos amigos en Corea más allá de sus compañeros. Había llegado a Seúl después de haber sido reclutado por WIMTS en Seattle y, con las interminables horas de clases y ensayos, sólo tenía tiempo para relacionarse con los demás aprendices. Siempre había sido bastante reservado con los desconocidos, por lo que cuando no tenían nada planeado juntos solía encerrarse en su cuarto a leer. Sin embargo, en las últimas semanas, nunca estaba en casa cuando Jay llegaba y, en muchos casos, todos se habían ido ya a dormir cuando regresaba. Además, su humor también había mejorado de forma notable y había algo en todo aquello que mosqueaba a Jay. ¿A qué se debía ese cambio tan repentino?

—¿Qué ocurre, Jae? —preguntó Hyunsoo, que volvía al sofá con un bol de *samgyetang* en las manos, adivinando sus pensamientos—. A mí me parece bien que Alex tenga una vida fuera de R*E*X. Además, ahora ya casi nunca discutís. Justo lo que yo quería...

—¿Cómo quieres que discutamos? ¿Por carta? ¡Apenas nos vemos! No puedes discutir con una persona que está ausente. Además, sé que lo que tú querías no era esto, y yo tampoco.

No quería dejar de discutir con Alex a costa de que se alejara de ellos

todavía más. Lo que realmente deseaba era que las cosas volvieran a ser como antes y que los cuatro abandonaran WIMTS juntos.

—De verdad, creo que le estás concediendo demasiada importancia a que no pase tanto por casa —insistió Hyunsoo—. ¿Quién sabe? A lo mejor sólo se ha enamorado.

Jay se quedó boquiabierto. Paula. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? El cambio que había notado en el líder coincidía más o menos con la tarde en que el tal Leo le dio el número de la bailarina. ¿Estaban saliendo juntos? Eso sería muy irónico, sobre todo después de todas las reprimendas que había recibido por parte de Alex al respecto. O tal vez ese fuera el motivo real: que Alex sólo había pretendido beneficiarse de todo el asunto.

En el fondo, le molestaba la idea de que fuese posible. Desde que había visto a Paula en esa maldita fiesta, se había descubierto pensando en ella en un par de ocasiones. Seguía opinando que cruzarse medio mundo por prácticamente un desconocido era una locura, pero su ego ronroneaba de placer al pensar que era una locura que habían cometido por él. Además, de vez en cuando, no podía evitar preguntarse qué hubiera pasado entre ellos si Jay pudiese permitirse llevar una vida normal.

Lanzó una ojeada a la puerta entreabierta de la habitación de Alex, al otro lado del pasillo. Tal vez se estuviera montando una descomunal película en su cabeza respecto a él y Paula. Con toda seguridad, aquel era un comportamiento infantil, pero necesitaba respuestas. Necesitaba saber cómo era posible que ambos hubieran acabado siendo tan cercanos de la noche a la mañana. Pero, sobre todo, necesitaba saber qué era eso que hacía tan feliz a Alex y que ellos no podían darle.

El problema era que no tenía ni idea de por dónde empezar.

—YenNork... —susurró para sí mismo, recordando la conversación que habían mantenido con Leo en WIMTS.

—¿Se puede saber de qué demonios estás hablando? —Casi había olvidado la presencia de Hyunsoo, que, sentado frente a él, lo observaba con una ceja arqueada, como si hubiera sido capaz de descifrar sus desvaríos mediante telepatía.

—No importa —contestó, y volvió a ponerse el abrigo y a coger las llaves de su coche—. Volveré más tarde, voy a hacer una visita a YenNork.

—¿Vas a buscar a Paula? —exclamó Hyunsoo, estupefacto.

Jay meditó la respuesta un segundo.

—Voy a buscar a Alex.



CRIS

Decimoquinta anotación en el cuaderno verde:

Por suerte, Alex siguió quedando con nosotros después del incidente con la acosadora. Durante unos días, dejó de hacerlo y Paula y yo llegamos a sospechar que lo habíamos perdido, que habernos hablado de su homosexualidad le hacía sentirse incómodo a nuestro lado, ahora que nosotras sabíamos lo que sus allegados ignoraban por completo. Al final, acabó reapareciendo en el Stardust una noche cualquiera, con una sonrisa de culpabilidad, y Paula casi se abalanzó sobre él de alegría.

La idea de que Alex tenga que ocultar que es gay en pleno siglo XXI me parece inexplicable. Así se lo hice ver a Minwoo una mañana mientras recogíamos nuestras cosas rumbo al trabajo.

—Creo que estás infravalorando a tu sociedad. Estoy segura de que los jóvenes de hoy en día en Corea son mucho más abiertos de lo que piensas. Tú sabes desde hace tiempo que Alex es gay y no has flipado.

Minwoo colocó nuestras bolsas en el compartimento bajo el asiento de su moto.

—En su momento flipé bastante, créeme. —Me lanzó una mirada de culpabilidad—. Pero no se trata de mí. Se trata de los fans, los inversores, las discográficas y las cadenas de televisión... Ojalá me equivoque, pero los

temores de Alex están bien fundados.

—Ese chico tan guapo, Hyunsoo. Hace unas semanas lo vi en televisión besando a Young en el escenario y las fans del público se volvieron locas de emoción. Minah casi salta del sillón. ¿Y qué me dices de todos los emparejamientos que hacen entre ellos? Hacen dibujos y escriben historias románticas. —Enumeré con los dedos—. Jay con Hyunsoo, Alex y Young, Alex y Jay... ¡Y la historia del triángulo amoroso con el quinto miembro! ¿Me quieres explicar eso?

—Eso son fantasías de las fans. Lo mismo que el beso de Hyunsoo con Young. No he visto el programa, pero juraría que Hyunsoo sólo lo hizo para ganar protagonismo frente a algún otro grupo y crear *fanservice*...

—¿Fanqué?

—*Fanservice* —repitió, subiéndose a la moto con un ademán enérgico—. Intentan alimentar esas fantasías. Es un pequeño juego entre los ídolos y sus fans, pero todo el mundo sabe que es sólo eso, un juego. No hay nada real detrás. Si esos fans creyesen por un momento que Hyunsoo y Young son una pareja real, muchos de ellos se hubieran echado las manos a la cabeza, alarmados por el beso.

Suspiré, derrotada, y me subí en la moto detrás de él.

—Vivís en una ciudad que parece sacada de un sueño futurista —dije con tristeza—. Repleta de rascacielos, luces, grandes avenidas, tecnología por todas partes y aun así...

—Tú misma has visto las callejuelas del barrio donde vive Paula, a apenas unas manzanas de los lujos de la Isla, con sus casas antiguas tradicionales —me cortó—. ¿Te acuerdas de la noche que te llevé a cenar a ese sitio junto a las murallas? ¿Al restaurante de los amigos de mi madre? —Asentí. Recordaba el lugar—. Eso es lo que está detrás de los rascacielos: la gente. Todo mejorará. Al menos, eso espero. Pero tienes que darles tiempo, Cris.

Alex va a tener que darles tiempo.

Volví a suspirar y no dije nada más mientras la moto de Minwoo nos llevaba al Stardust a través de esa ciudad de sorprendentes contrastes.

Dos días después de aquella conversación, mientras atendía a los clientes del mediodía, recibí una llamada de Paula.

—Hola, Cris. Es posible que llegue un poco tarde hoy. No creo que pueda pasar a recogerte a las dos.

Era viernes y esa tarde tanto Paula como yo librábamos. La cafetería de Minwoo suele decaer a partir del viernes a mediodía, cuando los negocios en la Isla se cierran hasta el lunes, así que, normalmente, él y yo nos turnamos para que el otro pueda irse temprano. Aquel día me tocaba a mí y Paula me había propuesto acompañarla a la N-Tower para hacer algo de turismo. Desde un tiempo a esa parte, Paula y yo habíamos empezado a tener una relación algo más estrecha, pero aquella era la primera vez que planeábamos algo juntas sin la presencia de Minwoo.

—De acuerdo, tranquila. —Lo cierto era que tampoco me moría de ganas por ir allí. Excepto algún sábado en que la señora Choi y Minah se habían empeñado en llevarme a ver algún templo, desde que había llegado a Seúl no había sentido excesivo interés por hacer turismo—. Podemos ir mañana, tampoco trabajo por la mañana.

—Genial —murmuró Paula; parecía algo distraída.

—¿Se ha alargado el ensayo de hoy?

—Eeh, bueno... No del todo... —Su voz adquirió un matiz preocupante que me alarmó—. Ha sido mi culpa. Me he entretenido cambiándome y maquillándome, ya que íbamos a quedar, y se ha ido casi todo el mundo. Esta semana he intentado salir siempre acompañada y no quiero molestar a la gente que está trabajando. Así que creo que esperaré a que vuelva Cath. Esta

mañana me dijo que tenía que pasarse antes de cerrar.

—¿Es por la acosadora de Alex? ¿Temes que esté por allí?

—Bueno, el caso es que el miércoles estuvo rondando la zona al mediodía. La vi de lejos cuando fui a comprar comida...

Di tal respingo que algunos clientes me miraron alarmados desde las mesas.

—¿Cómo? ¿Por qué no nos has dicho nada?

—No pasa nada —me tranquilizó—. No es a mí a quien busca. Además, pensé que Minwoo se lo tomaría demasiado a pecho.

—¿Demasiado a pecho? Minwoo se va a volver loco si se entera de que todavía está rondando tu trabajo. Mira, voy a buscarte y se acabó.

—Ni hablar...

—No discutas. Espérame allí. En cuanto venga Minwoo, me largo. Nos iremos a la N-Tower de las narices.

Antes de que pudiera contradecirme, colgué el teléfono. Apenas veinte minutos después, Minwoo apareció para darme el relevo y yo me marché sin darle demasiadas explicaciones. Sólo cuando me encontré a las puertas de YenNork, ante los paneles de los cuadros alterados que adornaban la fachada, caí en la cuenta de que ni siquiera me había quitado el delantal rojo del trabajo.

Me quedé mirando la entrada con un mal presentimiento. Quizá fuera el extraño mensaje en inglés bajo el nombre del estudio de danza, advirtiendo que «aquí nacen los monstruos de los cuentos», o quizá la idea de que la acosadora me podía estar observando desde cualquier parte, pero el caso es que me apresuré a llamar al timbre y a entrar por la puerta metálica en cuanto se abrió.

Era la primera vez que estaba dentro de YenNork. Tal como Paula había dicho, la mayoría de la gente ya se había ido a disfrutar del fin de semana.

Apenas se captaba un sonido lejano desde algún aula, donde un grupo de baile realizaba ensayos de última hora.

Recorrí los pasillos mientras mi corazón se aceleraba. Me dije que era una estupidez estar nerviosa, que allí dentro estaba a salvo y que apenas un par de puertas más allá había gente normal trabajando. Ninguna jodida pirada iba a hacernos daño allí dentro.

—¡Cris! —Me giré justo a tiempo de ver a Paula acercarse a mí corriendo, entre alarmada y aliviada—. Estás como una cabra. Te dije que no vinieses. ¡No me importaba esperar!

No obstante, era obvio que se alegraba de verme. Me sonrió, agarrándome del brazo con afecto.

—Ya que estamos aquí, puedo enseñarte el edificio si quieres. No es necesario que vayamos hoy a la N-Tower. Podemos esperar a Cath e ir a tomar algo con ella. Te caerá bien.

Le intenté devolver la sonrisa sin demasiado éxito. A pesar de haber encontrado a Paula, mi corazón seguía latiendo cada vez más fuerte y empecé a jadear. Un temor irracional me atenazó la garganta. Ya había tenido esos síntomas antes, aquella vez que casi me desplomé mientras trabajaba en el Starbucks de mi pueblo. Ese fue el momento que precedió la pesadilla de médicos y pruebas por la que había pasado en silencio, pocas semanas antes de volar a Corea, y que habían concluido con un terrible diagnóstico.

—Paula, creo que no me encuentro bien...

Ella me miró alarmada, aumentando la presión sobre mi brazo.

—Cris, ¿qué te ocurre?

No pude contestar. Una nueva figura había aparecido en el pasillo. Recortado por la luz que se filtraba a través de la cristalera detrás de él, Jay nos observaba sorprendido. A diferencia de la primera vez que lo vi, llevaba ropa sencilla e iba sin arreglar. Sin embargo, algo en él irradiaba el mensaje

silencioso de que, llevase lo que llevase e hiciese lo que hiciese, no era una persona corriente.

Allí estaba el chico que había matado a Harvey Nichols en Gloucester con su mera presencia, el que había exigido un té *matcha* y, sin conocerme de nada, me había arrastrado irremediablemente hacia su propia historia. Hacia Minwoo, Paula y Alex, gente que, de un modo u otro, orbitaba alrededor de su estrella.

Había empezado a creer que Jay era producto de mi imaginación, que jamás lo había llegado a ver en persona en aquel Starbucks de Gloucester, que todo lo que había pasado desde que recibimos esa llamada en la cafetería de Leadworth había sido un sueño. Pero allí estaba otra vez, estudiándonos a varios metros de distancia con aspecto serio e imponente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Paula con un jadeo. La mano que tenía sobre mi antebrazo empezó a hacerme daño.

No recuerdo si Jay llegó a contestar a esa pregunta. En ese momento, las palpitaciones en mi pecho se transformaron en un dolor sordo y el suelo se abalanzó sobre mí... o yo sobre él. Antes de que todo se volviese borroso, oí el grito alarmado de Paula y noté que alguien me sujetaba con firmeza, evitando mi caída.

7.
*Esa extraña
felicidad...*



JAY

Jay alzó la vista al escuchar abrirse la puerta que conducía a la zona de boxes donde habían ingresado de urgencia a la amiga de Paula. Esta última la cerró tras de sí, con cuidado de no hacer mucho ruido, y se acercó a él. Todavía estaba pálida por el susto y las manos le temblaban, pero parecía mucho más tranquila que cuando habían llegado al hospital hacía apenas una hora, con la joven todavía inconsciente.

—¿Cómo se encuentra?

—Está dormida. Me han dicho que seguirá así un par de horas más, pero al parecer ya ha pasado el peligro. Aún no saben muy bien qué le ha ocurrido, así que necesitarán hacerle pruebas.

—Ya veo —contestó Jay sin saber muy bien qué más decir.

Nunca se le habían dado bien esas situaciones. De hecho, ni siquiera recordaba la última vez que había estado en un hospital. Cuando nacieron sus sobrinos, su agenda no le permitió ir a visitar a ninguna de sus dos hermanas al pueblo en el que vivían. Tampoco pudo ver a su madre durante los quince días que pasó ingresada por una operación de rodilla, a pesar de que se encargó de pagar a uno de los mejores especialistas de Seúl para que la trataran en la capital, puesto que R*E*X por aquel entonces estaba de gira en Japón.

—Deberías irte a casa, Jay —insistió Paula—. Ya te lo he dicho antes. Si alguien te viese aquí...

«Se montarían la película del siglo», pensó él. Desde luego, los medios sensacionalistas no entendían esa clase de circunstancias y tendían a convertirlas en noticias sórdidas y ridículas que distaban mucho de la realidad. No obstante, en esa ocasión le traía sin cuidado. Por un momento, se le pasó por la cabeza la idea de que quizás ayudar a Paula y a su amiga compensaría todas las veces en que debería haber estado mucho más pendiente de sus seres queridos.

—No voy a dejarte aquí sola. Tal vez me necesites, aunque sólo sea para traducir lo que dicen los médicos. Has tenido suerte de encontrar un doctor que hablara inglés, pero no siempre es así.

—Tenía entendido que suele haber gente de contacto por si necesitan traductores en situaciones de emergencia... —intentó protestar Paula—. Además, ya he avisado a la familia con la que se aloja mi amiga.

—Será mucho más rápido si yo me quedo aquí. Al menos hasta que lleguen ellos. De verdad, no me importa. Seguro que en este hospital la gente tiene ya demasiadas preocupaciones como para reparar en mi presencia.

Paula pareció dudar un poco más, pero al final asintió. Con todo, permaneció de pie, apoyada en la pared opuesta, manteniendo una distancia prudencial entre ellos. Jay fue consciente entonces de que esa era la primera vez que se veían a solas desde su última noche en Barcelona. Aquella tarde había acudido a YenNork en busca de respuestas. Respuestas sobre Alex, sobre Paula y, quizá, también sobre sí mismo. Pero, de pronto, comprendió que no había pensado muy bien qué decir o hacer una vez que llegase allí.

—Paula, haz el favor de sentarte, ¿quieres? —Suspiró, hastiado tras unos minutos más de silencio, y señaló el asiento que estaba a su lado.

Ella obedeció, pero con sumo cuidado de ni siquiera rozarle. Jay sabía que no era el mejor momento para Paula, con su amiga ingresada sin un diagnóstico claro, pero también estaba seguro de que difícilmente volverían a

disponer de una oportunidad tan buena para hablar: lejos de los mánager, lejos de WIMTS, lejos de las fans y, sobre todo, lejos de Alex.

—Paula —susurró al fin—, ¿no crees que deberíamos hablar? Ya sabes..., sobre nosotros.

La mirada de la chica, hasta entonces fija en la puerta tras la que se encontraba su amiga, se clavó en Jay de inmediato, con los ojos llenos de confusión. Por un momento, pareció tener problemas para descifrar las palabras de Jay, como si las hubiese pronunciado en coreano en lugar de en inglés.

—De verdad, Jay —dijo al fin, de tal manera que las sílabas tropezaron en su boca—, no creo que...

—No, escúchame —la interrumpió—. Llevo tiempo pensando que deberíamos hablar. En realidad, tendría que haberte buscado la primera vez que te vi para intentar aclarar las cosas contigo. —Tomó aire, ordenando sus pensamientos—. Siento haber sido un capullo todo este tiempo. En especial, siento lo que escuchaste en la fiesta de Insomnia.

—No tienes que disculparte por eso...

—Lo digo en serio. No te voy a negar que todavía me sorprende que hayas cruzado medio mundo sin apenas conocerme. Desde luego, era algo con lo que no contaba. Pero no tendría que haberme expresado así, no con esas palabras. La verdad es que estaba algo mosqueado con Alex y...

—Basta, por favor. No tienes que darme explicaciones —replicó, desviando de nuevo la mirada—. Esa noche me dolió mucho, pero desde entonces he tenido tiempo de recapacitar y de pensar bastante en el asunto. Demasiado, tal vez... Siempre he sido fantasiosa y he tendido a idealizar a todos los chicos de los que me he enamorado. Supongo que me deslumbraste, tanto tú como tu mundo, y creí encontrar una vía de escape al futuro laboral que se me venía encima y que tampoco me entusiasmaba. No es justo culparte

a ti por algo así. La verdad es que ahora lo pienso y me siento imbécil — añadió con una risita nerviosa, y alzó la vista hacia Jay.

—No digas eso. No eres imbécil, sólo estás un poco loca. —Él se rio también, ya más relajado—. Quizá debería ser más cuidadoso y asegurarme de que la otra parte entiende bien la situación desde un principio para no dar falsas esperanzas. Las relaciones de pareja normales están fuera de nuestro alcance ahora mismo —admitió, recordando repentinamente a Hyunsoo y Sojin—. Si hubiera sabido que te lo ibas a tomar tan en serio, jamás se me hubiera pasado por la cabeza... No pretendía hacerte daño, créeme.

—Ya te he dicho que ahora ya lo sé. —Paula volvió a sonreír—. Puedes dejar de disculparte de una vez.

Jay le devolvió una leve sonrisa y apoyó la cabeza en la pared con un suspiro. Empezaba a notar que despertaba en él una peculiar necesidad en su interior que no reconocía. En el fondo, se moría de ganas por saber si sus propias fantasías, en las que era un chico con una vida normal y una novia como Paula, eran todavía plausibles. Necesitaba saber si habría vuelta atrás cuando Hyunsoo y él renunciasen a R*E*X. Si la vida real, con sus luces y sus sombras, iba a estar esperándole allí fuera o si todos aquellos años en WIMTS le habían condenado para siempre a tratar con el resto del mundo a través de un cristal.

Quizá fuera egoísta por su parte, porque si algo tenía claro era que no podía prometerle a Paula nada de lo que ella estaba buscando, pero la extraña sensación seguía carcomiéndole por dentro. Paula simbolizaba la libertad, como si Jay de R*E*X nunca hubiera existido y sólo fuese Park Jaehwa, el chico que había llegado a Seúl hacía años, incapaz de disimular el dialecto tan característico de los habitantes de Jeju. Quería aferrarse a ese chico como fuera, aunque eso implicase jugar de nuevo con los sentimientos de Paula. Tal vez Alex tuviera razón respecto a él, pensó, y fuese un capullo integral.

Movido por un impulso, alargó la mano hacia Paula. Como si de uno de esos dramas románticos de los que tanto se burlaba se tratase, le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Notó que Paula retenía la respiración y se tensaba ante su repentino acercamiento.

—¿Sabes? En realidad, me alegro de que cometieras esa pequeña locura...

Se inclinó un poco hacia delante, intentando acortar los escasos centímetros que los separaban. De improviso, Paula se separó de él con un movimiento brusco y clavó la mirada en un punto a su espalda, como si de golpe Jay hubiese dejado de existir. Él se giró también en esa dirección.

—¿Minwoo?

No pudo evitar la sorpresa al darse de bruces con el que años atrás estuvo a punto de ser el líder de su grupo y al que no veía desde entonces. Allí de pie, a unos metros de ellos, con un casco de moto en la mano, aspecto algo desaliñado y el pelo pegado a la frente como si viniera corriendo desde la otra punta de la ciudad.

En otras circunstancias, Jay hubiera tomado el encuentro por una curiosa casualidad, de no ser porque Paula había salido corriendo hacia él y se aferraba con fuerza a su brazo. Por un momento, Jay pestañeó sin entender nada. ¿De qué se conocían esos dos?

—Minwoo, qué sorpresa —dijo Jay tratando de sonar casual, aunque no terminó de conseguirlo—. ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo me gustaría saber a mí —contestó él con el ceño fruncido. Era obvio que se sentía tan confuso como él. Aunque, a diferencia de Jay, se esforzaba menos en disimular su malestar.

—Cris está estable y dormida, Minwoo —le explicó Paula al recién llegado con voz ansiosa, todavía colgada de su brazo—. Aún no se sabe nada, pero los médicos están con ella y no se encuentra en peligro. Habrás tenido que cerrar la cafetería...

—No pasa nada —le cortó con bastante sequedad—. Vete a casa y descansa, ya me quedo yo. Te avisaré si hay novedades.

Paula titubeó, desconcertada. Minwoo, con un gesto suave, se separó de ella y, sin añadir nada más, pasó de largo y desapareció tras la puerta de los boxes. Paula se quedó allí clavada, con la vista fija en el sitio donde Minwoo había estado unos segundos atrás.

—Vamos, Paula. Te acerco adonde quieras...

Paula tardó en reaccionar, pero acabó aceptando en silencio.

Mientras cruzaban en coche las calles de Seúl, ninguno pronunció palabra. Paula parecía distraída y poco dispuesta a hablar, pero Jay hubiera dado cualquier cosa por saber lo que estaba pensando. Ni siquiera había llegado a preguntarle por Alex como había pretendido desde un principio y ahora otra pieza se sumaba a aquel puzle incomprensible. Seúl era una de las ciudades más grandes y pobladas del mundo..., ¿qué clase de broma le estaba jugando el destino al ponerle ante Minwoo después de tanto tiempo?

No dejaba de ser irónico que, justo cuando Hyunsoo y él empezaban a replantearse su futuro, reapareciera su antiguo compañero. Alguien que tenía lo que Jay más deseaba: una vida normal.



PAULA

Paula contempló a Cath con estupor, no muy segura de haber entendido bien lo que su jefa acababa de explicarle.

—A ver, un segundo. ¿Me estás diciendo que tengo que bailar en el próximo concierto de R*E*X?

—Eso es. Una de sus bailarinas se lesionó en un ensayo y otra ha abandonado el proyecto por motivos que la empresa no ha compartido con nosotros.

—Tiene que ser una broma —susurró Paula, todavía incapaz de procesar la información.

—No sé por qué te sorprende tanto. —Cath alzó una ceja—. Ya sabías que trabajamos a menudo con WIMTS y no es como si fuera la primera vez que actúas con ellos. ¿No quieres hacerlo? Podemos buscar otra persona, aunque, para serte sincera, creo que sería estúpido por tu parte rechazar una oportunidad así. Además, pensaba que te alegrarías de poder trabajar con Alex...

Cuando Cath sonreía de esa manera burlona, se parecía notablemente a su hermano.

—¿Cuántas veces tengo que repetir que entre Alex y yo no hay nada en absoluto? —contestó entre frustrada y divertida. Después soltó un suspiro—. Claro que quiero hacerlo, es sólo que no me lo esperaba.

Era curioso que todo lo que había deseado le llegase cuando ya no le hacía falta. A esas alturas, Paula ya no contaba con WIMTS. Cuando había urdido sus planes en su habitación de Chestre, WIMTS era la piedra angular: allí estaba Jay y allí pensaba que encontraría por fin un verdadero trabajo de bailarina. Pero ya había conseguido un trabajo así en YenNork y también sabía que no podía albergar esperanzas sobre un futuro con Jay. Aquella noticia, que unos meses atrás hubiera supuesto una alegría inimaginable, había dejado de tener sentido en su vida actual.

Pero, como bien había señalado Cath, era una gran oportunidad que no debía desaprovechar.

—Bien. En tal caso, tenéis que estar en el estudio de WIMTS dentro de dos semanas. Hasta entonces, os prepararéis aquí. Ten, este es vuestro nuevo horario de entrenamiento para estos días.

—¿Nuestro? —preguntó distraída mientras ojeaba el sobre que su jefa le acababa de tender.

—Claro. Han fallado dos bailarinas, así que Hyomin también irá.

Paula no pudo reprimir una mueca. Cath debió de darse cuenta, porque frunció el ceño y de pronto se puso muy seria.

—Mira, Paula, digamos que tú has tenido suerte —le explicó tajante—. Cuando le comentamos al director artístico que una de nuestras empleadas ya había trabajado con R*E*X, le pareció buena idea que fueras una de las sustitutas. Pero Hyomin es nuestra mejor bailarina con diferencia. Para ella esto es una verdadera recompensa y se lo ha ganado. No sé qué narices pasa entre vosotras ni me interesa saberlo, pero espero que seáis lo bastante inteligentes para no dejar que os afecte en el trabajo.

Antes de que Paula pudiera contestar, la puerta se abrió de par en par y Leo irrumpió en la sala como un torbellino.

—Oh, adelante. Muchas gracias por llamar a la puerta —comentó Cath,

poniendo los ojos en blanco.

—Perdón. Puedo volver en un rato, pero necesito a Paula un momento.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, asustada por si a Cris le había pasado algo otra vez.

Su amiga había salido del hospital hacía ya unos días y parecía haberse recuperado, pero Paula seguía recordando con inquietud la extrema palidez de su rostro mientras Jay y ella la llevaban a urgencias.

—No estoy muy seguro, la verdad —contestó Leo, rascándose la nuca—. El caso es que estaba en WIMTS cerrando el contrato de colaboración para el concierto de R*E*X y, justo cuando iba a marcharme, he visto algo de jaleo en la recepción. Se trataba de un chico occidental que intentaba hacerse entender en inglés, pero nadie parecía demasiado dispuesto a escucharle. Como se le veía bastante alterado, me he acercado por si podía ayudarle. Está buscando a una chica y creo que es tu amiga. Ya sabes —añadió sin poder evitar que se le escapara una sonrisa—, la rubia inglesa que trabaja de camarera en la cafetería a la que vas tanto.

—¿Cris? —se extrañó Paula, preguntándose por qué iba nadie a buscar a Cris en WIMTS.

—Eso creo. He traído al chico aquí para ver si tú podrías ayudarle.

Paula siguió a Leo hasta su despacho, intrigada. Allí, sentado en un sillón, mirando a su alrededor con curiosidad, había un chico de pelo castaño claro, tal vez un par de años más joven que ella. Llevaba la ropa arrugada, el pelo un tanto revuelto y unas ojeras terribles. Paula se preguntó si habría ido a WIMTS directo desde el aeropuerto.

—¿Eres la chica española? —preguntó con tono agitado en cuanto abrieron la puerta.

Paula asintió y, como respuesta, él se levantó y se dirigió hacia ella en dos grandes zancadas.

—¡Joder, menos mal! Soy Dani —exclamó en español, para asombro de Paula, mientras le plantaba dos enérgicos besos en las mejillas—. Estaba empezando a volverme loco porque nadie me entendía en este país. Ese tío dice que conoces a Cris, ¿es cierto? Es rubia, pecosa, masca chicle compulsivamente y suelta tacos cada dos por tres. Creo que es la mejor descripción que puedo hacerte de ella. Aunque, bueno, también tengo una foto. —Se llevó las manos a los bolsillos de los vaqueros.

Paula aceptó el teléfono móvil del chico, todavía abrumada. El tal Dani era la persona más ruidosa y habladora que había conocido nunca. No entendía muy bien cómo podía ser amigo de Cris, con su carácter reservado y serio. Pero, pese a que en esa fotografía que se habría tomado algunos años atrás frente al Big Ben salía una joven de apariencia mucho más vigorosa y feliz de lo que Paula la había visto jamás, no cabía duda de que era ella.

—Sí, la conozco.

—¡Menos mal! Sabía que la clave era esa maldita empresa. ¡Lo sabía! La verdad es que no sé qué hubiera hecho si me hubiese fallado el plan. No tenía otro y los billetes hasta este lugar del mundo donde Cristo perdió la alpargata no son baratos, ¿sabes? Bueno... Supongo que sí. A fin de cuentas, tú también estás aquí.

—Puedo acompañarte hasta el sitio donde trabaja —propuso Paula, intentando cortar la cháchara.

—¡Sí, por favor! Mira..., ¿cuál era tu nombre?

—Paula...

—Mira, Paula, te estaré agradecido para toda la eternidad. De hecho, créeme, si tuviera el más mínimo interés en las mujeres, te daría un beso de película ahora mismo.

Paula soltó una carcajada y recogió sus cosas.

La idea de ir al Stardust le ponía nerviosa. No había vuelto allí desde que

ingresaron a Cris. La había visitado en el hospital tan a menudo como le había permitido el trabajo y la había llamado para cerciorarse de que se encontraba bien después de que le hubieran dado el alta, pero todavía no se había pasado por la cafetería. No estaba del todo segura de por qué demoraba la visita, pero probablemente tenía algo que ver con el hecho de que, desde entonces, Minwoo había contestado más lacónico que de costumbre todos los mensajes que habían intercambiado. Sus palabras seguían siendo cordiales, pero era obvio que el chico intentaba poner distancia entre ellos. Algo iba mal, y Paula tenía una ligera sospecha de lo que se trataba.

Cuando llegaron, cargando con la bolsa de equipaje de Dani, la persiana metálica ya estaba bajada, pero una luz débil se filtraba por los cristales. Paula dio un golpecito en la puerta y pronto oyeron unos pies arrastrándose hasta allí y el ruido del motor de la persiana poniéndose en funcionamiento. Aún estaba a media altura cuando Paula y Dani se agacharon y pasaron al interior del local. Cris entonces se quedó estupefacta, con la mano todavía puesta sobre la llave que activaba el mecanismo.

—¿Qué puñetas? ¿Qué...? ¡Joder! ¡Dani, estás como una puta cabra!

Era difícil decir si Cris estaba enfadada o emocionada de ver a su amigo. Él tampoco parecía tenerlo demasiado claro. No obstante, ella acabó dando un salto y colgándose del cuello de Dani mientras murmuraba otra retahíla de palabrotas y frases sin sentido.

Paula les dirigió una sonrisa, pero no quiso interrumpir el momento. Estaba segura de que tendrían muchas cosas que contarse. En la barra, Alex y Minwoo discutían algo en coreano y en voz baja, mientras se pasaban el uno al otro un montoncito de folios arrugados. Ante el jaleo de la puerta, dejaron de discutir y se giraron hacia los recién llegados. La mirada de Minwoo se clavó en Paula, que hizo acopio de ánimos y se dirigió a ellos.

Intentó esbozar su mejor sonrisa, deseando que Minwoo se la devolviera como si todo hubieran sido imaginaciones suyas. Pero no fue así.

—Hola —dijo, tratando de sonar lo más alegre y segura de sí misma posible.

—Hola —contestó Alex—. ¿Qué está pasando?

—Supongo que Cris ha recibido una visita sorpresa. —La sonrisa de Paula flaqueó ante Minwoo—. ¿Qué tal va todo?

Minwoo se limitó a encogerse de hombros con cierta indiferencia y, segundos después, pretextó que tenía algo que revisar en el almacén y desapareció por la puerta que daba acceso a la trastienda.

Paula suspiró.

—¿Se puede saber qué le ocurre a Minwoo? Lleva días evitándome...

Alex negó con la cabeza como única respuesta. Luego, estiró el brazo y agarró los papeles arrugados que su amigo había dejado sobre la encimera y los dobló con cuidado. Antes de que los guardara en el bolsillo interior de su abrigo, Paula constató que se trataba de la partitura una canción.

—Ahora vuelvo —indicó.

Bajó las escaleras con un nudo en el estómago. Nunca le había gustado enfrentarse a situaciones potencialmente desagradables. Siempre intentaba llevarse bien con todo el mundo y no sabía desenvolverse en las confrontaciones. Pero necesitaba averiguar qué le pasaba a Minwoo y cómo solucionarlo.

El chico estaba organizando los paquetes de café y té que abarrotaban las estanterías, así que se acercó a él y, armándose de valor, le dio un par de golpecitos juguetones en el brazo, esforzándose por actuar de la forma más natural posible. Él tardó unos segundos, pero al final se giró para mirarla.

—Subiré enseguida —se excusó, hablando algo más deprisa de lo normal—. Sólo necesito poner un poco de orden aquí abajo.

A Paula le parecía que las estanterías estaban ya bastante ordenadas de por sí, pero se abstuvo de mencionarlo.

—Sólo quería saber qué tal estáis tú y tu familia. Hace muchos días que no nos vemos y lo de Cris fue un buen susto.

—Estamos bien, dadas las circunstancias. Como has dicho, sólo fue un susto. De verdad que estoy bastante ocupado...

Paula suspiró. Estaba claro que no iba a ponerle las cosas fáciles.

—No sé si recuerdas lo que hablamos de ir al Lotte World a finales de mes —insistió—. Quería saber si el plan sigue en pie. Pedí el día libre en YenNork y no sé si...

—Ahora mismo no puedo asegurarte nada —la interrumpió Minwoo—. Han surgido cosas que tengo que hacer.

—Podemos buscar otro día —sugirió Paula—. Todavía no hemos sacado las entradas.

Minwoo cogió una caja llena de azucarillos y se dirigió a una estantería de la pared contraria.

—Déjalo. Ve con Cris. Al fin y al cabo, ya has pedido el día libre y yo estoy ocupado.

—Cris dijo que no le interesaban los parques de atracciones. De hecho, se burló de nosotros cuando empezamos a hablar del plan. ¡Pero tú estabas deseando ir! —explotó—. Minwoo, ¿se puede saber qué te pasa? Estás muy raro... —Tomó aire, dispuesta a aclarar la situación—. ¿Has estado evitándome desde la noche del hospital porque nos viste a Jay y a mí a punto de besarnos?

—¡Claro que no! —contestó él con aire indignado, aunque poco convincente—. ¿Por qué debería molestarme algo así? Que yo sepa, no ha pasado nada entre nosotros, ¿no? Estás en todo tu derecho de besar a quien quieras y, en el fondo, agradezco a Jay que ayudase a Cris.

—Entonces, ¿se puede saber qué ocurre?

Minwoo la miró, frente a frente, con los brazos en jarras. Por primera vez, Paula percibió verdadero enfado en su rostro.

—Quizás si hubieras decidido compartir algo más de información conmigo respecto al tema de Jay, no me hubiese sentido como un idiota al veros allí.

—¿Qué quieres decir?

—Cris me ha explicado de qué os conocéis los dos, lo de Barcelona. Al parecer, se lo contaste a ella la primera noche en mi casa, cuando apenas la conocías. Por supuesto, Alex también estaba al tanto de todo... ¿No consideraste oportuno contármelo a mí también en algún momento durante todos estos meses? Yo os hablé de mi pasado en WIMTS, algo que fuera de la empresa no sabe ni mi hermana ni nadie salvo mi madre, Cris y tú. Tal vez hubiese sido un detalle dejar caer, mientras no parabas de hablar sobre príncipes azules y el amor, que en todo momento estabas refiriéndote a tu aventura con Jay, del que ahora resulta que siempre has sido la fan número uno, así como que ese es el motivo de que se te cruzaran los cables y decidieras venir a Corea a perseguirle. ¿Eres consciente de lo absurdo que resulta todo esto?

Paula se quedó bloqueada. Tal como Minwoo lo había expresado, hacía que pareciese todavía más ridículo. Que utilizase como un arma lo que ella le había confesado en el ballet, sobre su tendencia excesiva a idealizar el romanticismo, lo volvía aún más doloroso.

—Vete a la mierda, Minwoo.

Él se limitó a hacer un gesto resignado mientras Paula se daba la vuelta y subía las escaleras a toda velocidad. Ni si quiera se molestó en despedirse de los demás.



CRIS

Decimosexta anotación en el cuaderno verde:

Cuando era pequeña y pasaba los veranos en Leadworth, antes de tener que instalarme allí de forma definitiva, mi abuelo solía leerme una novela de Simon Morguestern que trataba de una aldea irlandesa sobre la que pesaba una horrible maldición.

En las montañas que rodeaban la aldea, cada cierto tiempo se manifestaba el Mundo Invisible de las hadas y los trasgos, que arrasaba con todo aquel que se cruzara en su camino. Los seres fantásticos de la historia de Morguestern no eran las gentiles criaturas de los cuentos que tanto le gustan a Paula. Al contrario: en esta historia, la Reina de las Hadas era un ser terrible, lleno de poder y crueldad. Allí donde ponía la mirada, todo lo que era humano y real desaparecía. Cuando el Mundo Invisible se manifestaba en las montañas, el Tiempo tal y como lo entendemos dejaba de existir. Así, quien se hallaba en aquel lugar en ese preciso instante era arrastrado al pasado, hasta el inicio de los tiempos, antes de la Creación misma, y ahí desaparecía. Era un destino peor que la muerte, porque ni siquiera era un destino: era la Nada.

El protagonista era un chico de unos quince años que llegaba a la aldea huyendo de los bombardeos londinenses de la Segunda Guerra Mundial. No recuerdo muy bien el trasfondo de su historia y por qué acababa en aquella

aldea en concreto. Fuera como fuese, el chico acababa una noche en las montañas, justo durante la aparición del Mundo Invisible, y se veía catapultado al pasado sin remedio. Y, de repente, ese chico, que parecía destinado a perderse en el vacío de los tiempos, sentía cómo, en medio de la pesadilla de su viaje sin retorno a la Nada, lo sujetaban los cálidos brazos de una mujer. Alguien había detenido su caída. Se trataba de una bruja de esa misma aldea que paseaba por las montañas en su propia época, los primeros años de la Edad Media, y había visto el cuerpo del chico materializarse y desmaterializarse ante ella durante unos segundos. De inmediato, la bruja usaba todo su poder para aferrarlo al mundo real.

La historia continuaba con las aventuras del chico, obligado a sobrevivir en la Edad Media. En realidad, no era una gran novela, aunque a mi abuelo le encantaba. Sin embargo, recuerdo con exactitud la escena del viaje al pasado: cómo me impresionó el momento en que el protagonista, perdido en la locura de ver desaparecer el universo a su alrededor, siente que alguien lo devuelve al mundo real. Puede que ya no fuese su propia época, pero al menos era real, era algo humano.

Así es como me sentí en el momento en que Dani apareció en la puerta del Stardust de Minwoo acompañado por Paula. Como si de improviso mi amigo hubiera surgido de entre los árboles de esa montaña y me hubiese devuelto a la vida que ya noto cómo empieza a escapármese de las manos. Aquí, en esta ciudad tan alejada de mi casa donde he elegido morir, tan diferente a todo lo que he conocido hasta ahora, ha aparecido uno de los pilares básicos de mi pasado en Inglaterra.

Paula, Minwoo y Alex ni siquiera pertenecen al universo de Dani, al universo de Leadworth, y de golpe ahí estaban los cuatro juntos. Lo cierto es que nada más verlo, antes de que empezásemos a abrazarnos y gritarnos —ni recuerdo en qué idioma—, lo primero que pensé fue en lo cansado y pálido

que parecía. No alcanzo a imaginar lo que pensó él de mí al ver mi aspecto.

En realidad, Dani me había encontrado por culpa de Minwoo. La noche en que sufrí el ataque por el que acabé en el hospital, Minwoo se quedó conmigo. He de decir a favor de mi nuevo amigo que él aún no sabe qué es lo que me ocurre de verdad. Durante toda mi estancia allí, le hice creer que había sido una bajada de tensión. Tal vez por eso, o simplemente porque el amor es ciego — y, en el caso de Minwoo, también algo gilipollas—, mientras yo sentía, postrada en aquella cama de hospital, la terrible realidad de mi enfermedad y la certeza de un final no demasiado lejano, Minwoo no paraba de murmurar palabras ininteligibles en coreano y coger su teléfono móvil una y otra vez, para luego arrepentirse enseguida y volver a meterlo en el bolsillo de su pantalón.

Creo que fue la sensación de volver a hundirme en mis morbosos pensamientos de moribunda —mientras mi amigo, ajeno a todo, se perdía en divagaciones amorosas— lo que me hizo recordar a Dani. La noche en que me dijeron lo mucho que había empeorado, fue Dani el que se pasó horas hablando de sus problemas con su novio, ajeno a todo. Y ahora Minwoo hacía lo mismo. Salvando las distancias, por supuesto: Paula no es un profesor universitario con aire de trágico héroe victoriano y tampoco estábamos en casa, sino en un frío hospital. Y la verdad es que Minwoo no estaba hablando una mierda.

—Eres una compañía espectacular para una enferma.

Ya era casi mediodía y las enfermeras acababan de hacerme una visita. La madre de Minwoo había ido a buscar a Minah al colegio y él se había recostado junto a mí, como en el cuarto de luces.

Minwoo me miró como si acabase de darse cuenta de que estaba a su lado.

—¿Cómo estás?

Me incorporé un poco.

—A ser posible, me gustaría irme hoy ya a casa —contesté, evitando responder a la pregunta.

Estaba aterrada con la idea de que la familia Choi o mis otros amigos se diesen cuenta de lo que me ocurría. En el fondo, aún estoy aterrada. Salvo con Dani. Con Dani es distinto... Contárselo ha sido como compartir el peso de mi miedo y este se ha reducido a la mitad. Sé que es egoísta obligar a mi mejor amigo a cargar con mi propia losa, pero no pude evitarlo. Como ya he dicho, fue por culpa de Minwoo. Él hizo que lo recordase.

Minwoo me sonrió y me revolvió el flequillo sobre la frente. El día que murió mi abuela, poco tiempo después de que Dani llegase a mi vida, este se sentó a mi lado en silencio mientras un montón de vecinos parloteaban a mi alrededor, me pasó el brazo por los hombros e hizo el mismo gesto. No dijo nada más, ni uno de esos repetitivos «te acompaño en el sentimiento». Ahora que lo pienso, ¿cuántas veces tendrá mi abuelo que escuchar de nuevo esa frase, esta vez por mi culpa?

Empecé a llorar en ese mismo momento. Esa era la primera vez que lloraba desde que supe la verdad. Era ridículo haber aguantado todo este tiempo y empezar ahora. Minwoo se removió incómodo frente a mí y me dio unas palmaditas en el brazo. Estaba claro que no sabía cómo reaccionar ante el llanto de una chica. Algo extraño, dado que vive junto a una madre viuda y su hermana de trece años.

—Ya está, Cris... Claro que nos vamos a casa. Estás cansada y quedarte aquí no te ayuda demasiado.

Asentí, limpiándome la cara con la sábana.

—Antes de eso... ¿Me haces un favor?

Necesitaba el brazo de Dani otra vez sobre mis hombros. En realidad, me conformaba con oír su voz.

Las piernas me temblaron cuando, apoyada en Minwoo, caminé hacia el teléfono público de la cafetería del hospital. El chico había insistido en dejarme su teléfono móvil, pero yo me había negado en redondo. Iba a ser una conferencia internacional de quién sabe cuánto tiempo y no estaba dispuesta a que se hiciese cargo él de los gastos.

Marqué los prefijos con el número de mi casa. La voz que descolgó me rompió el corazón: era mi abuelo.

No estoy segura de qué le dije al principio ni de cómo pude contener las lágrimas. Minwoo me observaba de cerca, sin duda debatiéndose entre darme algo de intimidad para hablar con mi familia y mantenerse a mi lado para ayudarme con mi debilidad física. Recuerdo que le hablé del clima que hacía en Glasgow, dónde él sigue creyendo que estoy ahora mismo cuidando de mi familia paterna, e inventé una excusa patética sobre por qué no le había llamado en todo este tiempo. Ahora temo que esa conversación haya sido la última que tendré con él, pero no soy capaz de volver a pasar por lo mismo. Esa es una de las razones por las que, poco después, empecé a escribir este maldito cuaderno verde. Por todas las personas a las que no voy a ser capaz de llamar.

Dani arrebató el teléfono de las manos de mi abuelo sin miramientos. Oír su voz me hizo sonreír entre las lágrimas contenidas.

—¿Dónde coño estás, Cris? —espetó directamente en español para que mi abuelo no lo entendiera, con voz fría—. Y no me vengas con esa mierda de que estás en Escocia, porque he ido a buscarte.

Me quedé de piedra. Dani, que era incapaz de recogerme en la cafetería a la salida del trabajo sin un bufido de fastidio, había viajado hasta Glasgow sólo para comprobar si estaba bien. Ahora que lo pienso, después de lo que hizo más tarde, ese trayecto parece ridículo.

—No vuelvas a ir, ¿vale? Estoy bien, sólo quería llamaros para deciros

que no os preocupéis.

—En serio, Cris...

—Dani, déjalo. Os llamaré en unos días.

De repente, aquella idea parecía una locura. ¿Acaso pretendía decirle la verdad? La verdad no tenía ningún sentido. Miré a Minwoo, a mi lado, que no entendía una palabra de lo que estaba diciéndole a Dani.

Minwoo frente a mí y la voz de Dani en mi oído. Parecían provenir de dos vidas distintas.

—Cris —dijo Dani, helándome la sangre—, ¿de dónde es este número de teléfono?

Colgué sin ni siquiera despedirme. Definitivamente, había sido una locura.

Esa locura fue la que trajo a Dani hasta Corea. Asoció el prefijo telefónico de Corea del Sur con la historia del cantante coreano al que perseguía Harvey Nichols. Así fue como el mismísimo Jay, de forma indirecta, lo llevó hasta WIMTS y, por consiguiente, hasta Paula.

Sí, señoras y señores: menos de una semana después de esa llamada, Daniel Freire, español, residente en Leadworth, Inglaterra, aspirante a actor y becario de la universidad de Gloucester, entró en el universo de R*E*X de forma fortuita e inconsciente, como todos nosotros ya habíamos hecho antes.

Y la verdad es que lo hizo por la puerta grande: ruborizando al líder del grupo. Dani siempre ha tenido un don para ruborizar a los chicos guapos.

Paula acababa de salir a toda prisa del Stardust sin despedirse de ninguno de nosotros. Alex, que se había mantenido apartado, hizo amago de seguirla, pero reuló. A mí, que mi amiga me perdona, en ese momento me importaba más bien poco. Daba saltos de alegría en torno a Dani, que evaluaba lo que lo rodeaba estupefacto.

—¿Vienes al otro lado del mundo para trabajar en un Starbucks pintado de rojo? Joder, Cris, te has superado a ti misma...

Dejé de dar botes y lo miré sombría.

—Lo sé, soy una persona despreciable, ¡pero es su cafetería! —Señalé a Minwoo, que subía las escaleras de la trastienda con expresión dolida—. Él me arrastró hasta aquí.

Alex se acercó a su amigo y le murmuró algo en coreano. Minwoo negó con la cabeza y se volvió hacia nosotros.

—¿Este es tu Dani? —me preguntó desganado.

Asentí, agarrándolo del brazo, y tiré de él hacia los dos chicos.

—Es mi Dani... No me puedo creer que esté aquí.

Dani bufó.

—Ni yo tampoco —comenzó en inglés—. Antes de que ese capullo llegase a Gloucester, casi ni sabía que este país existía. Sin ofender —aclaró.

Minwoo levantó una ceja. Alex lo observaba en silencio, con aire aturdido.

—De todos modos —continuó sin percatarse de la reacción de los otros dos—, gracias a él estoy aquí. Casi me vuelvo loco buscando información sobre ese grupo en Internet. Menuda cuadrilla de bichos raros, chaval. —Se rio—. Estarán buenos, que no te digo que no, pero en serio... ¿De qué va el videoclip de ellos atrapados en los tubos de plástico? ¿Es algún tipo de metáfora o qué? Porque a mí me da la impresión de que sólo querían una excusa para rodar un vídeo medio desnudos.

Tragué saliva.

—Está... —murmuró Alex a Minwoo y a mí, sin apartar los ojos de Dani. Casi podíamos calentarnos con sus mejillas—, ¿está hablando de...?

Asentí poco a poco.

—Eso me temo. Está hablando de ti.

Ese fue el turno de Dani para ruborizarse.

Le confesé a Dani todo sobre mi enfermedad varias horas más tarde, cuando

nos acostamos juntos en mi cama en casa de los Choi. Él me abrazó y no dijo gran cosa, pero permaneció despierto toda la noche. Fue entonces cuando recordé aquella escena de *El mundo invisible* de Morguester.



PAULA

A diferencia de sus padres y Samuel, que eran personas extremadamente prácticas, Paula siempre había sido demasiado soñadora para plantearse en serio la posibilidad de dedicar toda su vida a gestionar las cuentas del negocio familiar. Esa era casi la única causa de discusión en el hogar de los García: su familia era incapaz de entender que quisiera trabajar en algo tan efímero y con tan pocas posibilidades económicas como la danza. De hecho, cuando regresó a casa, eufórica, la noche del *casting* de Barcelona, la noticia fue recibida con una reacción cortés pero algo descafeinada. Sólo su hermano pequeño pareció tomárselo como un motivo de celebración.

También fue Mario el único que se dio cuenta de lo nerviosa que estaba la víspera de su viaje a Barcelona para comenzar a trabajar en el concierto.

Había pasado casi todo el día metida en su habitación, intentando preparar la maleta e incapaz de completar la tarea porque nada de su armario le parecía lo suficientemente bueno para la ocasión. Al principio, se había puesto de fondo la discografía completa de R*E*X para que le diese suerte, pero aquello sólo consiguió que se sintiese todavía más histérica. Cuando llegó la hora de cenar, Samuel llamó a su puerta, pero se marchó sin comentar nada en cuanto le respondió que no tenía hambre.

—Te he traído esto —dijo Mario cuando, media hora después, entró en su habitación con un sándwich y un vaso de zumo—. ¿Estás bien? —Enarcó una

ceja—. No es propio de ti saltarte la cena.

Paula desvió la mirada de la montaña de ropa que había ido amontonado en el suelo y de pronto, sin previo aviso, rompió a llorar. Su hermano pequeño la abrazó hasta que se calmó un poco y, luego, empezó a doblar y meter la ropa de Paula en la maleta.

—¿Ves? Soy un desastre. Ni siquiera puedo preparar mi propio equipaje... ¿Cómo voy a ser capaz de hacer esto sin avergonzar a R*E*X?

—¡Vamos, Paula! Sólo son los nervios, que te la están jugando. ¡Llevas toda la vida soñando con un momento así!

—Pero papá y mamá...

—¡Con más motivo! Es ahora cuando tienes que demostrarles que están equivocados. ¿Crees que Sailor Moon se rindió en su empeño de defender el amor y la justicia a pesar de que en la vida real era una completa inepta?

—No me acordaba de tu afición a esa serie —contestó Paula, sonriendo entre lágrimas.

—No olvides que tienes una oportunidad que mucha gente pagaría por tener. No la desaproveches. Además —añadió Mario mientras se levantaba de la cama y se dirigía a la puerta—, eres mi modelo a seguir. Si tú no dejas el taller... ¿Cómo voy a reunir valor para explicarles a papá y mamá que quiero desarrollar videojuegos?

Paula sonrió de nuevo y se restregó las lágrimas con la manga de la camiseta, alborotando el pelo de su hermano con la otra mano. Como buena *crowner*, le hacía muchísima ilusión poder conocer a R*E*X y trabajar con ellos, pero, por encima de todo, deseaba probarse a sí misma y hacer que sus padres se sintieran por fin orgullosos de sus elecciones.

Había decidido luchar por su sueño y aprovechar la inesperada oportunidad que le había caído del cielo. Estaba dispuesta a alzarse sola, lejos de la sombra del taller mecánico de la familia.

Por eso, si alguien le hubiese dicho entonces que el fin de semana previo al comienzo de los ensayos en WIMTS se iba a encontrar tan alicaída, jamás lo hubiese creído.

La semana anterior había sido deprimente. Minwoo y ella se habían declarado una guerra fría en la que, si bien no habían vuelto a discutir de forma directa, tampoco se dirigían más de dos palabras seguidas cuando se veían en el Stardust. En YenNork, por su parte, la actitud desafiante de Hyomin se había multiplicado por mil desde que su compañera se había enterado de que Paula también estaba incluida en la actuación de R*E*X. Era difícil ignorarla, puesto que ambas habían empezado a ensayar con un coreógrafo de WIMTS, que se había desplazado hasta YenNork con el objetivo de prepararlas para cuando la semana siguiente se incorporasen a los ensayos con el resto del cuerpo de baile oficial de la compañía.

Todo habría sido más fácil si Alex hubiese estado disponible aquellos días. Hablar con él siempre le ayudaba a aclarar sus ideas, pero tanto él como el resto de R*E*X habían salido de la ciudad para un rodaje y apenas había podido verlo en toda la semana. Quizá por eso agradeció tanto cuando Cris le preguntó si le apetecía ir el sábado a dar un paseo por el centro con Dani y ella, para que el recién llegado se familiarizase más con la ciudad.

—No recordaba que hacer turismo fuese tan agotador —se quejó Cris al dejarse caer en los amplios escalones junto al arroyo de Cheonggyecheon.

Paula la imitó y se sentó a su lado. Llevaban un buen rato andando y empezaba a rugirle el estómago.

—¿No vamos a recorrerlo? —preguntó Dani, observando cómo el riachuelo artificial se perdía a lo lejos, entre los altísimos edificios del centro —. Se supone que este sitio es una de las diez atracciones imprescindibles de Seúl.

Llevaba en la mano una guía turística de la ciudad y del bolsillo trasero de

sus vaqueros sobresalía un mapa que había conseguido en alguna oficina de turismo antes de que Paula se uniera a ellos.

—Luego, quizá —rezongó Cris—. Dani, llevamos dando vueltas desde las ocho de la mañana... Empiezo a marearme con tanto templo y tanto mercadillo. Vas a tener tiempo de sobra para ver más cosas. Propongo que el resto del día nos dediquemos a disfrutar de la ciudad. A lo mejor meto los pies en el agua como esos chavales de ahí... —sugirió mientras observaba a unos turistas haciéndose fotos a pocos metros de ellos.

Dani, todavía de pie frente a ellas, lanzó a Cris una mirada de exasperación.

—El agua estará a siete grados como mucho. Esos chavales de ahí, como tú dices, quizá vengan de Groenlandia y eso les parezca normal, pero tú no vas a hacerlo y pillar una pulmonía.

Paula sonrió. En las pocas ocasiones en las que había podido ver relacionarse a Cris y Dani, le había sorprendido gratamente la dinámica tan curiosa entre ellos. Cuando conoció al chico en YenNork, quizá por nerviosismo o por simple desconocimiento, le había parecido mucho más extrovertido e imprudente de lo que en realidad era. Con Cris se comportaba de otro modo muy distinto, mucho más relajado y hasta protector. Ella también se había ablandado un poco desde la llegada de él. Era obvio que la presencia de Dani le resultaba reconfortante. Por primera vez, Paula sintió que estaba vislumbrando a la persona que su amiga había sido antes de llegar allí, mucho más sonriente y juvenil.

Cris le sacó la lengua a Dani.

—Estaba bromeando, idiota. Ven y siéntate un rato con nosotras.

Él obedeció y se dejó caer en medio de las dos, rendido ante la evidencia de que la mañana de turismo había llegado a su fin.

—Enseguida será la hora de comer —dijo Paula—. Podemos ir a comprar

algo para llevar.

Cris soltó un murmullo de aprobación. Tenía la cabeza vuelta hacia el sol, que brillaba con fuerza anunciando el inminente fin del invierno, con los ojos cerrados.

—Os dais cuenta de que ni siquiera es la una, ¿verdad? —les preguntó Dani.

—Aquí se come a esta hora... —se defendió Paula, algo avergonzada—. Al final acabas adquiriendo su ritmo.

—No le hagas caso, Paula, en Inglaterra también. Sólo intenta meterse contigo.

Dani sonrió. Él también se había tumbado en dirección al sol. Bajo la luz, el pelo castaño claro del chico casi parecía de un bronce intenso. Paula observó su piel pecosa similar a la de Cris, aunque algo más bronceada, y los rasgos angulosos de su cara, con una barba incipiente que indicaba que no se había molestado en afeitarse. Le pareció que era bastante guapo a su manera descuidada y algo desgarbada.

—No intento meterme con ella. Es mi compatriota y me cae bien. De hecho, me cae mejor que tú. —Dani bostezó y estiró los brazos—. Aunque, Paula, si no dejas de mirarme, va a empezar a darme mal rollo.

Paula se sonrojó y sonrió a su pesar.

—Perdona; desde hace meses, Cris ha sido lo más parecido a alguien de mi país que he tenido cerca —contestó con total sinceridad—. Se me hace algo raro que estés aquí. ¡Un chico español! —bromeó—. Casi me había olvidado de cómo sois...

Dani soltó una carcajada. Cris sonrió también, todavía sin abrir los ojos.

—Bueno, el modelo difiere un poco según la persona —contestó el aludido—. Pero me alegro de haberte traído esos recuerdos de vuelta.

Paula se rio y se tumbó al lado de ambos. Se estaba bien así, un día entero

hablando en su idioma natal, aunque a veces a Dani y Cris se les escapaban frases o palabras en inglés, el uno con el otro, como un eco de su pasado común en Inglaterra, donde era probable que mezclaran los dos idiomas todo el tiempo. En realidad, casi parecían turistas. Si cerraba los ojos y se esforzaba en concentrarse en la vaga conversación que mantenían sobre nada en concreto mientras escuchaban el murmullo de otros turistas a su alrededor junto al arroyo, casi parecía que Paula estaba allí por el motivo correcto: una simple e inocente visita al país que tanto había admirado en la distancia, quizá para intentar asistir a algún evento de sus adorados ídolos o simplemente para recrear por las calles de Seúl alguna escena de sus *doramas* favoritos.

Como si sus fantasías hubiesen decidido cobrar vida, una canción muy familiar rompió la quietud del ambiente. Cris se incorporó como un resorte al oírla y lanzó una mirada de hastío a unas adolescentes que, sentadas unos metros más allá, reproducían en su teléfono móvil una de las canciones más famosas de R*E*X mientras daban buena cuenta de un par de boles de ramen.

—Espera, esa canción me suena —murmuró Dani, que se incorporó también y se tapó el sol con la mano a modo de visera para observar a las jóvenes—. ¿No es la de los tubos de plástico?

Paula y Cris intercambiaron una sonrisa resignada.

—Pasado mañana empiezas a ensayar en su edificio, ¿no? —le preguntó Cris—. ¿Sabes si van a estar ellos?

Una punzada de nervios le atenazó el pecho al recordar su último encuentro con Jay en el hospital.

—No estoy segura, la verdad. —Suspiró—. Si te soy sincera, preferiría que no coincidiésemos. Pero va a ser difícil.

—Al menos tienes a Alex —le animó Cris—. Él hará que todo sea más fácil.

Paula asintió, esforzándose en creerla.



JAY

Jay nunca había apreciado demasiado los paisajes montañosos como el que se desplegaba en torno a él con exuberancia. Sin embargo, en ese momento se descubrió casi conmovido por la belleza. Los árboles y vegetación del Parque Nacional del Monte Odaesan todavía acusaban los efectos del invierno, muchos de ellos sin apenas hojas, y todos ellos cubiertos de una fina capa de hielo. Aun así, el efecto que creaban bajo las últimas luces diurnas era bellísimo.

También había que admitir que contemplar dicha imagen de postal invernal desde el otro lado de la enorme cristalera del *spa* privado de su hotel de cinco estrellas contribuía a valorar todavía más el paraje.

Los miembros de R*E*X habían viajado con el equipo de grabación de su próximo videoclip hasta ese parque, que albergaba uno de los bosques más frondosos del país. Allí era donde se iba a rodar casi la totalidad de las tomas del vídeo correspondiente al tema principal de su nuevo disco. Jay apoyó la cabeza en el borde del *jacuzzi*, ajustó los auriculares en sus oídos y reprodujo de nuevo la canción del vídeo. Tras haberse familiarizado bien con ella, debía reconocer que «Reality» era buena, muy buena. Quizá no de sus mejores canciones, que desde su punto de vista no siempre coincidían con las que WIMTS decidía promocionar como principales, pero, sin duda, estaba a la altura de muchos de sus *singles* más míticos. Lo cual, tras todos esos años sin

parar de promocionarse, tenía un gran mérito.

Una ligera vibración en las tablas que rodeaban el *jacuzzi* le indicó que ya no estaba solo. Hyunsoo, descalzo, vestido con un albornoz blanco del hotel y con el pelo mojado peinado hacia atrás, se tumbó en el suelo a su lado para captar los últimos rayos de sol que se colaban por la cristalera.

—¿No quieres darte un baño? —le preguntó Jay, señalando las distintas piscinas termales que les rodeaban.

—Acabo de ducharme —contestó su amigo con los ojos cerrados—. Me ha costado media hora deshacerme de todo el maquillaje.

—¿Cómo te ha ido?

Los cuatro habían tenido que turnarse para grabar sus partes en el bosque. Alex y Young iban a rodar al día siguiente, pero ellos ya habían cumplido. Jay había sido el primero en hacerlo, nada más comenzar la tarde.

—Creí que iba a morir congelado, pero por lo demás no ha estado mal. De todos modos, sigue sin convencerme el concepto... No sé por qué se empeñan en trabajar con este tío, Henry Cheng o como se llame. Cada vídeo que grabamos con él resulta más perturbador que el anterior.

Jay sonrió con malicia.

—Pues a mí me ha gustado la idea. Empiezo a sentirme especialmente unido a este bosque... —añadió, señalando el paisaje frente a ellos.

Hyunsoo soltó un bufido, se incorporó y se sentó en el borde del *jacuzzi* con las piernas cruzadas.

—¿Qué estabas escuchando cuando he llegado?

Jay se estiró para salir del *jacuzzi* y sentarse junto a su amigo. Acto seguido, quitó los auriculares del móvil para que «Reality» sonase por toda la estancia con libertad.

—¡Madre mía! Eres peor que Alex... ¿Nunca dejas de trabajar?

Como atraído por su nombre, el líder apareció en ese momento con Young.

Ambos llevaban ropa de entrenamiento, posiblemente recién llegados del gimnasio. Este último soltó un silbido de apreciación ante el despliegue de lujos del *spa* y empezó a deshacerse de la ropa, lanzándola en varias direcciones sin ningún pudor. Alex se limitó a dejarse caer en una de las tumbonas, no muy apartado de ellos, como Jay advirtió con cierto alivio.

—¿Piensas meterte en el agua sin bañador y sin nada? —le preguntó Hyunsoo a Young—. Eres consciente de que algún otro cliente del hotel puede entrar en cualquier momento, ¿verdad?

Young se encogió de hombros con desinterés mientras se deshacía de los calzoncillos y se lanzaba de cabeza a la piscina más grande

—No tengo intención de subir a la habitación a por un bañador —contestó al emerger a la superficie—. Además, no creo que ninguno de los matrimonios de ricachones que hemos visto esta mañana en la recepción vaya a quejarse por verme desnudo. Incluso puede que aporte emoción a sus existencias...

—Young siempre tan pendiente de los demás... —se burló Jay—. Tan desprendido y generoso con el prójimo.

Hyunsoo se rio levemente mientras volvía a subir el volumen de la canción en el móvil de Jay, apoyado en el suelo húmedo junto a ellos. Durante unos minutos, los cuatro la escucharon en silencio. Jay casi podía sentir la presencia de sus tres compañeros de una forma física en aquel momento: Hyunsoo a su lado, Young apoyado en el borde de la piscina, Alex sentado en la tumbona. De repente, el peso de la realidad le golpeó como una losa. No iban a hacer más vídeos juntos y tampoco iban a componer más canciones. Este disco sería el último.

Cuando la canción terminó, todos permanecieron en silencio. Jay se dio cuenta de que se estaba quedando helado. La piel mojada se le había puesto de gallina.

Casi como si un espíritu burlón de las montañas pretendiera atormentarle,

en ese momento un miembro del personal que les acompañaba entró en el recinto termal para reclamar a Hyunsoo y a Young. Young salió del agua, rodeándose la cintura con una de las toallas disponibles, y obedeció en silencio. Hyunsoo lanzó una mirada de advertencia a Jay antes de seguir a su compañero.

Jay sabía lo que entrañaba la expresión de su amigo. Iba a quedarse a solas con Alex, y el fantasma que llevaba planeando sobre ellos durante meses estaba ahora más a flor de piel que nunca. Hyunsoo no quería que Jay sacara el tema, pues no era la situación idónea para comentar de nuevo sus planes de abandonar WIMTS, en un lugar donde podría entrar cualquiera, lejos de casa. En el fondo, Jay sabía que Hyunsoo tenía razón, pero empezaba a estar harto de evitar hablar de nada con Alex, harto de esa situación.

—No quiero que este sea nuestro último trabajo juntos —se descubrió diciendo de golpe, pocos minutos después de que los hubiesen dejado solos y sumidos en el silencio.

Alex lo miró. Si le había sorprendido la repentina intervención de Jay, no lo demostró.

—Yo tampoco —dijo simplemente.

Jay se levantó y se puso un albornoz. Si iban a tener aquella conversación en el peor sitio posible, al menos no quería estar semidesnudo.

—No tendría por qué serlo —insistió.

—Sois vosotros los que habéis tomado la decisión —replicó Alex.

Su templanza empezaba a sacarle de quicio, pero Jay se esforzó por mantener la calma.

—Ni siquiera has querido escucharnos, dejarnos explicarte lo que nos pasa, por qué hemos decidido esto. Podría funcionar si nos fuéramos los cuatro.

Los ojos de Alex destellaron con un brillo extraño que Jay no pudo

interpretar.

—Eso es imposible.

—¡En ese caso, dime por qué! —le increpó Jay.

Alex se puso en pie negando con la cabeza y, sin mirarlo, caminó hacia la puerta del recinto.

—Ya es tarde para eso. No puede ser y punto —murmuró mientras se alejaba.

Jay se adelantó y le sujetó del brazo, quizás agarrándole con más fuerza de la necesaria. Se dio cuenta, para su horror, que una parte de él quería hacerle al menos daño físico, porque el dolor emocional parecía reservado exclusivamente a él en esa conversación.

—Espero que tengas alguien en quien confiar y a quien contarle qué demonios te pasa por la cabeza —le espetó antes de soltarlo—, porque está claro que hace tiempo que ya no somos nosotros.

8.

*... que a veces
parece tristeza*



PAULA

Paula agradeció que el Centro de Aprendizaje y Entrenamiento de WIMTS, en el que iba a practicar todo el equipo de baile para el concierto, no se ubicase en el edificio principal. Haberse visto obligada a entrenar en el gigantesco rascacielos cubierto con las fotos de R*E*X no hubiera hecho sino incrementar su nerviosismo.

Pero, afortunadamente, aquel primer día los habían citado en un edificio anodino de tres plantas, a una manzana de WIMTS. Paula había pasado por esa calle en alguna ocasión y nunca se había fijado en él, ni mucho menos había imaginado que fuese propiedad de la compañía de R*E*X. Tenía aspecto de nave industrial, pero, a diferencia de YenNork, que tenía el encanto de las fábricas europeas de principios del siglo xx, el Centro de Entrenamiento simulaba un frío y aséptico almacén sin el menor interés para cualquier viandante. Paula pasó la identificación que Cath le había entregado por el lector que estaba situado junto a la puerta y entró en un vestíbulo blanco, una réplica algo más pequeña del deslumbrante vestíbulo del rascacielos de WIMTS. En ese momento, fue consciente de lo mucho que le gustaba YenNork, con sus grafitis y sus paredes de ladrillo.

Cuando llegó a la sala de ensayo, ya había bastante gente dentro, así que intentó mezclarse entre los bailarines y pasar desapercibida. Los demás presentes charlaban animadamente. Incluso distinguió a Hyomin participando

en una relajada conversación en medio de un pequeño corrillo. En momentos así, Paula se reafirmaba en su empeño de seguir practicando coreano para evitar sentirse tan excluida. Sin embargo, que su grupo de amigos más cercano fuera capaz de hablar con ella en inglés no le ayudaba demasiado. Todavía estaba lejos de poder mantener una conversación en condiciones.

Cuando llegó el director artístico, todos se pusieron en posición. El hombre echó un vistazo rápido a los bailarines y, sin previo aviso, puso la música. Paula agradeció para sus adentros haber podido conocerle en YenNork porque, a pesar de las sesiones de preparación de la semana anterior que habían recibido tanto ella como Hyomin, necesitó recurrir a toda su concentración para seguir el ritmo de aquella gente. Si bien en este tiempo ya se había acostumbrado al ritmo trepidante de YenNork, lo de WIMTS iba un paso por delante. Ese grupo de bailarines parecía estar en perfecta sincronía y tener una reserva de energía inagotable. Además, su técnica era perfecta e incluso los pasos más modernos, que permitían una ejecución más libre, eran rigurosamente precisos. Por primera vez, Paula fue consciente de que, si bien no se hallaba ante una compañía de ballet de fama mundial, tenía la suerte de estar trabajando con un cuerpo de baile de élite que dominaba todos y cada uno de los estilos y registros que le pusieran por delante. Esa idea despertó en ella un sentimiento de orgullo y deseó que sus padres y su hermano Samuel pudieran presenciar lo que estaba logrando por su cuenta.

A media mañana, cuando ya llevaban un par de horas practicando, llegó el momento que más había temido desde que Cath le anunciara que iba a formar parte de todo aquello: sin previo aviso, en mitad de una canción, R*E*X entró. Paula había estado dando vueltas a cómo debería comportarse frente a Jay, al que no había vuelto a ver desde esa noche en el hospital, pero en el fondo le inquietaba más Alex. Aunque su amigo nunca lo había mencionado de forma directa, probablemente porque intentaban no hablar demasiado de R*E*X

cuando se juntaban en la cafetería de Minwoo, estaba segura de que, para él, el Stardust era una especie de refugio, un mundo paralelo a espaldas del resto del grupo. Además, a Paula también le preocupaba que los demás bailarines supieran sobre su relación con dos de los miembros de R*E*X, pero resultaba difícil mantenerse indiferente ante Alex.

Aunque los cuatro chicos mostraron una actitud amable con su cuerpo de baile, la diferencia de estatus era más que evidente. En cuanto ellos entraron en la sala, el ambiente se tensó de inmediato. Cuando pasaron por su lado, Alex le guiñó un ojo con disimulo y a Paula le pareció ver la sorpresa reflejada en el rostro de Jay. Después, sin mediar palabra, se colocaron al frente de la formación y el ensayo siguió como si nada hubiese ocurrido.

Durante el siguiente descanso, mientras todos recobraban el aliento y bebían con ansia de sus botellas de agua, los miembros de R*E*X se reunieron con el director artístico para discutir algún detalle del espectáculo.

—¿Paula García?

Paula alzó la vista, sintiendo como su corazón, ya de por sí agitado por el esfuerzo, amenazaba con salirse del pecho mientras el director le hacía un gesto con la mano para que se acercara. Al caminar hacia ellos, notó todas las miradas del resto de bailarines clavadas en su nuca.

—Señorita García —comenzó el hombre en inglés—, como bien sabe, la principal razón por la que usted está aquí es porque ya trabajó con el grupo en el concierto de Barcelona. Jay me ha comentado que, además, usted fue su compañera de baile, así que doy por sentado que aprendió la coreografía de «Slow Rythm».

Paula asintió sin comprender. Aunque esa canción formaba parte de un número de baile que habían realizado en España, en realidad era de Insomnia. Tras el debut, Jay y Young habían compuesto su propia versión del tema para un programa que conmemoraba al artista. Cuando la contrataron para el

espectáculo de Barcelona, a Paula le había sorprendido que la canción estuviese entre las elegidas para el concierto. Hacía bastante tiempo que no lo interpretaban en Corea.

—Como imaginará, para este evento tan especial hemos querido recuperar actuaciones míticas de R*E*X, pero ninguna de las bailarinas actuales conoce aún la coreografía. ¿Usted todavía la recuerda? ¿Sería capaz de bailarla?

Estuvo a punto de soltar una risita de amargura, pero se contuvo. Esa era la coreografía que Jay y ella habían estado practicando antes de su primer encuentro en los baños del estudio de baile y la misma que habían estado bailando cuando la besó en el escenario de Barcelona. ¿Cómo iba a olvidarla si había pasado los últimos meses repitiéndola en su mente una y otra vez? De forma instintiva, su vista se desvió primero a Jay, que mantenía el rostro impasible, y después a Alex. Casi podía leer los pensamientos de este último buscando a toda velocidad una forma de librarla del mal trago, pero Paula, con un gesto casi imperceptible, le indicó que no pasaba nada. Tal vez le incomodara al principio, pero aquello era trabajo y quería ser profesional.

—Requeriremos algo más de su tiempo para ensayar este número —insistió el director—, pero espero que eso no sea un problema.

—No, está bien. Puedo hacerlo.

—No se hable más entonces. Vuelva a su sitio.

Paula regresó hasta el banco donde había estado sentada, pero durante el resto del ensayo ya no pudo volver a pasar desapercibida. De hecho, el castigo de Hyomin no se hizo de esperar: cuando estaban a punto de acabar la última coreografía del día, se desvió de su curso para ponerle una zancadilla, como ya había hecho el día que se habían conocido. Mientras se levantaba del suelo con las rodillas doloridas, Paula no pudo evitar percatarse de la ironía de la situación. No tanto tiempo atrás, hubiera deseado que Jay saliera corriendo en ese mismo instante para ayudarla a levantarse, como si de un

príncipe se tratara, mientras que en aquel momento sólo podía rezar para que ninguno de los R*E*X moviera un solo dedo.

Al finalizar aquel primer día agotador, se quedó sola en el vestuario. Se había entretenido en la ducha más de lo normal, hasta que estuvo segura de que las demás chicas se habían ido a casa.

—He estado esperando hasta que todo el mundo se ha marchado —dijo Alex desde el umbral, y le lanzó con cuidado un paquetito de hielo que Paula no dudó en ponerse en el tobillo.

—¿Ya vuelves a hablarme? —bromeó entretanto.

—Lo siento. He pensado que era lo mejor, que tendrías más oportunidades con los otros bailarines si no sabían que somos amigos.

—Lo sé. Te lo agradezco —contestó Paula con resignación—. Aunque ya has visto que tus esfuerzos han sido en vano.

—¿Estás bien? —Él se sentó a su lado y colocó la pierna dolorida sobre su regazo para buscar cualquier signo de hinchazón.

—Sí, creo que sólo es el golpe y el cansancio. La verdad es que no entiendo qué narices le pasa a esa chica conmigo. Cath dice que esta celosa porque yo he tenido suerte con todo esto...

—Y tiene razón. No te lo tomes a mal —añadió Alex apaciguador—. No quiero decir que no te lo merezcas, pero tienes que entender que en España tuviste una oportunidad que en Corea no es tan fácil de conseguir. Aquí estás tú, casi salida de la nada, bailando con el mismísimo Jay, cuando Hyomin lleva toda la vida luchando para trabajar en una gran compañía de entretenimiento sin conseguir grandes resultados.

—¿La conoces? —se asombró Paula al oírle mencionar su nombre.

—Desde hace unos cuantos años. No tenemos una relación cercana ni nada parecido, pero es alguien que siempre ha estado por nuestro entorno. Espero que toda esta situación no te dé muchos más problemas —concluyó Alex,

levantándose del banco y tendiéndole la mano para que se pusiese de pie—. En fin, tenía pensado dejarme caer por el Stardust. ¿Vienes conmigo? —Paula debió de hacer algún mohín involuntario, porque Alex torció el gesto—. Venga, no seas tonta. No podéis estar peleados toda la vida...

Lo cierto era que, si había algo que le ponía tan nerviosa como la idea de volver a bailar con Jay, era la posibilidad de no volver a ver cómo Minwoo le dirigía su cálida sonrisa.



CRIS

Decimoséptima anotación en el cuaderno verde:

Yo había estado en Myeongdong sólo una vez, cuando Minah se empeñó en que Minwoo y yo pasásemos la tarde de un sábado con ella haciendo las compras navideñas. Se trata de una de las zonas más transitadas y populares de Seúl, llena de cafeterías y restaurantes, en pleno centro.

Me doy cuenta de que, así explicado, casi parece que estoy refiriéndome a la Isla, el barrio del Stardust, WIMTS y, algo más alejado, el YenNork de Paula. Sin embargo, las diferencias entre ambas zonas son notables. La Isla está compuesta por interminables rascacielos y avenidas de mínimo seis carriles de circulación, y la gente que se mueve por allí de lunes a viernes siempre parece ir con prisa. Myeongdong, por el contrario, está repleto de comercios de ropa y cosmética, y los grandes almacenes para todos los bolsillos conviven en perfecta armonía con las tiendas de lujo. Los edificios son más corrientes e intimidan mucho menos, y los turistas y los curiosos se pasean a sus anchas por sus calles empinadas. Mientras que la Isla se transforma en un lugar tranquilo los fines de semana, sin apenas tráfico ni peatones, en Myeongdong no puedes caminar un par de metros sin tropezarte con alguien.

Pero la diferencia principal entre ambas zonas de Seúl, desde mi punto de

vista, es la presencia de R*E*X.

Los negocios de la Isla giran alrededor de la industria del entretenimiento, pero la presencia de R*E*X allí es más una sensación velada que una realidad. Sabes que siempre están cerca, sabes que buena parte del barrio orbita de alguna manera en torno a ellos y puedes ver el jodido rascacielos de WIMTS desde cualquier parte. Pero es en otras zonas mucho más mundanas de la ciudad donde de verdad se perciben los frutos del trabajo que se realiza en la Isla. A modo de ejemplo, en Myeongdong es imposible dar un paso sin toparse con el rostro de alguno de los R*E*X en algún escaparate. En Corea, casi toda la publicidad parece orientada a la industria discográfica y Alex, Jay y los demás aparecen en todas partes. No sólo patrocinan una de las cadenas de cosmética más populares, sino también una marca de ropa deportiva. Por no hablar de su indiscutible reinado en las propias tiendas de discos... De hecho, el K-pop tiene un lugar privilegiado de Myeongdong, en pleno cruce de las calles principales, donde se alza una tienda de varias plantas dedicada a la comercialización de sus productos.

Aquel domingo me encontraba precisamente frente a ese edificio, en medio del barrio en plena ebullición, contemplando la cara de Jay que me devolvía la mirada desde un cartel inmenso, cuando un jadeante Dani me alcanzó sujetando las bolsas de plástico con los regalos que acabábamos de comprar para Minah.

—Las dos cosas que más odio —masculló algo enfadado—: ir de tiendas y las aglomeraciones.

—Los Choi me han acogido en su casa casi sin pedir nada a cambio y ahora tú mismo estás viviendo con ellos, así que lo menos que podemos hacer es prepararle una buena fiesta de cumpleaños a Minah.

—No he dicho lo contrario, sólo que dudo que unas sudaderas y un par de discos vayan a convertir su cumpleaños en algo inolvidable.

Suspiré exasperada. Dani tenía razón. Llevaba días dándole vueltas al tema de la fiesta de cumpleaños de la hermanita de Minwoo y era incapaz de dar con la idea perfecta para que aquel día fuera especial y, así, conseguir agradecerle todo lo que estaban haciendo por mí. Aunque no se lo había dicho ni siquiera a mi amigo, me sentía fatal por la jugarreta que le estaba haciendo a la cría, dejando que se encariñara conmigo sólo para que me viera morir poco después. Por eso necesitaba darle algo que no olvidara jamás. Necesitaba convencerme de que, cuando pensase en mí, no todos los recuerdos serían amargos.

Sentí una familiar corriente de terror que pugnaba por aflorar en mi garganta y me esforcé por bloquear ese pensamiento como llevaba haciendo meses. Agarré con fuerza el collar, oculto en el bolsillo de mi abrigo, mientras le lanzaba un último vistazo a la imagen en la pared de su verdadero dueño. Todavía tenía un propósito delante de mí, una misión que cumplir.

—¿Te importa si nos apartamos un momento de la avalancha de turistas? —refunfuñó Dani.

—Larguémonos —accedí, agarrándole de la mano para arrastrarle en otra dirección—. Además, yo también empiezo a agobiarme.

No paramos de andar hasta que nos hubimos alejado del tumulto de las tiendas, unas calles más arriba, cuando de golpe Dani tiró de la mano que aún no le había soltado y me obligó a parar.

—Espera, mira esto. ¿Es una iglesia?

Observé el edificio que me señalaba, decorado con vidrieras y coronado con una torre alta de tejado puntiagudo. El tibio sol de finales de marzo se reflejaba en su fachada de aspecto cálido y familiar. Casi parecía una construcción clásica europea que, de algún modo, había acabado por error en medio de los rascacielos y los templos budistas de Seúl.

—Es probable que sea una catedral —le informé—. En Corea hay

bastantes cristianos.

En la puerta se agolpaba un pequeño grupo de personas de varias edades, todas con un pequeño ramo de olivo en la mano, disponiéndose a entrar.

—La leche, Cris —murmuró Dani, agradablemente sorprendido—. Había olvidado que casi es Semana Santa. Seguro que están celebrando el Domingo de Ramos. Mi abuela habrá sacado hoy sus mejores galas para ir a misa... — Me lanzó una mirada repentina, como si acabase de darse cuenta de algo—. Escucha, ¿quieres que entremos?

—¿Entrar a oír misa? —Me quedé algo sorprendida—. Bueno, si te apetece... Pero no he pisado contigo una iglesia desde que ese chico irlandés que conocimos en Leadworth nos invitó a acompañarle una vez. El que se largó a Estados Unidos a trabajar de granjero... ¿Cómo se llamaba?

—Andrew —contestó Dani despistado, con la mirada fija en los fieles que entraban a la catedral.

—Cierto, ¡Andrew! —Me reí—. Nunca me quedó claro si estaba más interesado en ti o en mí.

Pero Dani no me hacía caso. Es probable que Minwoo, Paula o Alex no se hayan dado cuenta, ya que ellos no conocían al Dani de antes de venir a Seúl, despreocupado, alegre y algo egoísta. No conocían al Dani que era mi amigo antes de que le contase lo de mi enfermedad. Pero lo cierto es que ese chico al que yo sí conocía bien ha cambiado. Se esfuerza en parecer el de antes, pero no termina de conseguirlo. El Dani de antes, al recordarle la historia del irlandés, se hubiera reído conmigo automáticamente, rememorando lo impresionante que nos había parecido con sus tatuajes, sus ojos azules y su chupa de cuero, y el ridículo que habíamos hecho intentando llamar su atención por todos los medios posibles.

Apenas unos días después de su llegada a Seúl, sorprendí a Dani hablando por teléfono con una de nuestras vecinas en Leadworth, una mujer que regenta

un *bed & breakfast* en nuestra misma calle, para pedirle que estuviese pendiente de mi abuelo durante su ausencia. Al parecer, mi abuelo piensa que ha regresado a España una temporada para participar en una obra de teatro. Sé que Dani suele tener exámenes de la universidad en primavera, pero en ningún momento los ha mencionado. Tampoco parece haber comprado un vuelo de vuelta. Va a quedarse en Seúl, conmigo, renunciando a todo lo demás.

Él cree que no me fijo en lo pendiente que está de mi aspecto o de si me canso más de lo normal mientras trabajo. Cree que no me fijo en que no deja de pensar ni por un segundo en lo que yo me esfuerzo por ignorar. Pero ni siquiera Dani es tan buen actor.

—Quieres que entre a esa iglesia a suplicar por mi alma antes de morir, ¿es eso? —susurré con voz monocorde.

Mi amigo dio un respingo. Aunque no lo habíamos acordado, ninguno mencionábamos el tema de mi muerte de forma tan directa, como si hacerlo lo volviera más real. Ni siquiera habíamos pronunciado esa palabra la noche que llegó y le confesé todo.

—Yo no he dicho tal cosa —contestó con una mezcla de sorpresa y enfado en la voz.

—Entonces, ¿qué? ¿A qué viene todo esto? —Señalé la iglesia—. Sabes lo importante que es para mí que estés aquí, pero me miras como si me fuera a romper en cualquier momento...

—¡Es que puedes romperte en cualquier momento, Cris! —se alteró—. Te dio un colapso hace poco y acabaste en el hospital. ¡No puedo actuar como si no pasara nada!

—¡Y yo no puedo vivir pensando en este tema todo el tiempo! —exclamé frustrada. Necesitaba que él, más que nadie, lo entendiera.

No sé cuándo habíamos empezado a gritar ante esa catedral que nos recordaba a casa, pero algunos feligreses nos lanzaron miradas de

desaprobación.

—Eso es lo bueno de estar en Corea —continuó—. He empezado de cero y casi puedo olvidarme de que...

Dani me agarró de los hombros, clavando en mis ojos una mirada decidida, y justo entonces me di cuenta de que llevaba días dándole vueltas al asunto.

—Cris, en Inglaterra hay médicos...

—¡Aquí también hay médicos!

—Claro que sí, ¡pero con los de allí puedes comunicarte en tu idioma! Quizá si volvemos, si encontramos una segunda opinión... —Más que enfadado, Dani sonaba desesperado—. Tal vez haya alguien que pueda darte alguna esperanza. Hasta hace poco, la patología de tu corazón apenas te impedía hacer una vida normal, ¿y ahora se supone que de la noche a la mañana...?

—Mi padre murió de esta misma enfermedad —le corté—. Sé perfectamente, desde hace tiempo, que no se puede hacer nada. Sólo que ahora sé que mi caso es algo más grave que el suyo y ha degenerado antes.

Dani me soltó sorprendido y dio un paso atrás.

—No digas estupideces, tu padre murió en un accidente de tráfico.

—Mi madre murió en un accidente de tráfico —le confesé al fin—. Mi padre conducía y se le paró el corazón. Entonces era casi una niña y los resultados de la autopsia no me importaron mucho; ¿qué más daba la causa si estaban muertos de todos modos? Pero, poco después, a mí me diagnosticaron lo mismo. Exactamente lo mismo. ¿Crees que me he conformado con lo inevitable? ¿Que no he consultado a varios médicos durante todos estos años?

Dani suspiró y se acercó, esta vez para sujetarme con fuerza y atraerme hacia él en un abrazo.

—No sé qué hacer, Cris —susurró contra mi pelo, con una voz de derrota que no le conocía—. Me siento inútil. Me frustra pensar que cualquier día

puedo perderte y que no haya nada que pueda hacer para evitarlo. Y odio estar rodeado de todos esos desconocidos, tus nuevos amigos, que no saben nada sobre esto. Me da igual si voy al infierno por decir esto delante de una catedral, pero a veces pienso que ni siquiera pestañearía si tuviera que cambiar todas sus vidas por la tuya. ¡Maldita sea! No soporto seguir en este país. Aquí todo está mal. Tenemos que volver a casa. Tenemos que volver a Leadworth.

—Sabes que no puedo hacerlo —contesté con la voz entrecortada por la emoción—. Todavía me queda algo que hacer en Seúl...

—Esa estúpida promesa tuya —musitó él resignado mientras me apretaba más contra sí.

De lo que Dani no parece darse cuenta es de que esa estúpida promesa es lo único que tengo ahora mismo, mi único objetivo. Tengo que devolverle el collar a Jay y hablarle de Harvey Nichols.

No quiero ni pensar en qué es lo que quedará de mí cuando por fin lo haya conseguido.



PAULA

Paula se arrellanó más en el destartalado sofá orejero del sótano del Stardust, sujetando con ambas manos una taza de café recién hecho. Cris estaba tumbada en la parte libre del sofá, con su delantal rojo ya abrochado, balanceando distraída las piernas sobre el reposabrazos. En otro de los sillones frente a ellas, con los pies sobre un cajón vacío en un gesto relajado, Alex daba tranquilos sorbos a su té. Aunque todavía era temprano y el local seguía cerrado, los tres habían intentado refugiarse allí de la acalorada discusión que se cernía sobre sus cabezas, en el piso superior.

Por lo que les había contado Cris, Minwoo llevaba un par de días insistiendo en que Dani trabajara con ellos también y, de ese modo, poder permitirse ampliar el número de horas de apertura de la cafetería, pero al madrileño no parecía entusiasmarle la idea.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que esto no es como un Starbucks? —argumentó Minwoo con tono ofendido—. Tiene personalidad propia. No sé si te has dado cuenta, pero...

—Tiene sofás de mimbre, me he dado perfecta cuenta —replicó Dani aburrido—. ¡Y eso no va a hacer que cambie de idea! Esto es un maldito Starbucks de color rojo. La ciudad entera está repleta de Starbucks como el tuyo que se empeñan en demostrar que no son Starbucks, por no hablar de los Starbucks reales... Dios, ¡no había visto una jodida ciudad con más jodidas

cafeterías en toda mi vida! Si te soy sincero, aun no sé cómo conseguiste que Cris cediera, porque la Cris que yo conozco...

—Igual ha cambiado un poco desde que llegó aquí —le cortó la amortiguada voz de Minwoo.

—¡Señor, dame paciencia! —exclamó Cris, poniendo los ojos en blanco mientras se incorporaba del sofá—. Anoche se pasaron horas viendo juntos un programa de televisión coreano sin el menor sentido sobre gente adulta que jugaba al escondite, como si fuesen amigos de toda la vida, y hoy han vuelto a las andadas. Voy a subir y a darle un puñetazo a cada uno como no cierren el pico de una vez. Disculpadme.

Alex y Paula asintieron, incapaces de contener una sonrisa.

—A veces pienso que lo que les pasa a esos dos es que tienen celos el uno del otro —comentó Alex en cuanto Cris desapareció por las escaleras—. Como cuando los niños pequeños discuten sobre quién es el favorito de mamá.

—No lo había pensado, pero supongo que tienes razón. —Paula comprobó su reloj, distraída—. Creo que debería marcharme ya... Tengo que ir a WIMTS a dejar toda la documentación que me han pedido para el contrato del concierto.

—Puedo acercarte si quieres. —Alex dejó su taza—. Quería pasarme por allí y he venido en coche.

—Vaya, ¡gracias! ¿Vamos, entonces?

Él asintió y recogió su abrigo del perchero que colgaba junto a una de las estanterías repletas de paquetes de café. En ese momento, Dani apareció por las escaleras, llevándose las manos a la cabeza y revolviendo todavía más su cabello pajizo en un gesto de frustración.

—Os juro que a veces lo estrangularía mientras duerme. Le he insistido en que tengo dinero suficiente para pagarle el alquiler, pero se niega a aceptarlo. En cambio, pretende que trabaje con él en esta especie de... ¿Qué pasa? ¿Os

marcháis? —preguntó desde el último escalón, pasando la mirada del uno al otro.

—Sí. Paula tiene que ir a WIMTS a firmar unos papeles y yo quería aprovechar para recoger un par de cosas.

—¿Puedo ir con vosotros? —les pidió Dani, bajando el resto de escalones de un salto.

Paula y Alex cruzaron una mirada fugaz, llena de dudas. Por un instante, Paula fue incapaz de imaginarse al chico entre las paredes del brillante y frío universo de R*E*X.

—No os llevará mucho tiempo, ¿verdad? —insistió Dani, percatándose de su indecisión—. Os juro que no molestaré a nadie explicándoles lo perturbador que me parece todo ese mundillo, ni recitaré a Shakespeare en voz alta. ¡Sé comportarme en sociedad! Pero necesito salir de aquí y perder de vista a Minwoo un rato. Además, se supone que desde ese edificio hay unas vistas impresionantes de la ciudad, ¿no?

—¿Desde cuándo estás tan informado de los asuntos de WIMTS? —preguntó Paula con sorna.

—No me interesa. Lo leí cuando estaba investigando...

—¿Investigando?

—Tenía que saber algo sobre esta ciudad de locos antes de venir, ¿no? —contestó airado, aunque era bastante obvio que no les decía toda la verdad—. En fin, ¿puedo ir o no?

—Espero que te gusten los gofres —comentó Alex como única respuesta mientras se ponía el abrigo y buscaba las llaves de su coche—. La cafetería de la terraza de WIMTS hace los mejores del país.

Acceder al edificio por la entrada del aparcamiento para empleados, montada en un coche tan impresionante como en el que estaba subida en ese momento,

fue una agradable novedad para Paula. Una vez que estuvieron dentro, Alex frenó frente a la línea de los ascensores y les indicó que bajaran.

—Esperadme aquí. Iré a aparcar y me acercaré al control de seguridad para recoger los pases.

—¿Cómo? ¿Alejandro Magno necesita un pase en su propio imperio? —inquirió Dani con tono burlón mientras se bajaba del coche.

—No es mi imperio. Y no, no necesito un pase, pero tú sí, a menos que quieras acabar como Hefestión. —Y sin añadir nada más, arrancó con el atisbo de una sonrisa escapándose de sus labios.

—He de admitir que el tipo tiene clase...

Paula soltó una carcajada. En el fondo, estaba contenta de que Dani hubiera ido con ellos. Aunque todos parecían olvidarse cuando compartían un café en el sótano del Stardust, Alex pertenecía a aquel País de las Maravillas, loco y deslumbrante. Por una vez, era reconfortante entrar por la madriguera con alguien que estaba tan fuera de lugar como ella.

—¡Eh, vosotros dos!

Cuando se giraron en dirección a la voz que les increpaba, comprobaron que un guardia de seguridad se acercaba a ellos con cara de pocos amigos.

—No sé cómo narices os habéis colado aquí —dijo en un inglés bastante aceptable—, pero os quiero fuera en medio segundo. ¿Cuántas veces tenemos que repetir que los fans no podéis entrar al edificio?

—¿Se refiere a nosotros? —preguntó Dani en español a Paula, alzando una ceja.

—Disculpe, pero se está equivocando...

—Nada de excusas jovencita —insistió el hombre, que por fin había llegado hasta donde se encontraban—. ¿Crees que no me las conozco todas ya? ¿Vais a hacerme caso o tenemos que sacaros de aquí a la fuerza? —Estiró unos brazos muy voluminosos hacia ellos.

—Perdón, ¿hay algún problema?

Paula suspiró aliviada al reconocer la voz Alex. Por el contrario, el hombre se cuadró al instante, como si hubiera vuelto al ejército y estuviera saludando a uno de sus superiores.

—¿Hay algún problema? —repitió el líder de R*E*X, tendiéndoles sus acreditaciones sin dejar de mirar al guardia.

—Oh, no. Por supuesto que no, señor —respondió este, haciendo una reverencia con una de las sonrisas más falsas que Paula hubiese visto jamás. Después se volvió hacia los dos españoles, inclinándose también ante ellos—. Espero que disfruten su visita.

—Muchas gracias. Que tenga un buen día —concluyó Alex, empujándoles con cuidado en dirección a la entrada al edificio.

Por un instante, los tres permanecieron en silencio, pendientes de cómo los números de la pantalla digital descendían con lentitud a medida que el ascensor se acercaba a su planta. Paula ya casi se había acostumbrado al poder que la gente como Alex podía ejercer sobre otras personas, pero, si lo pensaba con frialdad, le seguía pareciendo imposible.

—Pues nos reíamos de lo de Alejandro Magno, pero... —Dani soltó un silbido apreciativo.

—No digas tonterías —contestó Alex, visiblemente incómodo, mientras introducía su identificación en el panel de mandos y tecleaba el piso al que se dirigían.

—No pasa nada por reconocerlo, Alex —intervino Paula—. Si lo piensas, es normal que la gente se comporte así. R*E*X es el grupo más popular de la empresa, por no decir de todo el país. Seguro que la gran mayoría del dinero que se mueve aquí lo generáis vosotros. Lo quieras o no, eso os da poder.

—Claro. A fin de cuentas, los trabajos de mucha gente dependen de vuestro éxito —apostilló Dani—. Seguro que ese hombre paga la hipoteca y los

estudios de sus hijos gracias a ti.

—Muchas gracias por los ánimos, chicos. Pensar en eso es reconfortante. —A pesar de su tono irónico, Paula vislumbró un matiz de inquietud en la voz de su amigo—. Tenemos que bajarnos en este piso.

Aunque todavía era bastante pronto, el edificio ya se encontraba en plena actividad. La gente con la que se cruzaban trataba de disimular las miradas, aunque Paula no estaba segura de si se dirigían a ella y Dani, o al líder de los R*E*X. Por si acaso, estiraba un poco el cuello de forma inconsciente, como si eso fuese a hacer más visible su acreditación.

—Aquí están las oficinas de administración, Paula —señaló Alex frente a una puerta—. Nosotros iremos entretanto al estudio que está al fondo del pasillo para recoger unas partituras y volveremos enseguida a buscarte, ¿de acuerdo?

Paula asintió y se giró para llamar a la puerta de las oficinas. Cuando entró, se encontró en una espaciosa estancia de grandes ventanales, repleta de cubículos donde unas veinte personas, trajeadas a la perfección, tecleaban en sus ordenadores a toda prisa. Separándoles de la puerta había un mostrador donde una chica, no mucho mayor que ella, atendía a uno de los bailarines con los que Paula había estado ensayando las últimas semanas. Cuando llegó su turno, se acercó al mostrador y saludó a la joven con una inclinación de cabeza.

—*Annyeonghaseyo* —comenzó en coreano, vocalizando despacio para asegurarse de que no se equivocaba. Aunque había avanzado bastante con el idioma, todavía le daba algo de vergüenza hablar de forma abierta. Sin embargo, la sonrisa que le había dirigido la chica le había hecho decidir que ese era el momento perfecto para empezar—. Soy Paula García. Me dijeron el otro día que tenía que traer mi documentación y firmar algunos papeles.

—¡Oh, claro! Para el concierto de R*E*X, ¿verdad? —contestó la

empleada de WIMTS sin dejar de sonreír, hablando muy despacito para hacerse entender bien—. Déjeme el pasaporte y el visado, por favor.

Paula le tendió los documentos. Todavía le resultaba algo extraño el formalismo, la jerarquización y el uso de honoríficos que inundaban las relaciones sociales en Corea. En España, jamás hubiera tratado de usted a alguien de su misma generación, aunque fuese un completo desconocido. Pero por primera vez se sentía cómoda ante un trabajador de WIMTS. Paula se preguntó si no se debería a que por fin era capaz de comunicarse en coreano, aunque fuese de una forma muy rudimentaria.

La otra chica estaba comprobando sus datos y pasándolos al ordenador a toda velocidad.

—¿Lleva mucho tiempo en Corea? Habla coreano bastante bien.

—¡Qué va! —Paula sabía que el cumplido era fruto de la educación más que de su verdadera capacidad con el idioma, aunque se sintió agradecida—. Todavía me queda mucho por aprender, pero gracias.

—La práctica hace la perfección. Lo importante es esforzarse. —Con un gesto rápido, cogió unos papeles de la impresora y se los tendió a través del mostrador—. ¿Puede firmar aquí, por favor? —Paula asintió y puso su nombre en todos los sitios que la chica le fue indicando—. Eso será todo, señorita García. Que tenga un buen día.

Paula le devolvió la sonrisa mientras hacía una reverencia y salió de la sala, guardando su documentación en el bolso una vez más.

—... y te juro que si logró subir al trono fue porque, de algún modo, se las apañó para convencer a los ingleses de que era poco menos que la reencarnación del rey Arturo.

Dani y Alex habían vuelto a buscarla, como habían prometido, pero Paula no pudo evitar preguntarse de qué narices estarían hablando y cómo habían llegado a aquel tema de conversación. Al parecer, a juzgar por el rostro

consternado de Alex, él también pensaba lo mismo, pero hacía un gran esfuerzo por simular interés. Aun así, en cuanto la vio se acercó a ella, visiblemente aliviado.

—¡Ya has vuelto! ¿Cómo ha ido? ¿Todo bien?

—Sí. Supongo que sí. En realidad, sólo se trataba de firmar unos papeles. Nada complicado. Pero ¿sabes qué? —Sonrió a su amigo—. ¡He sido capaz de comunicarme en coreano! Ha sido una conversación sencilla, pero aun así ha estado muy guay.

—Perfecto. Nivel desbloqueado. Entonces, ¿podemos ir ya a comer esos famosos gofres? —preguntó Dani, llevándose una mano al estómago—. La verdad es que tengo un poco de hambre.

Aunque acababa de empezar la primavera y el frío aún reinaba en Seúl, ese día estaba despejado, con el sol despuntando sobre un cielo azul. Las plantas que colgaban de la azotea empezaban a recuperar su esplendor y, tal como había afirmado Dani, desde allí las vistas de la ciudad eran espectaculares.

—¡Vaya! —exclamó Paula admirada—. ¡No me extraña que el quinto miembro eligiese este lugar para morir!

—Eso no tiene gracia —dijo Alex, intentando sonar más duro de lo que su rostro delataba.

—Lo siento, no he podido evitarlo.

—Todavía soy incapaz de hacerme a la idea de que Minwoo fuera parte de todo esto en algún momento —comentó Dani—. ¿En serio todos teníais la misma pinta de pardillos antes de pasar por un estilista?

—No digas eso. Además, Minwoo...

—... no es feo —terminó Paula por Alex, mirando distraída el interminable enjambre de edificios que se extendían por el horizonte.

Obviamente, no era como Hyunsoo. Tampoco era como Jay, Alex o Young,

pero era guapo a su manera. Descuidado, cálido y reconfortante como los sillones que había acumulado en la trastienda de su cafetería. Como tu jersey favorito, ese que lleva años contigo y que, pese a estar lleno de pelusas, no cambiarías por uno nuevo ni en broma.

—Supongo que todo el mundo tiene su público —murmuró Dani, lanzando una mirada extraña a Paula.

—¡Alex *hyung*!

Los tres se giraron a la vez en dirección a la voz del más joven de los R*E*X reclamando a su líder. Al fondo de la terraza, sentados en una de las mesas del exterior de la cafetería, Young y Hyunsoo parecían encontrarse en mitad de una entrevista, a juzgar por la cantidad de cámaras que los rodeaban. Alex miró interrogante a Paula y Dani.

—No te preocupes, ve con ellos —contestó Paula.

—Volveré enseguida. ¿Podéis pedirme un americano? Por cierto —añadió tras haber dado un par de pasos—, si me aceptáis una recomendación, pedid el gofre con crema chantillí al bourbon... ¡Os prometo que no habéis probado nada mejor!

—¿Chantiqué? —preguntó Dani a Paula mientras entraban en la cafetería, cuyas paredes eran cristaleras por las que se colaba el sol del exterior y a través de las que les era imposible no ver la entrevista que se desarrollaba fuera.

Hicieron el pedido en la barra y fueron a sentarse a una de las mesas más alejadas de la entrada, ante una pantalla que reproducía vídeos de los artistas de WIMTS.

—He de admitir que los sillones de mimbre de Minwoo son más cómodos que estos —comentó Dani mientras daba un sorbo a su bebida—, pero negaré habértelo dicho. —Lanzó una mirada de simpatía a Paula—. ¿No te alucina estar aquí? Teniendo en cuenta que eras fan del grupo, quiero decir...

Paula sonrió con ternura. Evitaba hablar demasiado de ese tema delante de los demás, sobre todo desde que Minwoo y ella habían discutido, pero había algo en la expresión de Dani que le dio confianza. Si bien el chico no parecía nada atraído por el mundo del K-pop, Paula supo que sería capaz de comprenderla de alguna manera.

—Han pasado tantas cosas, y tan rápido, que a veces me cuesta procesar que hubo una época en la que Alex, Jay, Hyunsoo y Young sólo existían para mí a través de la pantalla de mi ordenador. —Paula sonrió con timidez—. Cuando vivía en Cheongde, Seúl parecía un lugar mágico, casi salido de un mundo de fantasía. Nadie a mi alrededor compartía mi afición, era la única de mis amigas que escuchaba K-pop, que veía series coreanas... Estaba ahorrando para venir de vacaciones, aunque me daba miedo hacerlo sola. Soñaba con pasear por las calles de Seúl y con poder comprar los discos de R*E*X en una tienda de discos, llena de sus pósteres y fotos, en lugar de tener que hacerlo por Internet; con probar la comida que siempre veía en los *doramas*...

—Al final lo conseguiste. Y no sólo de vacaciones, estás viviendo aquí, rodeada de tus ídolos.

—Pero ha dejado de ser tan mágico, ¿sabes? —argumentó Paula—. Ha empezado a ser real. Es difícil de explicar...

—Creo que te entiendo. A mí me pasó algo parecido. También me enamoré de un país y me largué a vivir en él en cuanto tuve la oportunidad.

—¿Inglaterra?

Dani esbozó una sonrisa nostálgica, pero no dijo nada más. Dejó que su mirada vagase distraída por la cafetería, hasta que se detuvo en las cristaleras por las que se veía a Alex, Hyunsoo y Young hablando con los periodistas.

—¿Estamos seguros de que el pelirrojo de bote no es gay también?

Paula alzó una ceja en dirección a Dani. Le costó unos segundos

comprender que se refería a Hyunsoo.

—Quiero decir, ya sé que no deberíamos dejarnos llevar por los estereotipos y siempre he detestado a la gente que cree que yo debo comportarme de un determinado modo sólo por ser homosexual, pero ese chaval... ¿no es un tanto... principesco?

—Te refieres a eso. —Paula se interrumpió cuando la camarera se acercó a llevarles el gofre que habían pedido para compartir—. Yo tuve la misma sensación cuando empecé a seguir a R*E*X. Hyunsoo siempre ha sido como un príncipe inaccesible. La primera vez que lo oí cantar, me puso la piel de gallina. —Sonrió al recordar con nostalgia esos tiempos donde todo era mucho más simple—. Tiene una voz preciosa. Pero, de los cuatro, siempre fue con el que más me costó empatizar. Parecía considerar que estaba un escalón por encima del resto del mundo. Las *crowns* suelen bromear con ese tema, dicen que es como si llevara una corona invisible en la cabeza. No obstante, desde que empecé a trabajar en Barcelona, mi percepción ha cambiado un poco. Alex habla a veces de él y nada de lo que dice encaja del todo con la imagen que transmite a las fans. Además, cuando he coincidido con Jay y Hyunsoo al mismo tiempo... Es difícil de explicar, pero creo que Hyunsoo es la persona en la que Jay más confía.

—Pues en ese caso seguro que es un excelente ser humano —murmuró Dani, más para sí mismo que para Paula—. Si el omnipresente Jay confía en él, nada puede fallar...

Ella dio un sorbo a su propio café, sin entender muy bien el comentario de Dani.

—Lo cierto es que Hyunsoo todavía es un misterio para mí —continuó, retomando la conversación—, pero en el fondo empiezo a pensar que su actitud fría sólo es una pose que creen que encaja con su aspecto físico. Mira esto. —Le mostró las páginas de una revista para adolescentes que había

estado hojeando mientras esperaban a que les sirviesen las bebidas—. *Top Ten* de los ídolos de K-pop más guapos. Por supuesto, él es el primero, pero, si te fijas, la mayoría de ellos transmiten en las fotos esa misma sensación de príncipes de hielo, de seres inalcanzables.

—¿*Top Ten* de los más guapos?

Dani le quitó la revista para estudiar las fotos con expresión analítica y después volvió a desviar la mirada hacia fuera, donde Alex era todo sonrisas educadas, Young un torbellino de energía y Hyunsoo permanecía sentado con una pierna cruzada sobre la otra dando sorbos a su taza de café como si nada en este mundo importara.

—Ni siquiera es tan guapo. Es demasiado... No sé, parece sacado de esos mangas japoneses.

Resultaba imposible negar que Hyunsoo era prácticamente perfecto, pero Paula entendía a qué se refería Dani. Cuando había visto a los R*E*X por primera vez en el ordenador de su hermano, su mirada no se había detenido en la belleza extraordinaria de Hyunsoo, sino en el atractivo que Jay exudaba por todos los poros de su piel.

En aquel momento, Alex se despidió con una reverencia y los cámaras empezaron a cambiar de posición, buscando diferentes ángulos para sacar un par de fotos a los dos entrevistados. Mientras lo hacían, Hyunsoo pareció distraerse apenas un instante y se subió un poco la manga doblada de la camisa, que parecía revelarse contra él deslizándose más allá de su codo, mientras disimulaba un suspiro de cansancio. Fue un gesto casi imperceptible y tan natural, que Paula pensó que en ese ínfimo segundo le había resultado cien veces más atractivo que en cualquiera de las miles de sesiones fotográficas que había visto de él.

—¿De qué hablabais? —preguntó Alex, que por fin había alcanzado la mesa donde se habían sentado.

—Paula y yo debatíamos sobre la posibilidad de que tu amiguito Hyunsoo fuese gay.

De forma instintiva, Alex se giró a mirar alrededor de ellos, nervioso. Después se relajó levemente, pero Paula no pudo evitar compadecerse de él. Tenía que ser horrible vivir cada día al borde del abismo, seguro de que si alguien desvelaba tu verdadero yo, tu carrera y probablemente tu vida estarían acabadas.

—Tranquilízate, Alex —dijo Dani, que también se había percatado de su reacción—. No es para tanto...

—No lo entiendes... Corea no es España o Inglaterra. Ya sé que allí tampoco es algo que todo el mundo acepte, pero aquí es un tema casi tabú, y más si hablamos de gente como nosotros. Se espera que seamos un ejemplo para las generaciones más jóvenes.

—¿Y qué mejor ejemplo que admitir lo que eres, y defender la justicia y la igualdad para todo el mundo? ¡Claro que no lo entiendo!

—Sólo hay una celebridad hasta la fecha que haya hecho pública su homosexualidad y, créeme, no lo tiene nada fácil. No es eso lo que se espera de nosotros. Ya no sólo es que debamos ser parangones de la moral. Además, puesto que tenemos que dar la imagen de estar a disposición de nuestras fans, es impensable ver en nosotros a personas con instintos sexuales o relaciones románticas reales, y mucho menos con una orientación sexual que la mayoría de la sociedad coreana considera inaceptable.

—Alex, lo que dices no tiene ningún sentido. No me puedo creer que vuestros fans prefieran veros tristes y solitarios...

—No es tan raro, Dani —terció Paula—. En Occidente no es tan exagerado, pero también hay casos así. Todavía recuerdo la que se montó cuando Harry Jones anunció que iba a casarse. Muchos de sus seguidores abandonaron el club de fans oficial. Algunos volvieron al redil cuando se

divorció.

—Pero no hubo ninguna otra repercusión, ¿verdad? Harry Jones no dejó de trabajar y su vida no se arruinó por aquello.

—Las cosas son diferentes aquí —insistió Alex—. Hace ya años, una de las actrices más famosas del momento se quedó embarazada sin tener una pareja estable. No sabemos cuáles eran sus planes con respecto al bebé, pero poco importó, porque la verdad salió a la luz cuando la tuvieron que hospitalizar por un aborto natural. En vez de mostrar compasión por lo que le había ocurrido, las empresas que la patrocinaban le retiraron todo su apoyo, rescindieron los contratos por los que iba a participar en un par de *doramas*... De la noche a la mañana pasó de estar en lo más alto a que nunca volviera a saberse de ella.

—Tal vez ahora sea más feliz, sin toda esa presión a su alrededor —dijo Dani tozudo.

—Lo sé. ¿Crees que no lo he pensado? El problema es que una vez que entras en este mundo, ya no puedes pensar sólo en ti mismo. —Alex apartó la vista hacia sus compañeros—. Alejandro Magno también tiene que pensar en sus soldados.

Aquello pareció acallar a Dani y los tres se sumieron en un silencio incómodo, bebiendo de sus tazas y picoteando trocitos del gofre que Paula estaba segura hubiera disfrutado mucho más en otra situación. Le entristecía mucho saber que la conversación que habían mantenido en el ascensor, sobre cómo los puestos de trabajo de mucha gente dependían de los éxitos de R*E*X, impedía que una de las personas más maravillosas, amables y justas que conocía fuera feliz.

—¿En serio? —soltó Dani unos minutos después con tono incrédulo y ligeramente irritado, sacándola de sus pensamientos.

Cuando Paula alzó la cabeza de su *moccha* y siguió la mirada del chico,

captó durante apenas un segundo la imagen de un vídeo de Hyunsoo besando a Young. Aquel beso se había hecho tan viral poco después de que ella llegara a Corea que ya había visto esa actuación en todos los medios posibles. En una ocasión, Alex le había hablado del enfado de Young tras lo ocurrido.

—Eso es diferente, Dani —respondió Paula, adivinando lo que el otro chico estaba pensando—. Es sólo *fanservice*. No pasa nada porque en el fondo todo el mundo sabe que no es real.

—Sólo *fanservice*, ¿eh? A ver si lo he entendido bien: ¿es perfectamente normal que dos tíos se besen de mentira para aumentar las ventas, pero que alguien se enamore de forma genuina de una persona de su mismo sexo es pecado mortal? ¿Sabes lo que opino de eso? —dijo Dani enfadado—. Que es retorcido, medieval e hipócrita. Y me parece una absoluta falta de respeto hacia los homosexuales que su majestad el príncipe Hyunsoo se preste a este tipo de juegos.

—Dani, no...

Alex no pudo terminar la frase porque, justo en ese instante, Young y Hyunsoo se acercaron a la mesa en la que estaban los tres sentados. Al parecer, mientras ellos discutían, la entrevista había terminado. Los reporteros seguían fuera recogiendo sus cámaras.

—¡Buenos días! —dijo Young con su sempiterna sonrisa en su terrible pero adorable inglés. Hyunsoo se limitó a hacer una leve inclinación.

Alex presentó a sus dos compañeros y estos se sentaron a la mesa junto a ellos. Aunque era obvio que la razón por la que habían decidido sentarse allí era única y exclusivamente Alex, Paula no pudo evitar sentirse algo extraña y a la par emocionada por encontrarse fuera del trabajo rodeada de tres de los cuatro miembros de R*E*X. Quizá que el cuarto miembro que faltaba fuese Jay hacía la situación más agradable y menos violenta de lo que hubiera podido esperar en un primer momento.

Los tres compañeros intercambiaron unos comentarios en coreano, pero pronto Young se dirigió con amabilidad hacia Paula y Dani, volviendo a inclinar la cabeza con otra sonrisa, a modo de disculpa por no ser capaz de comunicarse mucho más con ellos. Aunque a Paula siempre le había resultado imposible resistirse a la energía y el encanto del más joven de los R*E*X, Dani parecía impermeable: se limitó a devolverle el gesto torciendo la boca en un amago de sonrisa desganada, y permaneció sentado en su sillón con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Aunque Alex se esforzaba por traducir alguna frase y Paula captaba algún que otro retazo de lo que decían en coreano, costaba mantener una conversación cuando en la mesa había personas que no compartían ningún idioma. Tampoco ayudaba demasiado que con cada comentario o gesto de Hyunsoo Dani soltara un pequeño bufido. Al principio, nadie pareció darse cuenta, pero llegó un punto en el que Paula estuvo segura de que Hyunsoo lo había notado y estaba empezando a molestarse.

En el momento en que la tensión que reinaba en el ambiente casi podía cortarse con un cuchillo, las pantallas de la estancia volvieron a reproducir la actuación del infame beso.

—¡No! —exclamó Young mortificado, escondiendo la cara entre las manos—. Broma. Sólo broma —intentó aclarar el muchacho en inglés a Paula y Dani.

Hyunsoo se limitó a componer una sonrisa de absoluta indiferencia, desviando la mirada de la pantalla como si lo que en ella aparecía no le interesase lo más mínimo. Quizá fuera porque se trataba de la primera vez que sonreía desde que se había sentado a la mesa, o bien porque en aquel gesto resumía toda la imagen fría y distante que Paula se había esforzado en intentar desmontar ante Dani sin éxito, pero esa chispa encendió la pólvora que llevaba un buen rato amenazando con estallar.

Alex observó a Dani con aprensión. Este había apartado su silla de la mesa y se había puesto en pie.

—No lo aguanto más —le dijo a Paula en español—. Os espero en el aparcamiento.

Tiempo después, Paula recordaría lo que pasó en el siguiente minuto como si fuera una película a cámara lenta. La camarera salió de detrás de la barra con una bandeja en la que llevaba un par de *smoothies* verdes para unos clientes. Dani recogió su cazadora y se dio la vuelta para salir del local, indignado, justo cuando la mujer pasaba por detrás de él. Dani y la camarera chocaron y la bandeja salió disparada hacia el techo, mientras que los *smoothies* verdes acabaron impregnando el pelo perfectamente cuidado de Hyunsoo, así como parte de su ropa. Fuera, los reporteros, que todavía no habían terminado de recoger, se giraron e inmediatamente se pusieron a fotografiar la humillación del chico al que apenas media hora antes habían estado alabando. Young soltó una risita nerviosa y Alex se quedó paralizado en el asiento. Pero lo peor fue la mirada de odio que intercambiaron Dani y Hyunsoo.

Paula estaba segura de que ninguno de los dos olvidaría aquel momento en mucho tiempo.



PAULA

El temido día llegó y, una tarde de principios de abril, Paula se encontró de nuevo a solas con Jay. Habían terminado el entrenamiento grupal y ambos iban a ensayar «Slow Rythm» junto con Young y la bailarina que actuaría con él. Pero el más joven de los R*E*X tenía programada aquella tarde una entrevista en la otra punta de la ciudad, así que el propio director artístico, que también parecía tener otros compromisos, había cancelado la sesión. Aun así, había insistido a Jay y Paula en que ambos se quedaran practicando, pues consideraba que ella necesitaba todo el tiempo extra que pudiera conseguir.

Para su alivio, Jay no intentó sacar de nuevo el tema de lo que había pasado entre ambos ni la absurda cruzada de Paula hasta Corea del Sur, sólo se centró en los pasos de baile y la música. Ella, por su parte, a pesar de haber comenzado la sesión muy concentrada, empezaba a sentir cómo su atención iba disminuyendo poco a poco, influida por el calor que emanaba del cuerpo sudoroso de su compañero. Se reprendió mentalmente, intentando recordarse a sí misma que Jay ya le había dejado claro que jamás podría darle lo que esperaba; no obstante, su cuerpo se sentía atraído hacia el de él casi sin remedio. Era como volver a esa primera noche de Barcelona una y otra vez, esforzándose por resistirse a algo que, en el fondo, sabía irresistible.

Jay la hizo girar hacia un lado, la elevó en el aire y, cuando la bajó con lentitud, su nariz rozó por un segundo la piel de Paula, que quedaba al

descubierto bajo su camiseta. Aquel contacto, que no debió de durar más de una milésima de segundo y que con su pareja habitual de baile en YenNork le habría parecido irrelevante, incendió su sistema nervioso. Percibía las manos de Jay posadas en la curva de su espalda cuando quedaron frente a frente, mirándose a los ojos sin dejar de bailar. Paula siempre había sentido cierta debilidad por las manos de Jay, grandes, elegantes y masculinas. De improviso, empezó a sentirse como si estuviera sumergida bajo el agua, incapaz de nadar hacia la superficie, incapaz de tomar aire.

Casi había olvidado cómo era tener a Jay tan cerca y la tortura que resultaba resistirse a sus encantos, pero, cuando empezaba a marearse bajo aquella mirada tan intensa, Jay empezó a cantar la canción casi de forma automática, inconsciente de lo que estaba haciendo. Tenía la respiración irregular a causa de las interminables horas de entrenamiento y los jadeos que se le escapaban de vez en cuando, junto con aquella voz tan maravillosa, hicieron que Paula terminara de perder la cabeza.

A diferencia de las ocasiones anteriores, esa vez fue ella la que, poniéndose de puntillas para llegar a su altura, le besó con desesperación, como si aquello fuera a devolverle el aire que le faltaba. Jay le correspondió casi al instante. Entre beso y beso, mientras él se quitaba la sudadera, se encaminaron hacia el vestuario, pero acabaron tropezando y perdiendo el equilibrio. Jay soltó un quejido divertido al caer al suelo, pero Paula se puso sobre él, lo que de inmediato hizo que dejase de sonreír y le ayudara a quitarse su camiseta. Por un momento, olvidaron que estaban en una sala de baile de WIMTS y que cualquiera podría entrar allí y verlos. Paula volvió a inclinarse hacia delante, buscando los labios de Jay una vez más. Él estiró el brazo y le apartó el pelo de la cara, poniéndoselo detrás de la oreja. Entonces Paula frenó en seco.

—¿Estás bien? —preguntó él con la voz entrecortada, pillado por sorpresa

a medio beso.

Por algún motivo, ese gesto le había evocado el rostro de Minwoo la noche en que habían ingresado a Cris y, de pronto, todo el hechizo se había desvanecido. Se preguntó qué demonios estaba haciendo, tropezando otra vez con la misma piedra cuando ya había quedado claro que aquello no iba a ninguna parte.

—No puedo... —susurró, quitándose de encima de Jay y dejándose caer a su lado, con la espalda en contacto con la madera del suelo—. No puedo. Lo siento.

Permanecieron los dos ahí un rato, tumbados y en silencio, recuperando la respiración. Paula estaba confusa, con muchas ideas dando vueltas en su mente, pero incapaz de concretar ninguna. No entendía cómo se había dejado llevar así cuando había creído estar superando lo de Jay, ni tampoco entendía cómo había sido capaz de detener aquella locura de una forma tan abrupta.

—Sientes algo por Minwoo, ¿verdad?

Paula giró la cabeza hacia Jay, que seguía con la vista clavada en el techo del estudio.

—¿Qué has dicho?

—Que creo que sientes algo por Choi Minwoo —repitió él con calma.

—¡No! —exclamó ella indignada. Volvió a recordar su cara en el hospital cuando la había visto con Jay, su voz enfadada en el almacén del Stardust cuando le reprochó que no hubiese sido sincera con él, su relación fría y distante de las últimas semanas y, por primera vez, dudó—. Quizá... —Suspiró frustrada—. ¿Qué importa ya, en cualquier caso? Ahora mismo estoy muy segura de que sólo soy una molestia para él.

Jay soltó una risita que Paula no comprendió muy bien, pero no añadió nada más. Volvieron a guardar silencio un rato, contemplando el techo. Paula casi esperaba con temor que él volviese a decir algo, pero no lo hizo. Pasados

unos minutos, Jay se levantó y volvió a ponerse la sudadera.

—Voy a ducharme. Creo que será mejor que lo dejemos por hoy.



CRIS

Decimoctava anotación en el cuaderno verde:

Hacia un par de semanas que Minwoo, Dani y yo éramos los únicos ocupantes de los sofás del sótano. Alex y Paula apenas se habían pasado por la cafetería aquellos días y, cuando iban, se limitaban a saludarnos y no se quedaban más de diez minutos, con la promesa de que, una vez que hubiese pasado el concierto que estaban preparando, las cosas cambiarían y dispondrían de mucho más tiempo libre.

Tengo que reconocer que les echaba un poco en falta. En parte porque reunirnos a tomar café se había convertido en un ritual con el que empezar las mañanas o acabar las noches. Pero, sobre todo, porque Minwoo y Dani ocupaban la mitad del tiempo que pasaban juntos discutiendo y la otra mitad comportándose como si llevaran siendo jodidamente amigos toda la vida, enganchados a aquel programa coreano en el que un montón de tíos se dedican a correr, gritar y atacarse los unos a los otros. Como insisten bastante, a veces me uno a ellos, pero el caso es que no termino de verle la gracia y siempre acabo mareada por la ingente cantidad de cartelitos de colores que usan los coreanos en la edición de todos sus programas.

Ante semejante panorama, entenderéis por qué la tarde en que Paula y Alex regresaron al Stardust, tras tantos días de frenético trabajo, los recibí con los

brazos abiertos.

Minwoo y Paula seguían sin comportarse entre ellos como antes, cosa que hacía que el ambiente fuera algo raro, aunque los demás ya nos habíamos acostumbrado a su guerra fría y tendíamos a relacionarnos con ambos por separado, por más que estuvieran en la misma habitación. Sin embargo, aquella noche Paula parecía más animada de lo normal.

—¡Llegamos a tiempo! —exclamó a modo de saludo cuando entró por la puerta, comprobando su reloj de pulsera justo antes de lanzar el bolso a un sofá.

—Paula... —protestó Alex tras ella con voz suplicante.

—¿Se puede saber a qué viene este alboroto? —preguntó Dani, que, en contra de su voluntad, había acabado sacando la basura aquel día.

—¡El muy idiota nos ha estado ocultando que hoy se estrena el nuevo videoclip de R*E*X! Demos gracias a que yo sea una fan muy bien informada. Saldrá en la tele en... —Paula volvió a examinar su reloj— ¡dos minutos!

Alex dirigió una mirada ávida al mando de la televisión que estaba abandonado en el reposabrazos del sofá orejero, pero Minwoo se apoderó de él, en un gesto rápido, antes de que pudiese siquiera moverse. Mientras mi amigo subía el volumen de la televisión, Paula y yo nos apresuramos a situarnos junto a él frente a la pantalla. Alex se había dejado caer en un sofá con aire derrotado, apoyando los codos sobre las rodillas y con las manos tapándole la cara. Dani, por su parte, estaba usando todas sus dotes de actor para disimular la curiosidad que sentía.

—Vamos, no será para tanto —comentó Minwoo tratando de animar a Alex.

—Es para tanto y más —murmuró él con la voz amortiguada por sus propias manos.

A mi lado, Paula soltó una risita nerviosa. En ese momento me di cuenta de que, a pesar de todo lo que había pasado en los últimos meses, seguía siendo

una *crowd*. Una fan más, emocionada ante el nuevo trabajo de sus músicos favoritos. Cuando el presentador terminó de hablar y la pantalla se puso en negro, ella aguantó la respiración... y sería una maldita mentirosa si dijera que yo no lo hice también.

Al principio apareció una joven asiática, con un sencillo vestido blanco y el pelo suelto en ondas suaves sobre los hombros, caminando por lo que parecía el interior de una mansión antigua de estilo inglés. Dani hizo un ruido apreciativo y empezó a murmurar que conocía el lugar exacto en Yorkshire donde se había rodado esa escena, pero nadie le hizo caso. La chica, distraída, pasó las manos por los tomos antiguos de la impresionante biblioteca y eligió un libro. Cuando lo sacó de la estantería, la imagen volvió a fundirse en negro.

Empezó a sonar una tenue melodía casi de cuento de hadas que pronto se transformó en algo más eléctrico. La oscuridad fue aclarándose, dando paso a un bosque de luz blanquecina. Alguien surgió de entre los árboles. Hyunsoo caminaba por un sendero mientras comenzaba la letra, vestido con un extraño atuendo que combinaba cuero y una camisa blanca de estilo victoriano. Identifiqué al instante la voz oscura y grave del miembro de R*E*X que cantaba la primera estrofa. No se me escapó la mirada que Minwoo lanzó en dirección a Paula cuando reconoció la voz de Jay. El chico de la pantalla seguía caminando mientras el bosque se volvía más y más frondoso. Había algo sensual en la imagen de Hyunsoo en ese bosque que no atinaba a comprender, más allá del aire sugerente que el chico emana en todo lo que hace casi sin esfuerzo. Apoyó la mano en el tronco de un árbol, con la boca entreabierta y los ojos entornados. Miró a su alrededor como temiendo ser observado.

—Decidme que no estamos viendo una versión porno de «Caperucita», por favor —murmuró Dani en español a Paula y a mí, mirando a Hyunsoo con desgana.

Esboqué una sonrisa burlona que se me congeló en la cara cuando el siguiente personaje apareció en escena, con una ropa similar a la de su compañero, que mezclaba el erotismo del cuero negro con la fragilidad de las prendas de algodón.

—Y ahí tenemos al lobo feroz... —concluyó Dani, observando a Jay en la pantalla.

En realidad, lo parecía. Jay contemplaba el bosque que le rodeaba, solo y jadeante. Su mirada hubiera podido hacer estallar los árboles. Cayó de rodillas y clavó los dedos en la tierra húmeda. Entonces desapareció y otro de los miembros de R*E*X le sustituyó. Young tenía el pecho al descubierto y estaba sudoroso. Sus jadeos superaban a los de Jay mientras se tambaleaba por el bosque. Era como si todos interpretasen al mismo personaje, que se deslizaba por aquel lugar con ese aire turbio y decadente. Era casi como si...

—¡Se los está follando! —exclamé con voz incrédula al percatarme del simbolismo del vídeo—. ¡El bosque se los está follando!

Minwoo se giró atónito hacia Alex, que parecía haberse hundido más en el sofá, y en ese momento reparé en que había hablado en inglés y no en español. Sentí cierta culpabilidad por avivar su vergüenza, aunque estaba convencida de que al menos Dani había comprendido el significado del vídeo mucho antes que yo.

En el bosque empezó a llover. Paula se llevó una mano a la boca para disimular una sonrisa y Minwoo reprimió una carcajada. Aquello era demasiado. En ese momento, Young desapareció y fue sustituido por el cuarto miembro de R*E*X.

Todos ahogamos un grito de sorpresa mientras el Alex que estaba en el sótano del Stardust soltaba un gemido de vergüenza. Aunque no mostraba su torso como Young, la ropa se le pegaba al cuerpo por la lluvia y varios mechones de pelo oscuro le caían sobre la cara, mientras se retorció de placer

al llegar tambaleante a unas rocas frente a un arroyo. Costaba creer que ese dios sexual de la pantalla fuera el mismo chico con vaqueros y jersey que compartía con nosotros las tardes muertas bebiendo café en el almacén. Por mucho que el precio de sus vaqueros triplicase el del sofá orejero desde donde nos observaba ruborizado.

Estaba claro que el bosquecito sabía lo que hacía y lo hacía más que bien, porque el gemido final del Alex de la pantalla resonó entre los últimos acordes de la canción. El paisaje volvió a oscurecerse hasta ennegrecerse por completo.

Ninguno dijimos nada mientras la imagen final mostraba otra vez a la chica de la mansión de Yorkshire, cerrando de golpe el libro que sujetaba antes de volver a colocarlo en la estantería. Nos quedamos en silencio mientras el logo de WIMTS ocupaba la totalidad de la televisión.

—Ha sido... —comenzó Paula, que es el tipo de persona que odia los silencios incómodos y se esfuerza al máximo por destruirlos, aunque ello implique sustituirlos por una conversación más incómoda todavía.

—... interesante —concluyó Minwoo, que por una vez no pareció consciente de que estaba participando de forma activa y voluntaria en una conversación con Paula. La risa brillaba en sus ojos.

—¡Muy interesante! —enfaticó ella con gentileza—. ¡Eres muy buen actor, Alex! Casi parecía que de verdad estabas... Ya sabes...

Ese fue el turno de Paula para ruborizarse, incapaz de terminar la frase, mientras Minwoo y yo, sin poder contenernos más, estallábamos en carcajadas.

—En serio, tío, ¿dónde está ese bosque? —dijo Minwoo con la voz rota por la risa—. No me importaría que el domingo fuéramos a hacer un picnic por allí.

Alex le lanzó una mirada asesina y se levantó con toda la dignidad que le

quedaba con intención de irse. Pude ver que la comisura de la boca de Dani se torcía en una risa contenida ante el comentario de Minwoo. Sin embargo, mi amigo, que en circunstancias normales estaría revolcándose en el sofá entre carcajadas, se esforzó por mantener la seriedad. Se levantó y sujetó a Alex del hombro.

—A mí me ha gustado —comentó con voz neutra mientras empujaba a Alex con delicadeza hacia el sillón del que acababa de levantarse. Sorprendentemente, él se dejó hacer con demasiada facilidad—. La canción es muy buena.

Noté que Dani evitaba por todos los medios mirarme. ¿Buena? Los dos sabíamos que el K-pop estaba tan alejado de sus gustos musicales como la danza folclórica de Pakistán.

—Y hay que admitir que el vídeo impresiona bastante —añadió conciliador—. No va a pasar desapercibido.

Alex miró a Dani confuso. Seguía ruborizado.

—Está claro que no va a pasar desapercibido —añadí yo, intentando reparar el daño de mi anterior intervención.

Entonces ocurrió algo insólito: Alex se echó a reír, nervioso, y todos lo acompañamos. Paula se acercó a él y lo abrazó por los hombros, repitiéndole una y otra vez lo guapo que salía. Minwoo se deslizó desde el suelo frente a la televisión hasta el sillón de Alex mientras este evitaba que se acercase más fingiendo estar enfadado con él, empujándole con las piernas en dirección contraria.

Yo, sin embargo, me quedé ahí sentada observándolos. Quizás aquel estúpido programa de televisión, que Dani y Minwoo me obligaban a soportar, no fuera lo único causante de que me alegrara que estuviéramos otra vez juntos los cinco.

Esa noche, Dani, Alex y yo acompañamos a Paula hasta la casa de huéspedes donde se alojaba y después fuimos andando hasta el piso que compartían los miembros de R*E*X, situado en un lujoso bloque de apartamentos en uno de los laterales de la Isla. La verdad es que el contraste entre el lugar donde vive Paula y el edificio de apartamentos de Alex es asombroso. Aun separados por un paseo de una media hora, parecen mundos opuestos. A pesar de todo, los dos tienen algo en común: no son ni la mitad de acogedores que la casa de la madre de Minwoo. Al ver las dos residencias, no pude evitar dar las gracias para mis adentros a la familia Choi por haberme ofrecido un verdadero hogar en aquella ciudad.

La noche era bastante agradable. Se notaba que ya estábamos en primavera y que el frío iba remitiendo poco a poco. Sin embargo, ya era bastante tarde y había poca gente por la calle, lo cual es un alivio cuando te acompaña una de las caras más reconocibles del país. De hecho, el propio Alex nos confesó, mientras nos alejábamos de casa de Paula, que nunca puede permitirse salir a dar un paseo por Seúl antes de las once de la noche, cuando el número de viandantes empieza a ser mucho más reducido, y siempre por zonas no muy concurridas. En una ocasión, durante el trayecto, una pareja agarrada del brazo se quedó mirándolo cuando cruzaron por nuestro lado. Ella le susurró algo a su novio con una sonrisa, pero Alex ni siquiera pareció darse cuenta.

Me percaté en aquel momento de que era la primera vez que le veía fuera del Stardust y que también era la primera vez que Dani y yo estábamos a solas con él. Minwoo había sido su amigo en el pasado, y está claro que se siente más cómodo con Paula que con nosotros dos. Alex es un chico listo. Cualquiera en su sano juicio se sentiría más cómodo cerca de Paula que de Dani y de mí. Cualquiera menos Minwoo, al parecer.

De todos modos, incómodo o no, Alex se dejó acompañar hasta ese sitio que llama su casa, aunque más bien es el lugar donde duerme la mayor parte

del tiempo. El recinto que rodea el edificio es enorme: tres bloques de apartamentos de acceso vigilado rodeados de jardines y zonas comunes de ocio, deporte y restauración que casi se asemejan a un pequeño centro comercial privado. Nos condujo a la parte secundaria de la urbanización, donde están los jardines traseros y la entrada que, según parece, sólo usan los empleados de la finca y las estrellas del K-pop que quieren pasar desapercibidas. Cuando por fin llegamos a la puerta del edificio donde se sitúa su apartamento, Alex se detuvo frente al umbral, apoyándose en el marco.

—Es bastante tarde y no queréis subir —murmuró como si estuviera planteando una verdad incuestionable y universal y, no obstante, con un destello de extraña esperanza en la voz.

Cuando un chico como Alex, de esos que te cortan la respiración al mirarte fijamente, te plantea la posibilidad de entrar en su casa en plena noche, lo lógico es decir que te mueres por hacerlo, esforzándote por no chillar de la emoción delante de él. Pero, claro, si yo hubiese seguido alguna pauta lógica en los últimos meses, no estaría en Seúl, para empezar. Y, por supuesto, tampoco habría acabado frente a la casa del grupo más popular de Corea, rezando para que uno de sus cuatro miembros no decidiera aparecer por allí en aquel instante. Porque lo cierto es que aún no estaba preparada para enfrentarme a Jay y acababa de darme cuenta de que ir hasta su puerta era la gilipollez más grande que había cometido desde hacía tiempo.

Al parecer, Dani tenía tan presente mi último y dramático encuentro con Jay que yo, porque me agarró del brazo con suavidad, tirando de mí hacia él.

—Tienes razón. Es algo tarde. Será mejor que volvamos a casa. Tal vez en otro momento.

Alex sonrió un poco. Era obvio que los tres sabíamos que no habría otro momento, que Dani y yo estamos tan lejos de la gente que habita al otro lado de esa puerta como la casa de huéspedes de Paula de aquella urbanización

repleta de lujos.

Antes de que pudiéramos despedirnos, dos figuras aparecieron junto a nosotros, cargadas con bolsas de deporte. Noté como el corazón se me paraba un instante al ver a Hyunsoo y Young, dos de los tres R*E*X que faltaban. Tuve que hacer uso de todo mi poder mental para no pensar en el tercero, porque, si lo hacía, saldría corriendo de allí. Alex se sobresaltó al verlos aparecer. Era obvio que no esperaba que estuviesen en casa. De ser así, dudo que nos hubiese invitado en un primer momento. Los recién llegados me miraron con algo de curiosidad, pero parecieron reconocer a Dani, porque Hyunsoo hizo un gesto de disgusto al verlo y Young le dedicó una sonrisa tímida. Al estar tan cerca de aquel chico, no pude evitar pensar en Minah y en lo que ella hubiese pagado por encontrarse en mi lugar, pudiendo oler el aroma a champú que desprendía su pelo mojado.

El más joven del grupo nos saludó con un inglés torpe y después se giró para cruzar con Alex unas palabras que no pude entender. Alex le respondió y asintió con la cabeza. Después de su breve intercambio, Young se inclinó hacia nosotros en señal de despedida y entró en el edificio. Hyunsoo nos barrió con una mirada altiva que se detuvo en Dani más segundos de lo socialmente correcto. Me sentí orgullosa de cómo mi amigo se la mantuvo con total indiferencia. Después, Hyunsoo desapareció tras su compañero sin dirigirnos la palabra.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos, Alex esbozó una sonrisa nerviosa. Había vuelto a sonrojarse por segunda vez en una misma noche. Aquello debía ser un récord Guinness como mínimo.

—Sé que sólo han sido dos ocasiones, pero no podéis hacer eso cada vez que os veáis —dijo dirigiéndose a Dani, algo divertido.

—A mí no me mires —contestó él, cruzándose de brazos con un mohín—. Igual no te has dado cuenta, pero ha sido el principito quien ha empezado.

Además, no puedo evitarlo. No soporto que tú tengas que esconder lo que sientes y quién eres de verdad, mientras que a él se le permite besuquear a otro tipo delante de todo el mundo. Es un mimado y engreído que lo ha tenido todo fácil en la vida y no sabe lo que...

—Le estás juzgando mal —le interrumpió Alex de inmediato—. Aunque pueda parecerlo, Hyunsoo no es como crees. Con la gente que le importa es muy distinto. Ha aguantado más cosas de las que podáis imaginar sólo para quedarse con nosotros. Había una chica... Llevaban años juntos, tiempo antes de que fuera elegido para formar parte del grupo, y le obligaron a dejarla.

—¿Y se supone que eso es una defensa? ¿Tengo que verle con mejores ojos? ¡No me hagas reír! Dejó a su novia a cambio de fama y dinero. Vaya, una historia preciosa si me preguntas.

—Puede que tú no lo entiendas, pero es más complicado que todo eso. —En el rostro de Alex se dibujó una sonrisa cínica—. ¿Crees que tuvo elección? Ya estaba atrapado aquí. Hyunsoo lleva atrapado en WIMTS casi desde que nació. Y, créeme, no es fácil salir. No le quedó más remedio que dejarla. ¿Piensas que ella hubiera sido feliz? Fijaos en lo que le pasó a Paula. Es casi imposible encajar en nuestro mundo —añadió, y señaló el lujoso edificio que se alzaba a su espalda—. ¿Crees que llevamos el tipo de vida adecuado para que alguien se enamore de nosotros?

Dani le observó en silencio durante unos segundos, pensativo.

—Lo que creo es que cuando quieres estar con alguien, cuando necesitas a esa persona de verdad, lo adecuado es lo menos importante de todo.

Por un instante, pareció que Alex iba a decir algo, pero se arrepintió en el último momento y contuvo la respiración. Se limitó a asentir en silencio y cruzar el umbral de la puerta tras despedirse de nosotros, lanzándole a Dani una mirada extraña que hasta entonces nunca había visto en él.

Lo cierto es que, desde aquella noche, no ha dejado de mirarlo de ese

modo.

9.
*Los chicos de
la madrugada*



PAULA

Aquel día en casa de la familia Choi, Cris se aproximó a Paula con tanto sigilo que, cuando le susurró al oído, esta dejó caer los cubiertos que llevaba en la mano.

—¡Por Dios, Cris!

—Baja la voz... —Algo nerviosa, miró en dirección a Minah, que seguía jugando con la videoconsola de su hermano con desgana—. ¿Sabes si aún les queda mucho?

Paula se encogió de hombros y sacó el móvil que llevaba en el bolsillo trasero de los vaqueros para comprobar que no tenía ningún mensaje nuevo. Al mostrarle la pantalla, Cris soltó un pequeño bufido.

—¡Hace más de media hora que se supone que estaban cerca! ¿También tienen los coreanos una idea distinta de la cercanía?

A Paula se le escapó una sonrisa. Cris siempre había sido algo gruñona, pero sabía que aquella pequeña rabieta sólo era una muestra de preocupación por algo que le resultaba muy importante: había puesto mucho empeño en prepararle a la hermana pequeña de Minwoo una fiesta de cumpleaños que jamás olvidaría.

Un par de días antes, Cris había abordado a Alex en el sótano del Stardust mientras estaban todos reunidos tomándose los restos casi fríos de la cena. Lo

hizo con un aire solemne bastante impropio de ella, y Paula había percibido cierta grata sorpresa por parte de Alex cuando Cris le dijo que necesitaba su ayuda. Aunque era obvio que Alex ya consideraba a Cris su amiga, la confianza entre ellos no era tan estrecha como la que había entre Paula y él o entre Cris y los otros dos chicos. Que Cris decidiera hacerlo partícipe de un plan parecía haber ilusionado tanto a Alex como le habría ilusionado a la propia Paula hacía unos meses, antes de que su relación con la extraña chica inglesa hubiera empezado a afianzarse.

—Verás... —comenzó a hablar despacio, casi avergonzada—, nunca he tenido mucha gente cercana que fuera... Bueno, que no fuera Dani. El caso es que en unos días es el cumpleaños de Minah y no sabía muy bien qué regalarle. Más allá de las chorradas habituales, quiero decir...

—¿Quieres que pensemos en algo? —le preguntó Alex, confuso.

—En realidad, ya lo he pensado. —Se frotó las manos y soltó una risita nerviosa—. La verdad es que es una locura. No quiero que creas que no soy consciente de lo ocupados que estáis, porque lo sé muy bien. Pero, de un modo u otro, tú siempre sacas tiempo para estar con nosotros, así que... Ya sé que no es lo mismo, que tú estás aquí porque quieres y en tu tiempo libre, y en su caso...

—¿Vas a decirle de una vez de qué se trata? —intervino Paula, incapaz de contener la curiosidad.

Minwoo y Dani también tenían los ojos clavados en Cris, la única de ellos que se encontraba de pie en medio de la sala, delante de Alex.

—¡Necesito que convencas a Young para que venga a la fiesta de cumpleaños de Minah! —soltó Cris de golpe, y se dejó caer de rodillas a los pies de Alex con aire suplicante.

Aquella era una idea tan propia de una película que Paula no pudo evitar mostrar su aprobación con un grito maravillado, a la vez que saltaba de su

sillón y se abalanzaba al sitio que quedaba libre en el sofá junto a Alex.

—Es una idea genial, Cris. ¡A Minah le encantaría! —Agarró a su amigo de los hombros—. Seguro que no costará mucho convencerle, ¿no, Alex? Será sólo un ratito la tarde que le venga bien, no tiene ni por qué ser justo el día del cumpleaños si estáis ocupados.

El aludido intercambió una mirada rápida con Minwoo, quien asintió levemente, y sonrió a la chica arrodillada frente a él.

—Prometo que lo intentaré; tratándose de Young, no creo que haya mucho problema. Pero haz el favor de levantarte del suelo.

Paula se rio encantada al ver la expresión de gratitud absoluta en la cara de Cris, que se levantó como un resorte.

Así que, aquel viernes por la noche, se reunieron todos en casa de Minwoo para darle una sorpresa a su hermana. Sin embargo, el número principal estaba llegando con retraso y Minah, que no parecía demasiado entusiasmada por celebrar su cumpleaños a solas con su hermano y sus amigos, estaba empezando a perder la paciencia.

—Pero ¿cuándo va a llegar esa pizza? —preguntó con voz cansada.

—Eso digo yo. Ya van cinco veces que esta mocosa me gana una partida. —Dani arrojó el mando de la consola sobre el sofá—. Está dañando mi orgullo.

—No sólo me estáis matando de hambre —prosiguió la más pequeña como si nada—, sino que no me dejáis invitar a ninguna de mis amigas o ver el documental sobre R*E*X que me han regalado mis compañeras de clase.

—Es que eres un poco pesadita con esa cuadrilla. Además, deja de quejarte ya. Creo que pasas demasiado tiempo con Cris. —La aludida lanzó un puñetazo al brazo de Minwoo, que le respondió agarrándola por los aires con intención de lanzarla sobre el sofá.

Paula sintió una punzada de envidia al observar la relación entre Cris y Minwoo. Mientras que ellos cada día parecían más amigos, Minwoo y ella seguían sin dirigirse la palabra más allá de lo estrictamente necesario para que no interfiriese en el funcionamiento normal del grupo. Pocos días después de la discusión en el Stardust, Minwoo le había pedido disculpas por haberse comportado como un capullo, pero, con todo, resultaba evidente que estaba poniendo distancia entre ambos y Paula todavía no se sentía lo bastante cómoda para intentar recuperar la cercanía de la que habían disfrutado en el pasado.

En ese momento sonó el timbre. Todos dirigieron la vista hacia la puerta con disimulo, empezando a notar los nervios en el estómago. Paula se moría de ganas por ver la cara de Minah cuando descubriera quiénes eran los repartidores de la pizzería. Aunque a regañadientes, consiguieron que fuera la propia Minah quien fuese a abrir.

—¡Ya voy! —dijo la chica con exasperación ante la insistencia del timbre.

Cuando giró la manilla y abrió la puerta, se quedó clavada en el sitio unos segundos, pero, antes de que los recién llegados pudieran decir nada, volvió a cerrar con un golpe. Cris y Paula intercambiaron una mirada horrorizada. Paula hizo amago de salir corriendo a abrir. Pero Minwoo le cogió de la muñeca, deteniéndola. Minah estaba pellizcándose los brazos y dándose palmaditas en la cara, como si tratara de descubrir si estaba soñando. Segundos después, respiró hondo, volvió a tirar de la manilla y constató que aquello no había sido un sueño. Todos esperaban que gritase como una histérica, pero en su lugar contempló a los dos chicos con la boca abierta; después, llevándose las manos a la cara, rompió a llorar.

Alex, que cargaba con las pizzas, pasó a su lado acariciándole el pelo, pero no dijo nada. A fin de cuentas, si bien él también era parte de la sorpresa, el plato principal era Young. Era obvio que el más joven de los R*E*X tenía

experiencia más que de sobra con fans que se echaban a llorar al verlo, pero cuando se acercó a ella sonriendo y la abrazó con fuerza, diciéndole algo en voz baja, quedó claro que, a pesar de todo, seguía sintiéndose emocionado y agradecido ante semejantes muestras de afecto hacia él.

—Siento la tardanza. Hemos pillado un atasco horrible.

Alex dejó las cajas de pizza sobre la barra de la cocina y miró con sorpresa a Minwoo y Paula. Fue entonces cuando ella advirtió que Minwoo seguía sujetándole de la muñeca. Minwoo, al caer en la cuenta, la soltó de inmediato y se acercó a su amigo, algo ruborizado.

—Muchas gracias, tío. Seguro que Minah no olvida este día jamás.

Paula se escabulló con disimulo y fue a cerrar la puerta con el corazón latiéndole algo más rápido de lo normal. Todavía le costaba controlar la emoción que sentía cada vez que veía a uno de los miembros de R*E*X. Cris también se había acercado hasta allí y Minah, que seguía contemplando a Young con devoción y sin articular palabra, se había pegado a ella, agarrándole de la camiseta, como los niños demasiado tímidos para jugar con la gente que acaban de conocer.

—Muchas gracias, Young.

Cris pronunció las palabras en coreano lo mejor que pudo, aunque parecía casi tan nerviosa como la chica del cumpleaños. Paula empezaba a darse cuenta de que había algo que también alteraba a su amiga siempre que estaba en presencia de cualquiera de los R*E*X. Paula no podía culparla, aunque le sorprendía por la clase de persona que era Cris, poco dada a idealizar a los famosos. Sin embargo, era obvio que los miembros de R*E*X le afectaban de un modo inexplicable. Ya se había acostumbrado a Alex, pero Paula todavía recordaba el comportamiento nervioso de Cris los primeros días en su presencia. Con respecto a Jay, al principio ni se le había pasado por la cabeza que el colapso que su amiga había sufrido en YenNork tuviera algo que ver

con haber coincidido allí con él, pero en los últimos días había pasado a rememorar el suceso con otros ojos. Había empezado a preguntarse si Cris no le estaría ocultando algo. Pero, si así fuese, era incapaz de imaginar qué podría ser.

Young sonrió una vez más, esta vez a Cris, y le indicó con un gesto de las manos que no era ninguna molestia. Después, se encogió hasta que su cara estuvo a la altura de la de Minah y le dijo algo en coreano. La jovencita salió corriendo hasta su cuarto y, antes de que Paula y Cris pudieran preguntarse qué era lo que le había dicho, volvió con un libretto de fotos, un bolígrafo y una cámara polaroid. Se lo tendió todo a su ídolo, que, complaciente, firmó el libretto y posó con ella.

Mientras Young atendía a Minah, Minwoo se acercó a ellos. Por lo que Paula sabía, Minwoo y Young apenas habían coincidido en WIMTS, por lo que nunca habían llegado a consolidar ningún tipo de relación como en el caso de Minwoo y Alex. Para alegría de todos, el anfitrión se adelantó y le pasó un brazo por los hombros al recién llegado.

—¡Pero cuánto has crecido! —exclamó en coreano.

Paula se sorprendió, satisfecha, al entender la frase.

—Y tu viejo más estás —contestó Young en su dudoso inglés.

Todos se echaron a reír. Minah parecía estar demasiado absorta en la perfección de aquel al que a veces llamaba el amor de su vida como para plantearse que su hermano conocía al chico más de lo que ella pensaba.

—Será mejor que vayamos a cenar o se enfriarán las pizzas —comentó Minwoo, asumiendo el papel de anfitrión.

—O se las comerá Dani —dijo Cris con tono mordaz mientras el aludido, pillado con las manos en la masa, soltaba un trozo mordisqueado en la caja.

—¿Qué pasa? Tenía hambre —masculló con la boca llena.

A pesar de la barrera del idioma, la labor de Alex y Minwoo consiguió que la cena estuviera repleta de risas, e incluso Minah empezó a soltarse y atreverse a hacer algunas preguntas a los dos miembros de su grupo favorito. En un momento dado, puso cara de sorpresa, como si acabara de encenderse una bombillita en su mente.

—Minwoo, ¿cómo has conseguido que vinieran? Cuando te pregunto si ves a la gente de WIMTS por la Isla, siempre me dices que nunca se acercan al Stardust...

—En realidad es Paula la que ha conseguido que viniesen —contes-tó Cris a toda prisa—. ¿No te habíamos dicho que trabaja con ellos?

Por suerte para todos, los limitados conocimientos de inglés de Young, ausente de la conversación actual, ayudaron a no contradecir la versión de Cris.

—¿Qué? —Minah dejó el vaso de agua sobre la mesa de golpe—. ¿Cómo habíais pasado por alto ese detalle?

—De todos modos —intervino Paula—, la idea fue de Cris.

De inmediato, Minah se levantó de la silla y se sentó en el regazo de su amiga, proclamando a los cuatro vientos lo mucho que la quería. El timbre de la casa sonó una vez más.

—Esa debe de ser mamá —dijo Minwoo, dirigiéndose a su hermana mientras se levantaba para abrir.

La señora Choi acababa de volver de una reunión que había organizado con sus amigas para dejarles la casa a ellos. Young sonrió a la mujer con cordialidad, pero fue la reacción de Alex la que conmovió a Paula, puesto que la recibió como si casi de una segunda madre se tratara. La señora Choi mostró todavía más afecto por él, agarrándole la cara y murmurándole en coreano muy bajito, con los ojos brillantes. Aunque no entendía apenas lo que la mujer le estaba diciendo al antiguo compañero de su hijo, Paula notó que se

dirigía a él por su nombre coreano, Lee Jinwoo, en lugar de por el nombre que había adoptado en Estados Unidos y por el que todo el mundo lo conocía ahora.

La escena le impactó, pues, en ocasiones, todavía le costaba recordar lo que el pasado común de Alex y Minwoo implicaba. Minwoo parecía muy conmovido ante el encuentro, aunque a Paula le dio la impresión de que al mismo tiempo, esa escena estaba removiendo en él antiguos sentimientos con los que no se sentía muy a gusto. Quizá por eso fue el primero en mencionar la idea de que ya era tarde y debían retirarse ya.

Minah rompió a llorar una vez más ante la inminente despedida. Como ya había hecho antes, Young se inclinó hacia ella y le secó las lágrimas con la manga de la chaqueta. Aunque sólo entendía palabras inconexas, Paula imaginó que estaba intentando calmarla. De pronto, Minah se puso muy seria y le tendió el dedo meñique, que Young enlazó con el suyo, divertido. Puede que la muchacha lo dijera en coreano, pero Paula reconoció el lema de las *crowns* al instante:

—Pase lo que pase, R*E*X para siempre.

Mientras su madre la acompañaba a su habitación, Minah se giró ahogando un sollozo para volver a despedirse de Young con la devoción iluminando sus ojos.

—No creo que pueda dormir en toda la noche —murmuró Paula en voz bajita y en español—. Me da un poco de lástima. Acaba de enamorarse.

—Lo superará —contestó Cris con una sonrisa, levantándose de su silla para coger un paquete de chicles arrugado del bolsillo trasero de sus pantalones—. Tiene toda la vida por delante.

—Cris tiene razón. Lo superará —dijo Dani, viendo desaparecer a Minah por el final del vestíbulo—. Encontrará un buen chico de su colegio. Un buen chico real.

—Sois demasiado jóvenes para ser tan cínicos —murmuró Paula.

Dani abrió la boca para contestar, pero, desde el otro lado de la mesa, Minwoo le lanzó una bolita de papel, hecha con un trozo de servilleta, que le golpeó la frente para llamar su atención.

—Es de mala educación, ¿sabéis?, hablar en un idioma que los demás no entendemos. —Se giró hacia Alex—. ¿No te molesta cuando lo hacen?

Alex arañó con el tenedor el plato con restos de tarta frente a él, sin mirar a nadie en concreto.

—No me molesta —musitó con voz más baja de lo normal—. Me gusta oírles hablar en español. Es... No sé. Suena...

—¿Sexy? —bromeó Paula.

Para su sorpresa, Alex se ruborizó.

—No es que no crea que suene bien. —De pronto, Minwoo parecía algo nervioso—. Es sólo que siempre que lo hacéis me da la impresión de que habláis de nosotros.

—Claro que sí —asintió Dani con sorna, levantándose a recoger los platos, aunque de repente su voz sonaba tan insegura como la de Minwoo—, no tengo nada mejor con lo que ocupar mi tiempo que hablar de ti. Eres mi tema favorito.

Paula se rio levemente, sin terminar de entender muy bien lo que acababa de despertar en aquella mesa con su comentario.

—Hablábamos de Minah, no de vosotros —les aclaró.

—Además —intervino Cris a su lado, dirigiéndose a Alex y Minwoo—, como si vosotros dos no lo hicierais continuamente.

Minwoo puso los ojos en blanco.

—No seas exagerada. —Señaló a Young, que en esos momentos observaba a los cinco chicos algo confuso—. Llevamos toda la tarde haciendo de traductores oficiales.

—Pues tradúcele esto de mi parte —Dani, que había regresado de dejar su plato en la cocina, se volvió hacia Minwoo—, en coreano alto y claro. Muchacho, con tu llegada WIMTS vio la luz. —Colocó una mano en el hombro de Minwoo—. En serio, colega, me esfuerzo en visualizarte como miembro de R*E*X cuando te veo con ese delantal rojo, de verdad que lo intento... Pero admitirás que salieron ganando con el cambio.

Minwoo se levantó y le lanzó el resto de la servilleta a la cara, fingiendo enfado. Cris, Paula e incluso Alex se rieron. Young se giró hacia su líder, con expresión interrogante. Este le susurró unas frases rápidas en coreano, la sonrisa de Young se ensanchó e inclinó la cabeza hacia Dani, agradecido por el cumplido. Miró a Alex y le dijo algo.

Este último asintió.

—Dani, Young dice que eres muy amable —se volvió a las chicas—, y que Cris y Paula son muy guapas.

Paula sonrió con ternura a Young. Por un momento, pareció que Cris iba a atragantarse con el chicle que llevaba en la boca, pero mantuvo la compostura.

Young siguió hablando, algo exaltado de pronto. Alex puso los ojos en blanco, replicando algo a su compañero con aire cansado. Young insistió, agarrando a su líder de la manga y zarandeándolo un poco.

—Está bien... —se rindió Alex—. Dani, Young también piensa que te pareces mucho a uno de los personajes de Los chicos de la madrugada.

—¿Uno de los personajes de qué...?

—Es su manga favorito. Un cómic sobre dos grupos de jóvenes con superpoderes —intervino Cris, sorprendiendo a todos—. Minah tiene la colección entera en inglés. Ya sé a cuál cree que te pareces, Dani: larguirucho y despeinado...

La chica pronunció el nombre del personaje en voz alta, lo que de inmediato atrajo la atención del más joven de los R*E*X, que asintió efusivo

antes de girarse otra vez hacia Dani, quien lo observaba reticente.

—No le hagas mucho caso —dijo Alex—, se pasa el día buscando comparaciones con esa historia. Siempre dice que uno de los protagonistas le recuerda a mí. Está empeñado en que saquemos un disco con ese concepto y me transforme en un dragón en el videoclip o algo así...

Cris sonrió divertida mientras se sacaba el chicle de la boca y lo envolvía cuidadosamente en una servilleta de papel.

—Sí, ya sé de qué otro personaje hablas... Vuestros dos personajes tienen un par de escenas interesantes en ese cómic. —Cris levantó la vista hacia Alex y después hacia Dani, que la miraba suspicaz, seguramente adivinando sus intenciones—. Juntos, quiero decir.

Minwoo la miró con ojos como platos.

—Espera, espera... ¿Con «interesante» te refieres a...? Y «juntos»... —Señaló a los pobres Dani y Alex, como si ellos fueran los personajes del manga—. ¿Mi hermana lee esas cosas?

Cris se encogió de hombros y se levantó.

—Ya no es una niña. Acéptalo y vamos a tu casa a emborracharnos.

Alex y Dani se levantaron de la mesa más rápido de lo normal, haciendo tintinear los platos. La idea de salir de allí y, sobre todo, cambiar de tema parecía atraerles sobremanera. Minwoo se dejó guiar, mascullando entre dientes.

Young, todavía sentado, lanzó una mirada confusa a Paula desde el otro lado de la mesa. Ella se levantó y le tendió la mano con simpatía.

—No sabes la suerte que tienes de no comprender ni la mitad de las cosas que se dicen aquí.



CRIS

Decimonovena anotación en el cuaderno verde:

Nunca había visto a Minwoo tan borracho como aquella noche. En el tiempo que llevo en Seúl, he entendido que para los coreanos beber es un acto social. Él y yo ya habíamos compartido unas cuantas botellas de soju y cerveza desde que nos conocíamos, pero nunca lo había llegado a ver así. Y no era el único, todos estábamos algo mareados.

Young se había quedado dormido en el sofá del apartamento de Minwoo. Con las mejillas encendidas por el alcohol y los ojos cerrados, respirando profundamente, emanaba una extraña aura angelical. Todavía aturdida por el alcohol, me sorprendí a mí misma observándolo más tiempo del apropiado.

Minwoo se arrastró hacia las botellas de Jack Daniels y juntó varios vasos, derramando la mitad de la bebida por el suelo mientras intentaba llenarlos. Paula se rio al verlo. Ella había bebido menos que nosotros, pero también estaba algo borracha. Rechazó con un gesto la copa que Minwoo le ofrecía.

—Ya no puedo más. —Su acento en inglés había empeorado por culpa del alcohol—. Si bebo un solo trago más, vomitaré.

—Minwoo y Paula, esas personas que se dirigen la palabra una vez cada quince días y, cuando lo hacen, hablan sobre vómitos —murmuró Dani en voz baja, acercándose a mí.

Me gustaría decir que tampoco había visto nunca a Dani tan borracho como aquella noche, pero mentiría. He visto a Dani muy borracho muchas noches y esa no era la peor.

—Tú no me vas a fallar, ¿verdad, Cris? —Minwoo me acercó una copa, que agarré dubitativa—. ¿Dani? ¿Alex?

—Paso —murmuró Alex con voz ausente. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra el sofá sobre el que dormía Young y la mirada perdida en la pantalla de su móvil.

Minwoo lo miró con reprobación.

—Llevas toda la noche con esa mierda. —Agarró el teléfono de las manos de su amigo y se lo metió en su propio bolsillo—. No bebas si no te apetece, pero deja el papel de líder de R*E*X a un lado por un rato, ¿quieres?

Alex suspiró. Parecía molesto.

—No se trata de ningún papel. Me preocupo por ellos y punto —dijo con voz seca, alargando la mano—. Devuélveme el móvil.

—No pienso devolvértelo y me da igual si te enfadas. No es sano que te pases el día revisando lo que dicen de vosotros. Lo hago por... ¡Joder, deja de meterme mano!

Dani había agarrado a Minwoo del cinturón de sus vaqueros y estaba metiendo la mano en su bolsillo.

—En tus sueños, colega —murmuró con desgana, a la vez que rescataba el teléfono de Alex y se lo lanzaba a su dueño—. ¿Qué coño te importa si se preocupa o se deja de preocupar? Es su trabajo, ¿no? Tú eres el dueño de uno de esos Starbucks apestosos y nosotros no te lo echamos en cara.

El rostro de Minwoo rebosaba indignación.

—¡Stardust! ¿Y cómo qué no? ¡Cris lo hace cada segundo de cada día desde que la conozco! Y tú también.

Asentí con desgana.

—Ahí lleva razón —murmuré.

Dani levantó la mano, acallándonos.

—Como sea. De todos modos, más allá de que Minwoo es un capullo — continuó arrastrando las palabras por el alcohol y dirigiéndose ahora a Alex, que nos observaba con aire turbado—, no le falta razón en una cosa. No dudo que te preocupes por el pelirrojo y por el otro, el ligue de Paula. —La aludida dio un respingo a mi lado. Minwoo frunció el ceño—. Contra ninguno de los cuales tengo nada en contra para nada...

¿Habéis escuchado ese dicho de que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad? Bueno, quien lo inventase no conocía a Dani.

—..., pero ya son mayorcitos para cuidarse solos.

Alex giró el teléfono entre las manos sin mirarnos.

—Ya lo sé. Pero es complicado. Estamos pasando por un momento muy difícil. Tarde o temprano, Jay y Hyunsoo van a abandonar WIMTS y no me siento ya con el suficiente derecho o la confianza necesaria para preguntarles cuándo o cómo va a pasar. Además, me da miedo conocer la respuesta.

Paula hizo un movimiento brusco, como si quisiese acercarse a consolar a Alex, pero en el último momento se hubiese arrepentido. Yo me quedé aturdida. No era la primera vez que recibía rumores por parte de Paula de que las cosas en R*E*X no iban bien, pero de ahí a escuchar en boca de su líder que Jay estaba pensando en dejarlo todo... Ni siquiera podía llegar a entender qué implicaba aquello. No debí haber aceptado esa última copa por parte de Minwoo, pues ya no era capaz de hilar mis pensamientos con claridad.

—Y si tanto te duele que se vayan —intervino Minwoo, que parecía menos sorprendido que el resto de nosotros—, ¿por qué no coges las maletas y te marchas tú también? ¿O me vas a decir que no estás deseando salir pitando?

—¿Crees que si fuera tan fácil no lo habría hecho ya? Sabes que no puedo. En WIMTS hay personas que saben que soy gay y lo usarían para amenazarme.

Si me marchara yo también, al segundo siguiente saltaría el escándalo a la prensa y R*E*X estaría acabado. No quiero ni imaginar las historias sobre antiguos amantes que se inventarían para adornarlo. Si se van sin mí, al menos tienen una posibilidad de seguir adelante.

Minwoo volvió a intervenir. No estoy segura de si seguía enfadado con Alex, con Dani, consigo mismo o con la situación.

—Déjalo entonces, tío. Jay y Hyunsoo ya no cuentan con vosotros y no puedes obligarles a seguir. Están fuera y vosotros, dentro. —Señaló a Young—. Al menos él lo acepta y hace algo productivo: emborracharse y superarlo.

Alex clavó la mirada en su amigo.

—Tú no sabes...

—Claro que lo sé. Los conozco a los dos. Sé lo que les pasa por la cabeza ahora mismo. Puede que incluso mejor que tú.

—No te compares con ellos. No pretendas hacer como que nos comprendes porque no puedes entender una mierda de por lo que hemos pasado los cuatro en estos últimos años. —Señaló a Young, ajeno a todo sobre el sofá—. A él apenas lo conociste y tampoco sabes tan bien como yo lo que sacrificó Hyunsoo por nosotros. Y Jay... —Se le quebró la voz. Era extraño ver a Alex así—. No tienes ni idea de lo que significa para mí, de lo importante que fue cuando tú te marchaste.

No había rabia en la voz de Alex, sólo tristeza. Eso era aún peor que si hubiese empezado a gritar. La actitud de Minwoo cambió de repente. Ya no parecía tan borracho.

—No quería decir que... Ya sé que no... —Negó con la cabeza—. Lo siento mucho, Alex.

Paula, Dani y yo observamos algo incómodos cómo Alex retenía aire y miraba a Minwoo con nostalgia. Por algún motivo, daba la impresión de que nuestro amigo no se estaba disculpando por su actitud de esa noche, sino por

algo más profundo, más importante. Algo que en ese momento no fui capaz de comprender.

—No fue culpa tuya. Siempre supe que tú nunca podrías... —Alex no terminó la frase—. De todas formas, ya está. Ha pasado mucho tiempo desde entonces.

Minwoo asintió en silencio. Parecía tan afectado que ninguno de los presentes dijo nada durante unos segundos.

—Y todo esto va también por ti —continuó Alex de pronto, lanzándole a Dani un cojín—. Te agradezco que me defiendas, pero empieza por aprenderte los nombres de la gente. El «pelirrojo» y «el ligue de Paula» se llaman Hyunsoo y Jay, no es tan difícil.

Dani comenzó a protestar, sin demasiada fuerza, y lanzó el cojín en dirección a Minwoo, como si él fuera el causante de todos sus males. Este se rebeló y le devolvió el golpe. Paula gateó hacia mí y me pasó un brazo por los hombros mientras contemplábamos la pelea.

—Madre mía, Cris. ¡Nosotras sólo queríamos sorprender a Minah!



JAY

Jay aferró el volante de su coche. Acababan de pasar por delante de la puerta del estudio de YenNork y eso le había hecho volver a recordar su último encuentro con Paula, en el ensayo de «Slow Rythm». Después de que Paula le rechazara, la imagen de su excompañero junto a la bailarina, en el hospital, había vuelto a su cabeza. La idea de que había algún tipo de relación romántica entre ellos había surgido de repente, y parecía que las dudas de la propia chica confirmaban su teoría. Pese al rechazo, una parte de Jay sentía alivio de saber que era Minwoo y no Alex, como había sospechado en un principio, quien ocupaba el corazón de la chica.

Aun así, seguía molesto. Con independencia de que entre Paula y Alex no hubiese nada romántico, se sentía parte de un puzle al que le faltaban demasiadas piezas. ¿Cómo podía ser una simple coincidencia que Paula, que había viajado hasta allí por él, acabara topándose con Minwoo, que había sido su amigo y compañero durante varios años? ¿Significaba entonces que Alex y Minwoo habían retomado también el contacto? ¿Y qué pintaba en todo aquello la chica rubia que se había desmayado en sus brazos? Por muchas vueltas que le diese al asunto, era incapaz de ver la imagen final que, se suponía, debía reconstruir.

—Tierra llamando a Jae. Jae, ¿estás ahí?

—Perdona, ¿decías algo? —preguntó en dirección a Hyunsoo, que estaba

sentado en el asiento del copiloto.

—Nada. —Su amigo puso los ojos en blanco—. Conozco muy bien ese gesto tuyo de concentración, como si estuvieras estreñado...

—¡Hyunsoo, por favor! Si nuestras fans te oyeran hablando así... —le reprendió Jay, divertido.

—¿Qué pasa? Los príncipes encantados también vamos al baño de vez en cuando. De todos modos, no cambies de tema. Dime que no estabas pensando otra vez en la bailarina y Minwoo. —Hizo una pausa, soltando un largo suspiro—. Jae, hace no tanto te desesperabas cuando Alex te recriminaba tu actitud hacia ella e insistías en que no era tu responsabilidad. ¿Qué más da si está con Minwoo o no? ¿No me irás a decir que te has enamorado?

—No es eso...

—¿Entonces?

Jay no contestó, fijando la vista en el semáforo en rojo que se situaba frente a ellos. Ni siquiera él estaba seguro de lo que pasaba por su cabeza y mucho menos se sentía capaz de explicárselo a su amigo. De pronto, un cartel de color rojo brillante captó su atención a un lado de la avenida.

—Espérame en el coche. Vuelvo en un minuto.

—¿Qué? —Hyunsoo miró sorprendido a su alrededor mientras Jay aparcaba en doble fila detrás de una furgoneta de reparto—. ¿Adónde vas? —Jay lanzó una mirada al el cartel del Stardust y fue en ese momento cuando su amigo entendió dónde estaban—. Mierda, Jae...

Jay levantó el freno de mano y salió del coche, poniéndose la americana del esmoquin. Aunque ya estaban en plena primavera, las noches todavía eran algo frías y la fina camisa que llevaba no era abrigo suficiente. En ese momento cayó en la cuenta de que llegarían tarde a la gala benéfica de la MBC. Taehyun se iba a poner furioso por el retraso, pero lo cierto es que a Jay le importaba muy poco. Aquel mánager siempre estaba enfadado y, además, no

pasaría mucho tiempo antes de que Hyunsoo y él le dieran verdaderos motivos para estarlo. Mientras daba unos pasos hacia la cafetería, ignorando las miradas de curiosidad que le lanzaban algunos peatones, oyó cómo Hyunsoo pasaba por encima de los mandos del coche para salir por la puerta del conductor.

—¿Estás loco? ¿Qué se te ha perdido aquí justo ahora?

—Las piezas del puzle...

—¿De qué diablos estás hablando?

Jay se limitó a encogerse de hombros. No sabía si encontraría alguna respuesta allí dentro, pero algo le impulsaba a entrar en aquella cafetería.

La persiana de la puerta estaba medio bajada y apenas se veía luz al otro lado. Todo parecía indicar que estaban cerrando. Jay se paró un momento, evaluando la situación, y Hyunsoo pareció relajarse.

—Bueno, mira, mejor —comenzó su amigo con la misma voz pretendidamente tranquilizadora que un policía usaría para negociar con un secuestrador—. Volveremos cuando estén abiertos. Ya llegamos tarde, en todo caso. No sé qué ha pasado entre Minwoo y tú, pero... —En aquel momento, Jay se agachó y pasó por debajo de la persiana—. ¡Vamos Jae, no me fastidies! —murmuró Hyunsoo antes de seguirle al interior.

La cafetería estaba más caldeada que el exterior, pero el único vestigio de la animación diurna eran dos bolsas de basura abandonadas en una esquina y una fregona apoyada junto a la puerta. Desde el otro lado de la barra, la luz de la única lámpara que quedaba encendida recortaba la figura de un chico con el cabello revuelto y postura cansada que garabateaba con desgana en una hoja de papel. Desde la puerta que daba a unas escaleras llegaba el eco distante de una canción de Radiohead. El chico de la barra levantó la vista en dirección a los recién llegados y enarcó una ceja, sorprendido.

Desde luego, no era Minwoo.

—Tiene que ser una broma —susurró Hyunsoo a su lado.

El camarero era un chico occidental, algo más joven que ellos. Jay jamás lo había visto antes. Le hubiera gustado preguntarle a su amigo de qué lo conocía, porque desde luego no era de haberlo visto en la cafetería. A pesar de que el local no distaba demasiado del edificio central de WIMTS y sabía que algunos empleados lo frecuentaban, ninguno de los R*E*X se había pasado nunca por allí. El chico había rodeado la barra y se dirigía hacia ellos con suspicacia.

—¿Qué habéis venido a hacer vosotros dos...? —comenzó a decir en inglés, aunque enseguida pareció replantearse la cuestión—. ¿Buscabais a alguien?

«Buena pregunta», pensó Jay. ¿Buscaban a alguien? La verdad, no estaba del todo seguro. Sentía la necesidad imperiosa de mantener una charla cara a cara con Minwoo, pero no tenía la más remota idea de lo que quería decirle.

—Somos Song Hyunsoo —contestó en inglés mientras señalaba a su amigo, cuya mueca de desdén no había cambiado desde la aparición del camarero— y Park Jaehwa. No sé si nos...

—Sé quiénes sois —le interrumpió—. Pero, sea quien sea al que estáis buscando, no está aquí en este momento.

Desde luego, si a aquel chico le impresionaba lo más mínimo tener delante de sí a dos de los ídolos más famosos de Corea, lo disimulaba de lujo. Jay miró de reojo la puerta de las escaleras. Era evidente que alguien tenía encendida una radio allí abajo.

—Mira —insistió Jay—, hace tiempo que conocemos a tu jefe. Somos viejos amigos suyos, por decirlo de algún modo. Sé que habéis cerrado, pero necesitamos ver a Minwoo y tenemos algo de prisa. Vamos a un acto importante.

—Eso es obvio —contestó el chico, examinándolos de arriba abajo—. Para vuestra información, Minwoo no es mi jefe y ya os he dicho que no está

aquí. Hace rato que se ha marchado. Él sí tenía algo importante que hacer con su vida.

Jay tomó aire, mordiéndose el interior de la mejilla para no contestarle con dureza. Lo que más le molestaba era que probablemente tuviese razón. Fuera lo que fuese que Minwoo estuviera haciendo, bien con su madre y su hermana, bien con algún amigo o incluso con Paula, cualquier plan le parecía más atractivo que esa gala benéfica llena de hipócritas.

—Pregúntale por Alex —le ordenó Hyunsoo cuando Jay le tradujo lo que había dicho el camarero—. Pregúntale si él también se ha ido o sigue aquí.

Aunque el occidental no parecía entender una palabra de coreano, era evidente que había reconocido el nombre del líder del grupo en medio de la frase, y su expresión se tornó de sorpresa. Sin embargo, aquel gesto duró apenas un segundo y enseguida lo sustituyó una máscara de frialdad que podría rivalizar con la del mismísimo Hyunsoo.

Jay todavía estaba intentando procesar las palabras de su compañero cuando una voz femenina procedente del sótano le sobresaltó.

Había algo familiar en aquella voz que no lograba definir, pero no era la voz en sí lo más inquietante, sino el idioma que la chica misteriosa del sótano había utilizado. El chico occidental le contestó en voz alta y en el mismo idioma, con un deje ansioso, mientras lanzaba una mirada inquieta a los dos cantantes.

—Vale, Minwoo no está aquí —repitió en inglés, acercándose a la puerta—. Y Alex tampoco, aunque eso imagino que ya lo sabías. —Se dirigió a Hyunsoo con cierto desprecio, adivinando la pregunta que nunca habían llegado a formularle—. Ahora tenéis que iros. Espero que vuestro acto sea fabuloso y recibáis toda la atención que dos estrellas se merecen. —Subió la persiana, invitándoles a salir—. Por favor, no dudéis en volver cuando necesitéis una buena dosis de café insípido en vuestras ajetreadas vidas.

Antes de que pudieran darse cuenta, se encontraron de nuevo en la calle, con la persiana cerrándose a sus espaldas con un estrépito metálico.

—De verdad que odio a ese tío —murmuró Hyunsoo agitando la cabeza, y dio unos pasos hacia el coche—. Vámonos de una vez, te recuerdo que tenemos trabajo.

Jay lo agarró de un brazo y lo detuvo.

—Habló en español con alguien que había en el almacén. Una chica. Y no era Paula.

Hyunsoo dudó un instante. Como si no estuviese seguro de la mejor manera de abordar el tema.

—Eso es porque es español. Se llama Daniel, creo. Es amigo de tu bailarina. El otro día estaba con ella y con Alex en la azotea de WIMTS. Creo que también hay una chica rubia, supongo que la que estaba en el sótano. La vi con ellos en la puerta de nuestra casa.

Era obvio que se trataba de la joven del hospital. De repente recordó que un tiempo atrás había escuchado a dos estilistas comentando que un extranjero se había presentado en la recepción de WIMTS buscando a su amiga, a la que nadie conocía, y que el dueño de YenNork se había hecho cargo de él.

—Las piezas del puzle... —murmuró Jay, pensativo.

Hyunsoo asintió en silencio. Después agarró las solapas de la chaqueta de su amigo y lo zarandó un poco, en uno de esos gestos suyos a medio camino entre el reproche y el afecto que sólo ellos dos comprendían. Sabía que ambos estaban pensando en lo mismo.

—El otro día le dije a Alex que esperaba que tuviese alguien en quien confiar —confesó Jay con amargura—, porque hacía tiempo que ya no éramos nosotros...

Los dos se giraron hacia la persiana metálica que se había cerrado tras ellos.

—Pues bien... Ahí tienes tu respuesta —susurró Hyunsoo.



JAY

Cuando entraron en el salón que el hotel The Shilla Seoul había reservado para el evento, a Jay le sorprendió que el panorama tuviera peor pinta de lo que se había imaginado, dado que su imaginación podía llegar a ser muy retorcida. La gente se repartía entre las mesas redondas, cubiertas de impecables manteles blancos y decoradas como si de un salón de té inglés se tratara. La barra de licores se había dispuesto al fondo de la sala y los invitados se agolpaban frente a ella. Por lo visto, los sándwiches de pepino, las pastas y los zumos no suponían un aliciente para la mayoría de ellos, cosa por la que Jay no podía culparlos.

Todas las personas del país que tenían cierto renombre en el mundo del entretenimiento parecían estar allí, aunque estaba seguro de que la mayoría de ellos ni siquiera sabían a ciencia cierta para qué causa iban a destinar los fondos que se recaudaran esa noche. A lo largo de la sala, varias pantallas reproducían imágenes de niños sonrientes abrazados a famosos.

Encontraron a Young junto a Taehyun en una de las mesas que ocupaban el centro del salón. El mánager, que consultaba su móvil de forma compulsiva, alzó la cabeza cuando se acercaron a ellos y les echó una mirada furiosa.

—Nos hemos metido en un atasco —mintió Hyunsoo con total naturalidad, sentándose en el asiento contiguo al de Young antes de que Taehyun pudiera decirles nada.

—¿Un atasco? —repitió este—. ¿Y no habéis sido capaces de llamar o de contestar una de las cien llamadas que os he hecho?

—En realidad, sólo han sido diecisiete —comentó Young con voz pastosa, probablemente efecto del alcohol. Estaba claro que la copa que llevaba en la mano no era la primera—. Las he contado.

Jay dedico al mánager una sonrisa de suficiencia, consciente de lo mucho que las odiaba.

—Lo importante es que estamos aquí, ¿no? —comentó mientras se acomodaba en la mesa—. Justo a tiempo de salvar a toda esa pobre gente de esta horrible epidemia.

—Se trata de un huracán, Jaehwa —le corrigió con esa voz de petulante superioridad que reservaba sólo para él—. Lo que se pretende con esta gala es reconstruir centros educativos en zonas afectadas por un huracán. No hay ninguna epidemia.

—Ya, bueno... —Jay se recostó en su silla, cogió la copa de Young y se la bebió de un trago—. En realidad, yo me refería a ti.

A su lado, Young estalló en carcajadas. Si le había hecho tanta gracia aquello, significaba que estaba más borracho de lo que Jay había supuesto en un primer momento. Hyunsoo giró la cara para disimular una sonrisa, fingiendo que de pronto le interesaba lo que el maestro de ceremonias estaba diciendo desde el escenario. Taehyun mantuvo la vista clavada en Jay durante unos segundos. El chico casi podía leer su mente. No podía gritarles delante de toda esa gente, no cuando él era un simple mánager y todos los presentes adoraban a R*E*X. Al final se rindió, cortó el contacto visual y se levantó de la mesa.

—Quedaos aquí bebiendo como los críos irresponsables que sois. Mientras, otros grupos están ahí fuera haciendo contactos y ganándoos el terreno. He oído que a Warrior le han ofrecido un contrato millonario con

Lotte —susurró con furia contenida—. Por mi parte, iré a ver si puedo salvaros el culo y sacar algo de provecho para nosotros esta noche.

Los tres chicos contemplaron con cierto alivio cómo se perdía entre la marea de mánager, productores y artistas.

—Odio cuando usa la palabra «nosotros» —susurró Jay, que perdió su sonrisa cínica en cuanto se vio a solas con sus compañeros—. No debería haber ningún «nosotros» que lo incluyese a él.

—Y no lo hay —afirmó Hyunsoo con firmeza—. Aun así, dale un respiro, ¿vale? Con enfadarlo gratuitamente sólo conseguiremos que... ¿Qué se supone que estás haciendo, chaval? —inquirió de pronto dirigiéndose a Young, que acababa de meterse en la boca dos terrones de azúcar que había cogido del elegante azucarero de porcelana de la mesa.

—El azúcar potencia los efectos del alcohol —contestó el más joven con indiferencia, alargando las sílabas y sin dejar de masticar—, y Jay se ha bebido todo lo que me quedaba.

—Te he hecho un favor. No creo que necesites potenciar el efecto de nada ahora mismo. Por cierto —añadió mirando a su alrededor—, Alex también ha venido, ¿no?

Young asintió y empezó a olisquear uno de los botecitos de té. Hyunsoo se lo arrebató de las manos con un gesto de impaciencia antes de que pudiera romperlo.

—Se ha ido por ahí —dijo vagamente, con un movimiento de la mano que bien podría abarcar toda la sala— y me ha dejado solo con Taehyun. Por eso he empezado a beber. Bueno, en realidad creo que he empezado a beber antes —añadió con expresión concentrada—, mientras discutían.

Jay y Hyunsoo lo miraron sorprendidos.

—¿Alex ha discutido con Taehyun?

Young se encogió de hombros, indiferente.

—¿Acaso no lo hacen siempre?

Jay no supo qué decir. Si era cierto que Alex se pasaba el día discutiendo con su mánager, jamás lo había hecho delante de ellos. Cada vez que Hyunsoo o él mencionaban cualquier tipo de acto de rebeldía contra la empresa, Alex se limitaba a permanecer en silencio. Siempre había creído que conocía a Alex como la palma de su mano, pero últimamente empezaba a plantearse cuántas cosas les estaba ocultando en realidad.

—¿Y se puede saber por qué han...?

No pudo terminar su frase, porque en ese momento el líder del grupo se aproximó a ellos, esforzándose por cambiar su habitual gesto serio por una media sonrisa dirigida a Hyunsoo y Jay a modo de saludo.

—Habéis llegado tarde.

A diferencia de Taehyun, no había reproche en su voz. En otras circunstancias Jay le hubiera contado la verdad, pero entonces recordó al chico del Stardust y la conversación que había mantenido con Hyunsoo.

—Hemos pillado un atasco.

Alex había encontrado nuevos amigos. Que fuera uno de esos nuevos amigos quien le dijese dónde habían estado en realidad. Alex asintió con indiferencia y posó la mirada en Young.

—¿Ha bebido mucho más?

—¡Claro que no! —exclamó el aludido, y señaló a Jay con gesto ofendido—. Jay se ha tomado mi última copa y después ha llamado epidemia a Taehyun. Además, ¿no sabéis la cola que hay que hacer para conseguir otra! — se lamentó dramáticamente, mirando a su alrededor—. ¿Y de qué va todo este rollo del té, de todos modos?

El chico había acabado alzando la voz y la gente que ocupaba los asientos más cercanos a su mesa había empezado a girarse en su dirección. Hyunsoo dirigió una de sus ensayadas sonrisas de indiferencia al público mientras le

daba unas palmaditas en la espalda a Young y le ayudaba a levantarse.

—Creo que vamos a ir a pedirte un café bien cargado y a tomar un poco el aire.

Young no opuso resistencia y se dejó arrastrar por su compañero hacia una de las puertas que comunicaban con los jardines del hotel.

—¿De verdad has llamado epidemia a Taehyun? —preguntó Alex en inglés al cabo de un rato en silencio, apilando los terrones de azúcar sobre la mesa para evitar mirar a Jay de forma directa—. ¿Se supone que eso es un insulto?

—Posiblemente —contestó Jay también en inglés, esforzándose en no demostrar la ridícula ilusión que le hacía volver a utilizar el idioma con Alex—. ¿Y tú has discutido con él antes de que llegáramos?

Alex esbozó una leve sonrisa, levantando la vista de los terrones de azúcar al fin.

—Posiblemente.

Era asombroso lo mucho que Jay había echado de menos las sonrisas de Alex en los últimos tiempos.

Al cabo de un rato, Hyunsoo regresó a la mesa, pero lo hizo solo y con aire molesto.

—¿Dónde has dejado a Young?

El recién llegado puso los ojos en blanco, cruzándose de brazos. Jay se percató de que tenía restos de pintalabios en el cuello.

—Una de las chicas del grupo Sugar Candy nos ha interceptado de camino al baño. Estaba aún más borracha que él. Se han empezado a enrollar antes de que pudiese evitarlo. De hecho, cuando he intentado hacerles razonar, la chica ha creído que quería unirme a la fiesta. Al final los he dejado solos...

—Al menos alguien se divierte —se burló Jay.

—Y amplía nuestros contactos en el mundo del espectáculo —continuó

Hyunsoo, esbozando una sonrisa resignada—. Taehyun va a estar orgulloso de nuestro pequeño.

—¿Creéis que deberíamos hacerlo nosotros también? —intervino Alex—. No lo de Young y la chica —aclaró—. Me refiero a relacionarnos con el resto de los invitados.

Si en algo tenía razón su mánager, era en que los miembros de R*E*X no se estaban esforzando en sacar demasiado provecho de una fiesta repleta de productores y grandes nombres del mundo del entretenimiento. Ninguno parecía dispuesto a unirse a las conversaciones del resto de invitados. El principal problema radicaba en que nunca habían tenido necesidad de hacerlo. Al principio, prácticamente sólo estaban ellos y después habían sido los grupos recién llegados los que siempre habían tenido que esforzarse para que los R*E*X les prestasen atención.

Jay observó cómo, no muy lejos de allí, dos de los miembros de Warrior se integraban animadamente en la conversación de un grupo más numeroso. Sacaban varios centímetros al más alto de la fiesta, en altura y también en envergadura, con sus anchas espaldas enfundadas en carísimos trajes negros.

—Gracias, pero paso —contestó Hyunsoo, que frunció la nariz en un gesto infantil al mirar en la misma dirección que Jay—. No tengo ningún interés en colocarme en el mismo plano visual que ellos. Saldría perdiendo por varios kilos de puro músculo de diferencia.

Jay sonrió, pero la sonrisa se le quedó congelada en la cara cuando vio que otros tres de los Warrior se acercaban a su mesa. No tenían el mismo aire cordial que desprendían sus otros compañeros en la conversación alegre frente a ellos. Todo indicaba que la única razón por la que se estaban acercando hasta los R*E*X era por orden de alguno de sus mánager, pero a aquellos guerreros no parecía hacerles gracia la idea de presentar tributo a ningún rey.

Con una inclinación de cabeza sincronizada, saludaron a los R*E*X y

esperaron de pie hasta que Alex les indicó con un gesto que se sentaran. Jay no recordaba el nombre de ninguno de ellos.

—Queríamos felicitaros por la actuación que coincidió con nuestro debut —comenzó uno de ellos, lanzando una mirada de soslayo a Hyunsoo que a Jay no le gustó en absoluto.

Alex les dio las gracias y les devolvió el cumplido. Jay pudo notar cómo de repente los tres se habían transformado para interpretar el papel que ellos mismos se habían impuesto hacía años para protegerse. La calmada seguridad que transmitía Alex frente a los extraños y las cámaras, que Jay sabía que no sentía en realidad; la máscara de distante frialdad de Hyunsoo... Incluso él mismo había dejado de reír en el momento en que ese trío de desconocidos había aparecido ante ellos.

—La coreografía era espectacular —prosiguió Alex dirigiéndose al chico que Jay supuso que era el líder del grupo—. Nos quedamos muy impresionados.

Jay rememoró la actuación de la que estaban hablando y cómo las fans y los medios habían enloquecido con el esperado debut de Warrior. También recordó lo que había pasado después, cuando R*E*X había salido al escenario, y comprendió la mirada de resentimiento que había recibido Hyunsoo.

—Lleva más trabajo del que podáis imaginar —comentó otro de ellos, que parecía todavía más disgustado que los demás por estar allí sentado—. Era un día especial para nosotros y queríamos destacar.

—Y lo conseguisteis, desde luego —terció Jay, intentando en vano que los Warrior desviarán su atención de Hyunsoo hacia él.

—Supongo que sí —contestó el tercero de ellos, con la mirada teñida de desprecio y cierto tono agresivo—. Al menos hasta que salisteis vosotros y tu amiguito decidió meterle la lengua hasta la tráquea a ese crío borracho que

está vomitando en el baño.

Hyunsoo sonrió, pasándose la lengua por los dientes mientras soltaba un bufido de desdén. En comparación con aquel gesto, la mirada que le había lanzado al chico occidental de la cafetería de Minwoo esa misma noche casi parecía un guiño de camaradería.

—Mira, novato —contestó—. En primer lugar, resulta que ese crío borracho es un par de años mayor que tú. Y, en segundo lugar, si no estabas dispuesto a aceptar las reglas del juego, deberías haber ido a esconderte detrás de las faldas de tu mamá antes de lanzar los dados.

Alex colocó una mano sobre el hombro de Hyunsoo para contenerlo. Los tres Warrior se tensaron y Jay lo hizo todavía más cuando el más alto de ellos se inclinó hacia Hyunsoo.

—Tú no vuelves a llamarme novato en tu puta vida...

El chico que Jay había sospechado que era el líder agarró su brazo con fuerza, imitando el gesto de Alex, y le susurró algo a su compañero que sonó como un «ya basta». Este se giró hacia él, molesto.

—Maldita sea, Minho, no voy a permitir que este maricón nos hable así.

De forma casi inconsciente, Jay se levantó de la silla, preparándose para contener la respuesta de Hyunsoo. Sin embargo, para sorpresa de todos, no fue el aludido el primero en responder al insulto. El siempre calmado Alex también se había levantado y, con una mano todavía sobre Hyunsoo, había dado un fuerte golpe sobre la mesa con la otra, haciendo que toda la vajilla de encima tintinease con ímpetu.

—¿Qué le has llamado? —En su voz había un matiz peligroso que Jay jamás había visto en él. Parecía una persona diferente.

Hyunsoo observaba a Alex atónito, incapaz de asimilar el giro de los acontecimientos. La gente de las mesas de alrededor había empezado a murmurar.

—Oye, perdona... —titubeó el líder del otro grupo, algo acobardado—. Perdona si te hemos ofendido —prosiguió dirigiéndose a Hyunsoo—. Nosotros no...

—Cierra el pico de una maldita vez —le espetó Alex con dureza—. Ni se te ocurra dirigirte a él. En realidad, no quiero veros dirigirnos la palabra a ninguno de los cuatro en vuestra puta vida. ¿Os queda claro, novatos?

Nadie se atrevió a decir nada más después de aquello, y los tres R*E*X permanecieron sentados en silencio durante un buen rato hasta que la gente retomó sus propias conversaciones. Jay hubiera abrazado a Alex allí mismo. Ver a los Warrior alejarse de su mesa avergonzados, bajo la atónita mirada de decenas de personas, había supuesto una satisfacción increíble. Pero lo mejor había sido la increíble sensación de formar parte de un equipo una vez más, aunque sólo fuese durante unos segundos, cuando Alex se había referido a ellos cuatro como un todo.

—No hacía falta que... —comenzó Hyunsoo con voz tentativa, rompiendo el silencio.

—Da igual —le interrumpió el líder, todavía airado—. Voy a buscar a Young. Con un espectáculo por noche tenemos más que suficiente.

Cuando Alex se marchó, Jay se movió para ocupar la silla que acababa de dejar vacía junto a Hyunsoo y le dio un empujón cariñoso con el hombro.

—¿Me odias por no haber salido en tu defensa?

Con una sonrisa, su amigo le devolvió un empujón algo más fuerte.

—Es lo mínimo que nuestras fans esperarían de ti...

—Pero, al parecer, teníamos a Alex. No pensé que se fuera a poner así. Él sabe que nunca te ha molestado ese insulto. Que ni siquiera eres homosexual...

Hyunsoo asintió, mirando el lugar por donde Alex había desaparecido entre la multitud.

—Ya, bueno —murmuró con voz vaga—. Precisamente se trata de eso. Si

lo fuera, sí que me molestaría.

10.

*Estrellas perdidas
iluminando la
oscuridad*



JAY

Aparte de la enorme bañera, lo que más le gustaba a Jay del lujoso apartamento que compartía con sus compañeros eran las vistas. En su opinión, no tenían nada que envidiar al espectacular horizonte que se divisaba desde el rascacielos de WIMTS. Le permitían apreciar una panorámica bastante agradable de la zona residencial donde vivían. Además, si miraba más allá de los edificios más altos, incluso podía divisar las callejuelas de un barrio tradicional de Seúl, situado justo en el punto donde terminaba la Isla. A Jay le gustaba sentarse en el alfeizar de la ventana de su cuarto y escuchar música, con la vista fija en aquella dirección, imaginando las vidas de las personas que vivían en esas calles.

Era justo eso lo que estaba haciendo cuando Hyunsoo irrumpió en su habitación, todavía con la cazadora negra de cuero y el rostro algo azorado por la brisa primaveral.

—¿Acabas de llegar? —Jay se quitó los auriculares—. ¿Has estado en el estudio?

Hyunsoo no se molestó en deshacerse de la ropa de abrigo. Se limitó a dejarse caer de espaldas sin ninguna ceremonia sobre la cama de Jay.

—He estado en mi casa —murmuró con los ojos cerrados y expresión de cansancio—. En casa de mi madre, quiero decir, porque dudo que vaya a permitirme volver a entrar ahí durante los próximos quinientos años.

Jay bajó del alféizar y se sentó en la cama al lado de su amigo, que finalmente abrió los ojos. A Jay le costó lidiar con el brillo de decepción y tristeza que vio reflejado en ellos.

—¿Le has contado a tu madre que vamos a abandonar WIMTS?

Hyunsoo suspiró y asintió con suavidad.

—No te imaginas todo lo que me ha dicho. Hasta ha sacado a relucir historias del pasado. —Le lanzó una mirada de culpabilidad—. Jae, mi madre cree que todo esto es cosa tuya. Piensa que fuiste tú el que tomó la decisión y que me estás arrastrando.

Jay se obligó a mantener el rostro sereno. Song Boram nunca había sido ni remotamente algo parecido a una segunda madre para él, a pesar de la relación tan estrecha que lo unía con Hyunsoo desde hacía años. Sin embargo, siempre la había considerado un referente en la ciudad de Seúl. Ella y la casa donde vivía, en la que había compartido tantos momentos con su mejor amigo.

—No pasa nada —se obligó a responder, tumbándose también bocarriba al lado de Hyunsoo con el único objetivo de tener una excusa para dejar de mirarle a los ojos—. Mejor que me culpe a mí que a ti.

—Pero no es justo. Todo el mundo pensará lo mismo cuando se entere. Estoy seguro de que Alex ya lo hace...

Jay no dijo nada. Si bien ambos habían mantenido esa misma conversación infinidad de veces en los últimos meses y ya debería haberse acostumbrado a ello, una desagradable y familiar desazón le invadió el pecho y la garganta. Una cosa era la madre de Hyunsoo, podía vivir con su odio, pero le resultaba insoportable pensar en Alex y en lo que le había dicho en el hotel del Monte Odaesan, cuando por fin había confirmado lo que Jay ya sabía: no iba a irse de WIMTS con ellos.

—No tienes por qué venir conmigo —susurró Hyunsoo a su lado, adivinando sus pensamientos—. Puedes quedarte con Alex y Young.

Jay se levantó con hastío y lanzó una camiseta sucia, arrugada en el suelo, a la cara de su amigo.

—Si me repites eso una sola vez más, te juro que te arrancaré ese pelo caoba tan brillante con mis propias manos y las fotos donde apareces lleno de pringue verde se quedarán en una mera anécdota comparadas con tu nuevo aspecto.

Hyunsoo se incorporó también, frunciendo la nariz con disgusto mientras arrojaba la camiseta de Jay lejos de él.

—No me puedo creer que esa imagen se volviera viral tan rápido... A veces pienso que a nuestros fans les gusta verme hacer el ridículo.

Jay sonrió, recordando las fotos de Hyunsoo que habían plagado los foros y chats de Internet hacía unas semanas. En ellas aparecía cubierto por una sustancia verde que la torpeza de algún camarero de la cafetería de WIMTS le había derramado por encima.

—Olvídate de eso. Vamos a la cocina, me muero de hambre.

Hyunsoo también sonrió a su pesar. Al final, lo siguió fuera de la habitación y, tal como solían hacer últimamente, ambos se esforzaron en fingir que la conversación que acababan de mantener no había tenido lugar.

Estaban terminando de cenar un par de boles de ramen, ignorando las ensaladas que alguno de los miembros de su equipo había dejado para ellos en el frigorífico, junto con una fotocopia de la dieta que debían seguir esa semana, cuando Young entró al apartamento. El más joven de los R*E*X llegó a la cocina tambaleándose, cogió una botella de agua mineral de la alacena y la vació de un trago.

—¿Has estado bebiendo otra vez? —le preguntó Jay.

No necesitaba que su compañero le contestase: el olor a alcohol que despedía era prueba más que suficiente.

—Sólo un poco —contestó Young, arrastrando las palabras—. He ido a

hacer una entrevista a la radio y luego los miembros del programa me han llevado a tomar algo.

—Deja de salir a beber con toda la gente con la que te cruzas —le recriminó Jay—. Ni siquiera conoces bien a esos tíos.

Young le lanzó una mirada vidriosa.

—Los conozco desde que tenía quince años. Nos han hecho infinidad de entrevistas.

—¡Pero no puedes confiar en cualquiera! —insistió Jay—. Te expones demasiado emborrachándote fuera de nuestro entorno. Ya sabes que la gente está deseando...

—¿Y cuál es nuestro entorno exactamente? —De pronto, ya no arrastraba tanto las palabras—. Tampoco es que nosotros cuatro hayamos tenido grandes momentos de diversión en los últimos tiempos, ¿no te parece? Hyunsoo y tú os pasáis el día vagando como almas en pena evitándonos a Alex y a mí, y el poco tiempo que Alex está en casa lo pasa encerrado en su habitación. Si vais a largaros, ¿por qué no lo hacéis ya de una vez y dejáis de darme sermones?

Hyunsoo hizo un ademán brusco para acercarse a él, pero Young retrocedió un paso, molesto. Jay se quedó paralizado, sacudido por un torrente de sensaciones contradictorias. Hyunsoo parecía estar enfrentándose también a los mismos sentimientos. Por un lado, daba la impresión de que quería abrazar a Young y, por otro, de que iba a empezar a gritarle en cualquier momento por atreverse a hablar así a Jay. Y la posibilidad de que se echase a llorar allí mismo tampoco parecía descabellada.

Pareció que Young iba a decir algo más, pero alguien habló en su lugar:

—¡Ya basta! Youngjae, ve a darte una ducha y a dormir.

La voz de Alex hizo que los tres se giraran al unísono. Jay no había sido consciente de que Alex estaba también en casa, pero allí se encontraba, apoyado en el marco de la puerta del pasillo, descalzo y vestido con unos

sencillos pantalones y una camiseta. Era obvio que no venía de la calle. Probablemente, como había dicho Young, llevaba horas encerrado en su habitación.

Young miró al líder de su grupo, algo avergonzado.

—Alex, yo en realidad...

—Ya lo sé —le cortó Alex, suavizando la voz—, pero será mejor que te vayas. Estás cansado y nervioso, no es buena idea hablar de este tema ahora mismo.

Jay pensó con irritación que para Alex ningún momento era el indicado para hablar del tema. Aun así, usó toda su fuerza de voluntad para morderse la lengua mientras observaba a Young abandonar el salón cabizbajo, siguiendo las órdenes del líder.

Alex continuó unos segundos más en el umbral antes de optar por acercarse al frigorífico y sacar uno de los boles de ensalada con un botellín de agua. Hyunsoo volvió a su sitio en la mesa con un suspiro resignado y siguió todos los movimientos de Alex con aprensión mientras este se sentaba junto a ellos. Parecía que Hyunsoo quería decirle algo y no encontraba las palabras, porque al final guardó silencio. Quizá fuera lo mejor, pensó Jay. Quizás Alex tenía razón y esa no era la mejor noche para hablar de la inminente escisión del grupo.

—Young está bebiendo demasiado —musitó Jay tras unos minutos de silencio, en los que Hyunsoo y él habían terminado su ramen y Alex estaba dando cuenta de su cena—. No se pierde una fiesta. Ni siquiera sé cómo es capaz de levantarse por las mañanas y seguirnos el ritmo después de pasarse noches enteras sin apenas dormir...

Alex alzó la vista hacia Jay, pensativo.

—Todos hemos pasado por esa fase —intervino Hyunsoo algo inseguro, como si estuviera poco convencido de sus propias palabras—. Nosotros tres

también nos comportábamos así al principio, cuando acabábamos de debutar. De hecho, fue una etapa algo salvaje.

—Éramos unos críos que se vieron de la noche a la mañana en la cima del mundo —se defendió Jay—. No tiene nada que ver con esto. Young ya es mayorcito y ha tenido bastantes años para poder asimilar la fama. Nunca había actuado así. No sé qué le pasa...

—Yo creo que es obvio lo que le pasa —intervino Alex con un suspiro, apartando un poco el cuenco con su comida y cruzándose de brazos encima de la mesa—. Es culpa mía. No le he prestado mucha atención estos últimos meses. Iré a ver si ya se ha acostado y si se encuentra bien...

Hyunsoo puso la mano en su hombro y se levantó.

—Déjalo, iré yo mismo.

Alex asintió y observó en silencio cómo se retiraba.

—Hyunsoo se hará cargo —dijo Jay—. Se le dan bien estas cosas. ¿Te acuerdas de cuando vivíamos en aquel apartamentucho, compartiendo literas, y él se empeñaba en arroparnos a todos por las noches cuando nos destapábamos?

Alex sonrió.

—No me puedo creer que durmiésemos durante años los cuatro en ese sitio tan minúsculo...

Jay puso los ojos en blanco.

—Y con Young en pleno apogeo hormonal... ¡Tardé meses en darme cuenta de por qué tardaba tanto en ducharse por las mañanas!

Alex soltó una carcajada y fue a dejar los cubiertos de los tres en el lavavajillas.

—¿Tienes algo preparado para tu solo en el concierto? —le preguntó a Jay—. Ayer en el estudio me dijeron que no termina de convencerte la canción que estabas produciendo.

Fue entonces cuando Jay se dio cuenta de la asombrosa realidad: Alex y él estaban manteniendo una conversación normal, como en los viejos tiempos. En la gala benéfica de hacía unos días casi habían estado a punto de hacerlo, hasta que los Warrior les habían interrumpido.

—No estoy muy inspirado, la verdad —se apresuró a contestar, intentando no romper el aire de maravillosa normalidad que acababa de instalarse entre ellos—. Puedo usar alguna de las composiciones viejas que desechamos en algún momento...

Alex lo miró pensativo un instante y luego negó con la cabeza.

—Si las desechamos, es que no merecen la pena. Creo que yo tengo algo para ti, ¿quieres verlo? Tendrás que hacerle algunos arreglos y adaptarlo a tu estilo, pero me parece que es bueno.

Jay siguió a Alex al pequeño estudio que tenían instalado en el apartamento, lleno de instrumentos, ordenadores para mezclas y varias pilas de discos junto a partituras garabateadas. A Jay siempre le había encantado esa habitación, pero en las últimas semanas era incapaz de concentrarse allí dentro. No obstante, ahí estaba con Alex, que había empezado a revolver en su carpeta de documentos, como si los últimos meses no hubieran existido. Finalmente, su compañero le tendió una partitura con letra y música, escrita con unos caracteres que no reconoció.

—No es tuyo, ¿no?

Sabía que ninguno de los tres había creado esa canción. Conocía a la perfección la caligrafía de Alex y el aspecto caótico que tenían sus composiciones. En el caso de Hyunsoo y Young, para empezar, jamás hubieran podido componer una canción en inglés. Tampoco el papel de la partitura se parecía al que utilizaban; era una versión más barata, menos profesional.

—Digamos que llegó a mí por casualidad, pero tenemos libertad para usarlo. Ya te he dicho que hay que pulirlo, pero creo que tiene posibilidades.

Jay observó con escepticismo la hoja que tenía en las manos y alargó de forma instintiva los dedos hacia el teclado para comprobar uno de los acordes que estaba leyendo.

—Creo que tienes razón. Tiene posibilidades —murmuró. De repente, la idea de trabajar sobre esa canción le intrigaba—. La letra es bonita. Quizás algo cursi, pero bonita.

—No cambies la letra —le pidió Alex—. Modifica si quieres la melodía o la armonía, añade instrumentos si no quieres cantarla sólo con la guitarra, pero deja la letra intacta, ¿de acuerdo?

Jay levantó la mirada. Había estado distraído leyendo la canción.

—¿Eh? Sí, vale. Además, a mis fans les gusta creer que en el fondo tengo un lado cursi.

Alex sonrió otra vez, aunque la sonrisa se le congeló a los pocos segundos.

—Hay algo más que quiero pedirte —le dijo súbitamente en inglés.

Jay sintió un escalofrío repentino, pero asintió, agarrando con fuerza la partitura.

—Alex...

—Cuando os vayáis...

—No tendría por qué ser así —le interrumpió, repitiendo de forma inconsciente sus propias palabras en el Monte Odesan mientras sentía que todas sus esperanzas de los últimos minutos se desvanecían de golpe.

—No puedo ir con vosotros —recalcó Alex—. La última vez que hablamos de este tema me dijiste que me niego a escucharos, pero no es así. No necesito que me deis vuestros motivos porque no van a cambiar nada. El resultado va a ser el mismo, sea cual sea la razón por la que queréis irs... Pero igual que yo no os estoy pidiendo explicaciones, tampoco puedes pedirme que os aclare por qué he decidido quedarme. No soy capaz de hacerlo, créeme. Sin embargo, si significa algo para ti todo lo que hemos pasado juntos, tienes que

hacerme un último favor.

Jay lo miró con tristeza. Era la primera vez que mantenían esa conversación sin que sintiese la necesidad de gritar a Alex o lanzarle reproches, pero quizá precisamente por eso era más doloroso que nunca.

—De acuerdo —se obligó a responder.

—Cuando os vayáis, tenéis que llevaros también a Young.



CRIS

Vigésima anotación en el cuaderno verde:

—Deberíamos viajar, hacer algo divertido —me sugirió un día Dani mientras, sentados en las escaleras de acceso al apartamento de Minwoo, esperábamos a que este regresara para irnos a cenar los tres juntos—. Desde que has pisado Corea, no has salido de Seúl y te pasas el día trabajando en una cafetería.

—¿Qué propones? —le pregunté con desinterés.

—No lo sé. A lo mejor ir a ver el mar... Ya no hace tanto frío. Podríamos hacer autoestop, subir a un acantilado y gritar con toda nuestra fuerza lo mucho que odiamos el mundo. —Se encogió de hombros—. Desmelenarte un poco. Enrollarte con algún coreano buenorro...

Reprimí un suspiro.

—No tengo la menor intención de escribir una lista de «cosas que hacer antes de morir» ni voy a enrollarme con nadie, coreano o no. Ya he liado demasiado las cosas este año. Sigo sintiéndome jodidamente culpable de que la familia Choi, Paula y Alex no tengan ni idea de lo que me pasa. De dejarles creer que voy a seguir en sus vidas indefinidamente...

—Haber conocido a gente que se preocupa por ti no es liar las cosas —me contestó Dani con voz seria—. Se llama vivir. Y hasta donde yo sé, todavía

estás viva.

Desde que tuvimos esa conversación frente a la catedral de Myeongdong, Dani no ha vuelto a sacar el tema de buscar una cura milagrosa para mi enfermedad. Con todo, hace poco encontré en las búsquedas recientes de su portátil información sobre los hospitales de la ciudad especializados en dolencias cardiacas. No puedo culparle; al fin y al cabo, yo hubiera hecho lo mismo por él. Me hubiera costado rendirme.

Pero sé que Dani ya ha empezado a convivir con la idea de mi enfermedad. Ha pasado bastante tiempo desde que llegó a Seúl y descubrió lo que me ocurre y, tras meses sin novedades, sé que ha aprendido a despertarse cada día con esa extraña incertidumbre que a mí me resulta tan familiar: la sensación de que lo peor puede estar a punto de pasar en cualquier momento, pero probablemente ese día no vaya a ser hoy.

El inconfundible sonido de la destartalada motocicleta de Minwoo llegó a nuestros oídos y nos apresuramos a levantarnos para acudir a su encuentro, abriendo el portón del patio. Para nuestra sorpresa, Minwoo no iba solo en la moto. Paula le acompañaba, sentada detrás de él.

—¡La hija pródiga ha vuelto! —la saludó Dani con alegría. Llevábamos un par de semanas sin apenas verles el pelo ni a ella ni a Alex debido al concierto.

Cuando Paula se bajó del vehículo, parecía un poco nerviosa, pero le devolvió la sonrisa a Dani con un rápido abrazo.

Minwoo se alejó unos metros con la moto para dejarla en su sitio habitual en un rincón del patio. Yo lo seguí con la mirada, algo aturdida. Desde mi ingreso en el hospital, cuando ambos discutieron por culpa de mi querido amigo Jay, Paula y Minwoo nunca habían vuelto a quedarse a solas. Era obvio que Paula había ido a buscarnos a todos al Stardust y se había encontrado con Minwoo allí, al que no le había quedado más remedio que comportarse como

una persona normal y ofrecerle llevarla hasta nosotros.

—¡Lo siento! —se disculpó ella mientras se quitaba el casco—. Estos días han sido de locos. No os imagináis lo exigente que es el ritmo en WIMTS. No entiendo cómo esa gente aguanta la presión todos los días del año...

—Piensa que ya queda menos para el concierto y podrás ser libre —le animó Dani—. Es mañana por la noche, ¿no?

Paula asintió, poniendo los ojos en blanco.

—Es una locura, en serio. Acabo de salir de un ensayo general y os prometo que me cuesta tenerme en pie. Son como un ejército de élite increíblemente coordinado. Luces, cámaras, estilistas, coreógrafos... —Esbozó una sonrisa radiante—. Iba a ir directa a casa, pero lo cierto es que me apetecía veros antes del concierto. Necesitaba desahogarme y hablar con alguien a quien no le preocupe lo que pase mañana.

Le devolví la sonrisa. Era obvio que Paula estaba agotada y algo sobrepasada por las circunstancias, pero también parecía maravillarla formar parte de aquella locura.

—Un poco más y pillo el Stardust cerrado. Minwoo me ha dicho que pensabais salir a cenar por vuestro barrio y le he preguntado si podía unirme a vosotros, espero que no os importe...

Daba la impresión de que la propia Paula era consciente de la rareza que suponía que, durante el trayecto desde el Stardust, Minwoo y ella hubieran compartido un rato a solas. El hecho de que Minwoo se estuviese demorando más de lo habitual en dejar preparada la moto para el día siguiente indicaba que a él también le había afectado.

—¡Qué idiotez! —le espeté a Paula—. Como si tuvieras que preguntarlo. Ya teníamos ganas de volver a verte. ¿Qué tal se encuentra Alex?

Paula suspiró.

—Ya conoces a Alex, está muy centrado en el trabajo. Los cuatro lo están.

Pero me preocupa un poco.

Minwoo se unió a nosotros por fin, evitando mi mirada por todos los medios. Dani observaba a Paula con preocupación.

—Pero se encuentra bien, ¿no? Físicamente, quiero decir.

Paula asintió, con gesto tranquilizador.

—El trabajo de estos días no es nada a lo que en R*E*X no estén más que acostumbrados. Creo que es la situación con sus compañeros la que le está desbordando.

Minwoo respiró hondo. Sabía que se sentía culpable por haberle echado en cara a Alex, aquel día de borrachera tras el cumpleaños de Minah, que no fuera capaz de seguir adelante y superar sus problemas con el grupo.

—Si pasado mañana no viene a vernos al Stardust a primera hora —dijo Minwoo con aire enfadado—, iré yo mismo a buscarlo a WIMTS y me lo llevaré por la fuerza.

—¡Apoyo la moción! —añadí yo—. Tantas luces, estilistas y cámaras... A este paso va a acabar olvidándose de sus amigos los plebeyos.

—Podéis estar tranquilos, no se ha olvidado de vosotros. —Paula sonrió—. He hablado con él esta tarde y me ha pedido que os diese recuerdos a los tres y que os dijese que, una vez que haya pasado el lío del concierto, quiere invitarnos a su casa en la playa. Tiene una casa enorme que apenas utiliza, no muy lejos de Seúl. ¡Un fin de semana solos los cinco!

Dani parecía encantado de repente. Me agarró de los hombros y me zarandeó.

—Genial, Cris. ¡Al final vamos a ver el mar!

—Y nos subiremos a un acantilado para gritar lo mucho que odiamos el mundo —añadí yo con una mueca de sorna.

Miré a Minwoo, quien esperaba que se pusiera a alegar que no se podía permitir cerrar su precioso Stardust todo un fin de semana. Pero, para mi

sorpresa, se limitó a encogerse de hombros y sonreír.

—De acuerdo, dile que cuente con nosotros.



JAY

Un par de días después de que Alex le pidiese que convenciera a Young para que se marchara de WIMTS con ellos, Jay encontró por fin el momento perfecto. Los miembros del equipo, con los que Young y él habían estado repasando algunos detalles para el concierto, les habían dejado a solas en la cafetería de WIMTS.

Sin embargo, antes de que hubiera reunido el coraje suficiente para abordar la conversación, el repiqueteo de unos tacones en el suelo de la azotea le avisó de que otro problema todavía peor se acercaba hacia él con ganas de pelea: Song Boram en persona.

En lo que se refería a esa mujer, a veces no podía evitar sentir algo de rencor hacia ella. Se despreciaba a sí mismo por albergar esos sentimientos hacia la madre de su mejor amigo porque sabía que, muy en el fondo, Hyunsoo la adoraba. Aunque la acusaba de las peores desgracias que le habían ocurrido, incluida su ruptura con Sojin, también intentaba buscar su aprobación y su cariño en cada una de las cosas que hacía.

Jay no recordaba el momento exacto en que había conocido a Hyunsoo, pero tenía una imagen clara de la primera vez que había visto a su madre. De pie, imponente sobre sus tacones, con un traje de corte europeo y gafas de sol, y fumando lánguidamente en la puerta del estudio. En aquel momento, Jay todavía era un adolescente recién llegado a la ciudad y se había descubierto

admirando su belleza altiva, preguntándose si sería alguna de las estrellas de la compañía que acababa de contratarlo como aprendiz. Jamás se hubiera planteado en aquel instante que esa mujer fuera la madre de alguien, y mucho menos que ese «alguien» fuese el chico de aspecto delicado, tal vez demasiado guapo para su propio bien, que entrenaba junto a él.

Poco tiempo después, cuando Hyunsoo ya se había convertido en su primer amigo de su nueva vida en Seúl, Jay llegó a pensar con cierta vergüenza que jamás se sentiría preparado para que sus nuevos compañeros aprendices conocieran a sus padres. La idea de que Hyunsoo, que se había criado en un elegante estudio del centro de Seúl con aquella mujer y sus sofisticados amigos, conociese al matrimonio Park, con el aspecto envejecido de la gente que ha trabajado siempre a la intemperie, le inquietaba.

Por eso se había sentido tan aliviado cuando una tarde, mientras hacía deporte en un parque cercano a la residencia donde vivía con otros aprendices de WIMTS, se había topado con Minwoo y su familia dando un paseo de domingo. En realidad, no había excesivos paralelismos entre la familia de Minwoo y la suya, pero le hizo darse cuenta que no todo el mundo en WIMTS provenía de un entorno como el de Hyunsoo. El señor Choi sonreía con los ojos, no sólo con la boca, y la señora Choi le había extendido una invitación para cenar en su casa siempre que quisiese, alegando que era imposible que un adolescente que vivía solo y lejos de sus padres fuera capaz de alimentarse correctamente. Minwoo se había ruborizado ante las palabras de su madre y le había pedido que dejase en paz a Jay. Por aquel entonces, Jay y él aún no habían sido elegidos para debutar en el mismo grupo y apenas habían intercambiado un par de frases de cortesía. Sin embargo, Jay siempre se había sentido agradecido por aquel encuentro fortuito.

Unos meses después, en unas vacaciones a finales de verano, Jay había arrastrado a Hyunsoo a su pueblo natal. Los dos amigos habían pasado los

días lanzándose al agua desde las rocas del acantilado mientras el padre de Jay les gritaba que estaban espantando a todos los peces. Los habitantes de Jeju habían observado con ojos críticos el nuevo corte de pelo de Jay y al chiquillo extraño con acento de Seúl que lo acompañaba, pero a Jay no había podido importarle menos. Se había sentido infinitamente feliz al ver a Hyunsoo reírse cada vez que su madre le sujetaba la cara con sus manos ásperas, tan diferentes de las de fina manicura de la señora Song, y le repetía que nunca había visto un chico tan guapo como él.

En el trayecto de vuelta a Seúl, Hyunsoo le había hablado por primera vez de los problemas con su madre. De cómo odiaba a sus amigos del mundo del espectáculo, siempre fumando y bebiendo en casa. También le había hablado de Sojin, la chica de la que estaba enamorado y con la que se refugiaba cuando la idea de volver a esa casa abarrotada de gente le resultaba insoportable.

La misma tarde de su regreso a Seúl, el vicepresidente de WITMS los había citado en su despacho. Allí los esperaban dos de sus compañeros de entrenamiento: Alex y Minwoo. Taehyun fue el encargado de darles la gran noticia. Los cuatro iban a empezar a entrenarse separados del resto de aprendices, pues habían sido elegidos para formar parte de un grupo musical. Si todo marchaba según lo previsto y demostraban estar a la altura, a lo mejor en dos años podían preparar un debut para ellos.

Pero nada marchó según lo previsto. Unos disparos en una rueda de prensa lo aceleraron todo. Menos de un año después de la muerte de Insomnia, un grupo algo distinto al que se había anunciado en ese despacho había debutado en el mercado musical coreano, abriendo el camino a un fenómeno sin precedentes.

Pocas semanas antes del apresurado debut, Hyunsoo se había visto obligado a tomar la decisión más difícil de su vida: abandonar a Sojin por motivos que ni siquiera él era capaz de comprender. Jay sabía que las

presiones de la compañía, y sobre todo las de su madre, habían provocado aquella situación. Intuía que la señora Song no había obligado a Hyunsoo de forma directa a dejar a Sojin, pero estaba seguro de que se las había apañado para hacer creer a su hijo que esa era la decisión correcta no sólo por su carrera, sino por el bienestar de la chica. Y él había confiado en ella.

Abandonar WIMTS era el único acto de verdadera rebeldía hacia su madre que Jay había visto por parte de Hyunsoo. Estaba claro que ya no confiaba en ella tanto como antes y, a juzgar por su expresión mientras se acercaba a ellos con paso firme, eso era algo que la señora Song no estaba dispuesta a tolerar. Cuando llegó a su mesa, Jay se tensó de forma inconsciente. Tuvo que recordarse a sí mismo que ya no era el adolescente fuera de lugar que la había visto por primera vez en la puerta de ese mismo edificio, pero la terrible aura de autoridad que emanaba era muy difícil de ignorar.

La señora Song obvió la presencia de Young y fue directa hacia Jay. Sin un saludo de cortesía, comenzó a atacarle:

—¿A qué crees que estás jugando con mi hijo? No habrás pensado ni por un segundo que voy a permitir que te lo lleves de aquí... Hyunsoo vino el otro día a contarme vuestra pequeña fantasía y enseguida supe que tú tenías que estar detrás de todo esto. Pero es mi hijo, ¿recuerdas? Sangre de mi sangre. No creas que puedes arrebatármelo así como así.

Young abrió los ojos asombrado, sorprendido de que ella estuviera al corriente de la situación y sacara el tema de forma tan abierta en medio de la empresa.

—Créame que no quiero arrebatárselo nada, señora —replicó Jay con tono cansado—. Es una decisión profesional que hemos tomados los dos juntos. No tiene nada que ver con usted —mintió—, así que será mejor que se calme.

Con el rostro crispado y bajo el sol del crepúsculo, Jay atisbó en ella los primeros signos de la vejez. A diferencia de lo que ocurría con su madre, eso

no dulcificaba su rostro, sino que le confería cierta apariencia cruel. Jay se preguntó cómo podía haber pensado en algún momento que madre e hijo se parecían lo más mínimo.

—Si te lo llevas contigo, te hundiré, ¿me oyes? Sacaré todos los trapos sucios que pueda encontrar sobre ti... y, conociéndote, seguro que hay unos cuantos. No me importa si arrastro a Hyunsoo en tu caída. Si os vais, estáis acabados.

Jay entrecerró los ojos.

—Escúcheme bien, señora —concentró todo su desprecio en la última palabra—: nada de lo que diga va a funcionar conmigo. Yo no soy una colegiala asustada a la que poder manipular. Si piensa que para separarme de Hyunsoo va a bastarle con utilizar las mismas artimañas que con Sojin, está muy equivocada.

El cuerpo de la mujer se tensó como si hubiera recibido una repentina descarga eléctrica. Probablemente hacía años que no escuchaba ese nombre.

—No eras más que el patético hijo de unos pescadores cuando te conocí, niño. No creas que porque hayas crecido y vistas de Gucci tienes el más mínimo poder contra mí.

Jay vio cómo levantaba la mano con intención de abofetearlo. En lugar de impedirlo, permaneció muy quieto, dispuesto a cederle al menos esa última satisfacción. Pero una mano enérgica la sujetó por la muñeca.

El corazón de Jay golpeó con fuerza. Se había olvidado por completo de que Young estaba allí.

—¿Por qué no le pregunta a su hijo a quién considera ahora su verdadera familia, si a usted o al patético hijo de unos pescadores? —le espetó el más joven de los R*E*X con voz dura, encarándose con ella sin ningún rastro de temor—. Aunque es más que probable que no le guste la respuesta.

La señora Song se quedó sin palabras por primera vez desde que la

conocía, como si Young acabara de abrir la caja de Pandora, haciendo aflorar sus propios temores. Con un gesto brusco, se soltó del agarre del chico y, tras susurrar un «te arrepentirás de esto» dirigido a Jay, se marchó con paso mucho menos firme que cuando había llegado allí. En el fondo, Jay no pudo evitar compadecerse de ella.

Al volver a quedarse a solas con Young, sintió que el nudo de su estómago se apretaba un poco más. Si no comenzaba a hablar pronto, gritaría. No podía aguantar más la situación, y la señora Song no había hecho sino empeorarla.

Tenía un plan, una especie de discurso mental que llevaba ideando desde que Alex le hiciera prometer aquello. Sin embargo, sabía que no iba a sonar convincente. Sobre todo porque ni siquiera él mismo tenía la certeza de estar haciendo lo correcto. La idea de abandonar a Alex y Young era dolorosa, pero imaginarse al líder solo ante las fauces de WIMTS le resultaba insoportable, incluso aunque fuera por decisión propia.

Pero entonces recordó la voz suplicante de Alex, pidiéndole que le hiciera ese último favor, y lo hizo. Se esforzó en convencer a Young para que se fuese con ellos y dejase a Alex detrás. Tal como había supuesto, él le cortó casi antes de comenzar, en el mismo instante en que vislumbró sus intenciones:

—¿Tanto le odias? —Su tono de tristeza y decepción le heló la sangre—. ¿Tanto odias a Alex?

—No le odio —contestó con pesar—. Le quiero. Os quiero a los dos y desearía que las cosas fuesen muy distintas, pero nosotros necesitamos irnos y él no quiere abandonar WITMS...

—Perfecto —atajó Young de nuevo—. Nunca he intentado convencerlos de que os quedéis, incluso aunque verlos marchar me duela muchísimo. Pero si Alex se queda, yo me quedo con él. No hay discusión posible.

—¡Maldita sea, Young! —Jay notó que empezaba a sonar desesperado—. Esa lealtad hacia él está dejando de tener sentido, ¿no te das cuenta? Las cosas

se van a poner aún más duras en WIMTS cuando nos vayamos. Alex lo sabe y por eso quiere que nos sigas.

Young se tensó, palideciendo de golpe.

—¿Alex os ha dicho que quiere que me vaya con vosotros?

Jay maldijo su incapacidad para tratar ciertos temas con más delicadeza.

—Él piensa que es lo mejor para ti...

—¿Y lo mejor para él? —Young, con los ojos brillantes, parecía estar a punto de llorar—. Alex nunca se para a pensar en lo mejor para él.

—Young... —murmuró Jay, consciente de que la conversación estaba tomando el camino equivocado.

—¡Me da igual! —gritó con voz ahogada. Jay lanzó un vistazo a su alrededor por si alguien los estaba escuchando—. Me da igual lo que piense Alex, lo que piense Hyunsoo y lo que pienses tú... ¡Dejad de tratarme como a un niño!

—¡Entonces no te comportes como tal! Alex no va a seguir adelante, incluso aunque tú te quedes aquí con él. R*E*X no va a continuar. No sé qué es lo que le pasa por la cabeza y tampoco es capaz de decírmelo, pero ¿crees que quedándote en WIMTS vas a poder ayudarle en algo?

Sintió ganas de gritarle para hacerle entrar en razón. También le hubiera gustado que el líder estuviera presente para arremeter también contra él. Acababa de decir que no le odiaba, pero en el fondo sí lo hacía. Odiaba su cabezonería y odiaba lo mucho que había cambiado en los últimos meses. El Alex que había conocido hacía años, su amigo, el Alex que le había enseñado a hablar en inglés, nunca hubiera permitido semejante situación: Young llorando por su culpa.

—¿Recuerdas nuestro primer premio al mejor grupo del año?

Jay se sorprendió ante las palabras de su amigo. Recordaba aquel día con toda claridad. Había sido un sueño escuchar su nombre en esa entrega de

premios, sobre todo dadas las circunstancias. Ni siquiera hacía un año desde que habían debutado y nunca un grupo tan joven había ganado un premio tan grande. Ellos, en teoría, habían ido allí a presentar su nueva canción, una balada triste sobre amores imposibles que había compuesto Alex. Aunque luego las malas lenguas habían insistido en que ya estaban advertidos de que iban a ganar, lo cierto es que les había pillado completamente por sorpresa y durante unos segundos habían permanecido en sus asientos, incapaces de procesar lo que acababa de ocurrir. Alex ni siquiera había preparado un discurso. Su principal recuerdo de esa noche era el color dorado que lo inundaba todo: la decoración, el traje de la presentadora, la estatuilla que les entregaron... Desde entonces, se había convertido en su color oficial.

Con todo, no comprendía adónde quería llegar Young. Hyunsoo ya le había confesado sus planes a su madre, ambos habían cruzado un punto de no retorno y ninguna historia entrañable iba a hacerles cambiar de opinión.

No obstante, resultó que aquellas no eran las intenciones Young:

—Cuando, tras el asesinato de Insomnia, la compañía me unió a vosotros en el proyecto de R*E*X, Minwoo ya pasaba más tiempo fuera que dentro —continuó Young—. Cuando su padre empeoró, todos supimos que se iba, que nunca llegaría a debutar. Alex se pasaba casi todo el tiempo a su lado y tardó semanas en dirigirme la palabra por primera vez. Y en cuanto a vosotros dos... —Esbozó una sonrisa triste—. La verdad es que nunca me integrasteis demasiado en vuestro pequeño mundo. Imagino que yo aún era muy joven y me veíais más como a una molestia que como a un compañero.

Jay no dijo nada. La imagen del Young del debut, casi un niño, reemplazó por unos instantes los rasgos atractivos y adultos del Young que estaba junto a él.

—Todo empeoró cuando Minwoo se fue de forma definitiva —prosiguió con la vista perdida en los tejados de Seúl, a través de las cristaleras—. Alex

se volvió loco, perdió el control. A mí casi ni me miraba. —Jay asintió con desasosiego. Recordaba perfectamente aquella época—. Creo que en el fondo achacaba a mi llegada que la compañía no se hubiera esforzado tanto en retener a su mejor amigo. Entonces tú empezaste a pasar muchísimo tiempo con él y os dio todavía más por esa manía vuestra de hablar en inglés... Ya no erais dos, dos y yo. Ahora era aún peor: erais vosotros tres y yo. Nunca me tratasteis mal, pero fue duro sentirse desplazado. —Desvió la mirada de los ojos de Jay, que lo observaba impresionado—. Nunca le había contado esto a nadie...

—Pero las cosas cambiaron. Al poco tiempo empezamos a ser un grupo de verdad, los cuatro juntos. Si vienes ahora con nosotros, no vas a pasar otra vez por lo mismo. Hyunsoo y yo no vamos a dejarte de lado. Te lo prometo. —Estiró la mano para rozar la muñeca del más joven.

Young sonrió. Aquella fue la primera sonrisa franca de esa tarde.

—No me da miedo que eso ocurra. Ya sé que todo cambió. Pero ¿alguna vez te has preguntado cómo ocurrió? O, por lo menos, ¿cuándo me di cuenta?

Jay negó con la cabeza en silencio y siguió escuchando.

—Fue aquella noche, la noche del premio. Toda esa gente subió al escenario a celebrarlo con nosotros. Ni siquiera recuerdo quiénes eran las personas que vinieron a felicitarme. Sólo recuerdo que estaba tan orgulloso de formar parte de R*E*X y de haberlo conseguido que os busqué con la mirada. Os vi a los tres, abrazándoos en el centro del escenario. Me sentí tan perdido en ese momento que... —Tragó saliva, visiblemente emocionado—. Quería acercarme a vosotros, pero sentía que no tenía derecho a hacerlo. Entonces Alex me vio, se alejó de vosotros y me agarró con fuerza.

»Nunca me había sonreído así. En realidad, nunca le había visto sonreír de aquella manera hasta entonces. Me atrajo hacia Hyunsoo y hacia ti, y me susurró que lo había hecho muy bien. —Mientras lo rememoraba, las lágrimas

habían pasado a rodar libremente por su cara. Se las limpió con la manga de la sudadera en un gesto brusco, casi infantil. Jay quería interrumpirle, que parase de hablar, pero continuó—: Vosotros también me abrazasteis y, cuando por fin estábamos los cuatro juntos, Alex nos dijo que éramos uno. —Suspiró, conteniendo el llanto—. Fue justo entonces cuando todo cambió para mí, y fue gracias a él. Así que lo siento mucho, Jay, pero no me voy a ninguna parte. No sin Alex.



PAULA

El Estadio Olímpico de Seúl aún estaba vacío, pero los alrededores ya se hallaban abarrotados de fans de R*E*X que, pese a que la mayor parte de las entradas estaban numeradas, llevaban horas rodeando el lugar donde iba a producirse el esperado encuentro. Aquella zona de Seúl, repleta de edificios deportivos modernos, pequeños rincones de césped, senderos y parques, resultaba muy agradable esa mañana de mayo. Ella se había permitido el lujo de dar un rápido paseo en la pausa que les habían concedido para comer tras los últimos ensayos del cuerpo de baile, dejándose llevar por la vibrante alegría que se respiraba en los alrededores.

Toda la muchedumbre allí presente tenía un único propósito: ver a sus ansiados ídolos en directo. Posiblemente, en muchos casos esa fuera la primera vez que tenían la oportunidad de ver a los cuatro cantantes en persona, pues entre la multitud también se atisbaban caras de facciones occidentales, casi siempre mirando a su alrededor sin terminar de creerse que estuviesen allí. Sin embargo, la mayoría se componía de fans de Corea y países vecinos.

Fuera como fuese, en aquel lugar todos compartían la misma ilusión en los ojos. Y era muy conmovedor, pensó Paula, saber que aquel sábado miles de personas se reunirían para olvidar sus problemas durante un rato y trasladarse al mundo de fantasía, música, luces y belleza que R*E*X iba a ofrecerles.

Ya en el interior del estadio, apenas una hora antes de que se abriesen las

puertas para que el público empezase a ocupar sus asientos, mientras todo el mundo pasaba corriendo de un lado a otro, Paula no podía dejar de mirar en dirección a las gradas e imaginarse a sí misma sentada entre el público, con la emoción contenida de alguien que está a punto de cumplir su gran sueño como fan. Desde que empezó a seguir a R*E*X, tiempo antes de su oportunidad en Barcelona, su principal deseo había sido viajar algún día a Corea y verlos en un gran estadio como ese. Era el firme propósito de ahorrar lo suficiente para escuchar sus voces en directo y sentir el calor de otras *crowns* lo que le ayudaba a sobrellevar la rutina del día a día.

Si alguien le hubiese dicho entonces que iba a acabar participando en uno de esos espectáculos, sin duda lo hubiera considerado una locura. Pero allí estaba. Por un momento, sintió que las piernas le temblaban.

Cris había intentado animarle diciéndole que, al fin y al cabo, ya había trabajado antes con los R*E*X en un concierto. Pero aquello no era un gran consuelo. Ni la capacidad del Sant Jordi Club podía compararse con la de aquel estadio ni el grupo semidesconocido que había sido R*E*X para el público de Barcelona tenía algo que ver con los reyes con los que iba actuar aquella noche en el corazón de Asia.

Agitó la cabeza enérgicamente, tratando de disipar aquellos pensamientos de su mente, y posó la mirada en el *setlist* del concierto. Ya se lo sabía casi de memoria, pero concentrarse en el trabajo le ayudaba a esquivar el aguijonazo del miedo escénico. Además, quería asegurarse otra vez de tener dominada la estructura del concierto y el tiempo del que disponía entre cada una de sus apariciones para evitar posibles imprevistos.

—¿Todavía sigues con eso?

Paula dio un respingo, sobresaltada, y se giró en dirección a la voz de Alex. Su amigo, ya vestido y maquillado, la contemplaba con una sonrisa divertida.

—¡Menudo susto me has dado!

—Deberías darte un respiro. Hay miembros del equipo encargados de decirte dónde tienes que estar en cada momento. De todos modos, seguro que ya te lo sabes de memoria. —Le arrebató el papel y lo estudió distraído.

—Lo sé —contestó con un suspiro, y giró la cabeza hacia las gradas una vez más—, pero necesito sentir que lo tengo todo bajo control. Sigo sin entender cómo puede funcionar algo tan grande, ¡con tanta gente por todas partes!

—¿Estás nerviosa? —Alex levantó la vista del papel con la expresión cargada de ternura—. No puedo decirte que no lo estés, porque una parte de mí sigue sintiéndose así en cada concierto que damos, pero puedo asegurarte que a medida que avance la noche esa sensación desaparecerá. Después de los primeros veinte minutos, te olvidarás de cuánta gente te está viendo y lo disfrutarás. Te lo prometo.

Le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él con cariño, tratando de tranquilizarla. El gesto pilló a Paula desprevenida, puesto que, desde el principio, habían mantenido el contacto al mínimo delante de la gente de WIMTS, pero le reconfortó enormemente.

—De todos modos, no tengo motivos para estar nerviosa. El público quiere veros a vosotros cuatro, lo demás es secundario. Estás guapísimo hoy, Alex —no pudo evitar añadir—. Pareces un príncipe de cuento con esa ropa. Si Cris, Dani y Minwoo pudieran verte ahora mismo...

—¿Sabes una cosa? —la interrumpió él con una sonrisa, separándose de ella, y señaló con el dedo el solo de Jay sobre el *setlist*—. Esta canción la compuso Minwoo.

—¿En serio? ¿La compuso cuando todavía estaba con vosotros? —preguntó Paula, sorprendida—. Tiene que ser de hace mucho, entonces...

—¡Qué va! La ha compuesto en este último año. Aún no la he escuchado

con los arreglos que ha hecho Jay, pero creo que te gustará. La letra parecía muy bonita...

A Paula se le escapó una sonrisa maravillada. Su relación con Minwoo todavía no había vuelto a la normalidad, pero en las últimas semanas había mejorado un poco. Ahora, cuando pensaba en él, ya no recordaba su cara la noche que habían acabado discutiendo en el Stardust, sino la sensación de su mano agarrándole la muñeca con fuerza mientras esperaban a que Minah recibiera el mejor regalo de su vida. La tarde anterior se había encontrado con él a solas en la cafetería, una situación que llevaban tiempo evitando, y para su asombro, él se había ofrecido a acercarla a su casa para que pudiese ver a Cris y a Dani antes del concierto.

Durante la media hora que había durado el trayecto en moto, Paula había desviado con frecuencia la mirada a sus propias manos, cerradas en torno a la cazadora del chico, sin atreverse a sujetarse bien por miedo a que el contacto físico rompiera el hechizo y Minwoo y ella volvieran a discutir por cualquier tontería. Era curioso que fuera precisamente Jay quien interpretase una canción suya. ¿Cómo había llegado la partitura a sus manos?

—Oye, Alex...

Antes de que pudiera formular su pregunta, un miembro del equipo se acercó a ellos y les indicó que debían abandonar el escenario porque las puertas del estadio estaban a punto de abrirse. Alex le dio un suave apretón en el brazo antes de alejarse de ella y Paula se marchó en dirección contraria, con todo rastro de Jay y Minwoo borrado de su mente.

Pocos minutos antes del inicio, la energía que desprendía el ambiente dentro de estadio era embriagadora. Detrás de bambalinas llevaban ya un buen rato escuchando los gritos amortiguados de las miles de voces de los fans que ocupaban ya sus sitios en las gradas y la pista, cantando al unísono los

estribillos de las canciones más populares de R*E*X, mientras esperaban a que diera inicio el espectáculo. Paula, situada en un rincón, intentaba dejar la mente en blanco. Los cuatro chicos de R*E*X ya debían de estar colocados en la plataforma que les subiría al escenario. En el momento en que se apagaron las luces del estadio, el rumor histérico de la multitud resonó como un estruendo. Sintió que se le ponía la piel de gallina por la emoción. Era incapaz de hacerse a la idea de lo que aquello debía de suponer para los cuatro R*E*X, sabedores de que todos los ojos, corazones y mentes allí reunidos estaban dirigidos exclusivamente a ellos.

Organizar un concierto de esas magnitudes debía de ser una tarea hercúlea. Era imprescindible que todos los engranajes funcionasen a la perfección: todo el mundo debía estar en el lugar preciso en el momento preciso, por lo que el ritmo de todos los que participaban de una manera u otra era frenético. Como ya le había confesado a Alex, la noción de que ella sólo era una pequeña pieza más en ese descomunal montaje, que giraba en torno al grupo, le hacía sentirse algo más segura. Y al mismo tiempo, quizá por eso, tampoco quería fallarles. Además, se lo debía a YenNork, el primer refugio que había encontrado en aquella ciudad, y a Leo y Cath, que habían confiado en ella cuando nadie más lo había hecho y le habían proporcionado un sentido a su descabellado viaje. Cerró los puños con determinación y se prometió dar lo mejor aquella noche.

Al abrirlos se topó con la mirada de su compañera Hyomin. La joven bailarina no parecía en mejores condiciones en aquel momento. Durante ese cruce de miradas, por primera vez desde que se conocían, compartieron un momento de comprensión mutua.

—Mucha mierda —dijo la coreana en su inglés vacilante, con cierta brusquedad.

—Igualmente —le contestó Paula en su torpe coreano.

En aquel momento, una música épica tronó a través de los altavoces y, con

un nuevo grito de emoción, la muchedumbre estalló en miles de lucecitas doradas. Paula contuvo la respiración. Hasta que conoció a R*E*X, jamás había oído hablar de los *lightsticks*, esos tubitos luminosos cuyo diseño y color representaban al artista. En el concierto de Barcelona, al verlos por primera vez funcionar en directo, con las tres mil fans del público, se había emocionado. Pero aquello era totalmente distinto. Frente a ella se alzaba un auténtico océano de más de sesenta mil personas coreando el nombre de los R*E*X e iluminando la oscuridad como si fueran estrellas. La imagen era cautivadora. Paula sintió ganas de llorar, obviando por un momento todo lo que había ocurrido con Jay e incluso su amistad con Alex, y volviendo a experimentar el cosquilleo de aquel primer día, frente al ordenador de su hermano Mario, cuando descubrió a los cuatro artistas que cambiarían su forma de ver la vida para siempre.

Debió de pasar varios minutos absorta en el mar dorado, porque de pronto notó la mano de uno de los bailarines, apremiándola para salir al escenario. Por fortuna, se había concentrado tanto en aquella belleza que se había olvidado de sus nervios casi por completo y pudo ocupar su lugar con paso firme.

El espectáculo avanzó casi como si se tratase de un encantamiento. Paula apenas tuvo tiempo de procesar todo lo que estaba pasando a su alrededor, la gente que la rodeaba y las ordenes que recibía, y aunque todavía iban por la mitad, ya estaba exhausta. No entendía cómo, a pesar de los años de práctica, Young, Hyunsoo, Jay y Alex podían seguir en pie número tras número con una sonrisa en los labios. Por suerte, cuando llegó el turno de las baladas, los bailarines dispusieron de un momento más relajado para cambiarse de ropa y dejar que las estilistas les retocaran el peinado y el maquillaje. Cuando Paula terminó de arreglarse, los cuatro R*E*X todavía estaban hablando en medio de una de las plataformas del escenario, presentando la que iba a ser la última

balada que cantarían esa noche los cuatro juntos. No era capaz de seguir lo que estaban diciendo, pero con los primeros acordes reconoció la canción al instante. Era una de sus favoritas, y la misma que habían estado ensayando cuando los vio por primera vez en Barcelona.

A diferencia de Paula, que llevaba varios días sin apenas dormir anticipando aquel primer encuentro, los demás bailarines no parecían muy emocionados aquel día por el hecho de estar a punto de conocer a un grupo surcoreano del que jamás habían oído hablar hasta entonces. La mayoría de ellos todavía sentía el desencanto de no haber sido escogidos para el concierto de Harry Jones, al que habían aspirado en realidad, y no esperaban gran cosa de este otro, mucho más pequeño. Un representante de la productora había reunido a todo el cuerpo de baile y los había dirigido a una de las salas de ensayo del edificio. El aislamiento acústico había imposibilitado que se filtrara el sonido, pero, en cuanto abrieron la puerta, aquellas cuatro voces, que antes habían considerado con cierta indiferencia, les atraparon como el canto de las sirenas. Paula recordaba perfectamente cómo todos se habían detenido en la entrada durante un instante, sorprendidos e incapaces de romper con su presencia una armonía tan perfecta.

No hubiera podido desear una canción mejor para la primera vez que los vio en directo, mucho más cerca de lo que jamás se hubiese atrevido a soñar. Aquella balada, que Jay había compuesto un par de años después de debutar, hablaba sobre los fuertes vínculos de amistad que unían a los cuatro miembros. Con un nudo en la garganta, sonrió al darse cuenta de que Jay jamás podría haber hecho un regalo más hermoso a sus tres compañeros.

Al escuchar la canción en un escenario tan diferente, de pronto sintió cierta angustia. Ahora que los conocía, era consciente de que tarde o temprano, ya fuera por los problemas que parecían tener entre ellos o por el inevitable declive de cualquier grupo de la industria, R*E*X acabaría desapareciendo.

Todo lo que habían significado para ella, y para los millones de *crowns* en todo el mundo, se evaporaría de la noche a la mañana.

Al final, la balada concluyó y en las pantallas gigantes del estadio empezó a reproducirse un vídeo que mostraba a cada uno de los miembros del grupo recorriendo los lugares más conocidos de Seúl. Cuando pasó por su lado en dirección al camerino, Alex parecía sobrepasado por la emoción. A Paula le hubiera gustado salir corriendo detrás de él para consolarle. No obstante, sabía que el solo de Young, inspirado en el famoso Cotton Club del Nueva York de los años veinte, era el siguiente número del espectáculo, y en él participaban todos los bailarines, así que tuvo que conformarse con darle un ligero apretón de manos en el momento en que ambos se cruzaron.

Young, que se había cambiado de ropa en tiempo récord, se colocó en su lugar entre los bailarines y les dedicó una sonrisa de ánimo. Hyomin, que estaba justo delante de Paula, se recolocaba los flecos del vestido, todavía algo nerviosa. Era curioso que alguien con tanta experiencia como ella estuviera tan ansiosa cuando ya se encontraban casi al final del concierto. Entonces recordó lo que le había dicho Alex sobre el empeño que ponía desde hacía años para triunfar como bailarina en su país. Paula no estaba muy segura de si Hyomin podría llegar a caerle bien en algún momento, pero empezaba a entender un poco mejor por qué la chica había sentido tanto desagrado por ella desde que le había puesto los ojos encima.

Después de aquella actuación, a Paula le quedó algo de margen para cambiarse de ropa. Una vez que la arreglaron, cogió una botella de agua y se acercó hasta una de las salidas al escenario, donde Alex, ya preparado para su turno, monitorizaba el espectáculo.

—¿Estás bien? —le preguntó, dándole un golpecito cariñoso con el hombro—. Antes te he visto algo emocionado.

—Sí, no te preocupes.

Alex le dirigió una rápida sonrisa, pero después volvió a fijar su vista en el escenario, donde Jay, sentado en una banqueta de madera, tocaba la guitarra y cantaba. A Paula le pareció irrespetuoso intentar acaparar la atención de Alex en un momento como aquel, cuando el líder de R*E*X debía concentrarse en sí mismo y en sus tres compañeros, de manera que se dedicó a cerrar los ojos y limitarse a descansar unos minutos. Así fue como la canción que Jay estaba interpretando comenzó a filtrarse hacia ella. Era una canción sencilla, sin grandes pretensiones. El tipo de melodía reconfortante y suave que le sugería paseos primaverales bajo los cerezos en flor.

Tardó un poco en percatarse de que la letra estaba en inglés, pero, cuando lo hizo, su corazón se aceleró. Hablaba de cisnes blancos llorando en las calles de Seúl, de bailes bajo los copos de nieve de diciembre, de aceite de motor y vasos de cartón para el café. Alex había dicho que Minwoo había compuesto esa canción recientemente. Buscó la mirada de su amigo.

—¿Te ha gustado? —preguntó él con tono divertido mientras el público irrumpía en aplausos tras los últimos acordes.

—Alex... —articuló con un hilillo de voz—, ¿está Minwoo hablando de mí en esa canción?

No obtuvo respuesta. Alex se limitó a guiñarle un ojo antes de salir él mismo al escenario.

La parte de su personalidad con cierta tendencia al dramatismo hubiera salido corriendo de allí en ese mismo momento, pero Paula había cambiado lo suficiente en aquel último año como para saber que aquellas fantasías propias de Hollywood eran inviables en la vida real. Aun así, el resto del concierto pasó ante sus ojos como una nebulosa y su cuerpo bailó por ella de forma casi mecánica incluso durante el número con Jay, que tan nerviosa le había puesto en el pasado.

El concierto llegó a su fin con un final tan increíble como prometía desde el

principio. Paula y el resto del equipo de baile salieron a saludar, rodeando a los coreógrafos, justo antes de dejar espacio para que las cuatro estrellas apareciesen por última vez en el escenario y se inclinasen hacia el público. Las luces doradas se apagaron por fin, dejando durante unos breves segundos el lugar iluminado simplemente con el firmamento dorado de los *lightsticks* de los fans, para dejar paso a la invasiva y realista luz del estadio, que alumbró las gradas barriendo cualquier rastro de la magia dorada de R*E*X y devolviendo a las sesenta mil personas a la realidad de sus vidas cotidianas.

Sin embargo, Paula no lo lamentó ni por un momento. Tras abandonar el escenario, se abrió paso entre sus compañeros, que se felicitaban y abrazaban con alegría, en dirección a los vestuarios, donde había dejado su bolsa y su ropa. Apenas prestó atención a lo que ocurría a su alrededor mientras se deshacía del vestido y los zapatos del escenario y se enfundaba en un chándal de WIMTS y unas zapatillas de deporte. Cuando estaba a punto de abandonar el estadio a toda prisa, se topó con un grupo de gente conocida de YenNork y WIMTS, entre los que se encontraban los propios Jay, Cath y Leo.

—¡Paula! ¡Lo has hecho muy bien! —exclamó su jefa, tendiéndole una mano—. ¡Choca esos cinco!

—WIMTS ha organizado una fiesta —añadió Leo, dándole una palmadita en la espalda—. ¡Vamos a celebrarlo!

—Lo siento, no puedo... —farfulló, intentando pensar en una excusa válida.

—¿Cómo? —intervino Jay, ligeramente sorprendido—. Pero tú también has trabajado muy duro para que todo saliera bien hoy.

—De verdad, no puedo... —volvió a excusarse Paula mientras se alejaba—. Muchísimas gracias por todo, chicos —se despidió de Cath y Leo, con una reverencia—. Muchísimas gracias por todo a ti también, Jay —añadió con sinceridad.

El joven cantante le dedicó una mirada confusa, antes de que alguien del grupo reclamara su atención mientras Paula se alejaba apresurada. Apenas se había separado de ellos un par de metros, esquivando a miembros del equipo, cuando chocó con otra figura familiar.

—¿Vas a alguna parte? —le sonrió Alex con cariño.

Paula le devolvió la sonrisa y se puso de puntillas para darle un atolondrado beso en la mejilla, antes de girar sobre sus talones y salir casi corriendo en busca del primer medio de transporte que la llevara a su destino.

Ya era bastante entrada la noche cuando llegó a casa de Minwoo. Llevaba un rato lloviendo y el barrio estaba desierto y sumido en el silencio. Las luces de todas las casas estaban apagadas, pero ni siquiera se planteó la posibilidad de volver al día siguiente. Por fin había confirmado la verdadera causa de que su relación con Minwoo se hubiera enrarecido y estaba dispuesta a solucionarlo en aquel mismo instante.

Durante el viaje en taxi había estado rememorando todos los momentos que habían pasado juntos desde la noche en que él y Cris la interceptaron en medio de Yeoui-dareo, cuando huía de la fiesta de Insomnia. La letra de la canción le había permitido revivir todos sus encuentros a través de los ojos de Minwoo, y Paula se había sorprendido de su propia estupidez por no haber caído mucho antes en lo que estaba pasando entre ellos, demasiado cegada por el brillo que irradiaba Jay.

Con las prisas, ni siquiera se había molestado en buscar un abrigo o un paraguas, así que, tras decirle al taxista que podía quedarse el cambio, salió del coche y cruzó la calle corriendo hasta cobijarse de la lluvia bajo el porche de la casa de la señora Choi. Subió las escaleras que conducían al apartamento de Minwoo, intentando no despertar a los inquilinos de la casa principal, y llamó a la puerta.

Un minuto después, durante el que creyó haber olvidado cómo respirar, la puerta se abrió dando paso a un aturdido Minwoo.

—¿Paula? —preguntó, confuso y con voz adormilada—. ¿Ha pasado algo?

Ella negó con la cabeza. Era obvio que acababa de despertarlo, porque llevaba puestos unos pantalones de pijama y una camiseta desgastada del revés. Su pelo se arremolinaba en picos extraños sobre su cabeza y apenas podía mantener los ojos abiertos. Curiosamente, a Paula nunca le había parecido tan guapo como en aquel momento. De pronto le entró el pánico. Ni siquiera había pensado en qué iba a decirle.

—Cielos, estás empapada. ¿Qué demonios ha ocurrido? Iré a buscar una toalla...

—¡No! —exclamó Paula cuando él se giró en dirección al cuarto de baño—. ¡Espera, Minwoo! —Él obedeció y se giró de nuevo, extrañado. Paula se miró la punta de sus deportivas, que habían empezado a mojar la entrada del apartamento, y trató de organizar sus ideas sin mucho éxito—. No sé cómo empezar... Quiero decir, sé que vine a Seúl por una estupidez, pero bueno... Sin esa estupidez esto nunca hubiera sido posible y la verdad es que he sido una idiota todo este tiempo. Soy un absoluto desastre con mis sentimientos, pero Jay estaba cantando esa canción y... Lo que quiero decir es que...

—No sé si es que aún estoy dormido o si he perdido la capacidad de hablar inglés, pero lo cierto es que no entiendo nada de lo que estás diciendo.

Paula suspiró frustrada. Después apretó los puños con decisión, dio dos zancadas y, tomando la cara de Minwoo entre sus manos, se puso de puntillas y lo besó.

Él no reaccionó. En el breve instante que duró el beso, se quedó petrificado como una estatua, con los brazos colgando en los costados y la espalda tensa por la intromisión.

Horrorizada, Paula se separó de él, incapaz de mirarlo a la cara.

—¡Oh, Dios mío! Minwoo, lo siento mucho, de verdad —balbució con voz atropellada—. Yo pensé que... Mierda, no es la primera vez que me monto películas mentales, pero Alex dijo que... Y yo pensé... Oh, Dios, lo siento tantísimo... Será mejor que me vaya...

Antes de que pudiera siquiera girarse, Minwoo reaccionó al fin y, con un gesto rápido, le agarró de las manos, tirando de ella hasta atraparla entre sus brazos. Paula sintió que volvía a quedarse sin respiración cuando él acercó su cabeza a la suya, hasta que sus labios casi se rozaron.

—¿Adónde crees que vas? —susurró, con cualquier vestigio de sueño o del estupor anterior ya evaporado—. No llevo tanto tiempo esperando esto para que te marches ahora.

Paula soltó una risita de alivio que provocó que sus narices chocaran, mientras una sensación cálida, como la que había despertado en ella la canción compuesta por Minwoo, atravesaba su médula espinal. Los dos se rieron, algo nerviosos, pero al final se atraparon el uno al otro en un beso apasionado.

Después, Minwoo giró sobre sí mismo, cerró con el pie la puerta que hasta entonces había permanecido abierta y guio a Paula hasta su habitación.

11.
*Cuando todas tus
sueños fallan*



CRIS

Cuando Alex aparcó el coche en mitad de un frondoso bosque de pinos, al pie de una colina, sorprendió a todos al informarles de que por fin habían llegado.

—¿Estás seguro de que no te has equivocado? —preguntó Dani mientras se bajaba del coche por el lado del copiloto—. Se suponía que íbamos a tu casa de la playa, no a tu casa de la montaña...

—El caso es que noto el olor del mar —comentó Cris olfateando a su alrededor.

Alex no contestó, pero esbozó una sonrisa y les hizo un gesto para que lo siguieran hasta un sendero oculto entre los árboles y la maleza.

—Compré esta casa porque es muy tranquila —comentó mientras ascendía por unas escaleras talladas en la roca de la colina—. Al estar alejada del pueblo y en medio de una pista forestal, no suele tener muchas visitas. Es el escondite perfecto.

—De hecho, empiezo a pensar que es una casa invisible porque...

Antes de que Dani pudiera acabar la frase, habían llegado a lo alto de la colina, donde se erigía un edificio de piedra que hasta entonces había permanecido oculto por los árboles. No era demasiado grande, pero incluso desde fuera era evidente que se trataba de una casa de lujo que se fundía a la perfección con el paisaje.

Tras introducir la tarjeta de apertura y teclear el número de la alarma de seguridad junto a la puerta, Alex les guio al interior, donde se encontraron en mitad de una sala sumida en la penumbra. Entre las figuras difusas del mobiliario, distinguieron a su anfitrión moviéndose como si conociera de memoria cada centímetro del lugar. De pronto, cuando descorrió una cortina, todos quedaron cegados durante unos segundos.

A través de una amplia puerta corredera de cristal se filtraba la luz rosada del atardecer. Al otro lado, una terraza construida en piedra se asomaba al acantilado, casi como si formase parte de él, dando paso a la inmensidad azul del mar del Este. No muy lejos de allí, se distinguía la estatua de un templo budista.

Cris soltó un silbidito apreciativo, y esa simple reacción hizo que el valor de lo que estaba viendo aumentara aún más para Paula: Cris casi nunca mostraba admiración por las cosas materiales.

—Vaya, Alex... —musitó Paula sorprendida.

—Shhhh. —El aludido se llevó un dedo a los labios y les dedicó otra sonrisa misteriosa—. Guardad los halagos un poco más. Ni siquiera habéis visto lo mejor todavía. Ahora, si me permitís, voy a dejaros un momento. Necesito comprobar que el resto de la casa está en orden.

Alex desapareció por una de las puertas laterales mientras Cris, Minwoo y Paula salían al exterior para apreciar mejor el paisaje.

—Todo esto podría haber sido tuyo, Choi Minwoo —indicó Cris burlona, abarcando las impresionantes vistas con un gesto de la mano al dirigirse a su amigo.

Minwoo se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Tampoco me puedo quejar de mi vida fuera de R*E*X. Tiene sus ventajas... ¡Os tengo a vosotras! —Agarró de los hombros a ambas chicas y las atrajo hacia sí—. Y a Dani, supongo... —añadió entre dientes.

El aludido, que había decidido que las estanterías abarrotadas de libros y discos que recubrían la pared del salón eran más interesantes que las vistas, se hallaba examinando con curiosidad los títulos que albergaba la biblioteca de Alex, aunque se distrajo un momento para hacerle una reverencia irónica a Minwoo.

—Alex también nos tiene a los tres —apuntilló Cris—, pero además tiene una casa como esta.

Minwoo suspiró resignado, soltó a su amiga y la apartó de él con un empujoncito. Paula se rio y se estiró para darle un beso.

—No les hagas caso —le consoló—, tu vida está perfecta tal y como es. Además, creo que como líder de R*E*X jamás hubieras podido ser tan bueno como Alex.

Minwoo soltó también a su novia y se alejó unos pasos de ella con gesto teatral, fingiendo que se arrancaba una daga invisible del pecho.

—Supongo que tienes razón —admitió al fin con una sonrisa—. Alex impone más que yo.

—Hasta Minah impone más que tú, Minwoo —se rio Cris mientras husmeaba entre la colección de discos de Alex—. ¡Vamos a poner algo de música para animar esto! ¿Dónde se ha metido el anfitrión?

Cuando Alex se unió a ellos, Cris ya había tomado el control de la cadena de música y se encontraba cantando a voz en grito subida en uno de los bancos de piedra de la terraza, mientras Dani y Minwoo empezaban a repartir los aperitivos y la cerveza que habían llevado desde Seúl. Alex observó a Cris divertido y se dejó caer en el suelo junto a Paula, que, tapada con una manta, se había sentado contra la puerta de cristal, frente a una visión privilegiada del horizonte.

—¿Me he perdido algo? —preguntó.

Dani se acercó a ellos, tendiéndoles sendas latas de cerveza, y se acomodó

a su lado.

—Lo usual. Nos estábamos metiendo con Minwoo.

—Exacto —confirmó Paula con una sonrisa, y le dio un sorbo a su cerveza mientras observaba con ternura cómo Minwoo se unía al karaoke improvisado de Cris.

Tras varias canciones en las que los dos amigos parecían inmersos en una competición por ver quién gritaba más y peor, una melodía familiar comenzó a sonar a través de los altavoces y Cris soltó un alarido de alegría que pilló a todos por sorpresa.

—¡Oh, Dios mío, Dani! —exclamó—. ¡«Purple Haze»! ¡Alex tiene en su colección al puto Jimi Hendrix! Alex, desde hoy yo también me declaro tu fan incondicional —declaró antes de proseguir con su sesión de karaoke.

Una vez que hubo terminado la canción, Cris se acercó al borde de la terraza y, con los brazos en jarras, permaneció un buen rato contemplando el mar y las estrellas que ya empezaban a despuntar en el firmamento. Después se giró hacia ellos con una sonrisa que a Paula le recordó a la que mostraba en aquella foto frente al Big Ben que Dani le había enseñado cuando se conocieron.

—Joder, me encanta este sitio. Muchas gracias por invitarnos, Alex. Lo digo en serio. Podría vivir aquí para siempre...

Como si de repente la joven se hubiese percatado de algo, la sonrisa se desvaneció en su rostro. Sin embargo, antes de que Paula pudiera hacer algún comentario al respecto, Dani se levantó con gesto enérgico, llevándose una mano al estómago.

—No sé vosotros, pero yo me muero de hambre... Además, ya está empezando a refrescar.

—Claro que sí, abuelo —dijo Minwoo con una sonrisa burlona—. Vamos dentro, no vaya a ser que cojamos frío.

Momentos después, el interior de la casa de Alex bullía de actividad. Cada uno tenía asignada una tarea. Minwoo y Alex se pusieron manos a la obra con la cena mientras Paula preparaba unas jarras de sangría con las frutas frescas que los cuidadores de la casa les habían dejado preparadas antes de su llegada.

—Si alguien te ve haciendo eso con las naranjas de Jeju, te expulsarán del país —bromeó Minwoo, acercándose a ella por detrás y rodeándole la cintura con un brazo.

—¡Esta bebida es mi especialidad! He creado una receta personal. Te aseguro que cuando la pruebes vas a llorar de rodillas dando las gracias a Dios por haberme puesto en tu camino.

Él sonrió contra el pelo de la chica. Por un instante pareció que iba a decir algo, pero se arrepintió en el último minuto y se limitó a darle un beso en la cabeza antes de soltarla.

—¡Tienes un montón de cosas de Insomnia!

Cris, que ya había terminado de poner la mesa, se aproximó a ellos con un disco en la mano. En la carátula se recortaba la silueta de la primera estrella de WIMTS en la fotografía más icónica del artista.

—Es uno de los conciertos que hizo Insomnia en su última gira —le informó Alex con cierta nostalgia en la voz—. Concretamente, el del Tokyo Dome. Está considerado uno de los momentos clave del K-pop: era la primera vez que a un artista de nuestro país lo invitaban a actuar en semejante estadio. Pero no sé si de verdad os apetece ahora mismo ver algo así. —Sonrió—. No es vuestro estilo musical.

—Alex, te recuerdo que ese es exactamente mi estilo musical. —Paula sonrió—. Es imposible no ser fan de R*E*X y no haber oído hablar mil veces de Insomnia. Aun así, nunca he tenido la oportunidad de ver un concierto suyo entero. Podríamos ponerlo mientras cenamos.

Cris asintió; parecía intrigada. Alex miró a Dani, que se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —suspiró Minwoo con resignación—. La noche todavía no se ha vuelto lo suficiente lúgubre para mi gusto...

El reproductor de Alex tenía una opción para visualizar el mismo disco a la vez en todas las pantallas de la casa, así que era difícil escapar del influjo de Insomnia mientras se movían de un lado para otro, acarreando la comida y la bebida. Cuando Paula llegó al comedor con las jarras de sangría, sus amigos ya estaban acomodados en el suelo, frente a un televisor de tamaño más que considerable. Dani sujetaba con los palillos una empanadilla a varios centímetros de su boca, pero tenía la vista fija en la pantalla sin hacer demasiado caso a la comida. Cris también parecía bastante más interesada en el concierto que en cualquier otra cosa. Paula pensó que no era para menos. Insomnia, con su figura estilizada y frágil, cantando en solitario en aquel escenario, rodeado de miles de fans que aguantaban la respiración mientras le escuchaban, transmitía algo difícil de definir. Una mezcla entre emoción contenida y extraña nostalgia.

Cuando la cámara hizo un plano de cerca del cantante, Dani soltó un simple «vaya» asombrado que resumía perfectamente lo que Paula había sentido al ver un vídeo de Insomnia por primera vez. Era incluso más hermoso que el propio Hyunsoo. En realidad, era más guapo que cualquier hombre que hubiera conocido jamás. En el concierto aparentaba unos veinte años. Llevaba el pelo peinado de forma sencilla, algo revuelto, y una camiseta azul oscura que se le ajustaba al cuerpo. Si se comparaba con la imagen deslumbrante y completamente estudiada de los artistas del K-pop del momento, con los que Paula estaba mucho más familiarizada, no había nada demasiado sofisticado en su aspecto. Pero Paula sabía que el K-pop jamás hubiese llegado a ser lo que era ahora mismo de no ser por Insomnia.

—¿Cuánto tiempo...? —Cris titubeó, tragando saliva. Había algo extraño en su voz—. ¿Cuánto le faltaba para morir?

—Unos seis meses. Después de este concierto, sufrió una sobredosis —contestó Minwoo, intercambiando una mirada significativa con Alex—. Cuando se recuperó, si es que alguna vez lo hizo, WIMTS le obligó a dar una rueda de prensa para tranquilizar a los fans y a la opinión pública... Se rumoreaba que había sido un intento de suicidio.

—Y a los inversores —apuntó Alex con voz fría.

—Exacto —continuó Minwoo con un suspiro—. Tenéis que entender que WIMTS no era tan potente como es ahora y tenía casi todos los huevos puestos en la cesta de Insomnia. Organizaron una rueda de prensa para anunciar que se encontraba bien y que todo había sido un terrible accidente. O esa era la idea, porque él nunca llegó a dar demasiadas explicaciones. Ese fue el día en que un fan se coló en la rueda de prensa y le disparó a bocajarro. Murieron él y uno de los miembros de su equipo más cercano, que había intentado salvarlo.

Dani los miró estupefacto, sin palabras. Paula supuso que esa era la primera vez que su amigo oía la historia de Insomnia y su trágico desenlace.

—Pero así empezó la leyenda —comentó Alex—. Irónicamente, WIMTS ganó mucho más dinero tras la muerte de Insomnia de lo que nunca habían ganado cuando él seguía con vida. —Con un gesto vago, señaló la pantalla de televisión—. Miradlo y decidme si no os parece muchísimo más atrayente ahora que sabéis que falleció ese mismo año.

—Al final la banca siempre gana —murmuró Minwoo intercambiando una mirada triste con su antiguo compañero—. Parece que fue ayer cuando me llamaste para contarme lo que había pasado...

Alex sonrió, también con tristeza.

—Es cierto. Yo estaba entrenando en aquellos edificios que WIMTS tenía alquilados para los aprendices, ¿los recuerdas? Cuando salí del vestuario,

todo el mundo parecía haberse vuelto loco. Había muchos gritos y el personal corría de un lado a otro. Hyunsoo me alcanzó en el pasillo y me contó lo que había ocurrido. Él lo pasó especialmente mal ese día.

—Y entonces me llamaste por teléfono —intervino Minwoo—. Es curioso... Yo estaba comiendo tan tranquilo con Jay y, de repente, sonó el móvil. Antes de contestar, algo me dijo que todo estaba a punto de cambiar.

—Todo cambió —le contestó Alex—. Al menos para nosotros...

Paula, Cris y Dani escucharon en silencio a los dos viejos amigos intercambiar aquellos recuerdos. Resultaba increíble, pensó Paula, imaginar una época en la que Minwoo y Jay podían comer juntos como dos compañeros. Una época donde R*E*X todavía no existía como tal y el peso de WIMTS recaía sobre los hombros de aquel muchacho de ojos grandes y aspecto delicado que aparecía en la pantalla. Paula conocía el resto de la historia después de esa llamada. Quizá, si las cosas no se hubieran precipitado tanto, Minwoo hubiese acabado debutando junto a R*E*X, tal como había estado previsto, incluso a pesar de la muerte de su padre. Pero los preparativos no siguieron un cauce normal, porque WIMTS necesitaba unas nuevas estrellas cuanto antes para legarles la corona de Insomnia.

De forma automática, Paula agarró la mano de Minwoo. Él se la estrechó con afecto. En el fondo, por muy egoísta que pareciese, agradecía que las cosas no hubieran salido de aquel modo para él. Ahora que había constatado desde dentro cómo funcionaba el deslumbrante mundo de la fama, comprendía que un par de disparos en una rueda de prensa no eran la única manera de destruir a una persona.

Terminaron de cenar en silencio. Aunque ninguno sugirió quitar el concierto y poner otra cosa, todos intentaron ignorar la pantalla lo máximo posible. Cuando acabaron, el ambiente se había enrarecido. Cris estaba especialmente meditabunda. Se había sumido en uno de sus extraños silencios, en apariencia

tan impropios de ella, pero que Paula cada vez identificaba más con su amiga. Al principio, los había considerado una mera peculiaridad de su carácter, pero últimamente le inquietaban, tal vez por la manera en que Dani solía reaccionar a aquel estado de ánimo, como si de verdad le preocupase verla así.

—Oíd... —comenzó Dani, mirando de reojo a Cris—, propongo un plan de grupo. ¡Vamos a la playa a emborracharnos!

—En realidad, tengo un plan mejor —dijo Alex—. Se trata de la sorpresa de la que os he hablado antes. Esta casa tiene piscina climatizada...

—¿Y a qué estamos esperando? —repuso el español, aunque algo distraído y con la mirada todavía fija en su amiga, más pendiente de su reacción.

—Me parece una idea estupenda —terció Minwoo—, pero ¿alguien ha traído bañador?

—Os puedo dejar bañadores a vosotros, pero las chicas... —Alex les hizo un gesto de disculpa—. Lo siento mucho, os tendría que haber avisado antes...

Cris seguía abstraída, ajena a la conversación, y sólo Dani y Paula parecían darse cuenta. Decidida, Paula se levantó del sofá y, con un gesto brusco, se quitó de golpe el jersey y la camiseta, revelando el sencillo sujetador gris de algodón que llevaba debajo.

—¡No pienso quedarme sin probar la piscina del líder de R*E*X por un simple tecnicismo!

Minwoo pareció escandalizado por un instante, pero después, a la par que Alex, se echó a reír. Sin embargo, a la española sólo le importaban dos reacciones en aquel momento: la de Cris, que miró a Paula complacida por su atrevimiento y decidió imitarla, afirmando que ella tampoco iba a perderse una borrachera en la piscina, y la de Dani, que cruzó su mirada con la de Paula y, aliviado, le hizo un gesto de agradecimiento que la joven no supo interpretar del todo.

Alex había estado en lo cierto sobre que todavía no habían visto la mejor parte de la casa, porque la piscina era, sin lugar a dudas, lo más impresionante. Construida en la planta inferior, se ubicaba en una sala de muros compuestos por la propia piedra del acantilado. La pared del fondo era una cristalera desde la que se veía el mar mecido por la brisa nocturna. Alex había apagado las luces de la estancia, dejando sólo encendidas las que iluminaban suavemente la piscina. La sensación era como estar bajo el cielo nocturno en medio del mar, con la ventaja de que el vapor que emanaba del agua caliente creaba una maravillosa calidez que jamás hubieran conseguido en el exterior.

Cris y Minwoo se lanzaron al agua de golpe, salpicando a los demás sin el menor reparo. Paula los imitó de una forma un poco más digna y, tras un rato jugando con ellos, se alejó nadando hacia la orilla donde se había sentado Dani, que bebía en silencio con las piernas dentro del agua.

—Está bueno tu invento —le dijo al verla llegar, levantando su vaso de sangría.

Paula asintió y se subió al bordillo de la piscina antes de coger ella otro vaso.

—¿Dónde está Alex? —preguntó Minwoo, acercándose también hacia ellos.

—Ha ido a poner música. Espero que no se le ocurra poner a Insomnia de nuevo —contestó Dani echando un vistazo a Cris, que seguía chapoteando en la piscina—. Ya hemos tenido suficiente sesión de suicidios y asesinatos por hoy... ¡Gracias a Dios! —murmuró cuando por los altavoces de la piscina sonó una canción rock.

—¡Harry Jones! —chilló Cris desde el otro lado de la piscina, y se puso bocarriba dejando que el agua la balanceara—. ¡Buena elección, Alex!

El aludido, que acababa de aparecer por las escaleras, se sentó al lado de Paula. Los cinco permanecieron en silencio durante un buen rato, disfrutando

de la música y el paisaje nocturno.

—¿Sabías que la oferta de empleo para vuestro concierto en Barcelona se anunció a los estudios de baile casi al mismo tiempo que el *casting* para la gira de Harry Jones? Eso me facilitó las cosas, disminuyó muchísimo la competencia. Aunque a mis padres casi les da un síncope al enterarse de que os prefería a vosotros antes que a él. Adoran a Harry Jones.

Alex sonrió.

—Apuesto que tú fuiste la única bailarina del país que se presentó voluntariamente a nuestras pruebas antes que a las suyas.

Paula miró a su alrededor y sintió vértigo durante un momento, incapaz de asimilar lo mucho que todo había cambiado. No había pasado demasiado tiempo desde entonces, pero allí estaba ahora, en aquel país que antes le había parecido tan remoto y que ya empezaba a considerar un hogar, rodeada de cuatro verdaderos amigos, uno de los cuales era el chico del que se había enamorado casi sin darse cuenta.

—¡Brindemos por Harry Jones! —contestó alegremente, levantando su vaso en lo alto.

—Y Harry Jones tiene algo muy positivo —intervino Dani antes de terminarse su bebida de un trago, arrugar el vaso de plástico y tirarlo lejos—. Al menos él sigue vivo y ha llegado a viejo. Así que me quito el sombrero ante la elección musical, Alex. De todos modos —continuó, dirigiendo la vista una vez más hacia Cris, como si pretendiera asegurarse de que no les oía—, me parece acojonante que WIMTS usase la imagen del chico asesinado para continuar haciendo caja.

—Es lo que ya hemos comentado, Dani —intervino Minwoo desde el agua, apoyándose en el bordillo con los brazos—: tampoco tuvieron que esforzarse mucho. Fue la propia muerte la que propició la leyenda sin que ellos necesitaran mover un solo dedo. En el fondo, todos somos algo morbosos y

nos atrae la idea del héroe trágico.

—Aun así, algo sí que pusieron de su parte —dijo Alex—. Durante los años siguientes se empeñaron en que todo lo que hacían sus artistas, incluidos nosotros, recordase de una forma u otra a *Insomnia*. A veces eran detalles sutiles, otras veces versiones de sus propias canciones...

—Es como la literatura isabelina, que sirvió para reforzar el mito de los Tudor y para subir a Isabel al pedestal de la Reina Virgen casada con su patria —comentó Dani con desdén—. Bah, seguro que Sir Robert Dudley podría contarnos otra historia.

Minwoo observó a Dani parpadeando y Paula tuvo que contener la risa.

—En serio, tío —murmuró Minwoo, todavía aturdido—, ¿en Inglaterra te entiende alguien cuando les sueltas este tipo de cosas?

Dani abrió la boca para contestar, pero Alex fue más rápido:

—Pues yo creo que Dani tiene razón. Salvando las distancias, la idea es similar. Al parecer, desde que Sir Thomas Malory publicara *Le Morte d'Arthur*, se creó la leyenda de que el mítico rey Arturo regresaría para devolver la grandeza a Inglaterra. Así que, cuando el pueblo estaba desesperado por las continuas guerras entre los Lancaster y los York, el que más tarde se convertiría en Enrique VII aprovechó su procedencia de Gales, cuna de Camelot, para alentar la leyenda de que él era esa mítica reencarnación del espíritu artúrico. De ese modo, pudo hacerse con un trono que jamás hubiera logrado de otro modo.

De repente, Minwoo parecía muy confuso, pero aquello no era nada comparado con el estupor del propio Dani, al que, como Paula notó, se le habían enrojecido las orejas.

—¿Cómo sabes esa historia?

—Tú mismo me la explicaste —contestó Alex con un brillo divertido en la mirada—. El día que visitamos WIMTS con Paula.

—Lo recuerdo —comentó Dani, desviando la vista al agua—, pero yo no te llegué a contar tantos detalles.

—Después de aquello, estuve indagando sobre el tema. Me pareció una historia muy interesante.

—No parecías muy interesado en aquel momento. Nadie lo está nunca cuando cuento mis paranoias...

Desde el agua, Minwoo levantó una ceja e intercambió una mirada significativa con Paula, que se esforzó por ocultar su sonrisa.

—Supongo que me pilló un poco por sorpresa —se explicó Alex—. Pero después, al pensarlo, empezó a parecerme fascinante.

—Ya veo... —murmuró Dani tras una pausa—. ¿Sabéis qué? Creo que voy a darme un baño y a hacerle algo de compañía a Cris.

Antes de que ninguno de los tres pudiera decir nada más, se lanzó a la piscina y se alejó nadando a toda velocidad. Paula soltó por fin una suave carcajada.

—¿Qué acaba de pasar aquí? —le preguntó a Alex, dándole un codazo—. ¿Desde cuándo te interesa tanto la historia de Inglaterra?

Alex se limitó a esbozar una sonrisa enigmática. Minwoo puso los ojos en blanco y tomó impulso desde la piscina para sentarse en el sitio que Dani había dejado libre.

—Alex, dejando a un lado tus nuevos y fascinantes intereses y volviendo al tema de Insomnia... Hay una cosa sobre él que nunca te he llegado a preguntar. ¿Qué pasó con su medallón?

Paula miró a su novio intrigada.

—¿Qué medallón?

—Cuando Insomnia murió, su equipo lo llevó bastante mal, como puedes imaginarte, en especial si tenemos en cuenta que uno de ellos también falleció por los disparos. Al final, todos los que eran cercanos a él acabaron

abandonando WIMTS. Antes de hacerlo, uno de ellos me dio un medallón que había pertenecido a Insomnia. Era un recuerdo familiar o algo así y solía llevarlo bajo la ropa.

—¿Por qué te lo dio a ti? —se asombró Paula.

—Supongo que fue capaz de ver lo que iba a pasar con nosotros, que pronto íbamos a ser el siguiente grupo estrella de la compañía... Y me lo dio a mí porque todo el mundo asumía que yo sería el líder. Me advirtió que, pasara lo que pasase en el futuro, nunca debíamos olvidar ser siempre nosotros mismos. Porque, como él mismo dijo, eso es lo máximo a lo que alguien puede aspirar en la vida. —Minwoo miró a Alex—. Supongo que ya era demasiado tarde para Insomnia, pero esperaba que no lo fuera para nosotros. Creo que estaba tan dolido por la pérdida que necesitaba creer que de algún modo R*E*X sería diferente, que no nos perderíamos por el camino.

—Me gustaría poder decirte que no lo hemos hecho, pero a estas alturas no estoy seguro. —Alex suspiró—. Paula, ya sabes que Minwoo se marchó de la empresa poco tiempo después. Antes de hacerlo, quiso darme el medallón porque suponía que, sin él, yo era el candidato más probable para ser el líder —le explicó a su amiga. Después, volvió a dirigirse a Minwoo—: Supongo que entiendes que no quisiera tener nada tuyo en aquel momento. La simple idea de quedarme yo con el colgante era bastante dolorosa, incluso aunque nunca te hubiera pertenecido del todo, así que se lo acabé dando a Jay.

—¡Es cierto! —exclamó Paula, recordando algo de pronto—. Jay llevaba ese colgante en Barcelona. Pero, ahora que lo pienso, no recuerdo habérselo visto desde entonces.

Alex suspiró con resignación.

—Ya hace mucho tiempo que no se lo pone. Supongo que ha dejado de importarle...

Minwoo y Paula asintieron y los tres se sumieron en un silencio reflexivo.

De fondo, sólo se oían las risas de Cris y Dani, amortiguadas por el agua.

De pronto, un móvil, perdido entre la ropa que habían dejado abandonada a un lado, empezó a sonar.

—¿Nadie va a contestar? —preguntó Paula cuando comenzó a sonar una segunda vez.

—Es el mío —dijo Alex con tono cansado—, pero les pedí específicamente que no me molestaran este fin de semana. Tal vez debería apagarlo...

—Quizá sea importante —sugirió Minwoo cuando la melodía inundó la estancia una tercera vez.

Al final, Alex se levantó y rebuscó en sus pantalones hasta encontrar el teléfono. Tapándose el oído libre, comenzó a subir por las escaleras, tratando de alejarse de la música y de las voces de Dani y Cris para oír mejor. Dos minutos después regresó hasta ellos, aunque estaba pálido y las manos le temblaban.

—Alex, ¿qué ocurre? —se asustó Paula, levantándose de un salto.

—Tengo... Tengo que volver a Seúl... Young está ingresado en el hospital... Ha tenido una sobredosis y lo han encontrado inconsciente...

—¡Dios mío! —Paula ahogó un grito, llevándose las manos a la boca.

Minwoo no hizo ningún comentario, sino que se levantó y se acercó al otro extremo de la piscina.

—¡Cris, Dani! —gritó—. Salid del agua, tenemos que irnos.

Alex estaba a punto de protestar, pero Minwoo le interrumpió con un gesto enérgico.

—No pienses ni por un segundo que te voy a dejar conducir de vuelta a Seúl solo y en este estado. No hay discusión al respecto.



JAY

Mientras esperaban a que el médico saliese de la habitación de Young, él no podía dejar de dar vueltas, intentando sin demasiado éxito contener la rabia que le dominaba. Un miembro del equipo había despertado a Jay y a Hyunsoo para darles la noticia y les había conducido hasta el hospital.

—Es que no me lo puedo creer —insistió Jay, deteniéndose ante Hyunsoo—. Me resulta incomprendible que alguien pueda ser tan hijo de puta. Incluso Taehyun... No me puedo creer que durante todo este tiempo haya estado suministrándole drogas. Desde luego que Young es gilipollas por haber cedido a sabiendas de que arriesgaba su salud y su reputación, pero, joder, se supone que el trabajo de ese cabrón es cuidar de nosotros. ¡Anfetaminas, Hyunsoo! ¡En este país, donde incluso la marihuana es ilegal!

—Pero ya les has oído —dijo Hyunsoo, que miraba cómo Jay volvía a caminar por el pasillo, visiblemente agitado—. Por lo visto, tienen las espaldas bien cubiertas con esa receta extranjera. Si nadie les cree, supongo que habrá un buen fajo de billetes preparado para comprar a los jueces que haga falta. En cualquier caso, tendrán que pagar una buena cantidad al hospital para asegurarse de que esto no sale a la luz...

—¡Eso es lo peor de todo! Se preocuparon mucho por lo que pudiera pasarle a la empresa si salía a la luz que Young consumía drogas, pero ¿qué más daba si su salud estaba en peligro? Cada vez que pienso que podría haber

muerto...

—No digas eso ni en broma —exclamó Hyunsoo, palideciendo.

—Pero es la verdad. —Jay detuvo su caminar errático una vez más y miró a su amigo con determinación—. Se acabó. Esta vez lo digo en serio. En cuanto salgamos de aquí, iremos directos a hablar con nuestros abogados. No tiene sentido que esperemos más, las cosas van a complicarse después de esto. El cerco de WIMTS sobre nosotros se va a estrechar. Hay que cortar los lazos con ellos cuanto antes.

Jay percibió con nitidez la sorpresa en la cara de Hyunsoo, por más que se esforzó en ocultarla rápidamente bajo una máscara de fría serenidad, más propia de su imagen pública que de su comportamiento habitual con su amigo. Hyunsoo llevaba tiempo deseando con todas sus fuerzas abandonar WIMTS, mucho más que él, pero era obvio que oírle decir en voz alta que la partida era inminente le había afectado. Ya no se trataba de un deseo o un proyecto a medio plazo, era una realidad.

—Supongo que tienes razón. Es ahora o nunca —susurró con tristeza.

Cuando el médico salió de la habitación, los dos se giraron hacia él ansiosos.

—Ha sido un buen susto, pero ya está estable. Tened paciencia con él: los síntomas después de una sobredosis no son agradables, ni tampoco lo es el tratamiento. Podéis pasar, está despierto.

Ambos hicieron una reverencia y entraron en la habitación, intentando no hacer ruido. Young estaba tendido en la cama, rodeado por un par de goteros y una máquina de asistencia respiratoria que Jay esperaba que no fuera necesaria. Parecía agotado, como si le hubieran dado una paliza, y en cuanto los vio entrar apartó la vista, avergonzado.

—¿Cómo estás? —le preguntó Hyunsoo con un tono suave, afectuoso, mientras se acercaba a él y le cogía una de las manos, apartándole el pelo de

la cara con la que le quedaba libre—. ¿Te encuentras mejor?

Jay se mantuvo al margen, observando la escena apoyado contra la pared que había frente a la cama. En el fondo se sentía culpable porque ninguno de ellos se hubiese dado cuenta de lo que le ocurría a Young. Recordaba la cantidad de veces que se había preguntado cómo era posible que su compañero siempre tuviese tanta energía para todo y ahora, cuando ya conocía la respuesta, se odiaba a sí mismo por no haber hecho nada al respecto.

—Por el momento no podemos traerte nada de comida o de bebida — estaba diciéndole Hyunsoo—, pero dinos si necesitas cualquier otra cosa. ¿Una almohada más? Podemos traerte algunos de tus mangas si quieres. *¿Los chicos de la madrugada?*

Young negó con la cabeza. Era la imagen misma de la tristeza y la vergüenza.

—No necesito nada. No tengo fuerzas para leer...

Sus palabras quedaron en el aire cuando fijó la vista en la puerta de detrás de Jay, con semblante desencajado. Jay se giró y se topó cara a cara con Alex. El líder parecía asustado y tenía la respiración entrecortada, como si hubiese llegado corriendo a la habitación. Se hallaba pálido y algo tembloroso. De pronto, Jay fue consciente de lo joven que era Alex en realidad, de los jóvenes que eran los cuatro. Alex permaneció de pie frente a la puerta durante unos segundos, intentando acompasar la respiración y con la mirada clavada en Young. Probablemente ni siquiera se había fijado en que Hyunsoo y Jay estaban también presentes.

—Alex, lo siento mucho, yo... —farfulló Young con voz quebrada.

Alex no lo dejó continuar. Cruzó la habitación en dos zancadas, se abalanzó sobre la cama y lo abrazó con fuerza. No fue un gesto cariñoso o amable como el de Hyunsoo. Fue el abrazo desesperado de alguien que se aferra con determinación a lo que creía perdido. Jay nunca había visto a Alex con esa

expresión de pánico. Se preguntó cómo habría recibido la noticia del colapso de Young y con quién habría estado en aquel momento. Después recordó a Minwoo, a Paula, a la chica rubia que se había desmayado en sus brazos y a aquel desagradable camarero español, y deseó con todas sus fuerzas que sus nuevos amigos fueran consuelo suficiente para lo que se avecinaba en el horizonte de Alex.

Young rompió a llorar contra el hombro del líder, devolviéndole el abrazo, mientras Alex le estrechaba aún con más fuerza. Esas muestras de afecto eran tan impropias del carácter contenido de Alex que Jay sintió cómo algo dentro de él se rompía. La mirada de Hyunsoo se cruzó por un segundo con la de Jay, y compuso una mueca triste. Alex soltó a Young y le agarró con firmeza de los hombros, obligándole a mirarlo.

—No vuelvas a pedirnos perdón, ¿me oyes? No es culpa tuya. Tendría que haberme dado cuenta de que te pasaba algo, pero he estado tan pendiente de mis problemas que no te he escuchado. Soy yo el que debería pedirte perdón a ti.

—Se va a enterar todo el mundo —musitó Young, hipando a causa del llanto—. Habrá una investigación, alguien que nos haya visto llegar dará el chivatazo a la prensa. Será como cuando ingresaron a Insomnia, se va a enterar todo el país... Nos van a destrozar. Todo el mundo hablará y yo no seré capaz...

Alex lo zarandeó con firmeza a mitad de frase para que guardara silencio.

—La cabeza alta, jovencito —le ordenó con la mejor sonrisa que fue capaz de mostrar—. No pueden destruir a R*E*X con tanta facilidad. Estamos juntos y no vamos a dejar que te pase nada. Todo va a salir bien.

Esas palabras fueron como un puñetazo en el estómago de Jay. Nadie podía destruir a R*E*X porque ya no quedaba nada por destruir. Sentía la necesidad de salir corriendo de aquella habitación donde todo parecía doloroso de una

forma antinatural: desde el rostro surcado de lágrimas de Young, pálido sobre la cama y conectado a esos absurdos goteros, hasta la mirada torturada de Hyunsoo.

Pero lo peor era Alex.

Alex, que era la personificación de la serenidad, se había desquiciado cuando creía que había perdido a Young. Alex, que había sido después de Hyunsoo la persona a la que Jay siempre se había sentido más unido y que llevaba meses, tal vez incluso años, alejándose poco a poco de su alcance. Alex, que acababa de mentir diciendo que todo iba a salir bien si permanecían juntos cuando los cuatro sabían que nada iba a salir bien y que hacía tiempo que ya no estaban juntos.

—La cabeza alta... —murmuró Young, repitiendo las palabras de su líder.

Dispuesto a fingir que creía en lo que Alex acababa de decir, esbozó una sonrisa temblorosa. Se alejaba bastante de las que solía regalar a los fans en el escenario, pero era una sonrisa, al fin y al cabo, y aquel pequeño gesto pareció iluminar levemente la habitación. Hyunsoo por fin se animó a acercarse a ellos y revolvió el pelo del muchacho con una mano.

—Vuelve a darnos un susto así, chaval... —murmuró con aires de falsa amenaza.

Jay permaneció cruzado de brazos en el mismo enclave que había ocupado desde el principio. Le hubiera gustado unirse a los otros tres y saber qué decir o hacer para reconfortarles. Pero lo cierto es que no lo sabía, y cualquier cosa le parecía falsa o vacía en aquel preciso instante.

Un golpecito en la puerta le libró de tener que seguir pensando. Una enfermera entró en la habitación.

—Disculpen, pero acaba de llegar la señora Han y las normas del hospital prohíben que haya tantos visitantes en una sola habitación.

—No hay problema. —Alex se levantó de la cama. Después se giró hacia

Young y, con delicadeza, le cogió la cara entre las manos—. Descansa y no te preocupes, ¿vale? Volveré a verte en cuanto pueda.

Hyunsoo le lanzó a Jay una mirada rápida que este no supo interpretar muy bien, y después se giró para abrazar al más pequeño. El abrazo se prolongó más de lo normal, y de pronto Jay se dio cuenta de que probablemente aquella sería la última vez que podría despedirse de Young sin que alguien de la empresa o de los medios estuviera respirando sobre sus nuca. Con un nudo en la garganta, se acercó también a la cama que hasta entonces había estado evitando y rodeó al chico con sus brazos de un modo torpe.

—Cuídate mucho, ¿vale? —dijo, tratando de controlar su voz.

Young asintió y, aunque seguía sonriendo, sus ojos volvieron a humedecerse. Jay apartó la vista y salió de la habitación sin mirar atrás.

Fuera, Alex y Hyunsoo ya estaban saludando a la señora Han, pidiéndole disculpas por no haber cuidado mejor de su hijo, pero Jay no estaba muy seguro de que ella estuviera escuchando lo que decían. Estaba pálida y agitada, y probablemente sólo quería entrar y asegurarse de que Young seguía de una sola pieza, así que se despidieron de ella y la dejaron entrar.

Los tres se quedaron parados en mitad del pasillo, en silencio. Jay vio que los ojos de Alex estaban nublados por la tristeza. Era obvio que él también sabía que el momento había llegado al fin y que ya no había vuelta atrás.

—Disculpadme un minuto —susurró Hyunsoo en voz baja—. Tengo que hacer unas llamadas.

Los dos observaron cómo el chico se alejaba por el pasillo con su móvil. Después, se miraron el uno al otro durante unos segundos. Al final, Alex cerró los ojos y tomó aire.

—Jay, vamos a dejarnos de rodeos —dijo en inglés—. Suéltalo ya, por favor.

—Hyunsoo ha ido a llamar a nuestros abogados —comenzó, tratando de

buscar las palabras adecuadas—. Esto es la gota que colma el vaso, Alex. No sé si alguien te ha puesto al día, pero tienes que saber que es cosa de Taehyun...

—Lo sé, me he enterado de camino aquí.

—¿Y cómo puedes estar tan tranquilo? —le espetó, notando que la rabia volvía a bullir en su interior—. Alex, tienes que recapacitar. No me puedo creer que quieras seguir en WIMTS después de esto —añadió, tratando de usar el último as que le quedaba bajo la manga—. Tienes que pensar también en Young...

—Ya lo estaba haciendo cuando te pedí que os lo llevarais.

—¡Lo intenté, joder! Pero ese crío te adora y no quiere oír ni una palabra de marcharse sin ti. Si no es por ti, al menos hazlo por él. Por favor...

—Jay, hemos tenido esta conversación miles de veces —contestó mientras se pasaba una mano por los ojos, cansado— y mi decisión es inamovible.

—Te odio —estalló Jay, sintiendo como toda la rabia y el miedo que había reprimido en las últimas horas fluían contra Alex—. Eres un puto egocéntrico y por pura cabezonería vas a permitir que Young se quede en una compañía que le está destruyendo, que podría haberle matado esta misma noche. Espero que eso te pese en la conciencia para siempre y no te deje dormir el resto de las noches que le quedan a tu miserable existencia. Porque créeme cuando te digo que espero que sea miserable...

—Jae, cálmate.

La voz de Hyunsoo le hizo darse la vuelta. Su mejor amigo los observaba a pocos metros, con ojos llenos de tristeza y con el teléfono móvil, con el que acababa de dar la orden a sus abogados de que comenzaran el proceso de ruptura con WIMTS, aún en la mano. Era obvio que no había entendido bien las frases en inglés entre Alex y Jay, pero el tono de este último no había dejado lugar a dudas sobre la crueldad de sus palabras.

—Si eso es todo lo que tenías que decirme, Jay —respondió Alex tajante —, creo que esta conversación ha terminado.

Jay apretó la mandíbula con fuerza y le echó una mirada furiosa antes de girarse y dirigirse con paso firme hacia el ascensor más cercano. Hyunsoo dio un último paso dubitativo hacia Alex.

—Ojalá pudieras ser capaz de sincerarte con nosotros —le susurró Hyunsoo—. Siento de verdad no haber sabido demostrarte que podías confiarme cualquier cosa.

Alex contempló a Hyunsoo con una mezcla extraña de dolor y sorpresa, y por un momento pareció que debatía la posibilidad de decir algo, pero se limitó a murmurar:

—Yo también lo siento. —Lanzó un último vistazo a Jay, que los observaba desde el ascensor—. Espero que os vaya bien a los dos.

Mientras las puertas se cerraban detrás de los dos amigos, Jay vio que Alex seguía inmóvil en mitad del pasillo, con la cabeza gacha.

—Ya está. Les hemos perdido —susurró para sí mismo cuando se quedó a solas con Hyunsoo en el cubículo del ascensor, lejos de miradas curiosas.

Hyunsoo no dijo nada más. No era necesario, en realidad; ninguna palabra hubiera aliviado el dolor que suponía dejar atrás a las dos personas más importantes de sus vidas. Se limitó a deslizar los dedos por el teclado del ascensor y pulsar la tecla de bloqueo, dejándolos a ambos atrancados entre dos plantas para evitar que, durante unos minutos, alguien les molestara.

Y entonces, Jay por fin rompió a llorar.



CRIS

Vigésimo primera anotación en el cuaderno verde:

¿Tenéis algún sitio favorito? ¿Alguno donde sepáis que nunca os pasaría nada malo? Yo tengo un sitio así.

El día que le confesé a Dani que necesitaba volver a la biblioteca de Leadworth, mi amigo se limitó a sentarse junto a mí, apoyando la espalda contra el cabecero de la cama. Al principio, Dani se instaló en la habitación de invitados del apartamento de Minwoo, pero desde que Paula y Minwoo han empezado a salir juntos, Dani ha vuelto a dormir en mi habitación, como lo hizo la primera noche que llegó a Corea. Según él, lo hace para dar intimidad a la pareja, pero yo sé que no quiere dejarme sola. Es evidente que estoy cada día más débil y él se ha dado cuenta. Las noches son bastante más difíciles que los días. No porque me encuentre peor entonces, sino porque el silencio, lejos del bullicio del Stardust y de mis amigos, me hace pensar. ¿Y cuándo le ha hecho bien pensar a alguien?

De manera que estos días Dani y yo solemos quedarnos despiertos jugando a las cartas o intentando descifrar esos extraños programas de la televisión coreana hasta que nos dormimos. Más bien hasta que yo me quedo dormida, porque él siempre espera a que yo lo haga primero. ¿Cuándo el chico egocéntrico que era mi mejor amigo en Inglaterra se convirtió en el joven

maduro y generoso que pasea por las calles de Seúl? Tal vez siempre haya sido así y yo sencillamente era incapaz de valorar todo lo que Dani estaba dispuesto a sacrificar por mí, hasta que ha llegado el momento y ha tenido que hacerlo.

Aquella noche parecía cansado tras pasarse todo el día ayudándonos en el café y seguramente tenía muchas más ganas de dormir que de entretenerme. No obstante, cogió su destartado portátil y lo abrió, colocándolo sobre las rodillas de ambos.

—Tengo que enseñarte algo. —Tecleó la dirección de YouTube en la barra del explorador—. Creo que te va a gustar.

Sentí una punzada de pánico. Cuando vivíamos en Leadworth, Dani solía obligarme a ver un motón de vídeos de pésima calidad en los que el capullo de Lewis Foxcastle interpretaba en el Kings Theatre sus versiones de Shakespeare. Eso, por supuesto, cuando no me arrastraba a verlo en directo. Antes de juzgarme, pensad si estaríais dispuestos a gastar treinta libras de vuestro mísero sueldo de camarera en ver al pedante novio de tu mejor amigo recitar *El rey Lear* medio desnudo y cubierto de pintura acrílica. Aún no he podido averiguar de qué coño iba todo aquello. Aunque, bueno, a cierto grupo de cuatro chicos que yo conozco se los folla un bosque en su último videoclip... A lo mejor el arte contemporáneo es así.

Y hablando de eso, imaginaos mi estupor cuando me di cuenta de que el título del vídeo que estaba abriendo Dani rezaba en inglés: «R*E*X - Premio Mejor Grupo del Año».

Lo miré asombrada.

—Espera, ¿quieres enseñarme algo de ellos? ¿Has estado viendo vídeos de R*E*X?

Dani frunció el ceño.

—¿Y qué? Tú también lo haces a veces.

—Sí, pero yo no me paso el tiempo metiéndome con ellos como tú.

Dani suspiró.

—Ya no lo hago tanto...

Reí ligeramente, aunque en realidad no me estaba burlando de él.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Lo agarré del brazo con cariño—. Y no he sido la única.

Aunque la habitación estaba en penumbra, percibí cómo se sonrojaba.

—Bueno... —se notaba que hacía un esfuerzo para sonar molesto—, ¿quieres que te enseñe el vídeo o no? Sale el perdonavidas de tu amiguito. Por eso quiero que lo veas.

Lo miré sin entender.

—¿Jay? —inquirí—. Joder, Dani. Jay sale en muchos vídeos.

Me lanzó una mirada de suficiencia.

—¿En serio? —Soltó un bufido—. No me había dado cuenta hasta ahora de que su cara adorna cada esquina de esta ciudad. Pero no, lo importante aquí no es él, sino lo que lleva alrededor del cuello.

Me quedé lívida.

—Mi colgante —susurré.

No era una pregunta, así que no la contestó. En lugar de eso, presionó el botón de play y el sonido de los aplausos inundó la habitación.

—¿Qué estáis viendo? —La voz de Minwoo nos hizo despegar la vista de la pantalla. Nos observaba desde el marco de la puerta de mi habitación.

—¿Cómo va esto? —preguntó Dani pausando el vídeo—. ¿En Corea los chicos no llaman a la puerta de las habitaciones de las chicas?

Minwoo se encogió de hombros con indiferencia.

—Minah me ha dicho que estabais los dos dentro, así que imaginé que no os estaríais enrollando. —Se acercó a nosotros y se sentó en la otra esquina de la cama, a mi lado—. ¿Puedo quedarme un rato?

Dani soltó otro bufido entre dientes, pero no se opuso. Yo cogí el portátil y lo puse un poco más en dirección a Minwoo.

—Dani me estaba enseñando un vídeo... —comencé, señalando la pantalla con la barbilla—. ¡Has dicho que querías quedarte! —exclamé al ver su cara cuando se percató del título.

—Vale, lo que sea —dijo con un suspiro—. Ponlo rápido y luego vemos una película decente.

Presioné *play* una vez más y los aplausos volvieron a inundar la habitación.

Se trataba de una gala, una entrega de premios o algo así, con un montón de famosos coreanos que no paraban de parlotear. El presentador era un cuarentón bastante guapo que tenía pinta de actor de cine, aunque no llegué a preguntarle a Minwoo quién era. La presentadora llevaba un increíble vestido dorado y sonreía deslumbrante a la cámara. El vídeo no tenía subtítulos. Por suerte, nosotros disponíamos de nuestro intérprete particular.

—Hace ya varios años de esto —susurró Minwoo, que apenas miraba la pantalla. Me hizo sospechar que esta no era la primera vez que veía el vídeo—. Es el primer premio que ganaron. En concreto, a mejor grupo. Un año después de debutar.

Y así era. En la pantalla acababan de aparecer la versión algo más joven de Alex, Jay, Hyunsoo y Young. De hecho, el último era un adolescente por aquel entonces. Los cuatro se inclinaron con cortesía hacia el público y las luces del escenario disminuyeron. R*E*X comenzó a cantar una tenue balada.

Aunque no entendía la letra, no pude evitar conmoverme. Mis dos amigos, uno a cada lado, observaron la pantalla en silencio. La voz de Hyunsoo en primer lugar, suave y dulce, me atravesó como un hachazo.

—Estaba más guapo con su color de pelo natural —murmuró Dani.

Apoyé la cabeza en su hombro con cariño. Tratándose de Dani y Hyunsoo, ese simple comentario ya era un avance importante.

Alex fue el siguiente en cantar con su voz algo rasgada.

—Esta canción es suya —explicó Minwoo, retirando la mirada un segundo de la imagen de su amigo en la pantalla.

—Debía de estar muy triste el día que la compuso —susurré.

A mi lado, el cuerpo de Dani se tensó.

—Y muy enamorado —dijo con voz tenue.

El jovencísimo Young de la pantalla parecía tan concentrado en hacerlo bien que resultaba enternecedor. Lo cierto es que lo hacía estupendamente. Me imaginé a mí misma a su edad, frente a tantísimas personas y en directo por la televisión nacional, y me estremecí.

Por fin, Jay salió en primer plano. El «perdonavidas de mi amiguito», como acababa de llamarlo Dani. El pelo más largo le daba un aire más delicado que su imagen actual, con la que se esforzaban en explotar su faceta más masculina. O tal vez se debiera a que los años le habían forzado a endurecerse.

Como fuera, en aquel momento no podía fijarme en su cara ni en su voz. Lo único que miraba era el colgante sobre su pecho.

Sobre la camiseta blanca de Jay, idéntica a la que llevaban los otros tres miembros, se hallaba el jodido colgante que había matado a Harvey Nichols y me había traído hasta Corea. Me pegué más a la pantalla para asegurarme mientras la canción terminaba y, luego, miré a Dani. Él nunca había dado alas a mi obsesión por Jay y el medallón y, sin embargo, ahí estaba, mostrándome ese vídeo.

El torbellino de sentimientos encontrados, semejante a cuando me crucé con el propio Jay en los pasillos de YenNork, sumado a la expresión melancólica de Minwoo al observar la pantalla, hizo que tuviera deseos repentinos de cerrar la tapa del portátil de golpe, alejando de nosotros aquella ventana al pasado.

En el año en que transcurría aquella actuación, yo era una adolescente normal, o al menos eso creía. Mis padres estaban a punto de morir y yo iba a acabar viviendo con mis abuelos maternos en Leadworth, donde pocos meses después, por primera vez, un médico iba a decirme que algo no funcionaba del todo bien en mi corazón. Dani aún vivía en Madrid, soñando con largarse un día a su amada Inglaterra. Paula probablemente ya estaría atrapada en el taller de sus padres en Chestre, esforzándose para ser bailarina. Mi abuela seguía viva, aunque estaba a punto de recibir la peor noticia de su vida. Harvey Nichols era casi una niña. Pero el colgante ya se encontraba allí, esperándonos a todos.

—El hilo rojo del destino...

Minwoo me lanzó una mirada de extrañeza. Pero yo no dije nada más y continué pendiente de la pantalla.

La actuación había terminado y ahora se estaba mostrando otro instante de la gala. La deslumbrante presentadora del traje dorado exclamaba palabras ininteligibles para mí señalando a los cuatro chicos y, en ese momento, un hombre de mediana edad apareció en escena con un trofeo de oro y cristal. Alex lo sujetó, algo abrumado, y el hombre lo abrazó. El público estalló en aplausos que ahogaron las voces de los presentadores mientras la sala se iluminaba y miles de papelitos dorados llovían del techo.

—Ese es el premio al Mejor Grupo del Año —nos explicó Minwoo—. Prácticamente acababan de debutar... Nadie hasta entonces había conseguido ese premio de forma tan fulminante, pero R*E*X rompió todos los esquemas desde el principio. Nada en el K-pop volvió a ser lo mismo desde aquel día.

El escenario se llenó de gente que intentaba aproximarse a los cuatro chicos y a aquel hombre que, según Minwoo, era el vicepresidente de WIMTS. Parecían sobrepasados por la sorpresa y el honor que acababan de recibir. Vi cómo Hyunsoo buscaba a alguien entre la multitud hasta que su

mirada se topó con la de Jay, que le sonrió. Ambos parecían emocionados, casi al borde del llanto. Jay se deshizo del apretón de manos del presentador y se acercó a su amigo, agarrando a Alex por el camino, y abrazó a los dos a la vez. Alex tenía una sonrisa que nunca le había visto.

—Debería sonreír así más a menudo —comenté.

En ese momento, el líder del grupo se separó un poco para buscar a alguien. A unos pocos metros, Young recibía las felicitaciones de un par de desconocidos. Aunque parecía emocionado, tenía un aire tenso, sin llegar a integrarse del todo en la alegría colectiva. Alex se acercó y, pasándole un brazo alrededor del cuello, acercó los labios al oído del chico para susurrarle algo mientras lo arrastraba hacia Jay y Hyunsoo. Young se llevó la mano a la boca y sollozó. Mientras los cuatro se fundían en un abrazo, me descubrí preguntándome qué podría haberle dicho Alex a Young para que significase tanto. No creo que me vaya a atrever a preguntárselo nunca.

El escenario se calmó cuando los presentadores les hicieron coger un micrófono para agradecer el premio. Fue Alex el que dio las gracias, o al menos eso imaginé que decía, porque Minwoo parecía tan conmovido por las imágenes que no pude pedirle que nos tradujese más. Al contrario que el Alex del presente, entonces parecía algo inseguro por dirigirse a toda esa gente en la televisión. En un momento dado, se quedó sin palabras. Pero Jay, que estaba a su lado, dijo algo que sí pude entender:

«Te tenemos a ti».

En un inglés alto y claro.

Alex lo miró y sonrió. Era como si ambos compartiesen algo que a los demás se nos escapaba.

—Me he dado cuenta de algo viendo sus vídeos —comentó Dani, sobresaltándome—. Ellos dos hablan a veces en inglés, aunque casi nunca son conversaciones completas. Es como si... No sé explicarlo... Como si sólo

fuese lo importante. —Se inclinó hacia delante para mirar a Minwoo—. Jay es coreano, igual que tú. Y cuando Alex y tú habláis a solas, nunca lo hacéis en inglés.

Minwoo negó con la cabeza, concentrado en la pantalla. El vídeo había terminado y dado paso a una imagen estática del grupo sonriente.

—Yo también me he dado cuenta, y no sé por qué lo hacen. Creo que empezaron a hacerlo más en serio cuando... —tragó saliva y titubeó un instante—, cuando me fui. —Señaló el portátil—. Hacía poco menos de un año por aquel entonces. Es tan raro verlos así... Están casi tal y como yo los recuerdo.

Me di cuenta de que, a pesar de lo poco que le gustaba a Minwoo hablar de ese tema, por primera vez lo estaba haciendo sin que lo presionásemos.

—¿Te arrepientes de haber dejado R*E*X? —pregunté, y le sujeté la mano con afecto.

Frunció la nariz en un gesto gracioso que yo ya conocía bien.

—La mayor parte del tiempo, no. A veces, cuando veo estas cosas... Pero, aun así, yo no encajaba allí. No es sólo cuestión de música. El K-pop va mucho más allá y no era un mundo para mí.

Me acordé de Young y de lo que le había pasado, y del miedo constante de Alex a que todo estallara a su alrededor. Me pregunté a qué otras cosas se habrían enfrentado los demás.

—Además —continuó—, tenéis razón cuando os metéis conmigo: Alex es mejor líder de lo que yo hubiera podido ser nunca. El propio Jay lo acaba de decir en el vídeo. Ante las dificultades lo tenían a él. —Volvió a suspirar con cierta pesadumbre—. Pero lo cierto es que sí echo de menos a las personas que eran entonces, a mis amigos.

—Alex sigue siendo tu amigo —comenté en un intento por animarle—. Os habéis reencontrado después de todo este tiempo.

Esbozó una sonrisa triste.

—Pero no tiene nada que ver con eso. —Señaló la pantalla—. Me lo he perdido todo. Alex era mi mejor amigo cuando entrenábamos en la compañía. Lo consideraba un hermano.

—Pero él sentía algo distinto, ¿verdad? Se enamoró de ti.

Me quedé estupefacta ante la intervención de Dani, que llevaba un rato callado. ¿Cómo había sido tan estúpida para no darme cuenta yo misma? Minwoo asintió, con la mirada fija en el teclado del portátil.

—Aquella noche, cuando anuncié que me iba... —Se quedó callado unos segundos, buscando las palabras—. Nadie me había dicho nunca cosas tan bonitas como las que Alex me dijo en aquel momento. Si la vida fuese más justa, no me hubiera visto obligado a hacerle tanto daño... Pero lo hice.

—No fue culpa tuya. —Apreté su mano—. Él sabe que no fue culpa tuya.

—Aun así, perdí a mi mejor amigo, a la persona en la que más confiaba en el mundo. Tardé años en encontrar a alguien que lo sustituyese —añadió, y me devolvió el apretón de manos.

Me percaté, con un nudo en el estómago, de que se refería a mí. Cuando noté que estaba llorando, ya era demasiado tarde. Lloraba conmovida por las palabras de Minwoo, pero también de impotencia y rabia al ver lo que había provocado. Me las había apañado para irrumpir en la vida de personas buenas como Minwoo, logrando que me quisieran sin saber que acabaría rompiéndoles el corazón.

Minwoo parecía tan incómodo como siempre ante mis lágrimas. Dani, lejos de protestar y defender su posición de legítimo mejor amigo sobre Minwoo, como llevaba haciendo todos estos meses, volvió a sorprenderme una vez más:

—¿Tienes un sitio preferido en esta ciudad tuya?

Minwoo dejó de prestarme atención un segundo para mirarlo aturdido.

—¿Cómo?

—Que si tienes un sitio preferido. No sé... Un parque o algo adonde vayas cuando estás triste o asustado —aclaró Dani—. Cris tiene uno en Leadworth. Es una biblioteca muy grande y apolillada, llena de laberintos.

Minwoo sonrió.

—No sabía que te gustase tanto leer. No te pega...

Asentí entre lágrimas. No podía hablar, así que Dani contestó por mí:

—Sobre todo le gusta escribir. Entonces, ¿tienes un sitio preferido sí o no?

Minwoo meditó unos segundos.

—Sí, puede decirse que tengo un sitio más o menos así.

Dani asintió con decisión.

—Genial. ¿Puedes llevar a Cris allí y prestárselo por un rato?

12.

*Bloquearé el
viento helado*



CRIS

Vigésimo segunda anotación en el cuaderno verde:

Minwoo cumplió la promesa que le hizo a Dani y me llevó a su sitio especial. Al final, resultó que ese sitio precioso y secreto de Minwoo, el equivalente a mi vieja biblioteca en Leadworth, era ni más ni menos que uno de los lugares más elegantes y *chic* de toda la jodida ciudad.

Pese a haber estado a punto de formar parte de R*E*X, Minwoo no es como Paula o incluso como Dani, que si se esforzaran y pasaran por peluquería, quizá podrían encajar en un mundo de lujo y sofisticación. Minwoo es como yo en ese sentido: va más cómodo llevando unas zapatillas desgastadas y sus viejos pantalones de pana. No creo que se pare a pensar durante más de un segundo en la ropa que se pone por la mañana, y la única prenda que le he visto tratar con ternura es su delantal rojo con el logotipo del Stardust. Quizá por eso esperaba que me llevase a un parque, a un lago en las afueras o incluso a la residencia de ancianos de su tío. Desde luego, lo que jamás hubiese imaginado era que me trajese a la cafetería más exclusiva de Seúl.

Sobre todo, teniendo en cuenta que esa cafetería está en la azotea de la maldita WIMTS.

Así que, cuando mi amigo se detuvo frente al edificio custodiado por los

carteles gigantes de R*E*X, me quedé pasmada junto a las puertas, ante el interminable bloque de hormigón y cristal que se perdía hacia el cielo.

—¿Nos dejarán entrar con estas pintas? —pregunté con un hilillo de voz, de pronto consciente del barro incrustado en las suelas de mis zapatillas y los desgarrones de mis vaqueros que, desde luego, no eran de Yves Saint Laurent, como los que una vez le había visto a Alex.

Al ver el reflejo del sol crepuscular en la parte más alta de la fachada, no me extrañó que Alex se sintiera cada día más presionado y que Minwoo hubiera salido echando leches de ahí en cuanto le surgió la oportunidad. Y, sin embargo, aquí estaba otra vez. El quinto miembro retornaba a sus orígenes.

La entrada estaba vigilada por un hombre. Trajeado y vestido de negro por completo, no desprendía una actitud demasiado amigable.

—Mierda, normalmente no tienen a nadie fuera —se quejó Minwoo—. Ni lo mires —me ordenó mientras intentaba aplastar un remolino de su pelo—. Entra al edificio como si lo hicieses todos los días y, si te preguntan algo, háblales con acento americano. Eso les impresiona.

—¿Qué? ¿Por qué iba a...?

No pude decir nada más. Mi amigo ya me había agarrado del brazo y tiraba de mí hacia el edificio.

El tipo hizo ademán de dirigirse hacia nosotros, pero Minwoo se las apañó para colarse entre un ejecutivo con gafas de intelectual y su secretaria, dejando al guardia justo al otro lado. Cuando atravesamos las puertas principales, le dediqué una señal de triunfo a mi amigo, pero había cantado victoria demasiado pronto: estaba a punto de hacer una broma sobre la cara de mosqueo del tío de seguridad, cuando una mujer de aspecto severo se colocó frente a nosotros. Vestía prendas sencillas, aunque eran elegantes, y llevaba una etiqueta identificativa colgando del cuello. Nos quedamos quietos, con nuestras zapatillas manchadas de barro, observándola con culpabilidad. Con

un tono neutro e intimidante, nos preguntó algo en coreano que no entendí. Miré a Minwoo, esperando una contestación por su parte, pero él se limitó a adoptar un aire confuso y negar con la cabeza. Ella frunció el ceño.

—¿No sois coreanos? —inquirió en un inglés bastante decente—. ¿Ninguno de los dos? —Volvió a posar la mirada en Minwoo.

El chico sonrió, como si poder comprender al fin las palabras de la mujer fuera un alivio para él.

—¿Cómo está, señora? —comenzó también en inglés, con un extraño acento que pretendía imitar la suave pronunciación estadounidense de Alex, pero que se aproximaba más a Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*—. Mi compañera y yo tenemos una serie de negocios que atender esta noche.

Tiró de mí, pero la mujer volvió a cortarnos el paso, implacable.

—¿Serían tan amables de decirme sus nombres y la planta de destino, por favor?

Minwoo sonrió con suficiencia, aunque la presión sobre mi brazo aumentó.

—Por supuesto, me llamo Alex... —Carraspeó, probablemente al darse cuenta de que el edificio de WIMTS tal vez no fuera el mejor lugar para robarle la identidad al líder de R*E*X—. Alexander Daniel Casablanca. Y ella es mi compañera, Cris Hammond Junior.

No pude evitar que la mujer me viese poner los ojos en blanco.

—De acuerdo —dijo ella muy lentamente—. ¿A qué planta se dirigen, señorita? —me preguntó ahora a mí.

—Ehm...

He de decir a mi favor que titubeé al más puro estilo tejano. Lo más paradójico del edificio es que, pese a pertenecer a WIMTS, no todas las plantas están ocupadas por las oficinas de la compañía. Algunas se encuentran arrendadas a grandes multinacionales que colaboran con ellos. ¿El problema? No tenía ni la más remota idea de a qué empresa correspondía cada piso y

temía que eso acabara por delatarnos.

—¿A la planta doscientos treinta y dos? —aventuré.

Minwoo —o, mejor dicho, Alexander Daniel Casablancas— se tensó a mi lado a la vez que la señora entornaba los ojos. Después, todo ocurrió bastante deprisa: ella llamó al guardia de seguridad justo al mismo tiempo que mi amigo me agarraba de la mano y me gritaba que echara a correr, mientras ambos salíamos pitando en dirección a las escaleras.

Chocamos con tres hombres trajeados, derrapamos tras unos occidentales que charlaban en círculo y una mujer nos gritó algo cuando estuvimos a punto de tirar la bandeja de cafés que llevaba en la mano. Sin embargo, Minwoo y yo no paramos de correr hasta la planta diez. El corazón me palpitaba con fuerza, pero curiosamente no me asusté. A pesar de la debilidad física que había empezado a sentir en los últimos días, en esos momentos me encontraba bastante bien y lo cierto es que nuestra ridícula aventura me había hecho sentir llena de vitalidad.

—Estás mal de la cabeza —murmuró Minwoo, sin poder reprimir una sonrisa, mientras me soltaba por fin la mano y llamaba al ascensor—. Este rascacielos es el más alto de la ciudad, vale, pero desde luego que no tiene doscientos treinta y dos plantas. Termina en la planta ciento cuarenta.

—Perdóneme, señor Casablancas —contesté, imitando el ridículo acento que había utilizado—. Siento haber estropeado su infalible y estudiado plan para colarnos en el edificio.

El ascensor paró ante nosotros, que nos mantuvimos en tensión hasta que las puertas se abrieron y revelaron un interior vacío.

—He de admitir que no me había parado a pensar demasiado en cómo entrar —confesó Minwoo, presionando el botón de la azotea—. Hacía muchos años que no pisaba este sitio. Básicamente desde que...

—¿Desde que te suicidaste lanzándote desde el último piso en la fiesta de

presentación de R*E*X? —terminé por él, recordando la absurda leyenda del quinto miembro—. Debió de ser muy difícil que Hyunsoo prefiriese a Jay antes que a ti.

—Ni te lo imaginas. —De repente, su expresión cambió a una mueca horrorizada—. Joder, primero Hyunsoo y luego Paula... ¡Es la historia de mi vida!

Me reí y lo agarré del brazo apoyándome en su hombro, como hacía a veces con Dani.

—Paula nunca va a dejar que te lances desde una azotea. Ella es más lista. A fin de cuentas, ya te ha elegido a ti.

Minwoo no dijo nada, aunque entreví su sonrisa en el reflejo de la puerta.

En una de las plantas noventa, una elegante pareja subió al ascensor y ambos parecieron desconcertados al vernos, por lo que nos mantuvimos en silencio. Una vez que estuvimos en la azotea, Minwoo esperó a que la pareja saliese e hizo una exagerada reverencia en mi dirección.

—Señorita Hammond Junior, bienvenida a la terraza del Edificio WIMTS, más popularmente conocida como el lugar donde el quinto miembro se lanzó al vacío.

—Señor Casablancas —me incliné, remilgada, y fingí levantar una falda inexistente—, más vale que el jodido café de este sitio merezca la pena.



JAY

Hacía meses que, cuando cruzaba el umbral de WIMTS, Jay se preguntaba cuál sería la última vez, el momento en que el edificio quedaría vetado para él y Hyunsoo. Pero ahora, al dar el primer paso en la recepción, por fin supo que esa última vez había llegado.

Dentro de cuatro días tendría lugar la inauguración de un centro comercial propiedad de la empresa, en un acto que presidiría el grupo. Hyunsoo y él habían decidido que esa sería la fecha en la que harían públicos sus planes. Dentro de poco, R*E*X dejaría de tener cuatro miembros.

Debía admitir que una parte de él echaría de menos ese lugar. Había sido increíblemente desdichado entre aquellas cuatro paredes, pero también había llegado a ser increíblemente feliz. Era en honor a los buenos recuerdos que se había permitido una última visita. No le había dicho a Hyunsoo que iba a ir allí, en parte porque no quería hacerle más daño, pero sobre todo porque necesitaba ir solo, sin más dramas ni lamentos. Simplemente subiría a la azotea, tomaría un té, quizá también algo de alcohol, y observaría los tejados de Seúl por última vez desde aquel punto privilegiado. Después de eso, se limitaría a esperar en casa el día señalado.

Alex, Hyunsoo, Young y él siempre habían disfrutado juntos en aquella azotea, por lo que aquella despedida era lo mínimo que se merecían. Tampoco es que fueran a tener ninguna otra, en realidad. Young había recibido el alta y

se había ido directo a casa de sus padres para terminar de recuperarse, y Alex no había aparecido por el apartamento desde su discusión en el hospital. Jay tenía serias dudas de que fuera a verlo antes del evento.

Suspiró y se acercó al mostrador de recepción para pedir su pase. Llevaba años sin hacerlo, pues todo el mundo allí sabía quién era, pero, por alguna extraña razón, sentía la necesidad de seguir el protocolo paso a paso, de hacer las cosas bien por última vez.

Una de las recepcionistas le saludó con una sonrisa y Jay le devolvió el saludo. La conocía desde que era una muchachita nerviosa que no dejaba de mirarlos con curiosidad. De golpe, Jay advirtió que se encontraba en un estado bastante avanzado de embarazo y parecía radiante. No le sorprendió descubrir que no se había percatado hasta entonces de que estaba esperando un bebé, porque hacía meses que no se fijaba en ella. En realidad, hacía meses que no se fijaba en nadie de allí, demasiado inmerso en sus propias inquietudes. Se la quedó mirando con tristeza mientras le preparaba la tarjeta de ingreso. A su lado, su jefa discutía en voz alta con el guardia de seguridad.

—Casablanca y Hammond Junior —repetía el hombre por un *walkie-talkie*, bajo la atenta mirada de la supervisora—. Un chico asiático y una chica occidental. Más o menos veinteañeros. En realidad, no parecían peligrosos, sólo unos críos. —Lanzó a la mujer una mirada rencorosa—. No, no estoy seguro de si son sus nombres reales...

Jay sonrió vagamente mientras recogía su tarjeta.

—No creo que sean sus nombres reales —intervino—. Son los apellidos de dos miembros de los Strokes.

La mujer y el guardia se quedaron confusos, pero la joven recepcionista sonrió.

—Una banda de rock norteamericana —aclaró ella.

La mujer negó con la cabeza; parecía horrorizada ante la perspectiva de

tener a dos seguidores del rock independiente sueltos por su edificio.

—Más vale que no sean ellos de verdad —le advirtió el guarda con tono amenazador—. Como me hayas obligado a dar la alarma para detener a dos estrellas de rock... Además, ¿no has dicho antes que el chico te resultaba familiar? ¿Seguro que no es porque lo habías visto en alguna revista?

Ella negó con la cabeza, ofuscada. Jay se rio, guiñó el ojo a la recepcionista y se alejó en dirección a los ascensores. No fue hasta estar dentro, cuando hubo pulsado el botón de la última planta, que la sospecha afloró en su mente. Un chico asiático y una chica occidental. Veinteañeros. Colándose en el edificio de WIMTS. Él con un aire familiar.

De improviso, recordó lo mucho que le gustaba a Minwoo esa azotea. De hecho, Hyunsoo tenía la teoría de que fue el recuerdo de aquel sitio lo que le impulsó a abrir su propia cafetería. Jay tuvo que obligarse a no pulsar el botón del *stop* justo antes de que el ascensor se abriese en la planta ciento cuarenta. No había planeado despedirse de WIMTS mientras Minwoo estaba allí. Y mucho menos si, como todo parecía indicar, Paula le acompañaba.

Pero no era Paula. Los vio nada más entrar en la cafetería, a través de la fachada acristalada, apoyados en la barandilla de la terraza exterior y contemplando el paisaje con unas tazas de café humeante en las manos. Los latidos de su corazón disminuyeron de intensidad al darse cuenta que la chica que acompañaba a Minwoo tenía una melena dorada que distaba mucho del pelo oscuro de la bailarina. Cuando la chica se giró un poco hacia Minwoo, Jay la reconoció. Era la amiga de Paula a la que había llevado al hospital.

Pidió su bebida y se acomodó en una de las mesas interiores, no muy a la vista de la pareja, pero desde donde todavía los distinguía. ¿Qué demonios pintaba ahí Minwoo en aquel momento? ¿Por qué tenía que atormentarlo justo ese día, como si fuera el Fantasma de las Navidades Pasadas?

—Tú ganas, quinto miembro —murmuró para sí mismo, dando un sorbo a

su cerveza—. Hiciste bien en marcharte, porque todos estos años no han servido para nada.

Minwoo señalaba algún punto en el horizonte a su amiga y esta asentía, jovial. Jay se sorprendió al plantearse si debería unirse a ellos. No sería del todo extraño, dadas las circunstancias. Estaban en su territorio, al fin y al cabo, y sería de buena educación preguntarle a la chica si ya estaba del todo recuperada. Hacía tiempo que tenía una conversación pendiente con Minwoo, y dudaba que, cuando el escándalo estallara, tuviera la oportunidad de encontrarse con él, cara a cara. Estaba a punto de levantarse cuando una voz lo sobresaltó:

—¿Puedo...? ¿Te importa si me siento?

La imponente presencia del líder de los Warrior se acababa de materializar frente a él. Jay lo contempló sorprendido. Ignoraba qué podía estar haciendo aquel chico en WIMTS. De repente, recordó que la última vez que había visto en persona a cualquiera de los miembros del grupo había sido en la gala benéfica en que se habían enfrentado con Alex y Hyunsoo.

Tal vez era porque iba vestido de forma sencilla, sin los estilismos agresivos que utilizaban en el escenario, con un aspecto más humano de lo habitual, o porque esperaba ahí de pie, con aire inseguro, pero el caso es que Jay asintió en silencio, señalando con la cabeza uno de los sillones, y el joven se sentó frente a él.

—No quería molestarte, sé que este es tu lugar de trabajo —se apresuró a decir el Warrior—, pero llevo un par de días viniendo a WIMTS con la esperanza de poder hablar con alguno de vosotros cuatro.

Jay entornó los ojos sin comprender.

—¿Para qué querías vernos?

El Warrior suspiró.

—La última vez que coincidimos, creo que Sungwoo no estuvo a la altura.

Yo... —lo miró directamente a los ojos—, entiendo que Alex se molestara, de verdad. —Suspiró una vez más, apesadumbrado—. Quería disculparme y también saber cómo se encuentra el chico.

—¿Young? —inquirió Jay. No le sorprendió que, de algún modo, la noticia se hubiera filtrado fuera de WIMTS y hubiese llegado a los círculos más privilegiados de otras compañías. Sin embargo, aunque no dejaba de ser su rival, parecía sincero en su pregunta—. Está mejor. Acaba de abandonar el hospital. —Hizo una pausa—. Tuvo un mal día.

«Un mal año», añadió para sus adentros. El Warrior asintió, con la mirada perdida en el exterior.

—Todos los tenemos a veces —dijo este con voz vaga—. No está siendo fácil para nosotros tampoco, ¿sabes? Todo lo que ha venido después del debut, quiero decir... No importa lo que hayamos conseguido, nuestra compañía nos presiona para que vayamos más allá, para que lleguemos a ser tan grandes como los R*E*X. —Sonrió con tristeza.

Jay desvió la vista hacia las figuras de Minwoo y su amiga, y de pronto sintió la necesidad de gritarle al Warrior allí mismo. Quería decirle que el chico de allí fuera había tenido la oportunidad de ser el líder de esos R*E*X cuya estela les obligaban a seguir, pero había renunciado a todo en el último momento. Le habría gustado informar al mundo de que Minwoo había sido mucho más listo que cualquiera de ellos y por eso podía reír despreocupado tras colarse en un edificio a cuyo acceso podría haber tenido más que derecho, sin inquietarse por el vacío que amenazaba por tragarlos pronto a Hyunsoo y a él.

Pero no lo hizo. Le dio las gracias por preocuparse por Young y le prometió que le transmitiría su mensaje. Tras desearle suerte para el próximo álbum que ya estaban preparando, Jay se levantó con intención de irse.

—Fue por vosotros —dijo el Warrior de repente, mientras Jay, que ya se

dirigía a la salida, se giraba en su dirección sin entender—. Fuisteis vosotros los que me inspirasteis para querer dedicarme a esto. Los legendarios R*E*X... Soñaba con ser parte de vuestro mundo.

Jay asintió. Al otro lado de la cristalera que los separaba, Minwoo abrazaba a la chica rubia, que parecía conmovida por alguna razón.

—Precisamente por eso —le dijo Jay antes de marcharse definitivamente de allí—, y por nada más que eso, créeme que lo siento muchísimo.



CRIS

Vigésimo tercera anotación en el cuaderno verde:

De todo lo que he vivido en este último año desde que supe que mi enfermedad iba a acabar conmigo mucho antes de lo esperado, mucho antes de lo que acabó con mi padre, lo más difícil está siendo despedirme de Dani. Al final sé que seré incapaz de hacerlo.

Me gustaría pasar un día entero con él, ahora que todavía me encuentro medianamente bien, juntos y haciendo lo que acostumbrábamos a hacer en Leadworth: buscar discos en tiendas de segunda mano, tomar cervezas en algún pub, hablar del cretino de su novio, de mi trabajo en el Starbucks o de nuestros planes de futuro. Pero no podemos hacer eso. Él es distinto a Minwoo, Paula y Alex. Él sabe la verdad y reconocería que se trata de una despedida, y ese detalle lo cambiaría todo. Dani sabe que no tiene sentido hablar de mis planes de futuro.

Aun así, estoy intentando atesorar cada minuto que paso con él. Intento que se olvide un poco de lo que me ocurre, que no piense sólo en mí para variar, que vuelva a ser por un momento la persona centrada en sus asuntos que era antes y que deje de anteponer mi bienestar al suyo todo el tiempo.

Por eso, ayer por la tarde le obligué a hacerme la promesa. En realidad, no estoy segura de si he hecho lo correcto. Joder, me temo que a estas alturas ya

no estoy segura de nada... Pero al menos quiero que Dani, una vez que haya pasado todo, tenga una segunda oportunidad de arreglar las cosas y ser feliz.

Fuimos a cenar los dos solos a los puestos callejeros de la zona del río Han. Por la noche, a principios de verano, el ambiente allí es espectacular. La gente se tumba en el césped a beber o a comer de forma relajada mientras contempla la puesta de sol. Yo nunca he sido mucho de contemplar atardeceres, y admito que, dada mi situación, es un tanto tópico que últimamente no deje de hacerlo, primero con Minwoo en la azotea de WIMTS y ayer con Dani en el río. Pero lo cierto es que en ambos momentos me emocioné.

—Hace una noche fantástica. Y no sé qué es este brebaje que nos han vendido, pero me lo apunto para la próxima —murmuró Dani apreciativo, mientras aplastaba con la mano la lata de alcohol que había escogido en el puesto donde habíamos comprado la comida—. O más bien lo haría si supiera reproducir estos caracteres alienígenas.

—¿Dónde están Minwoo y Alex cuando los necesitamos? —intervine, mirando también mi lata.

—La próxima vez deberíamos traerlos. Y a Paula también. No tengo nada en contra de nuestro refugio en el Stardust, pero ahora que empieza el buen tiempo tendríamos que salir más a la luz de sol... Aunque supongo que Alex no puede permitirse algo así, ahora que lo pienso —añadió con gravedad, observando a los grupos de adolescentes que charlaban animadamente a nuestro alrededor—. A veces se me olvida quién es.

Dani tenía razón. Si Alex hubiera aparecido por allí en aquel instante, habría causado una conmoción. Pero no me gustó nada la resignación que capté en los ojos de mi amigo, porque sabía lo que significaba.

—Si le pedimos a Alex que venga aquí con nosotros, vendrá. Quizás un día entre semana que haya menos gente. Si nos sentamos algo más alejados...

—Da igual, Cris —me cortó Dani—. Es mejor que no le pongamos en ese tipo de compromisos. Hay que pensar en su seguridad.

—¿Y quién piensa en su felicidad? —insistí—. Aunque te parezca una locura por mis circunstancias, creo que de todos nosotros Alex es el más infeliz con diferencia... Y está loco por ti, Dani. Cualquiera puede verlo. Es imposible que no te hayas dado cuenta. Si tú le animas a que venga aquí o a cualquier otra parte, lo hará sin dudar. Hará lo que le pidas.

Dani suspiró, pasándose la mano por los ojos en un gesto cansado. La luz del sol que comenzaba a ocultarse levantaba destellos rojizos en su pelo castaño, a juego con el rubor de sus orejas.

—Eso es lo que me preocupa, ¿sabes? —admitió al fin—. Que hará lo que yo le pida. Y no puedo pedirle nada. No tengo derecho a pedirle nada que le ponga en peligro o que lo aleje de todo lo que ha conseguido.

Así que se trataba de eso.

—Pero ¿qué más da lo que haya conseguido? ¿A quién le importa una mierda R*E*X, WIMTS y la preciosa torre de marfil en la que los tienen encerrados? Él no es feliz así, y tú... —Me encaré a él para que me hiciera caso—. Me niego a creer que no sientes nada por Alex. No seguirás enganchado a ese profesorzucho, ¿verdad? El cretino de Foxcastle. Porque si es así...

Dani me miró como si me hubiera vuelto loca.

—Claro que ya no pienso en ese gilipollas. —Suspiró como si por fin le hubiese derrotado y estuviera decidido a rendirse y confesar—. Y es evidente que siento algo por Alex. Joder, Cris, como si fuera posible no sentir nada por alguien como él. Cada vez que lo veo, me viene a la cabeza el poema «La belleza» de Baudelaire, ¡y ya sabes que la literatura francesa nunca ha sido lo mío!

Sonreí sin poder evitarlo.

—Vaya, es más grave de lo que yo pensaba.

Me dio un pequeño empujón.

—Ya basta. Tú has sacado el tema, pero no voy a volver a mencionar esto nunca más. —Iba a protestar, pero él colocó una mano sobre mi boca—. Déjalo ya, Cris, en serio. Él es demasiado para mí. Yo no podría encajar en su mundo ni él en el mío. Cuando nos juntamos los cinco es genial, pero no es la vida real. Alex está atravesando un mal momento y se ha refugiado en unos desconocidos que no le juzgan ni esperan nada de él. Eso es lo que necesita en este instante, pero se le pasará. Su vida mejorará y se olvidará de mí tarde o temprano. Y eso será lo mejor para él.

No pude rebatirle aquello porque era probable que tuviese razón. Incluso Paula se había dado cuenta al final de que las historias sobre amores entre príncipes y plebeyos pertenecen a los cuentos de hadas. Ella misma y Jay eran un buen ejemplo.

Nos sumimos en un silencio meditabundo. Dani seguía con el ceño fruncido, probablemente enfadado consigo mismo, mientras arrancaba briznas de hierba de forma compulsiva.

—¿Qué has pensado hacer cuando yo me vaya? —dije al final con suavidad, rompiendo el silencio.

Dani se giró hacia mí como un resorte.

—¿Qué quieres decir con eso?

Reformulé la pregunta, aunque sabía que la había entendido a la primera.

—¿Qué has pensado hacer cuando yo me haya muerto?

Mi amigo se tensó y, por un momento, pensé que iba a levantarse y salir corriendo.

—No quiero hablar de eso ahora mismo. No vas a morirte mañana, ¿no?

—Pero podría hacerlo.

—¡Ya basta, Cris! —gritó Dani. Algunas de las personas de cerca se

giraron para mirarnos, pero a él no pareció importarle. Su rostro estaba pálido y casi desfigurado por la tristeza—. A veces no sé lo que esperas de mí... ¿Cómo demonios quieres que planee qué hacer cuando hayas muerto? Igual no te has dado cuenta, pero me he recorrido medio mundo por ti. Eres la persona más importante de mi vida; eres mi familia, mi compinche, mi compañera... La simple idea de hacer cualquier cosa cuando tú ya no estés me parece irreal y absurda —terminó, con los ojos brillantes por las lágrimas.

Me incorporé para ponerme de rodillas frente a él y agarré sus manos, que estaban mucho más frías que las mías.

—Por eso voy a darte instrucciones precisas —le informé—. Porque no quiero que te sientas solo y sin rumbo y arruines tu vida por mi culpa. Tienes razón cuando dices que viniste hasta aquí por mí y, después de eso, yo permití que te quedaras. Paralizaste tu vida entera y soy consciente de lo egoísta que he sido. Así que escúchame bien porque estas son mis instrucciones...

Dani se revolvió, intentando decir algo, pero solté sus manos y le agarré la cara para obligarle a mirarme.

—En primer lugar, tienes que hacerme un último favor. Quiero que vuelvas a casa con mi abuelo. Quiero que vuelvas a Leadworth y le ayudes a superar esto. Quiero que le expliques por qué me fui y que te quedes con él un tiempo.

Me di cuenta de que había empezado a llorar cuando ya era demasiado tarde. Mi llanto, primero silencioso, se convirtió en audibles sollozos que hacían que me resultase difícil poder seguir hablando. Dani apoyó su frente contra la mía.

—No tienes ni que pedirlo. Me quedaré el tiempo que haga falta, Cris. Cuidaré de él como si fuese de mi familia.

Me sentí tan aliviada al percibir la absoluta sinceridad de sus palabras que creí que iba a desmayarme. Mi abuelo iba a estar bien.

—Quiero que vuelvas a la universidad y termines la carrera —continuó—.

Me da igual que hayas perdido un curso. Quiero que termines tus estudios con notas increíbles y acabes escribiendo las mejores obras de teatro que se hayan escrito jamás. Quiero que vayas a Londres una vez al año a ver todos esos musicales que te encantan y que visites a tu familia en Madrid más a menudo. Y hazme el favor de hacer por fin las paces con tu hermano. ¿Entendido?

Dani sonrió, aunque había acabado por dar rienda suelta a sus lágrimas.

—Entendido.

—Una última cosa, y esta es la más importante de todas. —Le di un beso en la frente—. Tienes que prometerme que lo harás, Dani. Cuando estés preparado, quiero que vuelvas a Corea.

Mi amigo me miró con seriedad durante unos segundos y, por un momento, pensé que no iba a aceptar esa última petición. Entonces fue cuando me abrazó y estrechó con fuerza contra él.

—Lo prometo.

Cuando nos fuimos de allí, ya era entrada la noche. Caminamos por el paseo del río un buen trecho hasta que empecé a sentirme algo fatigada y él decidió, entre bromas, llevarme sobre su espalda un rato, lo que hizo que los últimos viandantes de la zona nos observasen divertidos, quizá suponiendo que estaban viendo a una pareja de enamorados. Aunque en el fondo los dos sabíamos que la razón de mi fatiga se debía a que me encontraba algo más débil, ninguno aludió al tema. Ambos decidimos, en un pacto tácito, dejar junto al río las lágrimas y las promesas.

Todavía iba sobre la espalda de Dani cuando vimos el cartel con el conocido logotipo de WIMTS en lo que parecía el anuncio de la apertura de un lujoso centro comercial a unas manzanas de allí. Lo primero que me llamó la atención fue la impresionante foto de los cuatro miembros de R*E*X que indicaba la presencia del grupo en el evento. Dani y yo sabíamos lo que

significaba, Alex nos lo había explicado hacía poco: Jay y Hyunsoo posiblemente aprovecharían el acto para anunciar su marcha ante toda la prensa, antes de que WIMTS pudiera reaccionar y hacer un movimiento que les perjudicase.

—Es pasado mañana —murmuró Dani con aprensión, dejándome con cuidado en el suelo y escrutando el cartel, que nosotros sabíamos que anunciaba mucho más de lo que aparentaba.

Mis dedos se deslizaron por la familiar superficie del colgante. Ya casi llevaba un año conmigo. Un año entero desde que Harvey Nichols había muerto.

Había llegado la hora de que volviese a su legítimo dueño.



PAULA

Cuando llegó al piso de abajo del Stardust, cargada con dos bolsas de comida tailandesa que había comprado de camino, Cris estaba sentada en el sofá orejero en una de sus extrañas posturas características, con los pies colgando por un reposabrazos, muy concentrada en un cuaderno verde de espiral metálica algo desgastado en el que Paula le había visto escribir bastante en las últimas semanas.

—Últimamente haces más caso a ese cuaderno que a nosotros —se burló Paula, dejando la cena sobre la destartalada mesita de café.

Cris ignoró el comentario, cerró con cuidado el cuaderno, lo guardó en un bolsillo de su delantal rojo y se abalanzó sobre la mesita.

—¡Dios! ¡Qué bien huele! —exclamó, intentando abrir una de las bolsas—. ¡Me muero de hambre!

—¡Quita, bicho! —dijo Paula, dándole un manotazo juguetón mientras la otra chica hacía un mohín—. Minwoo y Dani bajarán enseguida.

—¿Va a venir Alex también?

—No. Cuando lo he llamado, me ha dicho que necesitaba descansar, pero creo que en realidad está demasiado desanimado con todo lo que está ocurriendo. Ha pasado las últimas noches en un hotel. —Suspiró—. Parece que el pobre ni siquiera está con ánimos de ir a su casa y encontrarse con Jay y Hyunsoo.

Cris le lanzó una mirada de compasión.

—Lo siento mucho por él, pero no creo que sea buena idea encerrarse en una habitación de hotel ahora mismo. Debería esforzarse en seguir adelante y desconectar un poco. Después de todo, Minwoo tiene razón en que, si Jay y Hyunsoo están tan decididos, no hay nada que él pueda hacer al respecto. —El rostro de Cris se oscureció un momento—. Y de nada sirve lamentarse por las cosas que no podemos evitar que ocurran. De todos modos, creo que le entiendo —añadió, recostándose en el sofá con un tono de voz ligeramente apesadumbrado—. A juzgar por todo lo que nos ha contado Alex sobre R*E*X, parece que siempre han tenido una relación muy estrecha entre ellos y supongo que es duro perder eso para siempre.

—Por no hablar del revuelo mediático y lo que pueda ocurrir con los fans.

—Tampoco puede hacer nada para evitar eso. Son demasiado famosos como para que pase inadvertido. Minwoo y tú habéis vivido en ese mundillo de una manera u otra, pero incluso Dani y yo, que jamás hemos estado dentro y no sentimos ningún interés especial por el K-pop, nos hemos dado cuenta de lo que R*E*X significa en este país.

Paula recordó que Alex le había contado durante su llamada que Cris le había pedido una entrada para asistir al evento donde, seguramente, Jay y Hyunsoo anunciarían su separación de R*E*X. Aquello no encajaba en absoluto con lo que ella misma decía sobre su gusto por el K-pop.

—¿Es cierto que quieres estar presente mañana en la inauguración de ese centro comercial? —le preguntó intrigada—. Alex me lo ha contado...

—¡Será chivato! —soltó Cris, fingiendo indignación—. Es verdad que le he pedido un pase para asistir. Supongo que en el fondo pienso que va a ser un momento... —Dudó un instante, buscando la palabra exacta—. ¿Histórico? Quiero decir... ¿No querrías volver en el tiempo y vivir la separación de los Beatles? —De pronto se llevó las manos a la boca, sorprendida por sus

propias palabras—. Mierda, prométeme que jamás le dirás a Dani que he comparado a R*E*X con los Beatles. Probablemente me mandaría quemar en la hoguera.

—Palabra de honor. —Paula se plantó una mano en el corazón con gesto exagerado—. De todos modos, ¿estás segura de que ese es el único motivo? Admite que igual te han empezado a gustar un poco...

—Sólo admitiré que la posibilidad de que sea mi última oportunidad para admirar la belleza de Hyunsoo en persona es un factor clave. Que no sea muy fan de su música no quiere decir que no quiera darle un regalazo a mis ojos.

Las dos se echaron a reír. Sin embargo, Paula se dio cuenta de que una oleada de nostalgia, similar a la que la había sacudido esa noche en la casa de Alex, atravesaba de forma fugaz los ojos cansados de Cris, que se llevó de forma automática una mano furtiva al bolsillo del delantal donde había guardado el cuaderno, como si quisiera asegurarse de que seguía ahí. Quizá la propia Cris se diera cuenta de que Paula había captado el movimiento, porque retiró la mano con rapidez y volvió a sonreír, haciendo que Paula se preguntase de nuevo si no serían todo imaginaciones suyas. Durante unos minutos guardaron silencio, con el ruido de fondo de Minwoo limpiando la cafetería tras el cierre.

—¿Sabes? —comenzó Paula, hablando más para sí misma—. Desde que Alex nos contó que definitivamente se separaban, he pensado mucho en Jay...

—¡No me jodas, Paula!

—¡No de esa manera! Seguro que Minwoo te agradecería que defiendas su honor, pero te juro que no es necesario —dijo Paula, divertida—. Me refiero a cómo debe de estar sintiéndose Jay ahora mismo con la separación. Durante todo este tiempo, hemos escuchado la versión de Alex, pero me pregunto si él también estará sufriendo. Lo que quiero decir es que Jay puede parecer el típico chico fuerte que jamás derrama una lágrima, pero creo que, en el fondo,

es una persona bastante sensible y valora a sus amigos por encima de cualquier otra cosa. La última noche que pasamos juntos en Barcelona me pidió, medio dormido, que no lo dejara solo. En el hospital me pidió perdón continuamente y parecía apenado de verdad cuando en realidad él no había hecho nada malo. No sé, Cris, creo que Jay lo está pasando peor de lo que aparenta.

—Tal vez tengas razón... —murmuró Cris pensativa.

Las palabras se perdieron en el aire, y las dos se sumieron en otro silencio cómodo. De pronto, Cris empezó a sonreír para sí misma, aunque a Paula le pareció una sonrisa casi nostálgica.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué sonríes?

—Nada. Sólo estaba pensando en la primera vez que estuvimos a solas y en cómo han cambiado las cosas...

—¿La primera vez que estuvimos a solas?

—Sí, ¿no lo recuerdas? Fue la noche antes de Navidad, cuando dormimos juntas en casa de la madre de Minwoo. Tú te pusiste a hablarme de Jay y yo sólo quería que te callaras.

—Vaya, gracias —contestó Paula avergonzada—. No sé qué decir. Ya sé que soy...

—No —le cortó Cris—, lo que quiero decir es que nunca he tenido demasiadas amigas. No se me da demasiado bien tratar con otras chicas de mi edad, al menos no con la cercanía que requiere una amistad de verdad. Aunque tú eres distinta, para ti parece algo natural y no sé en qué momento ocurrió, pero hace tiempo que me siento muy cómoda contigo. A veces pienso que, desde que nos conocemos, nos ha pasado un poco como a don Quijote y Sancho Panza: tú te has vuelto más realista y yo, menos gilipollas.

Paula se quedó sin palabras. Siempre le había tenido mucho cariño a Cris, ya que, a fin de cuentas, también había estado ahí para ella cuando peor lo

había pasado, y su presencia había marcado el que ya consideraba el año más importante de su vida. Pero en ocasiones le costaba descifrar su comportamiento distante, opuesto al suyo en muchos aspectos, y alguna vez se había preguntado si ambas habrían acabado relacionándose como lo habían hecho si su amistad común con Minwoo no lo hubiese propiciado. Por eso aquellas palabras la habían emocionado tanto: jamás hubiera esperado escucharlas de esos labios.

—La verdad es que me alegro mucho de haberte conocido, Paula —insistió—. Y me alegro de que al final vieras la luz con Minwoo. Creo que vais a ser muy felices juntos. Casi me hacéis creer en el amor y todo eso...

Paula se levantó del sofá y se lanzó sobre Cris, abrazándola con fuerza, por lo que esta última se echó a reír.

—Yo también te quiero mucho, Cris.

—Bueno, bueno, tampoco es para tanto...

Cuando Paula se separó por fin y volvió a sentarse, Cris se enderezó con una solemnidad impropia de ella, se llevó la mano al delantal rojo y sacó el cuaderno verde que había estado leyendo hacía un rato.

—Paula, necesito que me hagas un favor —dijo, tendiéndoselo—. Tienes que guardarme esto.

—¿Guardártelo?

—Sí, el otro día me pareció que Minah estaba intentando leerlo y no es algo que deban leer las niñas de su edad.

—De acuerdo —contestó Paula. Lo cogió y abrió la tapa.

—No. —Cris volvió a cerrarla con un gesto rápido—. Tú tampoco puedes leerlo de momento. Tal vez más adelante... Prométemelo.

Y, para sorpresa de Paula, Cris extendió su mano hacia ella, con los dedos recogidos en un puño a excepción del meñique. El gesto de sellar una promesa uniendo los meñiques era bastante usual en Asia, y parecía estar relacionado

con la idea del hilo rojo del destino.

—¿En serio? —se asombró Paula—. Tú no crees en estas cosas...

—Pero tú sí, y eso es lo que importa. Además, tal vez haya empezado a creer un poco...

—¿Qué te pasa hoy? —inquirió Paula, suspicaz.

—Venga, Paula, que no tenemos todo el día...

—Está bien —aceptó finalmente, uniendo su meñique con el que le tendía la otra chica—. Te prometo que cuidaré de tu cuaderno como si fuera mío y no lo leeré hasta que tenga tu permiso.

—Buena chica.

En aquel instante, en lo alto de las escaleras apareció Minwoo acompañado de Dani, que cargaba con una caja de cervezas.

—He pensado que nos sentarían bien ahora que empieza a hacer calor —dijo el español a modo de saludo.

—Y no podremos dejar de agradecértelo jamás —contestó Cris, que fue hasta él y le arrebató una de las latas.

—Minwoo, creo que Cris se ha dado un golpe en la cabeza o algo —comenzó Paula—. Hoy está muy rara...

—Eso no es ninguna novedad —se rio él—. Cris siempre está rara, pero la queremos igual.



PAULA

Cuando abrió los ojos y vio el papel descolorido de las paredes de su habitación en la casa de huéspedes, por unos segundos se sintió desorientada. Pero la cálida presencia del cuerpo de Minwoo a su espalda la devolvió con rapidez al presente.

Puesto que Cris se había tomado la tarde libre para asistir al evento de R*E*X, Paula se había ofrecido a ayudar a Minwoo a cerrar el Stardust, de modo que pudieran acabar pronto para ir a ver una película. Sin embargo, mientras limpiaba una de las cafeteras, había acabado manchándose la camiseta que llevaba puesta y habían tenido que pasar por la casa de huéspedes para que pudiera cambiarse de ropa. Hasta ahí, el plan había seguido su curso. Pero la pareja se encontraba en un momento de su relación en que se sentían insaciables, como si necesitaran llenar el vacío que la falta del otro había causado en sus vidas hasta entonces. Así que, en cuanto Paula se había quitado la ropa, toda la idea de ir al cine había quedado olvidada.

Con mucho cuidado para no despertarlo, se giró y se acurrucó contra él, contemplando su rostro dormido. El lado enamorado de Paula había propiciado que tuviese algunas relaciones fugaces y no tan fugaces antes de conocer a Jay. Aunque no se arrepentía de ninguna de ellas, jamás se había sentido tan plena como en aquel momento.

—Si sigues mirándome con tanta intensidad, vas a desgastarme la cara —

susurró Minwoo con voz adormilada, sin abrir todavía los ojos, pero con una sonrisa.

—Lo siento, ¿te he despertado?

—No te preocupes. —La rodeó con los brazos, acercándola más a él—. En realidad, no era mi intención dormirme. Supongo que ya es demasiado tarde para ir al cine, ¿no?

—Eso me temo. Son las dos de la madrugada. Tendremos que quedarnos aquí encerrados bajo las mantas, en mi pequeño cuchitril.

—¡Menudo problema! —exclamó él, lo que hizo que Paula se echara a reír—. Además, este sitio tiene su encanto. Puede que a tus inexpertos ojos extranjeros les pase desapercibido, ¡pero vives en una auténtica casa tradicional coreana! —Se enderezó un poco, apoyándose en los hombros. Paula tuvo que reprimirse para no pasar los dedos por los mechones que le caían con descuido por la frente—. Lástima que a nadie le haya dado por reformarla desde que la construyeron...

Paula recordó sus primeras noches en esa habitación extraña, rodeada de desconocidos que la miraban suspicaces. Ahora ya conocía por nombre y apellido a cada una de esas personas con las que compartía la casa de huéspedes, así como pequeños detalles de sus vidas cotidianas. Ellos eran en parte culpables de que su nivel de coreano, si bien todavía algo básico, hubiera mejorado bastante, y de alguna manera también habían acabado formando parte de su nuevo mundo en aquel país.

Un mundo que había empezado girando en torno a un sol cegador y temible, al que casi dolía mirar directamente, como era Jay, pero que poco a poco se había ido apagando y dado paso a un vasto cielo lleno de estrellas, quizá mucho menos impresionantes, pero que a Paula le hacían mucho más feliz.

—Llevas cinco minutos mirando el infinito sin parar de sonreír —le informó Minwoo, divertido.

Esta vez, Paula no pudo evitar pasarle la mano por el pelo, acentuando su sonrisa. Minwoo murmuró algo todavía ininteligible para su nivel de coreano y la acercó más hacia él, besándola con suavidad.

Definitivamente, aquello le hacía mucho más feliz.

—¿Crees que habrá terminado ya el evento? —preguntó ella cuando por fin se separaron—. ¿Deberíamos llamar a Alex para ver cómo está?

—No lo sé. Empezaba bastante tarde, así que no sé si habrá terminado ya. Además, no creo que sea muy buena idea hablar con Alex ahora mismo... A menos que haya cambiado mucho en los últimos años, necesitará estar a solas para ordenar sus pensamientos. Cuando esté preparado, él mismo nos buscará. No te preocupes.

—Supongo que tienes razón, pero sonaba tan descorazonado cuando nos dijo que ya no había vuelta atrás... Me gustaría poder protegerle de alguna manera.

—A mí también me gustaría, créeme, pero no hay nada que podamos hacer. —Minwoo soltó un suspiro; de repente, toda la despreocupación de hacía unos minutos parecía haberse esfumado—. ¿Sabes? Aunque siempre intento que Alex lo supere y se enfrente a la situación con frialdad, en realidad no me puedo creer que después de todos estos años, y de todo por lo que han pasado juntos, vayan a separarse así...

Los dos permanecieron en silencio un buen rato, meditabundos. Paula no podía evitar pensar en todos los fans que aquella noche iban a llevarse uno de los peores disgustos de su vida. A pesar de que el último año había servido para que desmitificase la figura de sus cuatro ídolos, a los que había llegado a considerar en el pasado seres etéreos y casi perfectos, la simple idea de que dejarasen de crear su música hacía que se le encogiera el estómago. Sabía que mucha gente no entendía lo que era sentirse tan unido a alguien que tal vez sólo hubieses visto en una pantalla o escuchado por un altavoz, porque era algo

incomprensible a menos que lo hubieras experimentado en persona, a menos que una canción hubiera conectado tan profundamente con tu corazón que te hiciera creer que quien la interpretaba te conocía mejor que nadie en el mundo.

Desde ese momento, esa persona, ese grupo, esa canción se convertían en el motor de tu día a día y te mantenían a flote cuando más lo necesitabas. Y presenciar el derrumbe de ese pilar podía tornarse una tragedia casi personal.

—Paula, ¿puedo hacerte una pregunta? ¿Y serás sincera conmigo? —dijo Minwoo, rompiendo el silencio. Parecía nervioso, y era evidente que aquello, fuera lo que fuese, llevaba un tiempo rondándole la cabeza. Paula asintió—. ¿Hubieras preferido que yo nunca hubiese dejado R*E*X y ahora fuese una estrella como ellos?

—¡No! —contestó ella casi sin dejarle terminar—. ¿A qué viene ahora eso? ¿Acaso crees que no me gustas lo suficiente y que me gustarías más si fueses uno de ellos? ¿Crees que soy ese tipo de persona? —se indignó. Cuando Minwoo estaba a punto de responder, ella lo interrumpió alzándose sobre uno de sus codos—: Dime una cosa, ¿tiene esto algo que ver con Jay?

—Claro que no... —Paula alzó una ceja, incrédula—. Vale, tiene que ver con Jay. No me malinterpretes, no digo que me moleste que hayas estado con Jay. Sé que no tengo ningún tipo de derecho sobre lo que hayas hecho o lo que hagas y, al fin y al cabo, gracias a lo que ocurrió con él, ahora estás aquí. Es sólo que tú siempre has buscado a tu príncipe azul y el hecho de que acabases conociendo a los miembros de R*E*X, a los que admirabas tanto, y te enamorasas de uno de ellos parece sacado de un cuento de hadas. A veces no puedo evitar sentirme como si fuera un impostor, como si estuviéramos dentro de esa novela de Mark Twain sobre un príncipe y un mendigo. Quiero decir, después de haber estado con Jay, ¿cómo iba yo o cualquier otra persona normal a...? No sé, él es tan principesco...

—Para, para. Para un momento —le interrumpió Paula, cubriéndole la boca con la mano. Después soltó un suspiro—. Voy a serte sincera y espero que me escuches con atención, porque no pienso volver a tener esta conversación, ¿de acuerdo? —Minwoo asintió, sorprendido por su vehemencia—: Los dos sabemos qué es lo que me trajo hasta Corea y no voy a negar que Jay siempre será alguien especial para mí, como miembro de R*E*X. Jamás podré dejar de agradecerles a los cuatro lo que han significado en mi vida. Por no hablar del hecho de que me parece terriblemente atractivo y es más que probable que me lo siga pareciendo siempre, al igual que otros hombres además de él, porque para algo soy un ser humano con dos ojos, igual que tú. Pero lo que importa es que estoy aquí contigo y no con Jay, ¿verdad? Y espero que me des el crédito suficiente como para pensar que es así porque yo lo he elegido. Porque da igual cuántos Jays se crucen en mi camino a partir de ahora, quiero estar contigo y punto. Si no podemos confiar el uno en el otro de ese modo, nada de esto tiene sentido.

—Paula, tienes razón. Yo...

—No he acabado todavía —prosiguió ella, cortante—. Y ahora, haz el favor de darte un poquito más de crédito a ti mismo también. Vale, tal vez Jay sea un maldito dios del Olimpo, pero tú eres la persona más bella que he conocido, por dentro y por fuera. —Al decir esto, suavizó el tono y, con una sonrisa comenzando a esbozarse en sus labios, apartó otro mechón de la frente del chico—. Has estado ahí para mí, para Cris y para Dani desde el principio, sin apenas conocernos. En pocos meses has hecho que me sienta como en casa aun cuando estoy a miles de kilómetros de distancia de mi familia. Estaba desesperada, pero tú me abriste literalmente la puerta de tu hogar. ¿Qué hay más principesco que eso? Tal vez tú no tengas miles de coronas a tu alrededor como los R*E*X, pero eso no te hace menos merecedor de ser el príncipe del cuento, ¿me has oído? —Sonriendo abiertamente, tomó sus mejillas entre sus

manos y le dio un beso rápido—. Choi Minwoo, mi príncipe sin corona, espero que me creas de una vez cuando te digo que estoy loca por ti.

Sin decir nada más, Minwoo hizo un movimiento brusco y se colocó sobre ella, apoyando todo su peso en los codos y mirándola a los ojos con intensidad.

—Quizás no sea el momento ni el lugar más romántico para decir esto —susurró él mientras se acercaba a sus labios—, pero te quiero.

Enterrando las manos en el pelo de Paula, la besó de forma apasionada.

—Veo que mi arenga te ha motivado —dijo ella con una sonrisa de suficiencia entre beso y beso—. ¿Quiere eso decir que vamos a por la segunda ronda?

Minwoo se limitó a asentir mientras desplazaba los labios por la cara de la chica, su cuello, la clavícula y el pecho. Pero, antes de que pudiera seguir descendiendo, el sonido de su móvil hizo que frenara en seco con un gruñido molesto.

—¿Quién se atreve a interrumpir este momento? —refunfuñó Paula, frustrada.

—No importa —contestó él, prosiguiendo con su recorrido e ignorando la insistente melodía—. Ya colgarán.

Pero, cuando la llamada se cortó y comenzó a sonar por tercera vez, los dos se quedaron mirando el pantalón tirado en el suelo desde el que procedía el sonido. De repente, Paula recordó de nuevo lo que estaba previsto que ocurriese aquella noche y sintió un extraño sudor frío recorriéndole la columna, una desagradable sensación que no había experimentado nunca hasta ese momento.

—Tal vez deberías cogerlo, Minwoo. Es muy tarde y, si insisten tanto, puede ser importante...

Minwoo cruzó una mirada rápida con ella. Cualquier rastro de la pasión de

hacía unos segundos se había esfumado, y Paula se dio cuenta de que él también estaba asustado. Por fin, salió de debajo de las sábanas y sacó el teléfono del bolsillo.

—¿Dígame? ¿Alex? ¿Desde dónde llamas?

Minwoo enmudeció un segundo, escuchando la respuesta al otro lado del aparato, pero de pronto se puso blanco y ahogó un extraño sonido en la garganta, mezcla de sorpresa y horror. Paula se incorporó con el corazón palpitándole con fuerza en el pecho. Estaba tan agitada que, por un momento, pensó que quizá se había dado a conocer la verdadera orientación sexual de Alex en el evento de aquella noche y algo espantoso había ocurrido.

Pero las palabras que Minwoo pronunció tras colgar el teléfono, con un hilo de voz, eran mucho más horribles que cualquier cosa que hubiese podido imaginar:

—Vístete rápido. Vamos al hospital. Cris ha muerto.

13.

*Una brizna de
polvo en medio
de la galaxia*



JAY

Por fin había llegado el día.

En el fondo, Jay pensó que era un alivio. Los meses de espera llegarían a su fin. Se acabaría la incertidumbre de no saber qué iba a ocurrir a partir de ese momento, cómo reaccionaría WIMTS, cómo reaccionarían la prensa y los fans... Pronto tendrían respuesta a todas esas preguntas. Si todo iba según lo planeado, todos conocerían la noticia a la vez, esa misma noche.

Una de las principales preocupaciones de Hyunsoo y Jay había sido cómo hacer público su abandono de WIMTS y la escisión de R*E*X sin que su compañía filtrara una versión de los hechos adulterada, con el único objetivo de perjudicarles. Tras todos aquellos años, eran más que conscientes del poder que WIMTS ejercía en los medios de comunicación y que las posibilidades de poder explicar su versión quedarían muy limitadas en cuanto la empresa empezase a mover sus hilos. Por ello, sus abogados les habían aconsejado buscar el momento perfecto para dar a conocer la noticia: un evento donde la prensa ya estuviera presente y no pudiera advertirse a nadie con antelación.

Así fue como la inauguración de aquel centro comercial, en pleno barrio de Myeongdong, se había convertido en la ocasión perfecta. No sólo habían sido invitados reporteros de distintos medios, también estaban algunas celebridades de otras compañías, presentadores, cantantes e incluso algún

deportista de renombre. Y no menos importante, también una veintena de *crowns* que, en teoría, habían ganado sus pases en un concurso en la página web oficial del grupo. Aunque, en realidad, Jay sabía que para la inauguración de un local en el que WIMTS había invertido tanto dinero no iban a arriesgarse a dejar la lista de asistentes al azar de un sorteo. Las fans que se encontraban allí habían sido elegidas con anterioridad entre las que llevaban más tiempo siguiendo a R*E*X y que, de un modo u otro, ya habían participado antes en otros actos sin crear problemas. Jay sabía que, en caso de que todo lo demás fallara, ellas serían su mejor baza para filtrar en las redes lo que había ocurrido esa noche.

El plan era sencillo. Hyunsoo y él debían participar con naturalidad, mezclarse con los invitados, hablar con todo el mundo y, llegado el momento preciso, cuando estuviesen rodeados por algún grupo que incluyese tanto un par de medios diferentes entre sí como alguna fan y algún otro invitado de renombre, independiente de WIMTS y que les generase confianza, confesar allí mismo que ambos estaban a punto de rescindir su contrato y continuar sus carreras por su cuenta. La noticia, sin duda, se extendería como la pólvora entre los asistentes y, en pocos minutos, todo el país se haría eco de su marcha. Cuando WIMTS quisiera impedirlo, ya sería demasiado tarde.

De hecho, empezaba a pensar que, aunque quizá no fueran capaces de determinar qué estaba pasando exactamente, algunos de los presentes sospechaban que iba a ocurrir algo relacionado con los miembros de R*E*X. Ya había pillado a un periodista observándole de reojo mientras el director del centro comercial daba el discurso inaugural. Media hora antes, un presentador de la cadena nacional, algo mayor que él, se había acercado a Jay tendiéndole una de las copas que llevaba en la mano y, con un apretón en el hombro, le había ofrecido su programa para cualquier cosa que pudiera necesitar. «No olvidéis que no estáis solos», le había dicho enigmáticamente,

justo antes de desaparecer entre la multitud.

Al trasladarle a Hyunsoo sus sospechas, este había suspirado resignado.

—Apuesto lo que sea a que es culpa de mi madre. Estoy seguro de que se ha ido de la lengua con alguno de sus amigos y no habrán sabido mantener la boca cerrada. No debería haber hablado con ella, lo siento.

—No tiene importancia—le tranquilizó Jay—. A fin de cuentas, van a descubrirlo dentro de poco.

Pero Hyunsoo ya no estaba prestándole atención. Tenía el cuello estirado mirando por encima de un grupo de invitados que charlaban animados cerca de ellos.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, irritado—. Se suponía que este era un evento controlado, pero está aquí esa chica que acosa a Alex.

Jay echó una ojeada en la dirección que señalaba su amigo, alarmado. Era cierto. Aquella joven menuda, cuya presencia siempre ponía a Alex tan nervioso, también estaba allí. Debía de formar parte del club oficial de R*E*X, pero ¿cómo podían haber sido tan estúpidos desde la compañía como para dejarla entrar en algo así? Estaba seguro de que si existía una lista negra de fans potencialmente peligrosos, esa chica debía de figurar en ella.

—¿Dónde está Alex? —preguntó con ansiedad a Hyunsoo—. ¿Crees que sabe que ella ha venido?

—No estoy seguro. La última vez que lo he visto estaba con Young en la planta de arriba, en la zona de los cócteles. Es obvio que nos están evitando...

Aquello no le tranquilizó precisamente. Por un momento, se planteó la posibilidad de ir a buscarle y quedarse con él durante el resto de la velada, en caso de que este necesitase de su ayuda. Entonces se dio cuenta de lo absurda que era la idea. ¿Cómo iba a soltar la bomba de su marcha de WIMTS con Alex al lado?

—Odio todo esto —refunfuñó—. Espero que termine ya...

—Jae, escucha: voy a hablar con alguien de seguridad para que mantenga a esa chica controlada. Y luego quizá deberíamos mezclarnos más con los invitados y hacerlo todo público de una vez.

Jay asintió y dio un trago de su bebida, observando cómo Hyunsoo se alejaba en dirección a uno de los miembros de seguridad que permanecía en un rincón. Lanzó un nuevo vistazo a la fan, para asegurarse de que no había captado el movimiento de su amigo. Pero ella no les prestaba ninguna atención. Tenía la mirada puesta en otro punto de la sala, próximo a la puerta de entrada, observando enfurruñada a una joven de pelo rubio que, ajena a su presencia, se hallaba allí de pie con el aspecto de un pez fuera del agua.

Jay la reconoció al instante. Era la amiga de Paula y Minwoo, la chica que se había desmayado en YenNork y a la que, hacía apenas un par de días, había vuelto a ver en la azotea de WIMTS. ¿La había invitado el propio Alex? Escrutó a las personas a su alrededor, casi esperando encontrarse al resto de sus amigos, pero parecía estar sola. Fueran las que fuesen las razones por las que ella estaba allí, no parecía estar divirtiéndose demasiado. De hecho, incluso desde la otra punta de la sala, Jay constató que parecía agotada y que estaba más pálida de lo normal. Por un momento, al igual que en la azotea, se planteó acercarse a ella y preguntarle qué tal se encontraba, pero le distrajo la llegada de un par de conocidos que lo saludaron alegres. A pesar de ello, su mirada se cruzó con la de la chica durante un segundo y vio que ella se sobresaltaba al reparar en su presencia, justo antes de que un camarero con una bandeja de bebidas les cortase el campo de visión.

Sacudido por un extraño *déjà vu*, Jay se giró hacia los invitados que lo habían abordado, obligándose a devolverles la sonrisa, mientras se llevaba la mano al cuello en un gesto automático, buscando de forma inconsciente algo que llevaba casi un año sin estar ahí.

Un cuarto de hora después de haberse retirado para advertir a la seguridad

sobre la fan de Alex, Hyunsoo volvió a su lado.

—Van a tenerla vigilada, así que Alex está a salvo —le susurró mientras saludaba con una sonrisa indiferente a un ejecutivo de WIMTS, que llevaba un buen rato aburriendo a Jay con su charla monótona sobre la conveniencia de abrir aquel centro comercial en ese barrio en concreto.

Jay asintió, aliviado, y volvió a buscar una vez más a la amiga de Paula y Minwoo entre la multitud. Cada vez que la veía, se hallaba un poco más cerca de donde estaba él, y Jay tenía la extraña sospecha de que, en realidad, la chica quería acercarse a hablarle, pero no encontraba el momento o el valor adecuados. Quizá fuera fan de R*E*X, pensó extrañado, y él le gustase especialmente.

—Si nos disculpas, vamos a prestar algo de atención a nuestras fans —le informó Hyunsoo al ejecutivo mientras agarraba a Jay de la mano y lo alejaba de allí.

Se dejó llevar, distraído, hacia un grupo de tres jóvenes que les sonreían con timidez y simpatía. Le resultaban familiares las tres, habituales de sus firmas de discos, y estaba seguro de que Young, mucho más detallista y complaciente que él, hubiera sido capaz de recordar el nombre de alguna de ellas. Una punzada de nostalgia se clavó en su pecho. ¿Dónde estaba Young? Hyunsoo parecía haber acertado al decir que sus dos compañeros les estaban dejando el terreno libre. Jay les odiaba por comportarse de forma tan caballerosa. Estaba seguro de que, de haber sido al revés, él no hubiera podido reaccionar del mismo modo.

Al grupo se les unió un reportero de una cadena privada, que preguntó a las tres fans sobre lo mucho que admiraban a R*E*X, junto con un fotógrafo de una revista *online* que empezó a hacerles fotos. Con una risita complacida, y alabando la comida de la fiesta, se les aproximó Shim Chunja, una humorista de televisión de mediana edad con la que Jay siempre había simpatizado.

Hyunsoo, que todavía sujetaba a Jay de la mano, se la soltó, no sin darle antes un apretón significativo. Los dos sabían que ese improvisado corrillo era el público neutral que necesitaban. Había llegado el momento.

En ese instante, casi como si el destino quisiera jugarle de nuevo una mala pasada, Alex y Young bajaron las escaleras que conducían al piso inferior, acompañados por Taehyun, que parecía instarles a mezclarse con los grupos de invitados de la fiesta. Young refunfuñaba un poco, pero Alex bajaba con resignación. A mitad de la escalera, la mirada de Alex se cruzó con la de Jay y este último supo que el líder era consciente de que estaban a punto de hacerlo, de que ya no había vuelta atrás.

No estaba seguro de lo que esperaba de Alex en aquel momento. Desde luego, no era que se limitase a sonreírle, resignado, y asintiera con la cabeza como dándoles su beneplácito. El gesto hizo que notase un nudo en la garganta, similar al que había sentido la última vez que habían estado juntos, en el hospital. De hecho, quizá se hubiera echado a llorar como en aquella ocasión de no ser por lo que ocurrió después.

Fue todo muy rápido, como suele pasar siempre con el tipo de cosas que te cambian la vida. En primer lugar, Alex desvió la vista de Jay hacia los grupos de invitados y, justo entonces, se paró en seco en medio de las escaleras. Un segundo después, comenzó a bajar de forma apresurada los tramos que le quedaban. Al llegar a la planta baja, la fan acosadora le interceptó, agarrándole del brazo mientras un miembro del personal de seguridad le gritaba que lo dejase en paz, intentando separarles. Los demás invitados se giraron sorprendidos hacia el tumulto. Otro responsable de seguridad se acercó al grupo, interponiéndose entre el líder de R*E*X y la fan, pero Alex intentó zafarse de todos ellos. Su mirada, preocupada, estaba fija en un punto a unos metros de él, donde la chica rubia se encontraba algo inclinada, con expresión dolorida y la mano en el pecho.

Demasiado pendientes del alboroto entre Alex, la fan y los guardaespaldas, nadie parecía fijarse en ella en aquel momento. Antes de que pudiera pararse a pensar en lo que hacía, como aquella tarde en YenNork, Jay fue hacia la chica a toda velocidad, justo a tiempo de lograr sujetarla antes de que perdiera la fuerza en las piernas y se derrumbara en sus brazos por segunda vez.

Pero aquella ocasión fue diferente, y Jay lo notó desde el principio. Ella no perdió el conocimiento, pero se agarraba a su cuerpo con desesperación, como si fuera un salvavidas, mientras se esforzaba por respirar. Se arrodilló para tumbarla en el suelo, sin atreverse a soltarla. Algo en el fondo de su mente le decía que ese no era el momento de dejarla sola. Sólo se dio cuenta de que habían pasado a ser el centro de atención cuando Alex llegó hasta ellos corriendo.

—Cris, ¿qué te pasa? —inquirió en inglés, arrodillándose junto a los dos. En todos esos años, Jay sólo lo había visto así de asustado una vez, tras el incidente de Young. Alex lo miró, desesperado—. Tenemos que hacer algo.

Young debía de estar cerca de ellos, porque entre el murmullo general Jay distinguió su voz mientras daba instrucciones por teléfono para que les enviaran una ambulancia. La chica rubia, a la que Alex había llamado Cris, tenía lágrimas en la cara, probablemente producidas por el esfuerzo de respirar. Alex acercó su mano a las mejillas mojadas y la acarició.

—Tranquila, vamos a llevarte a un hospital.

A su alrededor, fuera del círculo de invitados que los observaban con aprensión, Jay percibió la luz de los *flashes* disparándose sobre ellos. Alguien les estaba haciendo fotos.

—¡Sacad a todo el mundo de aquí! —bramó Hyunsoo, fuera de sí, dando órdenes al cuerpo de seguridad—. Requisad todas las cámaras y que se larguen. Despejad la zona para la ambulancia.

Los guardaespaldas debieron de obedecer a Hyunsoo en el acto, porque,

cuando empezó a llegar el sonido de la ambulancia, apenas quedaba una veintena de personas en la sala. Jay no había dejado de sujetarla, cada vez con más fuerza y cada vez más asustado, pues a pesar de que su respiración se había calmado, era evidente que le costaba mantener los ojos abiertos. Al oír a los paramédicos aparcar en la puerta principal, Alex se levantó a toda prisa y echó a correr en su busca. Ella hizo un gesto débil con el brazo en dirección a donde se alejaba Alex, murmurando algo en español, como si quisiera despedirse de alguien que no estaba allí.

En ese momento, Jay se dio cuenta de lo que estaba a punto de pasar y la abrazó con más fuerza.

—No voy a dejarte sola —le susurró.

Ella lo miró y esbozó una ligera sonrisa de agradecimiento. Su mano, sorprendentemente cálida, sujetó la de Jay antes de cerrar los ojos con un suspiro.

Segundos después, los paramédicos los separaron sin que él pudiera hacer nada por impedirlo. Hyunsoo, Young y Jay siguieron la camilla hasta la puerta, donde todavía se agolpaban los curiosos. Alex ignoró las órdenes de su mánager y se subió con decisión a la ambulancia, que arrancó con un estruendo de sirenas y se perdió entre el tráfico de Seúl a toda velocidad.

Pero ya no importaba demasiado. Jay sabía que la chica, Cris, había muerto cuando todavía estaba en sus brazos.

No fue hasta un buen rato después, mientras Hyunsoo le arrastraba de vuelta hacia el edificio, cuando se dio cuenta de que su puño, cerrado con fuerza, sujetaba el colgante que había perdido en Europa hacía casi un año.



PAULA

A través del bosque y el ruido de las olas rompiendo contra el acantilado, Paula incluso podía escuchar las risas ahogadas de la gente que ya se atrevía a darse el primer chapuzón del año, a pesar de que estaba oscureciendo y todavía no había terminado de llegar del todo el calor veraniego.

Tras lo sucedido la noche de la inauguración, Jay y Hyunsoo no habían llegado a hacer públicos sus planes de dejar WIMTS. Pero los rumores e historias rocambolescas sobre lo que había ocurrido esa noche y el papel que en ello había desempeñado la «chica muerta» se habían disparado entre la prensa sensacionalista y los foros de Internet, por lo que los miembros de R*E*X habían recibido instrucciones de alejarse un tiempo de sus lugares habituales y esconderse de los focos durante unas semanas. Paula había oído que Jay se había marchado a su pueblo natal, en Jeju, al sur de la península. Alex, cuya familia seguía estando a un océano de distancia, se había refugiado en la soledad de su casa en la playa, así que, en cuanto tuvieron solucionado todo el papeleo que acarreaba la muerte de Cris en un país que no era el suyo, Dani, Minwoo y Paula se unieron a él. Parecía lo lógico permanecer los cuatro juntos en aquel momento.

Aquella tarde, Dani estaba sentado al borde de la terraza de piedra, con las piernas colgando en el abismo. Paula contempló su espalda durante unos segundos, estrechando con fuerza contra su cuerpo el cuaderno verde y

desgastado que Cris le había pedido que le guardara. En la madrugada tras la muerte de Cris, cuando Minwoo y ella habían vuelto a la casa de huéspedes tras esas horas terroríficas en el hospital, Paula había comprendido que debía darle el cuaderno a Dani, pero no había encontrado ni el momento ni las fuerzas para hacerlo. ¿Qué se supone que debes decirle a alguien que acaba de perder a su mejor amiga cuando tan sólo tenía 19 años?

Además, y eso era lo que más le impresionaba, Dani parecía extrañamente calmado, como si llevara tiempo preparándose para aquello. Tras la llamada de Alex, Paula y Minwoo habían corrido al hospital. Paula apenas recordaba nada de aquel trayecto, sólo que casi por arte de magia un coche de WIMTS se había materializado en la puerta de su casa de huéspedes, pocos segundos después de que Minwoo le hubiese confirmado a Alex dónde estaban ambos. Durante el viaje, ni siquiera era capaz de procesar la información, de comprender la absurda realidad de que Cris, su amiga, hubiese muerto. Algo en esa frase carecía de lógica. Se sentía como si estuviera dormida. Si Cris había muerto, ¿por qué toda esa gente que veía a través de los cristales tintados del coche seguía haciendo su vida normal? ¿Qué hacía esa pareja que caminaba de la mano? ¿O aquellos chicos que reían sentados en unos escalones mientras balanceaban sus botellas de licor...? ¿Es que no se daban cuenta de que todo había cambiado?

A su lado, en el coche, Minwoo parecía tener problemas para mantener la respiración estable. Paula le había sujetado el brazo con fuerza.

Todos los que habían formado parte de la vida de Cris en Seúl habían derramado lágrimas ante la noticia. Paula todavía recordaba el grito de rabia y de dolor de Minwoo, al llegar al hospital, y cómo había sujetado a su hermana al llegar a casa a la mañana siguiente. O la forma en que Alex, tras haber permanecido firme durante toda la noche mientras atendía las instrucciones del personal sanitario, se había retirado unos minutos a un rincón con los ojos

arrasados de lágrimas. Hasta Cath y Leo, que apenas conocían a Cris, se habían pasado por la casa de los Choi, un par de días después de su muerte, y habían abrazado a Paula con todo su cariño, ofreciendo a la familia su apoyo. Pero Dani había permanecido sereno desde el primer momento, no se había derrumbado, a diferencia de los demás. Aunque a Paula le aliviaba el hecho de que no estuviese totalmente destrozado, había algo en su entereza que le resultaba preocupante.

—Hola —le dijo al fin, sentándose a su lado y tratando de sonar lo más normal posible—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien—contestó él de forma casi mecánica—. Supongo que he tenido mejores momentos.

—Lo siento mucho, Dani...

—Lo sé. Yo también.

Esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos y después se sorprendió al ver el cuaderno que Paula todavía apretaba contra su pecho.

—Eso que tienes ahí...

—En realidad, no estoy segura de lo que es. Cris me lo dio el día antes de morir y me hizo prometerle que se lo guardaría y cuidaría de él como si fuera mío. También me dijo que no podía leerlo de momento, así que todavía no me he atrevido a hacerlo. La verdad —añadió tendiéndoselo a su amigo—, no creo que deba hacerlo, así que es todo tuyo.

—Paula —comenzó él, mirando primero el cuaderno y después a ella—, ¿no crees que si Cris hubiera querido que lo tuviera yo me lo habría dado ella misma? Si te eligió a ti, es por algo...

—Pero ¿qué se supone que tengo que hacer con él?

—No sé. —Sonrió de nuevo, y esta vez su sonrisa resultó algo más auténtica—. Supongo que leerlo es un buen comienzo...

—Pero me dijo que no podía leerlo por el momento —repitió ella.

Dani le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia él.

—Dadas las circunstancias actuales, creo que ese momento ya ha pasado.

Los dos se quedaron en silencio unos minutos, presenciando cómo el mar se fundía en el horizonte, con el cielo cada vez más oscuro. De pronto, Dani se levantó con energía y se pasó las manos por los pantalones vaqueros.

—Será mejor que hagamos esto de una vez —dijo en un susurro mientras se dirigía al interior de la casa.

Paula se levantó también y le siguió con la mirada. Un minuto después, volvió a aparecer en la terraza, seguido por Minwoo y Alex, cargando con la urna donde habían depositado las cenizas de su amiga. Los tres se acercaron hasta donde estaba ella, junto al acantilado.

—Sé que no te he consultado —Dani se dirigió al dueño de la casa mientras acariciaba distraídamente la urna que tenía en brazos— y ni siquiera sé si es algo legal en este país, pero había pensado que...

—Me parece una idea perfecta, Dani —contestó Alex, y le dio un suave apretón en el hombro.

No hacía falta que el español terminara lo que iba a decir, pues todos podían recordar a Cris en ese mismo sitio, más radiante de lo que la habían visto nunca, diciendo que no le importaría vivir allí eternamente. Y eso era justo lo que iba a hacer. Aunque sus restos mortales volverían a Inglaterra con su abuelo, al menos una parte de ella permanecería allí para siempre.

Dani se adelantó un paso, dándoles la espalda.

—En realidad me siento un poco estúpido haciendo esto —comenzó tras tomar aire—, porque no sé muy bien qué decir. Estuve repasando todas las elegías y eulogías que conozco en inglés porque sé que, aunque te burlabas de mí, en el fondo te encantaba mi faceta dramática y teatral, pero no he sido capaz de encontrar ninguna que expresara todo lo que has significado para mí. ¿Cómo iba a saber qué decir? —prosiguió mientras su voz empezaba a

quebrarse—. Contigo se ha ido una buena parte de mí y no sé cómo voy a hacer para seguir con mi vida, para cumplir todas las promesas que te hice. — Se giró hacia atrás, con los ojos brillantes, y contempló con infinita tristeza a sus tres amigos, aunque retiró rápidamente la mirada cuando se cruzó con la de Alex—. Sólo puedo insistir en lo mucho que te agradezco cada minuto que has pasado conmigo y que, si de verdad existe un más allá, espero que seas muy feliz allí. Nosotros intentaremos serlo aquí abajo sin ti, aunque ahora mismo parezca imposible...

Con cuidado, abrió la tapa de la urna y dejó que algunas cenizas se esparcieran en el aire en dirección al mar del Este. Después, volvió a poner la tapa en su sitio y, de pronto, ocurrió. Dani se rompió. Dejándose caer de rodillas al suelo, todavía abrazado a la urna, comenzó a llorar con una angustia que hizo que a Paula se le encogiera el estómago. Sin mediar palabra, Minwoo soltó la mano de Paula, que había estado apretando con fuerza hasta ese momento, y se arrodilló junto a él.

—Dani...

Este alzó la vista hacia Minwoo, que también tenía el rostro surcado por las lágrimas, como si llevase llorando un buen rato, y ambos se fundieron en un fuerte abrazo. Detrás de ellos, Alex pasó uno de sus brazos por los hombros de Paula y la atrajo hacia sí, pero ninguno de los dos se movió de su sitio. Cris había formado parte de la vida de los cuatro, pero para Dani y Minwoo, que no habían dejado de competir por su amistad ningún día desde que se habían conocido, su muerte era especialmente dolorosa. Ambos habían perdido a su mejor amiga. Interrumpir aquel momento, por mucho que deseara consolarles, le pareció a Paula una falta de respeto hacia su sufrimiento.

Los dos chicos permanecieron abrazados un buen rato, llorando en silencio uno junto al otro, mientras las risas procedentes de la playa se apagaban poco a poco y la luna comenzaba su recorrido por el cielo, pero finalmente se

separaron.

—Basta de lágrimas —dijo Dani mientras se pasaba la manga de la chaqueta por los ojos—. Cris hubiera odiado vernos así y, además, Minwoo está horrible cuando llora.

—Muchas gracias —contestó el aludido con el esbozo de una media sonrisa.

Dani suspiró algo más relajado, como si por fin se encontrase con fuerzas de retornar a la realidad.

—Vamos a poner algo de música y a traer unas cervezas. Estoy seguro de que eso sería mucho más de su agrado.

Dieron la bienvenida a la oscuridad de la noche los cuatro sentados, formando un círculo y bebiendo de sus respectivas latas. Poco a poco, comenzaron a recordar historias y anécdotas divertidas y entrañables de la amiga que ya no estaba. Paula pensó que aquella era una manera muy bonita de recordar a los muertos: celebrando sus vidas en lugar de llorando sus muertes. Cuando un rato después en los altavoces empezó a sonar «Purple Haze», de Jimi Hendrix, los cuatro se quedaron en silencio con una sonrisa nostálgica. En ese momento, Minwoo sacó algo del bolsillo de su pantalón: un paquete de chicles. Paula aceptó el suyo y se lo metió en la boca, sin dejar de sonreír. Cuando llegó el estribillo de la canción, los cuatro entonaron al unísono *'scuse me while I kiss the sky* a voz en grito, levantando sus latas de cerveza tal y como lo habría hecho su amiga, y al final rompieron a reír.

—¡Por Cris!



PAULA

Con toda la vorágine de sentimientos durante los días siguientes a la muerte de Cris, Paula ni siquiera había considerado que eso también significaba que Dani iba a marcharse. Sabía que tendría que regresar una temporada a Inglaterra para acompañar al abuelo de su amiga en su dolor, pero no se le había pasado por la cabeza que no fuera a volver a Corea. No obstante, un par de noches después del improvisado funeral, mientras charlaban contemplando las estrellas desde la terraza de Alex, Dani les explicó cómo había transcurrido la enfermedad de Cris y las razones por las que él había decidido quedarse con ella en Seúl, pero también fue claro al señalar que en aquel momento necesitaba volver a Leadworth. De hecho, sus palabras exactas habían sido que necesitaba «volver a casa».

Minwoo recibió la noticia como un jarro de agua fría, y Paula supo que para él la marcha de Dani iba a suponer perder a Cris definitivamente. El coreano le animó a regresar pasados unos meses, cuando el abuelo de Cris se encontrase algo mejor. Había insistido en la idea de que podría alojarse en casa de su madre de forma indefinida y de que, si el problema era el dinero, podría trabajar en el Stardust hasta que encontrara algo más de su agrado. Incluso, en los días siguientes, buscó información sobre programas para estudiantes internacionales de varias universidades.

Aunque Paula había supuesto que estaba todo perdido, dejó caer que Cath y

Leo siempre necesitaban personas con experiencia en arte dramático para las puestas en escena de YenNork, sugiriendo que tal vez podría labrarse un buen futuro si regresaba a Seúl en un par de años, tras terminar sus estudios en Gloucester.

Alex, por su parte, no dijo nada.

Apenas tres días después de esa conversación, los tres amigos acompañaron a Dani al aeropuerto para coger un vuelo directo a Londres. Conforme se acercaban a su destino, montados en el coche de Alex, el silencio se fue apoderando de todos ellos. Era tan temprano que el aeropuerto estaba casi vacío, lo que resultaba un alivio al ir con una de las personas más buscadas por la prensa.

Alex y Paula se dirigieron a una de las salas de espera, donde estarían mucho más tranquilos en caso de que alguien les hubiera seguido hasta el aeropuerto. Minwoo acompañó a Dani a la zona de facturación y le ayudó con la firma de los documentos necesarios para la gestión del traslado de las cenizas de Cris. Cuando llegaron a la sala de espera, Minwoo sujetaba el hombro de Dani en un gesto cariñoso.

Por unos instantes, el español estuvo rebuscando algo entre los bolsillos de su sencilla bolsa de viaje, aunque Paula supuso que sólo se trataba una forma de ganar algo de tiempo. Finalmente, se enfrentó a ellos y les dirigió una sonrisa nerviosa.

—No se me dan muy bien las despedidas —les informó con una sonrisa tímida impropia de él—. Ni tampoco las bienvenidas, ahora que lo pienso —añadió, mirando directamente a Alex. Sonaba divertido, aunque también algo nostálgico—. ¿Recuerdas la primera vez que nos vimos, en el Stardust? Dije un montón de tonterías...

Alex le devolvió la sonrisa.

—Cómo olvidarlo.

Dani se rio y se pasó la mano por la cara, avergonzado. Paula no pudo evitar recordar al chico que había llegado a Corea, perdido y buscando desesperadamente a su amiga. Aquel día se había completado su pequeño círculo.

—Ojalá pudiera volver a ese momento —dijo Dani, casi adivinando los pensamientos de Paula—. Ojalá pudiera volver a la trastienda del Stardust con vosotros. Daría lo que fuera por estar allí de nuevo los cinco. —Por un instante pareció que iba a emocionarse, pero sacudió la cabeza y volvió a sonreír—. Minwoo, quiero que sepas que pienso que tu cafetería no está mal del todo, una vez que le pillas el tranquillo.

Minwoo soltó una carcajada, con los ojos también brillantes, y se lanzó a darle un abrazo.

—Te voy a echar mucho de menos —murmuró Paula contra el hombro de su compatriota cuando este la abrazó también a ella, alzándola ligeramente del suelo.

Finalmente, Dani se separó de ella y se giró hacia Alex. Ninguno de los dos se acercó al otro. Se limitaron a mirarse en silencio durante unos segundos, hasta que el español se decidió a hablar.

—Eres el único que no me ha pedido que vuelva —le informó, todavía sonriendo.

—Lo sé —contestó Alex en voz baja y con un deje de tristeza.

Paula estaba acostumbrada a ver a Alex conteniendo sus sentimientos, ya que era lo que su amigo hacía casi todo el tiempo, pero ahora la situación parecía estar superándole.

—Te lo agradezco —continuó Dani mientras un ligero rubor se abría paso por su cara bronceada y pecosa—. Porque si lo hubieras hecho, si me hubieras pedido que volviese, habría sido muy difícil decirte que no.

Ocurrió todo muy rápido. Alex acortó los pasos que los separaban como

una exhalación y, sujetando a Dani de la camisa, le acercó un poco a él, juntando sus labios en un beso rápido y suave. Antes de que Paula pudiera procesarlo y pararse a pensar en el riesgo que Alex estaba corriendo al hacer algo así en un lugar público, se separaron.

—En ese caso —murmuró Alex, todavía agarrando con fuerza la camisa de Dani—, vuelve. Vuelve cuando estés preparado. Tarda todo el tiempo que necesites... Pero vuelve.

Cuando la megafonía del aeropuerto anunció el embarque de su vuelo, contemplaron desde la distancia cómo Dani cruzaba el control de seguridad, girándose una última vez para despedirse justo antes de desaparecer entre los otros viajeros.

Aunque aquello implicaba perder otra pieza significativa de su nueva vida, en el fondo Paula sabía que eso era lo correcto. Debía alegrarse por él y su decisión de seguir su camino en Inglaterra. Ellos tres, que se quedaban atrás, también debían mirar adelante y labrarse el suyo.

De pie entre Alex y Minwoo, de pronto le invadió una ola de afecto hacia ambos. Uno de ellos se había convertido en su mejor amigo y el otro era el chico del que estaba enamorada. A veces sentía algo de vértigo al pensar que hacía tan sólo un año, ni ellos, ni Cris ni Dani formaban parte de su universo. Sin pensarlo, entrelazó sus dedos con los de los dos chicos y apretó sus manos con cariño. En aquel momento, lo único que quería era refugiarse en la trastienda del Stardust una vez más, los tres juntos, y recordar a sus amigos ausentes.

—Vámonos —dijo en un susurro—. Volvamos a casa.



JAY

Hacía poco más de una semana que Jay había vuelto a su pueblo natal, pero ya empezaba a sentirse hastiado. Aunque, desde muy joven, la isla se le había quedado pequeña, siempre había disfrutado de sus visitas a la casa familiar y a la aldea. Su ajetreada vida en la ciudad había logrado que añorara el lugar y la tranquilidad que lo rodeaba. Sin embargo, su estancia actual no estaba siendo ni mucho menos tan placentera, a causa de la presencia incesante por la zona de los *paparazzi*, grupos de fans e incluso algún que otro representante de WIMTS.

Si bien el plan de anunciar públicamente su salida del grupo se había paralizado a causa de lo ocurrido durante el evento, de algún modo había conseguido filtrarse algo de información y los medios se habían vuelto locos al respecto. Nadie parecía tener muy claro qué había de verdad en los rumores de disolución del grupo, ni siquiera WIMTS. Conforme pasaban los días, el interés mediático sobre los cuatro miembros de R*E*X, lejos de apaciguarse, había ido aumentando. Jay no estaba muy seguro de dónde se había metido Alex, pero en las noticias había podido comprobar que Young estaba sufriendo el mismo acoso que Hyunsoo y él.

Una de las cosas de las que más se arrepentía Jay era de haberse separado de Hyunsoo, pese a que sabía que era lo único que podían hacer; de lo contrario, la presión mediática sobre ambos habría sido todavía más potente.

Por lo menos, acababa de hablar con su amigo hacía apenas media hora y se sentía algo más aliviado. El familiar acento de Seúl y la forma delicada de hablar que tenía Hyunsoo le había sacado por un momento de Jeju. Le alegraba saber que su amigo no había acudido a casa de su madre y que se encontraba a salvo, recluido en la suite de un hotel.

Respecto a Jay, su familia y la gran mayoría de los habitantes de la aldea habían decidido que protegerle era su primordial objetivo: habían organizado turnos de vigilancia y se dedicaban a pasearse alrededor de la casa blandiendo sus aparejos de pesca como armas para espantar a todo el que quisiera molestarle. Aquella perspectiva le resultaba hilarante y encantadora, así que no se había opuesto. No le hubiera molestado en absoluto que su queridísimo mánager Taehyun, o cualquiera de los otros empleados que WIMTS había enviado para tantear el terreno, hubiera acabado atrapado en una de las redes de pesca de sus vecinos.

Por lo demás, llevaba ya una semana dando vueltas por su habitación, a solas con sus propios pensamientos. Ciertamente, no eran pensamientos agradables. A lo largo de su vida, no había sufrido la pérdida de ningún ser querido cercano, así que nunca se había enfrentado a la muerte de una forma tan frontal como acababa de hacerlo. Ver cómo la vida se escapaba del cuerpo de la chica, mientras él la sujetaba, le había dejado muy impactado.

Una de las primeras cosas que había hecho al llegar a la casa de sus padres había sido esconder el colgante en lo más profundo de un cajón. No se había atrevido a alejarse de él hasta entonces, cuando por fin se había sentido en un lugar seguro, pero tampoco se había atrevido a ponérselo. Lo había intentado varias veces, pero al final se lo había tenido que quitar, sintiéndolo extraño en su piel, como si en el año que había estado desaparecido, se se hubiese vuelto indigno de llevar el recuerdo de Insomnia sobre su cuerpo.

Lo más triste de todo era que, en el fondo, Jay sabía que el significado de

ese colgante trascendía mucho más allá del nombre de Insomnia. Cuando Jay se lo ponía, lo primero que le venía a la cabeza era Alex entregárselo, pidiéndole que fuera él quien lo llevase a partir de entonces, y sus primeros años como grupo, en los cuales habían estado asombrosamente unidos. Quizá fuera cierto, visto así, que Jay se había vuelto indigno de llevar el colgante.

Pero, por mucho que intentaba distraerse, su mente acababa volando hacia el infame collar y lo horrible que resultaba la muerte de una chica tan joven cuyo último acto había sido devolvérselo. Cuantas más vueltas le daba al asunto, más le asustaba no poder entender qué lugar exacto ocupaba ella en ese puzle que no terminaba de encajar.

Aquella tarde estaba tumbado en la cama, viendo una de sus películas de terror favoritas, cuando la algarabía procedente de la puerta de entrada le distrajo. El ruido que llegaba desde el piso de abajo era sin duda el de una discusión, y Jay estaba seguro de que se trataba del matrimonio Kang, sus vecinos, intentando echar a alguien de la finca. Con sigilo, se aproximó al hueco de las escaleras para escuchar lo que decían, pero entonces se sorprendió al distinguir la voz de Paula entre los gritos. Bajó los escalones de dos en dos y llegó a la puerta justo a tiempo de evitar que el señor Kang, de naturaleza por lo general afable, partiera una caña de pescar en la cabeza de Choi Minwoo.

—Muchas gracias por su esfuerzo, señor Kang —comenzó Jay dirigiéndose al anciano—, pero no será necesario. Son... —dudó un segundo, inseguro de cómo calificarlos— viejos conocidos. Pueden dejarles pasar.

El matrimonio los miró con cierto recelo, pero se hicieron a un lado y les dejaron entrar en la casa. Minwoo se pasó la mano por la zona en la que había estado a punto de recibir el golpe, como si no tuviese claro lo que acababa de ocurrir.

—Me parece que nos has salvado la vida —dijo con una sonrisa.

—¿Tan terrible está siendo el acoso? —inquirió Paula, que parecía impresionada ante los improvisados guardaespaldas.

—Lo cierto es que sí...

Jay se fijó entonces en que Paula y Minwoo tenían las manos entrelazadas. Ya hacía tiempo que había supuesto que algo pasaba entre ellos, pero no había imaginado que la cosa hubiera llegado tan lejos.

—Lo siento si suena brusco, pero ¿qué estáis haciendo en Jeju? —preguntó al final a la pareja.

—La verdad es que quería hablar contigo —contestó la bailarina, intercambiando una mirada furtiva con Minwoo.

Jay se tensó, expectante. Ignoraba de qué podía querer hablar Paula con él, pero era incapaz de pensar en un tema en común que no girase en torno a la aventura que habían tenido. Y con Minwoo delante... No sería la primera vez que el nuevo novio inseguro de alguno de sus ligues le intentaba montar una escena de celos, pero sería mucho más desagradable tener que discutir con alguien como él, que de un modo u otro había sido importante en su vida. Respiró hondo, preparándose para lo que se avecinaba.

—Supongo que será mejor que prepare algo de té, ¿no? —les dijo con forzada formalidad mientras les indicaba unos sillones para que se sentaran—. Creo recordar que te gustaba el *pu-erh*, ¿verdad, Minwoo?

—Muchas gracias, pero no será necesario. Iré a dar un paseo por la costa. Recuerdo que Hyunsoo siempre hablaba maravillas del paisaje de esta zona.

—Pero...

—No pasa nada, Jay —dijo él, probablemente adivinando lo que pasaba por su mente—. Creo que es mejor que habléis a solas. Volveré dentro de un rato.

Intercambió una mirada cariñosa con Paula, se dio la vuelta y salió con tranquilidad de la estancia. En ese instante, Jay comprendió que habría pocas

cosas en el mundo que pudieran separarles.

—¿Y bien? —inquirió al fin, cuando Paula y él se encontraron a solas.

—He venido para darte esto —contestó ella, tendiéndole un cuaderno viejo de color verde con la tapa desgastada y con alguna mancha de café. Jay lo cogió, confuso—. Supongo que te acordarás de Cris, la chica que murió en vuestro evento... —añadió con un carraspeo incómodo. Jay siguió mirándola casi sin parpadear, incapaz de entender adónde quería llegar—. Si no me equivoco, esa noche recuperaste un colgante que habías perdido hacía un tiempo, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —se asombró Jay, atónito—. No se lo he contado a nadie todavía, ni siquiera a Hyunsoo...

—Encontrarás la respuesta entre esas páginas —contestó ella, mirando el cuaderno con ternura—. Es el diario que Cris empezó cuando llevaba unos meses viviendo en Corea. En las últimas semanas lo traía consigo a todas partes, pero ninguno le dimos mucha importancia ni nos imaginábamos lo que estaba escribiendo en él. En el cuaderno habla de su vida y de por qué vino aquí. También habla de su amigo Dani, de Minwoo, de Alex y de mí... Y ¿sabes qué? —Le sonrió—. También lo hace sobre ti.

—¿De mí? —se asombró Jay, con la vista clavada en el cuaderno.

—No me dio ningún tipo de instrucción cuando lo dejó conmigo, pero, después de haberlo leído, creo que ella querría que tú también lo leyeras. O al menos eso espero. En realidad, todavía tengo dudas sobre si estoy haciendo lo correcto. —Se frotó las manos, algo nerviosa.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no deja de ser un diario personal, donde Cris escribió no sólo sus pensamientos, también cosas que le hemos contado. No sé, tal vez Alex me mate cuando se entere que te lo he dado. Y no le faltaría razón. Aun así, creo que esta es la última voluntad de Cris y deberías leerlo.

Jay alzó la vista del cuaderno, sorprendido. ¿Quería eso decir que en aquellas páginas iba a descubrir qué narices había rondado la mente del líder de R*E*X en los últimos tiempos?

—Pensé que tal vez leer esto te ayudaría a comprender mejor las cosas. Igual es una chorrada, pero espero que te sirva de algo...

—Tal vez sí —musitó Jay, cada vez más intrigado.

—Sólo quiero pedirte un favor al respecto.

—Claro. Lo que sea.

—Prométeme que no serás duro con Alex. Tampoco está siendo fácil para él.

—No te entiendo...

—Sólo prométemelo —insistió ella, y esbozó una sonrisa cuando Jay asintió con la cabeza—. Bien, entonces mi trabajo aquí está hecho —añadió, se puso en pie, y recogió el bolso que había dejado en el suelo—. Debería ir a buscar a Minwoo. En dos horas sale nuestro vuelo de vuelta a Seúl y esta noche tengo una reunión en YenNork.

—Paula, espera un momento —la interrumpió Jay. Ella frunció el ceño, confusa—. No estoy seguro de cómo expresar esto... En realidad, no estoy seguro de lo que quiero decirte. —Sonrió, algo aturdido por su propias palabras—. Quiero decir... Supongo que esto es un adiós.

—¡Qué exagerado! —exclamó ella con una carcajada—. Sé que en cuanto Hyunsoo y tú os marchéis de WIMTS será más difícil coincidir, pero pienso quedarme en el país una larga temporada, así que no creo que sea imposible que volvamos a vernos en algún momento.

—Sabes que no me refería a eso...

—Lo sé —dijo ella, que le cogió ambas manos con cariño—, pero no quería hacer un drama de todo esto. Después de todo, no nos debemos nada el uno al otro.

No había reproche o amargura en su voz. Parecía estar diciendo lo que sentía de verdad. Jay se descubrió pensando que la Paula que ahora tenía delante jamás hubiera cruzado medio mundo en su busca.

—Aun así, quería que supieras que soy totalmente sincero cuando te digo que me hubiera gustado poder conocerte en otras circunstancias.

—A mí también —contestó ella con cierta nostalgia—. Pero a veces las cosas no están destinadas a ser como imaginamos y hay que pensar que todo ocurre por una razón. Tal vez más adelante algo mejor nos esté esperando.

—Es evidente que a ti sí —comentó Jay con una media sonrisa.

Paula le devolvió la sonrisa y, poniéndose de puntillas, le dio un abrazo tan fuerte que en un primer momento le pilló por sorpresa. Pero no tardó en devolvérselo y los dos permanecieron así durante un momento.

—Sé que encontrarás la felicidad, Jay —susurró ella al final, separándose de él—. Y tengo la esperanza de que este diario ayude a que alguna de tus heridas empiece a sanar.

Jay sujetó con fuerza el cuaderno que tenía en la mano y acompañó a Paula hasta la puerta. Minwoo ya estaba esperándola apoyado en el coche que posiblemente habrían alquilado, aparcado al otro lado de la verja que rodeaba la casa. Ella se giró para decirle adiós con la mano y aligeró el paso hasta que alcanzó a su novio. Le dijo algo y ambos se echaron a reír antes de entrar en el vehículo. Se quedó clavado en el sitio, observándolos y sintiendo todavía algo de envidia porque aquella no fuera su vida.

Después, volvió a subir a su cuarto, se tumbó en la cama y empezó a leer.



JAY

Aquella tarde, fue el primero en llegar a las oficinas centrales de WIMTS. Le resultó extraño pensar que apenas unas semanas antes había acudido a ese mismo edificio para despedirse del lugar. Pero allí estaba de nuevo, con su salida todavía en el aire y aún en la obligación de acatar las órdenes de la empresa.

El día anterior se habían puesto en contacto con él para informarle de que se había programado una rueda de prensa destinada a acallar los rumores de los últimos días y tranquilizar a los fans, la prensa y, sobre todo, los inversores. Cuando Taehyun le llamó para comunicárselo, no pudo evitar recordar con un escalofrío la última vez que WIMTS había preparado una rueda de prensa semejante. Sólo esperaba que, en esta ocasión, no hubiese disparos.

El recuerdo de Insomnia, y el no haber podido hablar en condiciones con Hyunsoo desde los mensajes apresurados que le había mandado la noche anterior, hacían que se sintiera muy nervioso esa mañana. No tenía ni idea de cómo iba a enfocar con su mejor amigo la conversación que necesitaba desesperadamente plantearle antes de que alguno de sus abogados o el propio Hyunsoo pudieran dar un paso en falso. Aunque en realidad lo que más le preocupaba era no saber qué decir ni qué hacer cuando se reencontrase con Alex. En aquel momento, le invadía un torrente de sentimientos encontrados y,

aunque le había dado mil vueltas al asunto desde que aquel cuaderno verde cayera en sus manos, no se le ocurría ninguna forma de sacar el tema con naturalidad. Distraídamente, se llevó la mano al collar que volvía a colgar de su cuello.

Hyunsoo y Young llegaron casi a la par a la sala de descanso donde se hallaba Jay. Al igual que a él, los habían vestido y arreglado con pantalones de traje y camisas sencillas, el aspecto elegante y sobrio de alguien que no tiene intención de crear problema alguno en su empresa. El más joven de los R*E*X parecía incómodo por estar a solas con ambos, y probablemente se estaba preguntando si Hyunsoo y Jay volverían a intentar dar la noticia de su marcha de WIMTS en aquel evento. Tras un breve saludo, se sentó en una de las sillas de la habitación y empleó una cantidad desmesurada de tiempo en guardar su reproductor de música y su móvil en la bolsa de deporte que llevaba. Tras lanzar a Young una mirada de reojo, Hyunsoo se acercó a Jay.

—¿Qué es eso de lo que me dijiste anoche que querías hablarme? —le preguntó, sentándose a su lado y escrutando su rostro con atención—. ¿Te encuentras bien? Pareces nervioso...

—Verás, Hyunsoo —comenzó Jay—, creo que deberíamos...

En aquel momento, la puerta de la sala volvió a abrirse, dando paso al cuarto de los R*E*X. Aunque era evidente que también había pasado ya por las manos de las estilistas, Jay notó las ojeras bajo sus ojos. Tras saludarles con un murmullo, echó un vistazo rápido a la sala y, como atraídos magnéticamente, sus ojos se posaron de inmediato en el colgante de Insomnia.

—¿Qué demonios...?

—Eres un idiota —le cortó Jay, echando a perder en un segundo todos sus planes de abordar el asunto con serenidad—. Lo sabes, ¿verdad?

—Creo que eso ya me lo has dicho más de un millar de veces en el último año —contestó Alex, que levantó la mirada del colgante hacia su rostro,

todavía desconcertado.

—Y tengo toda la razón. —Jay tomó aire y, tras sacar el cuaderno verde del bolsillo interior de su mochila, lo depositó con cuidado sobre la mesa más cercana—. Sé por qué no quieres irte de WIMTS.

El rostro de Alex, bastante pálido ya de por sí, adquirió el color del papel. Observó aquel cuaderno como si fuera una aparición, como si ese pequeño objeto no tuviera sentido allí, rodeado de los cuatro miembros de R*E*X. Poco a poco, los engranajes mentales en el cerebro de Alex parecieron ir encajando, porque una llamarada de pánico iluminó sus ojos.

—Es el diario de tu amiga Cris —intervino Jay, aunque era obvio que él ya se había dado cuenta por sí solo—. Se lo entregó a Paula y ella pensó que yo querría leerlo. Y mira, estaba en lo cierto... No me molesta que buscaras consuelo y apoyo fuera del grupo. De hecho, entiendo que con ellos te sintieras más libre. Pero ¿cuántos años hace que nos conocemos?

—Jay, yo...

—Déjame acabar —le pidió, visiblemente cansado—. Lo que de verdad me duele es que hayas estado a punto de tirarlo todo por la borda sólo porque no has sido capaz de confiar en nosotros. ¿Esa imagen tienes de Hyunsoo y de mí? ¿Incluso de Young, que siempre te ha apoyado ciegamente?

Young se removió en su asiento, incómodo, y se dirigió a Hyunsoo con aire confuso.

—¿Tú sabes de qué está hablando?

—Creo que sí —contestó este último con tristeza.

Jay se giró bruscamente hacia su amigo, sorprendido por su respuesta, y de pronto comprendió que Hyunsoo había sospechado lo que le pasaba a Alex todo ese tiempo. Hyunsoo, al que durante toda su vida habían acompañado rumores de homosexualidad, había sido el único de los tres que había sabido ver a través de Alex y jamás había sacado el tema porque, simplemente, él no

le daba ninguna importancia.

—De todos modos —prosiguió Hyunsoo dirigiéndose al más pequeño, pero mirando a Alex—, creo que no soy yo quien debe darte esa respuesta.

Alex suspiró, apoyó la espalda en la pared y se pasó una mano por la cara, en un gesto de fatiga ya habitual en él. Permaneció unos instantes mirándose la punta de los zapatos y, cuando alzó la vista por fin, la fijó en Young.

—Hay una razón por la que no puedo abandonar WIMTS y por la que quería que os marchaseis los tres juntos. Quizá Jay tiene razón y debería... No sé, esto es una locura. —Suspiró y se enderezó algo más. Cuando volvió a hablar, su voz era más firme—: Soy gay. Es algo que siempre he tenido claro. Pero también he sabido siempre, y vosotros sois tan conscientes de ello como yo, que si se llegara a descubrir, mi carrera se vería arruinada.

—¿Y esa era la razón por la que...? —inquirió Hyunsoo antes de que Alex le interrumpiese con un gesto.

—Déjame terminar, por favor. Si no lo suelto todo de golpe, no creo que sea capaz de continuar después. Tal vez no veáis la relación entre ambas cosas, pero lo cierto es que Taehyun lo sabe todo. Hace ya unos cuantos años, una noche en la que todos teníais alguna cosa en vuestras agendas, decidí salir a tomar algo yo solo a una de esas fiestas ridículas a las que suelen invitarnos. Aquella noche, el alcohol se me fue de las manos, conocí a un tío del que ni siquiera recuerdo el nombre y acabamos en un reservado. ¡Maldita sea! Era uno de los locales más elitistas de la ciudad y teóricamente nadie puede acceder a los reservados, pero antes de que me diera cuenta, allí estaba ella...

—La acosadora que te sigue a todos lados —concluyó Jay por él. Al fin y al cabo, esa historia no era nueva para él; ya la había leído en aquel cuaderno verde de la mano de Cris.

Alex asintió, todavía observando con algo de aprensión a Jay, como si no tuviera claro cuál iba a ser la reacción de este una vez que su relato hubiese

terminado.

—Se marchó sin decir nada —prosiguió—, pero jamás olvidó ese momento. Desde entonces, cada vez que me ve, me recuerda que puede delatarme si ella quiere. Lo peor es que Taehyun acabó por enterarse y lo ha estado usando para chantajearme desde entonces. Desde que empecé a sospechar que queríais iros —continuó, observando a Hyunsoo y Jay—, supe que tendríais que iros sin mí. Creo que sois lo bastante listos para saber que, de todos modos, WIMTS no os va a poner las cosas fáciles aunque os vayáis solos. Pero si yo me marchase con vosotros, soltarían la noticia al público y sería muchísimo peor, porque no sólo se resentiría mi carrera, también lo haría la vuestra. Lo utilizarían como un arma para destruirnos a todos. Por eso —centró la mirada una vez más en el más joven— necesito que lo vuelvas a pensar, Young. Yo estoy aquí atrapado, pero tú todavía estás a tiempo.

En el cuaderno, Cris ya había reflejado su punto de vista sobre los miedos de Alex y entre sus páginas se había dejado traslucir desde el primer momento que su negativa a seguirles fuera de WIMTS se debía, en realidad, a que quería protegerlos. No obstante, oírlo de la propia voz de Alex era muy distinto a leerlo de la letra de otra persona. El inmediato alivio que había invadido a Jay conforme pasaba las páginas del cuaderno, mientras los acontecimientos del último año cobraban un nuevo sentido para él, se transformó en una extraña y ridícula alegría. Alex era idiota, eso estaba más que claro, pero al menos no lo habían perdido.

En ese momento, Hyunsoo cruzó con Jay una mirada. Se conocían tan bien que, sin que tuviese que formular ninguna pregunta, Hyunsoo adivinó sus pensamientos y asintió levemente.

—No hará falta que Young venga con nosotros —afirmó Jay—, porque no vamos a ir a ninguna parte.

—¡No me salgas ahora con esas! —exclamó Alex—. ¿Acaso pensáis que

quiero ver cómo malgastáis vuestra vida sintiéndoos miserables? Ahora ya sabéis lo que ocurre. Y no sólo se trata de que WIMTS pueda utilizarme en vuestra contra si me voy con vosotros. Aunque me quede, esa chica podría irse de la lengua en cualquier momento. Si permanecéis conmigo, esto será como tener a nuestro lado una bomba a punto de estallar y tarde o temprano os acabará arrastrando.

—Pero al menos nos arrastrará a los cuatro juntos —insistió Hyunsoo.

—No digas tonterías —le cortó Alex con firmeza. Sin embargo, Jay pudo sentir una nota de emoción tiñendo su voz—. Hyunsoo, tú más que nadie quieres marcharte de aquí. Piensa en Sojin.

Jay se giró hacia su mejor amigo, consciente de que Alex acababa de utilizar contra él el único argumento de peso que sabía podría afectarle en serio. Al fin y al cabo, había sido Hyunsoo el primero que había sugerido que dejaran WIMTS, y Jay no había aceptado seguirlo hasta aquel día en Hong Kong, cuando Sojin había aparecido frente a ellos, feliz con su nueva vida. Pero Hyunsoo se mantuvo sereno. Con un movimiento elegante, se levantó de la silla y se acercó hasta Alex, agarrando uno de sus hombros con fuerza y mirándolo a los ojos.

—Tienes razón, estoy deseando largarme de aquí. WIMTS me asfixia cada día más. Necesito de una vez por todas tomar las riendas de mi vida. Respecto a Sojin... —Pareció meditar las palabras—. A veces pienso que he sido francamente egoísta con este tema. Sin darme cuenta, obligué a Jay a escoger entre nosotros y antepuse mi corazón roto a nuestra amistad. —Lanzó una mirada de afecto hacia Jay y hacia Young, que todavía permanecía callado—. Y lo cierto es que hace tiempo que Sojin no es ni la mitad de importante para mí como lo sois vosotros tres. —Devolvió su atención a Alex—. ¿Recuerdas lo que te dije en el hospital? ¿Que lamentaba que no te hubieras sentido capaz de sincerarte con nosotros y contarnos lo que te pasaba? Lo decía en serio.

Haz el favor de confiar en nosotros de una vez, Alex.

—Había infinidad de momentos en los que quería contároslo —admitió él con tristeza—. Simplemente, no pude hacerlo.

—Si tú estabas dispuesto a sacrificarte por nosotros, nosotros también estamos dispuestos a hacerlo por ti —insistió Hyunsoo con un tono que demostraba que su decisión estaba más que tomada—. Además, esto no significa que vayamos a olvidarnos de nuestro plan. De ningún modo voy a dejar que nos pudramos aquí dentro, y mucho menos después de saber lo que te han hecho. Pero pensemos en algo. No creo que sea tu obligación darle explicaciones a nadie sobre tu orientación sexual, del mismo modo que no te las pedirían si fueras heterosexual. Pero es evidente que, tal como está la situación, no serás libre hasta que puedas hacerlo público. Por eso vamos a esperar todo el tiempo que haga falta hasta que tú estés preparado y, cuando lo hagas, pasaremos la tormenta juntos. ¿Verdad, Young? —añadió, rodeando a Alex con uno de sus brazos y girándose hacia el más joven.

Young no contestó. Todavía sentado en su silla, tenía la mirada perdida en el infinito y su rostro dejaba traslucir que en su interior se producía un conflicto. En cuanto Jay había leído que Alex era gay en el diario de Cris, uno de sus primeros pensamientos había consistido en preguntarse cómo se lo tomaría Young. El chico siempre había tenido a Alex en un pedestal y, aunque ese manga al que estaba enganchado destilaba subtexto homoerótico por los cuatro costados, también era cierto que no se había tomado nada bien el beso de Hyunsoo en aquella actuación que ya parecía tan lejana. Estaba claro que esos mismos pensamientos habían asaltado la cabeza del líder, porque en aquel momento le contemplaba como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Young —estalló Alex, incapaz de disimular los nervios—, lo siento mucho si te he decepcionado...

Esas palabras parecieron reanimar a Young, que sacudió la cabeza,

saliendo de su ensimismamiento, y se dirigió a ellos con paso firme. Con un gesto algo violento, agarró a Alex por las solapas de su americana y los tres contuvieron la respiración.

—No vuelvas a intentar deshacerte de mí sin darme ninguna explicación — le recriminó con firmeza—. ¿Te das cuenta de lo cerca que hemos estado los cuatro de arruinarlo todo?

Alex asintió, claramente desbordado, intentando contener las lágrimas. Acto seguido, Young repitió las palabras que Alex le había dedicado en el hospital tras su incidente:

—La cabeza bien alta, jovencito.

Esbozando una sonrisa repentina, todavía entre lágrimas, Alex se separó de Hyunsoo, que todavía le sujetaba por los hombros, y abrazó a Young.

Hyunsoo se aproximó a Jay, dedicándole esa sonrisa que sólo dejaba a la vista cuando se quedaba a solas con sus tres compañeros.

—Alex, me estás dejando sin aire...

El líder soltó una carcajada, aflojando un poco el agarre sobre Young, y Jay no pudo evitar sentirse tremendamente aliviado al pensar que, por fin, volvían a ser un equipo. Volvió a coger el cuaderno verde de la mesa y se lo tendió a Alex.

—He pensado que deberías dárselo a ese chico, Dani. Si Cris era su mejor amiga, tal vez le guste conservarlo.

A pesar de que intentó mantener la sonrisa, Alex dio un respingo al oír el nombre del español y un atisbo de nostalgia volvió a apoderarse de sus ojos. Jay no necesitaba más explicaciones: la propia Cris había estado convencida de que Alex estaba enamorado del chico y Jay empezaba a estar de acuerdo con ella.

—¿Ha vuelto a Inglaterra? —preguntó tentativamente, ante lo que Alex asintió—. Lo siento mucho.

—Volverá —sentenció Hyunsoo con una sonrisa de medio lado—. Ni siquiera él es tan idiota.

Alex esbozó a su vez una sonrisa resignada y parecía que iba a decir algo, cuando, de pronto, la puerta se abrió y Taehyun irrumpió con expresión de pocos amigos. En un movimiento casi imperceptible, Alex escondió el cuaderno bajo la bolsa de Young.

—La prensa ya está aquí —ladró el mánager—, así que será mejor que bajéis ya. Y no quiero ninguna sorpresita —añadió con gesto suspicaz, amenazándoles con un dedo—. Sé de sobra que en el centro comercial estabais tramando algo... No voy a consentir que os paséis de listos. ¿Entendido?

Los cuatro chicos intercambiaron una mirada fugaz y asintieron. A fin de cuentas, no tendrían que mentir ni fingir en aquella ocasión. Al contrario de lo que cualquiera hubiera podido imaginar, y pese a la aprensión inicial de Jay, esa rueda de prensa iba a ser el primer acto público tras muchos meses de tensión en el que R*E*X actuaría como el equipo unido que había sido siempre.

Hyunsoo y Young siguieron al mánager, pero, antes de que pudiera salir junto a ellos, Alex sujetó a Jay por el brazo.

—¿Amigos otra vez? —le preguntó en inglés, con una sonrisa tímida.

Jay sonrió ampliamente y colocó su mano sobre la de Alex.

—Hermanos.

Epilogue





PAULA

Última anotación en el cuaderno verde:

Querido Jay:

Si has llegado hasta este punto, significa que ya habrás leído todo lo que Cris escribió en su cuaderno y que yo me he armado del valor necesario para hacértelo llegar.

Llevo varios días inquieta, dándole vueltas a esa idea. Aunque ya he tomado la firme decisión de entregártelo y hasta he convencido a Minwoo de que cierre su cafetería mañana para acompañarme, soy incapaz de dormir. Por algún motivo, he sentido la necesidad de levantarme y ponerme a escribir, como habría hecho Cris, intentando darle algo de sentido a todo esto.

En realidad, una parte de mí sigue sin estar segura de que esta sea la decisión correcta y, si estás leyendo estas líneas, probablemente ya entenderás por qué. Yo misma me he sentido abrumada mientras leía el cuaderno, reviviendo este último año desde la perspectiva de otra persona. Pero para mí es evidente que Cris quería que conocieras la historia de Harvey Nichols, esa chica sin nombre que se cruzó en su vida durante apenas unos instantes y la puso patas arriba sin pretenderlo.

¿Sabes qué? A mí también me gusta pensar que, a través de este cuaderno, habrás conocido la historia de la propia Cris. Ella no era tu fan, a diferencia de mí. Sin embargo, ambas recorrimos medio mundo en tu búsqueda. Es

curioso, ¿verdad? Ahora que lo pienso, sólo estuvimos los tres juntos en una ocasión, aquella terrible tarde en YenNork. A pesar de todo (y quizás esto te parezca una completa majadería), creo que Cris, tú y yo estábamos destinados a conocernos tarde o temprano, unidos por el hilo rojo del destino. En fin, como ella misma escribió en estas páginas, vinimos buscándote a ti y nos encontramos la una a la otra.

No creo ni espero que puedas hacerte a la idea a través de este cuaderno de lo genial que era Cris en realidad. De lo divertida, especial y valiente que era... Tampoco espero que entiendas lo importantes que tanto ella, como Dani, Alex y Minwoo se han convertido para mí en este año. Cómo conocerles me ha salvado y me ha cambiado la vida por completo.

Quizás a estas alturas ya sepas lo suficiente sobre mí como para deducir que siempre había creído que sería un gran amor, como los de las películas y los libros, lo que acabaría dando sentido a mi vida. Un día llegaría mi príncipe azul montado en su blanco corcel y sacaría a relucir la mejor versión de mí misma. Y lo cierto es que tú, Jay, a quien he admirado por encima de cualquier otro chico, tenías todas las papeletas para convertirte en ese gran amor. Sabía que habría obstáculos en el camino, pero esa era parte de la historia. Porque ¿acaso no nos enseñan que el amor sin sufrimiento no es amor? Muchas chicas alrededor del mundo hemos llorado alguna vez desconsoladas, incapaces de encontrar ese gran romance que nos haga sentir que estamos volando. Buscando a Romeo, trepando por el balcón; al señor Darcy, arisco y frío, que en el fondo esconde un corazón de oro; o a Danny Zuko, que agita nuestras vidas en un mágico verano. Lo que la mayoría ignoramos es que el amor verdadero y los finales felices a menudo se esconden detrás de una carita sonriente dibujada en un vaso de cartón.

Lo más curioso de todo es que, a pesar de las fantasías que me han acompañado toda la vida, cuando recopilo los sucesos que he experimentado

en este último año, no se trata de una sucesión de grandes momentos propios de una película de Hollywood. Lo que queda, lo que siempre viajará conmigo, son los pequeños detalles: una carita sonriente dibujada junto a mi nombre en una taza de café; el pelo pajizo de Dani brillando bajo el sol junto al arroyo Cheong-gyecheon la mañana en que comenzó nuestra amistad; la mano temblorosa de Alex sobre la mía, huyendo juntos por la puerta trasera de YenNork... Y, sobre todo, el recuerdo que atesoro con más cariño es el de aquella camarera rubia y pecosa que se dirigió a mí por primera vez en mi idioma natal, en una cafetería a miles de kilómetros de mi casa.

Vine a Corea con el único propósito de encontrarte a ti y he acabado por encontrarme a mí misma. Y ahora es tu turno, Jay. ¿Sabes?, creo que en el fondo sí puedes entender lo mucho que mis amigos significan para mí, porque, perdóname si me equivoco, creo que, detrás de tu imagen de tipo duro, sientes lo mismo por Hyunsoo, Young y Alex. Por eso creo que tienes que leer esto, porque quizás este cuaderno te haga entender lo mucho que Alex está dispuesto a sacrificar por vosotros tres. Porque tal vez la historia que aquí vas a encontrar te dé fuerzas para luchar por R*E*X y lo que habéis construido juntos de la nada. Quizá sea una ilusa al pensar que, gracias a esto, salvarás a tus amigos y dejarás que ellos te salven a ti.

Sea como sea, y pase lo que pase, deseo que seas feliz y que te rodees de las personas y las cosas que quieres a tu lado. Yo intentaré hacer lo mismo, pues, al final del día, eso es lo que verdaderamente importa. A veces perdemos el norte con estupideces y dejamos que se escapen de nuestras manos las cosas que sí son valiosas, sin darnos cuenta de que la vida es demasiado corta para eso.

Una buena amiga me ha enseñado que de nada sirve tomarse a uno mismo demasiado en serio y que cada momento feliz debe ser exprimido hasta el final. Al fin y al cabo, la vida no se toma en serio a sí misma la mayor parte

del tiempo.

Muchas veces simplemente consiste en eso: naces, creces, abandonas el instituto antes de tiempo, consigues un trabajo a media jornada en un centro comercial y a los diecinueve años te atropella un autobús.

FIN



Banda sonora



1. «Love in the Ice», DBSK
2. «Angel», EXO
3. «Coffee», BTS
4. «You Are», GOT7
5. «Playing with Fire», BLACKPINK

6. «It's You», Super Junior
7. «Decalcomanie», Mamamoo
8. «Oh NaNa», K.A.R.D.
9. «Haru Haru», BIGBANG
10. «Mine», Kim Jaejoong
11. «Don't Listen in Secret», Seventeen
12. «Good Day», IU
13. «So Far Away», Agust D feat. Suran
14. «Ready or Not», SHINee
15. «What is Love», TWICE
16. «Now or Never», CNBLUE
17. «Awake», Jin de BTS
18. «Be Mine», Infinite
19. «Magic Girl», Orange Caramel
20. «Without You», NCT
21. «Tomorrow, Today», JJ Project
22. «Goodbye Summer», f(x) feat. D.O. de EXO
23. «Roly-Poly», T-ara
24. «Fiction», Beast
25. «HERO», MONSTA X
26. «No Mercy», B.A.P
27. «Lonely», Sistar
28. «The Truth Untold», BTS feat. Steve Aoki
29. «Uncommitted», XIA
30. «Trouble Maker», Trouble Maker
31. «Be Natural», Red Velvet feat. SR14B Taeyong
32. «You and I», Park Bom of 2NE1
33. «Congratulations», DAY6

34. «The Boys», Girls Generation
35. «Lies», Big Bang
36. «Abracadabra», Brown Eyed Girls
37. «I'm Your Man», 2PM
38. «Nobody», Wonder Girls
39. «Universe», EXO
40. «Thank you», GOT7
41. «Epilogue: Young Forever», BTS

Bonus tracks

1. «You Only Live Once», The Strokes
2. «Creep», Radiohead
3. «Rebellion (Lies)», Arcade Fire
4. «Not Alone», Danny Jones (McFly)
5. «Purple Haze», Jimi Hendrix



AGRADECIMIENTOS

Todos tenemos sueños. Grandes, pequeños, imposibles... Son esos sueños los que nos mantienen en movimiento, luchando cada día para que no se esfumen entre nuestros dedos. Muchas veces, tenemos que resignarnos y dejarlos marchar, fijando nuestra mira en otros objetivos. Pero, en ocasiones, los sueños, incluso los más grandes, acaban por cumplirse. Cuando eso ocurre, te sientes ilusionado y satisfecho, pero una parte de ti se siente aterrada. Llevas años contemplándolo desde la lejanía, fantaseando sobre sus muchas posibilidades y, de pronto, ese sueño es tangible. Es una realidad. Sientes que todo va a cambiar, que no va a ser como esperabas o que, tal vez, nunca has estado a la altura. Entonces, alguien te tiende la mano, susurrándote que todo va a salir bien y haciendo que cumplir ese sueño merezca la pena.

Este libro es nuestro sueño hecho realidad y, por eso, no podemos dejar de darle las gracias a todas esas personas que han recorrido el camino con nosotras:

En primer lugar, a Pablo C. Reyna, nuestro amigo y agente. Un día, parafraseando a Hyunsoo, nos dijiste que pasaríamos esta tormenta juntos. Gracias por ser el primero en creer en esta historia.

A Irina C. Salabert. Un miércoles cualquiera cambiaste nuestra vida a través de un correo electrónico y, desde entonces, has logrado que este

proceso se convierta en una aventura fantástica. En cuanto al resto del equipo de Nocturna, especialmente a Paula y Mar, gracias por vuestra profesionalidad y dedicación.

Un agradecimiento especial para Inma Moya. Jamás hubiéramos podido soñar que alguien con tanto talento y creatividad acabaría dando vida a nuestros personajes. Gracias por hacer esta historia un poco tuya y por tratarla con tantísimo cariño. *Teamwork makes the dream work.*

Cuando descubres que vas a publicar tu primera novela, no puedes evitar preguntarte, en primer lugar, cómo será la cubierta. La nuestra no podría haber caído en mejores manos. Muchas gracias a ti también, Lola Rodríguez.

A las primeras personas que se atrevieron a recorrer las calles de la Isla con nosotras, nuestras lectoras cero. Adriana, Laura y Susana: gracias por vuestros ánimos, ilusión compartida y sabios consejos.

A Nazaret, la tercera Sugar Candy. No sabes lo importante que ha sido tu revisión y asesoramiento para terminar de perfilar los detalles de esta novela.

A nuestros amigos del Club de Lectura Zadrake. Gracias por vuestro apoyo constante. ¡Va a ser extraño estar al otro lado por una vez!

A Victoria Álvarez, Gema Bonnín, Andrea Izquierdo y Blue Jeans, maravillosos escritores y trabajadores incansables: muchísimas gracias por sacar tiempo para nosotras y dedicarnos vuestras frases para la novela. Al resto de la comunidad de literatura juvenil: muchas gracias por recibirnos con los brazos abiertos, por vuestros consejos y por compartir nuestro sueño.

A todos aquellos que comparten con nosotras el día a día: nuestros padres, familiares, amigos y compañeros de trabajo. Gracias por cuidarnos en el mundo real mientras nos encargábamos de crear uno imaginario. Os queremos.

A Reyes, Nerea, Laura e Irene, nuestras «hamigobias». Sois el mejor grupo de *coordinooonas* que hubiéramos podido desear. Gracias por estar a nuestro lado. *Always keep the faith.*

Un *fandom* no tiene valor por sí mismo; su valor reside en las personas con las que se comparte. Gracias a todos los fans del K-pop que se han cruzado en nuestras vidas durante estos años. Nada hubiese sido lo mismo sin vosotros.

Aunque nunca vayan a leer esto, no podemos olvidarnos de algunos de nuestros grupos favoritos: DBSK, SuperJunior, Big Bang, Girls Generation, 2PM, F(x), Infinite, Orange Caramel, EXO, Sunny Hill y GOT7, entre otros. Sois los verdaderos protagonistas de esta historia. R*E*X tiene un poquito de todos y cada uno de vosotros.

Al leer el título, la mayoría habrá pensado en el famoso dicho «de Madrid al cielo», pero lo cierto es que se nos ocurrió por primera vez tras escuchar a RM y su *In Seoul to the SKY* de la canción «N.O». Por eso, y por otros motivos, BTS merece una mención aparte. Sin vosotros, esta novela nunca hubiera existido.

Por último, te damos las gracias a ti, que sostienes este libro entre las manos. Ahora, esta historia es tuya.